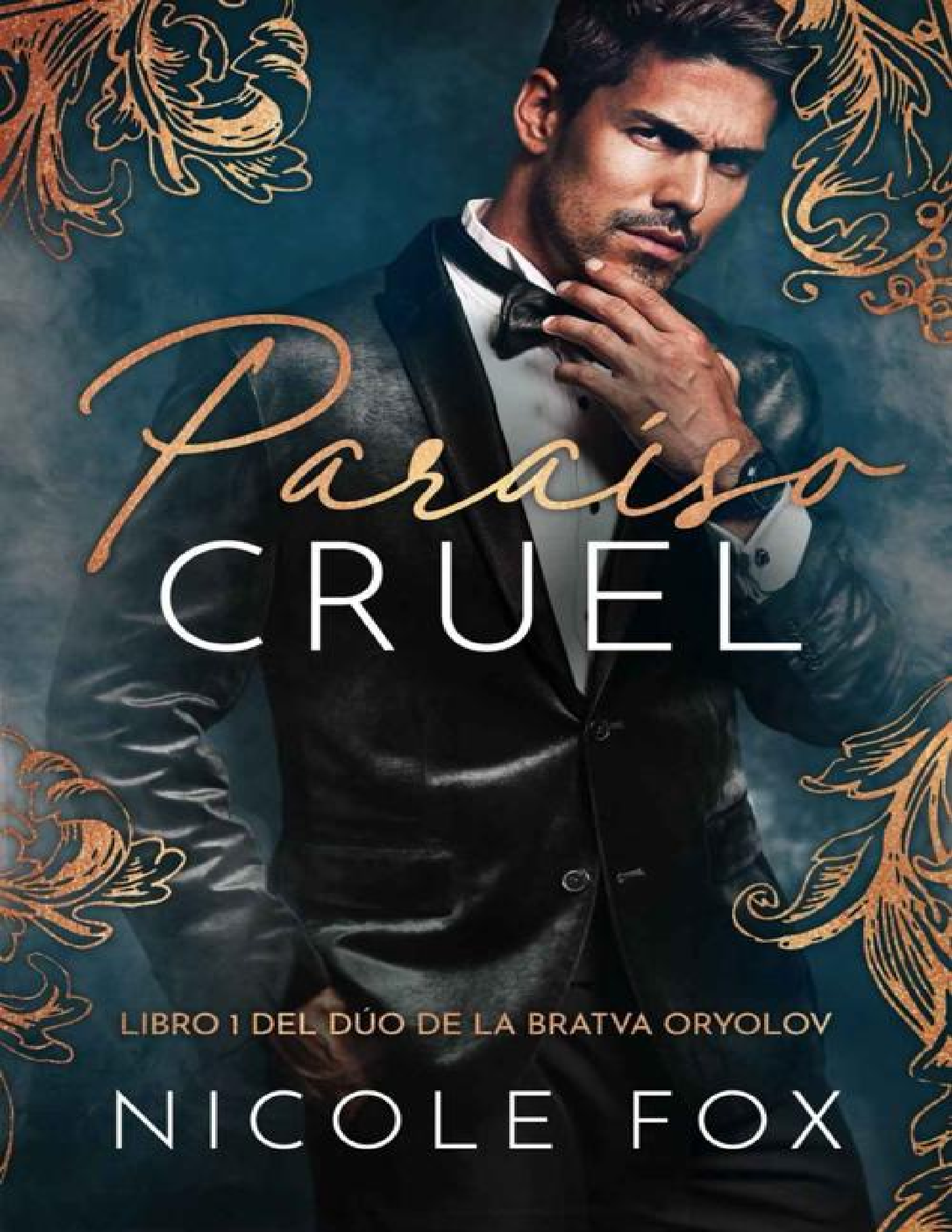

Paraíso
CRUEL
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA ORYOLOV
NICOLE FOX

PARAÍSO CRUEL

LA BRATVA ORYOLOV
LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Paraíso Cruel

1. Emma
2. Emma
3. Emma
4. Ruslan
5. Ruslan
6. Emma
7. Ruslan
8. Emma
9. Emma
10. Emma
11. Ruslan
12. Ruslan
13. Ruslan
14. Ruslan
15. Ruslan
16. Emma
17. Emma
18. Ruslan
19. Emma
20. Ruslan
21. Emma
22. Emma
23. Emma
24. Ruslan
25. Emma
26. Ruslan
27. Ruslan
28. Emma
29. Ruslan
30. Ruslan
31. Emma
32. Emma
33. Ruslan
34. Emma
35. Emma
36. Ruslan
37. Ruslan
38. Emma
39. Emma
40. Ruslan

41. Ruslan
42. Emma
43. Ruslan
44. Emma
45. Emma
46. Ruslan
47. Ruslan
48. Emma
49. Emma
50. Ruslan
51. Ruslan
52. Emma
53. Ruslan
54. Emma
55. Emma
56. Ruslan
57. Emma
58. Emma
59. Ruslan
60. Ruslan
61. Emma
62. Ruslan
63. Ruslan
64. Emma
65. Emma
66. Ruslan
67. Ruslan
68. Emma
69. Ruslan
70. Emma
71. Ruslan
72. Emma
73. Emma
74. Ruslan

Copyright © 2023 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

PARAÍSO CRUEL

PRIMER LIBRO DEL DÚO DE LA BRATVA ORYOLOV

¿Qué es más vergonzoso que llamar a alguien por accidente?
Llamar a tu jefe por accidente...
Y dejar un sucio mensaje de voz cuando estás, eh... "pensando" en él.

Trabajar como asistente personal de Ruslan Oryolov es infernal.

Después de un largo día atendiendo todos los caprichos del multimillonario, necesito aliviar el estrés.

Así que, cuando llego a casa esa noche, es exactamente lo que hago.

El problema es que sigo pensando en el idiota que me está arruinando la vida.

Eso está bien, porque de todos los pecados de Ruslan, ser guapo puede ser el más peligroso.

Esta noche, fantasear con él es justo lo que necesito para llevarme al límite.

Pero, cuando miro mi teléfono, aplastado a mi lado,

Ahí está.

Un mensaje de voz de 7 minutos y 32 segundos...

Enviado a Ruslan Oryolov.

Entro en pánico y tiro el teléfono al otro lado de la habitación.

Pero no se puede deshacer el daño provocado por mi muy eufórico orgasmo.

¿Qué puedo hacer?

Mi plan era evitarlo y hacer como si no hubiera pasado nada.

Además, nadie tan ocupado revisa sus mensajes de voz, ¿verdad?

Pero cuando él programa una reunión a solas conmigo por exactamente 7 minutos y 32 segundos, una cosa es segura:

Él.
Escuchó.
Todo.

PARAÍSO CRUEL es el primer libro del dúo de la Bratva Oryolov. La historia de Ruslan y

Emma concluye en el segundo libro, PROMESA CRUEL.

EMMA

—¿Tengo toda su atención, Srta. Carson?

Trago saliva y vuelvo a centrarme en mi jefe. Ruslan Oryolov tiene el ceño fruncido, no porque haya hecho algo malo, sino porque siempre me mira así.

En realidad, así es como mira siempre a *todo el mundo*. Estoy segura de que es ese desafortunado caso que siempre advierten las madres: una vez puso mala cara y le quedó así.

Para ser justa, esta vez tiene una buena razón. De hecho, me ha pillado en medio de una fantasía un tanto violenta, que consiste en abrochar sus hermosos labios con la grapadora de su escritorio, y luego lanzarlo por la ventana de su preciosa oficina de treinta pisos.

Se lo merecería. Y solo puede culparse a sí mismo.

Porque estoy *AGOTADA*, en mayúsculas, de atender todos sus caprichos hoy.

Esta mañana llegué a la oficina al amanecer. No tuve más de diez segundos consecutivos para mí en todo el día. Y recién ahora, cuando el reloj se acerca a las nueve de la noche, me estoy acercando al final de esta jornada infernal.

Sin un goteo intravenoso de expresos cuádruples, sería polvo en el viento.

Pero incluso con mi adicción a la cafeína, me siento agotada por dentro y por fuera.

En mi cabeza, maldigo a mi yo del pasado por haber sido tan tonta como para comprar estos tacones media talla más pequeños solo porque estaban de oferta. Los arcos de mis pies están dispuestos a cometer crímenes de guerra para ser liberados.

Ruslan, por su parte, parece tan pulido como siempre. Es realmente ofensivo lo bien que está, a pesar de haber trabajado como una máquina durante tanto tiempo como yo hoy. Su traje está impecable, igual que su oscura sombra de barba, y la intensidad de sus ardientes ojos ámbar no ha disminuido ni un ápice.

—Srta. Carson. Le he hecho una pregunta.

—Sí —tartamudeo—. Sí, tiene mi atención —miro mi bloc de notas—. El comunicado de litigios debe ir a Mark Vanderberg, de Asuntos Jurídicos, a primera hora de la mañana. Se han pedido sillas nuevas para la sala de juntas de la planta diecisiete y comprobaré las fechas de entrega. Traslado tu reunión de las 14:00 a las 23:30, traslado tu reunión de las 23:30 a las 19:15, traslado tu reunión de las 19:15 al próximo jueves, y le digo a tu cita del próximo jueves que, y cito, “coma mierda y muera”. ¿Me falta algo?

Ruslan arquea unas cejas injustamente hermosas. En serio, si pudiera trasplantarlas a mi cara, lo haría. Son oscuras y expresivas, y comunican la mitad de sus amenazas sin una sola palabra. —Detecto un tono peculiar.

Mantengo mi cara perfectamente neutral. —No, señor. No estoy usando ningún tono. Usted pidió específicamente "nada de tono" después de la debacle de la ensalada del almuerzo el mes pasado. No lo olvidaría.

—Hm.

Como con su ceja, basta una sola sílaba, ni siquiera una palabra del infame Sr. Oryolov, director general de Bane Corporation, para que hombres adultos se deshagan en lágrimas.

Lo vi con mis propios ojos. Literalmente. Cuando empecé aquí, uno de los proveedores de microchips que Bane utiliza para nuestro producto estrella de seguridad doméstica vino a una reunión y trató de negociar precios más altos. Al final del duro discurso del idiota, Ruslan se limitó a enarcar una ceja y dijo: "Hm". El hombre empezó a temblar tanto que hubo que sacarlo de la sala de conferencias en una silla con ruedas, como si fuera una camilla de ambulancia.

No es el único. Dios sabe que Ruslan me hizo llorar muchas veces en los dieciocho meses que llevo trabajando para él.

Todo el mundo me advirtió que no sería fácil antes de aceptar el trabajo. Sus tres últimas asistentes personales duraron seis, cuatro y cero coma cinco meses, respectivamente, antes de huir gritando. Se rumorea que una de ellas sigue en terapia, en algún lugar de Vermont.

Basta decir que todos tenían razón. La vida bajo el escrutinio de Ruslan Oryolov no es fácil. Empieza temprano y termina tarde. Es dura. De ritmo rápido. No dice "por favor" y no conoce el significado de "gracias".

Pero me quedo por una sola razón: tengo que hacerlo.

Bueno, esa no es toda la verdad. Me quedo por tres razones. Y sus nombres son Josh, Caroline y Reagan.

Agacho la mirada y miro la pantalla de bloqueo de mi teléfono, que descansa sobre mi regazo. Tres caras sonrientes me devuelven la mirada. A Reagan, de cinco años, se le acaba de caer el diente de delante, y la pequeña tiene la lengua asomándose por el huequito.

Caroline solo tiene seis años, pero ya está practicando su "mirada" y sus poses de selfie. Romperá los corazones de muchos chicos en cuanto le deje tener una cuenta de Instagram. Josh, de ocho años, es el mayor, pero al mirarlo se diría que tiene una década más. Hay algo en sus ojos. Un embrujo. Un escalofrío. Un pétreo sentido de la responsabilidad que no pertenece a un niño demasiado joven para tener vello en las axilas.

Perder a tu madre te deja así.

Tengo algo de noción al respecto, más o menos, porque perder a mi hermana me ha dejado así.

Hago las cuentas en mi cabeza rápidamente. Ahora mismo es 9 de marzo, y Sienna murió en septiembre hace tres años. Así que han pasado tres años, seis meses y cuatro días desde la última vez que la abracé o la escuché reír.

Tres años, seis meses y cuatro días desde que pasé de tía a mamá en un abrir y cerrar de ojos.

Tres años, seis meses y cuatro días desde que mi vida cambió para siempre.

Ruslan se levanta y alisa sus mangas. Lo hace sin esfuerzo, como todo lo demás. Es entendible si lo confundes con un modelo de *GQ*. Hace crujir sus nudillos y luego su cuello, observándome todo el tiempo.

Me siento en mi silla y me concentro en mi respiración.

Dieciocho meses es tiempo suficiente para pensar que mi encaprichamiento ya se habría pasado. Pero me equivoqué. En todo caso, está todavía más guapo que el día que entré por primera vez.

Aún recuerdo cómo fue aquello. Doblé la esquina y me detuve, estupefacta y babeando como una lunática. ¿Este hombre dirigía la mayor empresa de seguridad doméstica del mundo? ¿Estábamos seguros de que no es un doble de Hollywood?

Por su parte, Ruslan lanzó una mirada en mi dirección antes de preguntar—: ¿Me hará la vida más fácil o difícil, señorita Carson? Si es lo segundo, ni se moleste en dejar sus cosas. Dé media vuelta mientras pueda.

Eso marcó la pauta de nuestra relación laboral.

—Me voy —anuncia Ruslan, de vuelta al presente—. Asegúrate de que las carpetas estén listas para la reunión de jefes de departamento de mañana —rodea el escritorio y camina hacia mí. Mi corazón se acelera cuando se acerca lo suficiente como para oler su colonia. La de hoy es amaderada. Ahumada. Fresca.

—Sí, señor —murmuro en voz baja.

—Oh —añade—. También necesito que lleven mi esmoquin al ático de la 48. Esta noche.

—¿Esta noche? —replico—. Pero tengo que...

Ya se ha ido. Sale por la puerta sin molestarse en mirar atrás. Lo único que queda es el rastro de su colonia.



UNA HORA MÁS TARDE, soy una muerta viviente. Me arden todas las terminaciones nerviosas de los pies. Crucé la ciudad hasta el sastre de Ruslan, recogí su esmoquin y volví a Midtown, a su ático.

Cuando los ascensores me dejan salir directamente a su vestíbulo, suelto un suspiro.

Una última tarea en este martes diseñado a medida por Satán.

No es que mañana vaya a ser diferente.

Mis zapatos repiquetean cuando bajo por el suelo de mármol y salgo al salón. Tiene tres ventanales de cristal que van del suelo al techo, así que puedo ver toda la ciudad a mi alrededor, enjoyada y resplandeciente por la noche. El mobiliario y los acabados son tan magníficos como el dueño de este lugar. También son igual de brutales. Todo es negro mate y bordes afilados. Grotescas esculturas modernas contorsionadas en las esquinas. Grotescas pinturas modernas contorsionadas en las paredes.

Una vez vi el precio que pagó por este lugar y casi vomito. Demasiados ceros para mi comodidad. Lo más repugnante de todo es que viene aquí una vez al mes como mucho, normalmente con una de sus muchas actrices, influencers o modelos del brazo. Es prácticamente el motelito más caro del mundo.

Coloco el traje sobre el respaldo de su sofá negro. Es raro estar aquí, en el espacio personal de Ruslan. Huele sobre todo a productos de limpieza, pero juro que, cada vez que me doy vuelta, vuelvo a oler su colonia.

Me hace nadar la cabeza.

Tengo tantas ganas de acurrucarme en el sofá y dormir el resto de mi vida. Pero tengo que seguir adelante. Hay gente que cuenta conmigo. Tres pequeños en particular.

Así que dormir está fuera de la lista. Lo siguiente que pienso es en lo agradable que sería vengarme de mi jefe del infierno por todo lo que me hizo pasar hoy.

Mi hermana no habría dudado ni un segundo.



—¡Sienna, no te atrevas a mear en su coche!

Pero mi hermana ya se había subido a la capota, con su vestido demasiado corto y rosa, cacareando como una loca. Me sentí mortificada. Su risa era famosa en todo el campus, así que no me cabía duda de que alguien la reconocería, abriría la ventana de su dormitorio y se asomaría al aparcamiento del Campus Este, para ver a las hermanas Carson haciendo de las suyas como de costumbre.

Corrección: Sienna *era la que siempre hacía cosas malas. Yo era la que siempre intentaba controlarla. No es que ayudara. Sienna hacía lo que quería.*

Siempre lo hizo. Siempre lo haría.

Y, cuando vio el sucio y podrido coche de mi infiel ex brillando en la plaza de aparcamiento de lujo, se le ocurrió una idea que se negó en redondo a ignorar.

Así es como acabé cogiendo su mano para ayudarla a mantener el equilibrio mientras se acuclillaba en el Range Rover de Tommy y soltaba su vejiga.

No puedo decir que no se lo mereciera, solo que este no habría sido mi método elegido de venganza. —Al diablo con eso —dijo Sienna cuando le dije que tener una buena vida era la mejor forma de igualar la partida—. No iguales la partida. Déjalos comiendo polvo. Ese es mi lema.

Cuando se hubo desahogado de una larga noche de vodkas de arándanos, la ayudé a bajar de nuevo al asfalto. —Estás loca —le informé—. Totalmente maniática.

—Pero me amas, ¿qué dice eso de ti?

—Nada bueno —murmuré.

—Cállate. Dilo. Di que me amas —me hizo muecas y, cuando me negué, me hizo cosquillas en el lugar bajo las costillas que odiaba desde que éramos pequeñas.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Te amo! —grité. Solo entonces cedió.

—Bien. Yo también te amo, Em. Eres las estrellas de mi luna. Nunca lo olvides.

Luego, como si fuera poco, me enseñó el culo. Nos reímos: su risa y la mía, dos caras de la misma moneda, se filtraron hacia la noche.

Nunca imaginé una vida sin ella. Nunca pensé que tendría que hacerlo.



No soy Sienna. No voy a mear en el sofá de cincuenta mil dólares de Ruslan. Y desde hace tres años, seis meses y cuatro días, ella no está aquí para hacerlo por mí.

Con un suspiro, me doy la vuelta y salgo desanimada.

Es un largo viaje en metro desde el reluciente Midtown hasta mi sucio y estrecho edificio de apartamentos en Hell's Kitchen. Cuando llego, hay que subir cuatro tramos de escaleras porque, por supuesto, el ascensor vuelve a estar averiado. Estoy casi literalmente excitada sexualmente ante la perspectiva de un ciclo REM, pero, cuando abro la puerta, me doy cuenta con un horror que rechina las muelas de que el sueño está muy lejos.

Mi apartamento es un desastre absoluto.

Las botellas de cerveza están esparcidas por todas partes. La ropa de los niños se enmohece en la lavadora. El fregadero de la cocina está lleno de platos sucios.

No tengo que buscar mucho para encontrar al culpable. Ben, el viudo de mi hermana, está desmayado en el sillón del rincón. Un cigarrillo a medio terminar cuelga de las yemas de sus dedos, y con la otra mano agarra los restos de una Bud Light tibia. Me acerco y le arranco las dos cosas, apago el cigarrillo en el cenicero y tiro la cerveza al tacho. Se sobresalta un segundo y luego vuelve a roncar con la boca abierta.

Ben. Literalmente la pesadilla de mi existencia. Hay una razón por la que no está en la pantalla de bloqueo de mi teléfono. Una razón por la que intento no pensar en él siempre que puedo evitarlo.

Se tomó muy mal la muerte de Sienna. No es ninguna sorpresa. Todos lo hicimos. Cuando alguien tiene una personalidad tan brillante, es difícil no sentir que vives en las sombras una vez que se va.

Pero los niños y yo seguimos adelante, por mucho que nos duela.

Ben, en cambio, se revuelca en el fango. Lo despidieron, así que ahora lo único que hace es beber, fumar y murmurar las veinticuatro horas del día, cosa que hace *aquí*, pues sin ingresos no podría pagar el alquiler de su casa. Cuando se digna a criar a sus propios hijos, lo hace como un ogro de cuento de hadas, lanzando berridos y perdiendo los estribos a la menor cosa. El otro día hizo llorar a Reagan porque se le rompió el coletero mientras intentaba peinarla. Como si fuera culpa *suya*.

Sigo diciéndome que debo ser empática. Está pasando por un momento oscuro. Saldrá de esto.

Por lo menos, espero que lo haga. La verdad es que nunca he sido su mayor fan. Encontraba formas de tolerarlo por el bien de Sienna, porque no hay nada que no hubiera hecho por mi hermana.

Sin ella, sin embargo... es más difícil.

Sacudo la cabeza. No sirve quedarme pensando en estas cosas. Nada bueno saldrá de preguntarme por qué me tocó esta mano. Solo debo hacer el trabajo. En silencio y sin que me lo agradezcan, claro. Pero el mundo no está hecho para ser amable con la gente como yo.

Así que suelto el bolso, me arremango y hago lo que puedo para que sí sea amable con gente como Josh, Caroline y Reagan.

Las botellas de cerveza van a la basura. La ropa va a la secadora. Los platos se friegan y se secan con un repasador y se vuelven a colocar en los armarios, y poco a poco el desorden disminuye. En un rincón, el reloj marca la una de la madrugada. Tengo que volver a Bane a las seis menos cuarto. Con el tráfico que hay en el centro de la ciudad, solo podré dormir tres horas como máximo antes de volver a ponerme en marcha.

Para cuando termino, la una de la madrugada se hace dos y media. Camino como un zombi por el pasillo. Mi habitación me llama, pero antes de dormirme tengo que ver cómo están los niños.

La habitación de las chicas es la primera a la derecha. Abro la puerta y me asomo.

Caroline duerme en la litera de arriba. Tiene la mano colgando, así que me pongo de puntillas sobre la alfombra rosa de segunda mano y la vuelvo a poner sobre el colchón para que no la cojan los monstruos. Hago una pausa y escucho, pero su respiración es prácticamente imperceptible cuando duerme profundamente. La primera noche que la tuve bajo mi techo, me aterrorizaba que hubiera muerto a mi cuidado.

Cuando estoy segura de que está cómoda, me agacho para mirar a Reagan. Se le ha caído el pelo sobre los ojos. Se lo aliso. A diferencia de Caroline, ella ronca. Respira como un enanito de

Blancanieves cuando duerme. Mi angelito. Esas mejillas de manzana son tan pellizcables. Como las de Sienna.

Me pregunto si Rae recuerda a su madre. Era tan joven cuando la perdimos. Salgo al pasillo y cierro la puerta en silencio. Luego, bajo y abro lentamente la de Josh.

Frunzo el ceño. Su cama está vacía, las sábanas alisadas y recogidas en los bordes. Lo hace él mismo todas las mañanas sin falta, aunque nadie se lo ha pedido nunca, que yo sepa. Pero, si no está en la cama, ¿dónde está...?

Ah. Echo un vistazo y lo veo con la cara pegada al escritorio. Está dormido, con las manos jugueteando con algo en el regazo. No sé qué es hasta que me acerco y le quito el bulto de encima.

Cuando lo hago, se me parte el corazón.

Son sus zapatillas de baloncesto. Estaban en mal estado cuando las compramos en la tienda de segunda mano, pero ahora están destrozadas. Hay agujeros enormes en ambas suelas, con trozos de papel de cocina y cinta adhesiva a modo de tapón. Debió estar tratando de arreglar los desperfectos cuando se quedó dormido.

Una lágrima resbala por mi mejilla. Desde que está conmigo, no ha hecho ni una sola cosa por sí mismo. Todo lo que hace es por sus hermanas. Hace que Reagan coma sus verduras y ayuda a Caroline a pintarse las uñas. Hace sus tareas y las de ellas. Revisa sus deberes. Tiene ocho años y mantiene unida a esta familia rota.

Por eso, cuando me confesó tímidamente que quería jugar al baloncesto este año, me entraron unas ganas terribles de hacerlo realidad.

Pero el dinero simplemente no alcanzaba.

Ruslan me paga bien, pero Nueva York es caro, y Nueva York con tres niños en edad de crecimiento (más un bebé de tamaño adulto que se bebe todo en cerveza) es aún más caro. El dinero parece desaparecer, filtrándose por un millón de agujeros diferentes. Ropa para el colegio, servicios, alquiler, y esto y lo otro y lo de más allá.

Aquí un segundo. Al siguiente ya no.

Josh lo sabe. Ni siquiera tengo que preguntar para adivinar que por eso intentaba arreglarse los zapatos él mismo en vez de pedirme que le comprara un par nuevo.

Me hundo en el suelo con la espalda apoyada en la pared y rompo a llorar. Lo hago en silencio porque no quiero despertarlo, pero los sollozos salen de algún lugar muy, muy profundo.

Odio lo mucho que me avergüenzan estas lágrimas. ¿Por qué debería avergonzarme? Si alguien tiene una razón para llorar, soy yo. Mi jefe es un imbécil arrogante y mi hermana está muerta y su marido es más una carga que una ayuda y tengo tres niños dormidos a los que hago todo lo que puedo para criar bien, pero parece que no puedo tomarme un respiro y necesito dormir y comer y más café y unas vacaciones y empezar de nuevo y... la lista sigue. Una razón para cada una de mis mil lágrimas.

Solo cuando empiezan a agotarse me obligo a pensar con optimismo. *¿Qué diría Sienna?* me pregunto. Ella no puede responder, por supuesto, pero tengo algunas conjeturas.

Las cosas mejorarán. Tienen que hacerlo.

Seguro que no pueden empeorar.

EMMA

—¡Tía Em! Tía Em, despierta.

Despierto con un sobresalto. El sol se cuela por las persianas y no tengo ni la más remota idea de en qué planeta estoy. Siento un dolor agudo en la mejilla. Tardo un buen rato en darme cuenta de que es porque tengo un cordón pegado a la piel. Me lo quito con una mueca de dolor y alzo la vista para ver a Josh de pie junto a mí.

—Tía Em, son las 7:45. Llegamos tarde a la escuela.

—¡Mierda!

Me pongo en pie de un salto y enseguida vuelvo a caer de culo, porque tengo las piernas completamente entumecidas de dormir en una posición fetal tan rara, acurrucada a los pies del escritorio de Josh como una cucaracha muerta.

Los quince minutos siguientes son un borrón. Levanto a las niñas y las visto con los conjuntos menos combinados de la historia de la paternidad. Echo comida al azar en sus fiambreras sin tener en cuenta el valor nutricional. Y luego salimos corriendo por la puerta.

No hace falta decir que Ben no mueve un dedo para ayudar.

La recepcionista del colegio me mira mal cuando los dejo bien entrada la primera hora, pero puede meterse su juicio por el culo. Les doy un beso a cada uno en la frente y me dirijo a Bane.

La recepcionista del vestíbulo también me mira mal, pero no me doy cuenta de por qué hasta que estoy en el ascensor y veo mi reflejo en el bronce pulido.

Parezco una absoluta mierda. Llevo el pelo hecho un nido de ratas y la blusa al revés. El moderno escote de un solo hombro enmarca el tirante deshilachado de mi sujetador en lugar de un bonito brazo desnudo.

Un perro callejero mojado está más arreglado que yo.

Aunque ya es demasiado tarde para volver atrás. Ya puedo imaginarme la ceja de Ruslan. Probablemente ya esté a medio camino de su cuero cabelludo. Su voz será absolutamente gélida cuando me oiga entrar a trompicones. Algo así como:

—Tienes que estar de coña.

Espera. Eso no fue mi imaginación. *En realidad fue su voz.*

Abro los ojos y me doy la vuelta para darme cuenta de que se han abierto las puertas del ascensor, y ¿quién estaría allí, sino mi querido y benévolo jefe?

Efectivamente, tiene la ceja arqueada y la mandíbula cruelmente afilada tan apretada que me pregunto si tendrá un buen dentista en sus contactos de emergencia.

Abro la boca para defenderme, pero ¿qué puedo decir? —Lo siento —suelto—. Me quedé

dormida después... fue una noche larga y... lo siento. Lo siento muchísimo.

Ni siquiera pestañea. —Espero que se vista adecuadamente para su trabajo, Srta. Carson —gruñe—. No esté dando el paseo de la vergüenza por mi edificio.

Frunzo el ceño. —¿El paseo de...? Un momento. No, no es eso. Yo no...

—Lleva la falda de ayer y anda exhibiendo su ropa interior como si creyera que con seducción puede librarse del escarnio por llegar... —mira su reloj—, dos horas y media tarde. No sé si piensa que soy estúpido o fácil. Tampoco sé cuál de las dos cosas me ofendería más.

Una palabra capta mi atención. —¿Seducción? —repito estúpidamente.

De la nada, pensamientos sobre cómo sería seducir a Ruslan Oryolov vienen a mi mente.

Envolver su corbata alrededor de mi puño y acercar esa mueca sonriente a mis labios para probarla.

Tumbarme de espaldas sobre su escritorio, con la falda lápiz subida por encima de mis caderas, mientras me aparta las bragas y me devora como si fuera su última comida.

De rodillas sobre la alfombra de su oficina mientras él se para sobre mí y...

—Srta. Carson, no me interesan sus explicaciones. Vaya a hacer su trabajo antes de que encuentre a alguien que lo haga por usted.

Me roza y sube al ascensor. Me giro y lo miro en silencio mientras las puertas se cierran sobre su cara. Lo último que veo es la arrogante inclinación de su boca.

Entonces, eso también desaparece.

Mis mejillas arden al rojo vivo durante el resto del día. Por suerte, tengo una chaqueta extra en mi mesa, así que puedo disimular lo peor de mi fallo de vestuario.

Pero mi teléfono sigue sonando todo el día con mensajes de Ruslan. *Haz esto. Envía esto. Envía esto por fax. Haz que esto llegue*. Es tan insoportable como siempre. Todo, desde la fecha de caducidad de la crema para el café hasta el estado de las sillas de la sala de conferencias que tanto le preocupan, merece otro comentario mordaz de su parte. Y, después de la pesadilla de ayer, estoy agotada.

Mi única salvación es que esta noche tiene una gala, así que tiene previsto salir de la oficina a las cinco en punto de la tarde. Estoy contando los últimos diez segundos hasta que el reloj marque las cinco, como si fuera una fiestera de Times Square en Nochevieja.

—Siete... Seis... Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno...

Ping. Otro mensaje. Gimo y miro hacia abajo para ver el nombre del diablo aparecer en mi teléfono.

RUSLAN: ***A mi oficina. Ahora.***

Joder. Estaba tan cerca.

Suspirando, me levanto y me escabullo dentro.

—Cierra la puerta —ordena. Está oscuro. Las cortinas están bien cerradas y la temperatura es ártica. Él es un amasijo de sombras detrás de su escritorio, enorme y fragante. Lo único que puedo ver es la aguda luz de sus ojos ámbar.

—Siéntate —Una mano sombría señala la silla frente a su escritorio.

Me poso en el borde del asiento. Tengo los nervios a flor de piel. Estoy muy, muy cansada. Pero no puedo demostrárselo. De hecho, me *niego* a mostrárselo.

No le daré a ese cabrón engreído la satisfacción de pensar que ya no tengo fuerzas.

—Ayer le pregunté si tenía toda su atención —empieza—. No estoy seguro de tenerla. Así que permítame decirle esto: si sus prioridades están en cualquier otro lugar que no sea esta empresa, entonces encontraré una nueva asistente. No soy un hombre agradable, Srta. Carson.

Así que créame cuando le digo que este no es el tipo de lugar donde tiene tres strikes antes de que pase algo malo. Si mete la pata una vez, se va. ¿He sido claro?

Trago saliva. —Sí, señor.

Asiente. —Bien. Llegue puntual mañana. Vístase como si quisiera conservar su trabajo. Ahora, si me disculpa... ahí está la puerta.

Mira su teléfono y es como si yo ya no existiera.

Pero yo. Estoy. Que. Exploto.

No sabe por lo que estoy pasando. No sabe que Ben ronca y se tira pedos en mi salón, ni que tres niños pequeños me esperan para que los recoja de la guardería. No sabe que enterré a mi hermana ni que apenas puedo mantenerme a flote. No sabe *nada*.

—No —suelto antes de poder pensarlo mejor—. No. No. No soy un gusanito bajo su zapato, Sr. Oryolov. Soy una... quiero decir, jódase, ¡soy una persona! Tengo una vida y aficiones, y gente que depende de mí. ¡Soy real! Así que le agradecería mucho que sacara su engreída cabeza de su engreído culo y me tratara con un poco de maldito respeto por una vez.

Ruslan parpadea.

Parpadea.

Parpadea.

—¿Algo más, Srta. Carson?

Es entonces cuando me doy cuenta de que mi pequeña diatriba tuvo lugar totalmente en mi cabeza. No fue real. Todo imaginado. Solo un pequeño y agradable desvío a una tierra de fantasía, donde le digo lo que pienso y algo más.

Trago saliva y me pongo en pie. —No, señor —digo en voz baja—. Nada de nada.

EMMA

—Voy a mear en su coche.

Phoebe, mi mejor amiga, se echa a reír por el teléfono. —¿Vas a qué? Em, te quiero un montón, pero ni siquiera le recuerdas al de la bodega que el fin de semana pasado pediste que no te pusieran mostaza en el bocadillo. No creo que tengas un hueso rebelde en tu cuerpo. Ciertamente, no tienes un hueso de "mear en el coche de tu jefe" en tu cuerpo.

Suspiro. Ella tiene razón. Lo odio, pero tiene razón. —Es una mierda que Sienna heredara todos los genes rebeldes —murmuro—. Todo mi ADN está programado para ser obediente. Incluso la idea de replicarle me produce urticaria.

—Oh, nena, no te subestimes. Eres un petardo cuando quieres. Solo estás aguantando con el Príncipe Idiota porque necesitas este trabajo para mantener a los niños en un buen lugar. Comida en la mesa, techo sobre sus cabezas, todo eso. Eres una mártir, en serio. Deberían hacerte estatuas.

Resoplo y me bajo del vagón en mi parada. —Estoy bien sin eso, gracias. No necesito estatuas mías. Solo quisiera no ser tratada como un ciudadano de segunda en mi trabajo.

—Bueno, si los deseos fueran peces, todos tendríamos algo que comer —dice Phoebe sabiamente.

—¿Qué demonios significa eso?

Puedo oír el encogimiento de hombros en su voz. —Ni idea. Algo que solía decir mi madre. La gente de Oklahoma es rara, ¿qué puedo decirte?

Toda la familia de Phoebe nació y creció en el Dust Bowl. Creció en las afueras de Nueva York, justo enfrente de Sienna y de mí, pero heredó el acento y la sabiduría popular sin sentido de varias generaciones.

—Parece un deseo bastante razonable. Es una locura que me diga que no me dedico a su trabajo. Estoy allí desde el amanecer hasta el anochecer todos los putos días. Sueño con hojas de cálculo, ¿lo sabías? Sueño literalmente con el estúpido calendario de Ruslan y sus listas de tareas. Incluso cuando duermo estoy trabajando. Es una locura.

—Le predicas al creyente, nena. Pero sigue, no dejes que te detenga.

La gente me mira raro mientras subo las escaleras de la estación de metro y vuelvo al nivel de la calle, pero no me importa. Todas las cosas que me gustaría decirle a Ruslan salen de mis labios como vómitos de palabras.

—¡Es tan engreído! ¿De dónde lo saca? ¿Crees que se va a casa y se mira en el espejo para reírse y retorcerse el bigote como un malvado villano de cómic? Como diciendo: *Muahaha, otro*

día de éxito arruinando la vida de mi secretaria. Bien hecho, Ruslan, muy bien hecho.

—¿Tiene bigote?

—Phoebe. Concéntrate.

—Bien. Lo siento. Es solo que tenía una imagen mental muy específica de él, ¿sabes? Alto, moreno, ese tipo de sonrisa sexy y sugerente que te insinúa que quiere ir a un sitio más privado, pero sin decirlo realmente... Abdominales marcados, venas en los antebrazos. Oh, Dios, me encantan unas venas sexys en los antebrazos, y quizá un tatuaje sexy en alguna parte, pero en un lugar donde tienes que desvestirte un poco para verlo, así que es como...

—*Pheebs*. No ayudas.

—Cierto. Lo siento.

El problema es lo preciso de su descripción. Sé desde el principio de mi empleo en Bane que Ruslan es un imbécil. Pero también sé que es estúpidamente *atractivo*.

Vi suficientes destellos de sus tatuajes como para querer ver más. Vi suficientes destellos de esa sonrisa, es rara, pero existe, para querer que la dirija hacia mí. Solo una vez. ¿Es mucho pedir?

Al parecer, la respuesta es un rotundo "sí".

Subo las escaleras de mi apartamento con cansancio. Es raro llegar a casa antes de que se haya puesto el sol. Los niños siguen en el colegio durante otros cuarenta y cinco minutos y Ben está en una "feria de empleo" (así deberían llamar oficialmente al bar del barrio), así que tengo un poco de tiempo para mí.

—Cuéntame algo de ti —le pido mientras abro la puerta principal.

—Estás cambiando de tema —acusa Phoebe.

—Absolutamente. Compláceme.

Ella exhala. —Veamos, veamos... Salí con ese chef bombón el fin de semana pasado.

—¿Oh? Sí que te encantan los antebrazos, ¿verdad?

—Totalmente. Fue una buena cita, de verdad. Resulta que las ostras son afrodisíacas.

—¿Supongo que tuviste suerte?

Phoebe resopla. —Él tuvo suerte, querrás decir. No todo el mundo tiene la oportunidad de comer el dulce néctar de mi...

—Sí —me apresuro a interrumpirla antes de que se vaya demasiado lejos como para detenerla—. Me hago una idea. Además, no digo que *todo el mundo* lo consiga, pero, según mis cuentas, sí una cantidad considerable. Estaba el contable...

—¡Me ayudó a hacer mis impuestos!

—El guardián del zoo...

—¡Me prometió que vería a su mono mascota!

—El terapeuta, el trabajador de la plataforma petrolífera, el estudiante de doctorado...

—Bien, Bien, lo entiendo. Soy una sucia bruja puta y deberían quemarme en la hoguera —se apresura a decir—. Pero uno, estamos en el Año de Nuestro Señor 2023, así que avergonzar a las putas ya no es socialmente aceptable. Y dos, demándame por vivir un poco. Soy joven y caliente y quiero ver lo que se ofrece. Tú deberías hacer lo mismo.

Suelto una risita. Sabe que no la juzgo, solo estoy celosa. Llevo tanto tiempo sin echar un polvo que me aterroriza que me salgan telarañas entre los muslos.

—Lo sé —digo con otro suspiro cansado—. Debería. Pero... no puedo, ¿sabes? Quiero decir, no tengo tiempo e incluso si lo tuviera, no tengo exactamente prospectos golpeando mi puerta por la oportunidad de llevarme a una cita.

—Los tendrías si salieras al mercado, nena —dice Phoebe con su voz suave—. Sé que es duro. Sé que echas de menos a Sienna. Sé que tienes que pensar en los niños e ignorar a Ben. Pero... inténtalo, ¿vale? Prométeme que lo intentarás. Si hay alguien en tu vida con quien puedas verte intentándolo, vale la pena. El mañana nunca está garantizado, amor. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie. Así que te lo debes a ti misma, y a toda la gente que te quiere y depende de ti. Sé feliz.

Dejo caer el bolso sobre la mesa de la cocina y me dejo caer en el sillón. Algo húmedo cruje debajo de mí. Resulta ser un burrito de Taco Bell a medio comer. Obra de Ben, sin duda, junto con el resto del desorden de la casa que, *literalmente, acabo de limpiar ayer.*

Hago una mueca, saco el taco y lo tiro a la papelera. —Tienes razón. Lo intentaré.

—¿Me lo juras por el meñique?

—Sí. Lo juro por el meñique.

—Bien —Phoebe suena satisfecha—. Tengo que ir a Hot Girl Yoga. Te quiero con la intensidad de mil soles. Dales a los pequeños mi amor también. Adiós.

Luego cuelga.

Dejo caer la mano sobre mi regazo. El teléfono se desliza por el hueco entre el cojín y el reposabrazos, pero dejo que se quede ahí encajado.

Hay silencio sin la voz de mi mejor amiga en mi oído. Extrañamente silencioso. Ni siquiera recuerdo la última vez que hubo este pequeño silencio en el caos en mi entorno. Y, si cierro los ojos e ignoro el desorden, es todavía más dichoso.

Al menos por un momento.

Entonces aparece una cara en la pantalla negra del ojo de mi mente.

Es Ruslan porque, como le dije a Pheebs, me persigue incluso cuando estoy fuera de la oficina. Tiene esa sonrisa que ella describió. Esa sonrisa de *vamos a un sitio más privado y déjame enseñarte lo que puedo hacer por ti*. La cámara de mi imaginación retrocede y flota hacia abajo.

El Ruslan imaginario lleva una camisa blanca de color marfil con los dos botones de arriba desabrochados. Lo suficiente para ver un poco de vello oscuro en el pecho y el borde de un tatuaje que no logro distinguir. Flexiona los antebrazos delante de él. Los nudillos crujen más fuerte de lo que esperaba, y suelto un pequeño grito de sorpresa.

Me gusta que hagas ese ruido, canturrea. *Veamos si puedo hacer que lo hagas de nuevo.*

Asiento antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. —Hazme gemir —suplico.

También toco el interior de mi rodilla antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Pero no son mis manos las que lo hacen, o al menos no parece que lo sean. Son las manos de Ruslan, enormes y poderosas, que tocan mi muslo y suben desde el borde de la falda lápiz.

Has sido una ayudante muy traviesa, gruñe con su aliento mentolado en mi cara. Se mezcla con la especia amaderada de su colonia. Hay una leve risa en el borde de su voz, como si supiera que todo esto es una locura, pero siguiera adelante porque es más excitante que ridículo. *Has sido muy, muy mala. Entra en mi despacho y cierra la puerta.*

El resto del mundo desaparece como si acabara de seguir sus órdenes. Atrás queda mi apartamento desordenado y el persistente olor a burrito de queso. Ahora solo huelo a Ruslan.

Esa colonia.

Ese aliento.

Debajo, ese almizcle que hace arder mis terminaciones nerviosas.

—¿Me castigarás, Ruslan? —susurro.

Te gustaría, ¿verdad? Te encantaría que te incline sobre mi escritorio y te baje la cremallera de la falda hasta que te llegue a los tobillos. Te encantaría que extienda la palma de mi mano a lo largo de tu culo desnudo en una tierna caricia antes de levantarla y azotarte lo bastante fuerte como para hacerte gritar de nuevo. Te volverías jodidamente loca si dejara que mis dedos bajaran hasta separarte los muslos y arrastraran una yema lenta y burlona por tu humedad. Te encantaría todo eso. ¿Verdad, Srta. Carson?

Me muerdo el labio inferior frenéticamente. Mi propia mano baila hacia arriba y toca el borde de mis bragas, luego se sumerge por debajo y las aparta. Estoy húmeda y palpitante. Me duele. El susurro de la brisa del aire acondicionado en mi coño es casi suficiente para llevarme al límite.

Pero ese es el problema, Srta. Carson. Le encantaría demasiado. ¿Qué clase de castigo sería si disfrutara cada segundo? Tengo una idea mejor.

Estoy literalmente en el borde de mi asiento, rechinando y agitándome contra mis dedos. El Ruslan imaginario me tiene comiendo de la palma de su mano. Haría cualquier cosa por él. Diría cualquier cosa. Sería cualquier cosa.

—Sí, señor —digo con voz ronca—. Tiene razón, señor. ¿Qué tenía en mente?

Empezaré con lo que acabo de describir. Doblarte, provocarte, azotarte. Luego te pondré boca abajo contra mi escritorio, me dejaré caer detrás de ti y pondré mi lengua donde estaban mis dedos. Te chuparé hasta la última gota. Al principio, será solo la punta de mi lengua. Solo un ligero beso en los labios de tu coño. Rozaré tu clítoris y empujarás contra mí, buscando más. Pero te inmovilizaré contra el escritorio y gruñiré: No te atrevas a moverte a menos que yo te lo diga. *¿Y qué dirás a eso?*

—No me moveré, señor —grazno, desesperada—. Haré exactamente lo que quieras que haga. Me quedaré ahí mientras me comes.

Esa es una buena respuesta, Srta. Carson. Es la única manera de conseguir que siga adelante. Si eres una buena chica, si escuchas y obedeces, entonces seguiré. Mis besos entre tus muslos se convertirán en largos arrastres de mi lengua sobre ti. Luego separaré los labios de tu coño y profundizaré más. Meteré un dedo entre tus pliegues, luego otro, y los encorvaré para acariciarte las partes más profundas, aquellas en las que el mero contacto te hace estremecer como un cable en tensión. Iré cada vez más deprisa, entrando y saliendo de ti mientras devoro tu humedad, hasta que tus piernas tiemblen y esos gemidos se conviertan en música para mis oídos. ¿Qué te parece?

—Suena jodidamente bien, señor —meto y saco mis dedos repetidamente—. Por favor, hazlo. Por favor, por favor.

Estarás justo ahí. Justo en el borde. Puedes sentirlo, ¿verdad? El mayor orgasmo de tu vida está ahí para que lo disfrutes. Todo lo que tengo que hacer es lamerte de cierta manera mientras te meto los dedos así y te correrás para mí como mi princesita especial, ¿verdad? Yo lo sé. Tú lo sabes. Los dos estamos esperando el momento adecuado. Y está llegando, te lo prometo. Ese momento se acerca más y más y más y más y más y estoy lamiendo mientras meto mis dedos, estás gimiendo mientras tienes espasmos y estamos tan malditamente cerca y luego ...

—¿Y luego qué? —grito—. ¿Y luego qué?

Y entonces pararé. Levantarme y retroceder. Te dejaré ahí hecha un puto desastre chorreante y arruinado, como recordatorio de que, igual que tu corazón y tu mente y tu cuerpo y tu alma y tu tiempo libre y tus esperanzas y sueños... que, igual que todo eso, tus orgasmos me pertenecen.

Me corro más fuerte que nunca en mi vida, incluso mientras mis labios forman el más

desgarrador “¡Nooo!” que jamás he oído.

Es como ser atropellada por un autobús, si el autobús apuntara directamente a mi clítoris y fuera también un compactador de basura que me aprieta desde dentro hacia fuera mientras me prende fuego y luego me congela de pies a cabeza.

El Ruslan imaginario es tan cruel como el Ruslan real. Dijo que se guardaría mis orgasmos para sí, pero siento que le robo este. La euforia me atraviesa en un relámpago interminable tras otro, hasta que, finalmente, lo que parece una hora después, vuelvo a algo parecido a la consciencia normal, con la baba en los labios y los dedos húmedos y pegajosos por mi propio deseo.

Me levanto con las piernas tan temblorosas como me dijo. Me duele la garganta de tanto gemir y estoy muy dolorida. Cuando me levanto, mi teléfono cae al suelo.

Me agacho para recogerlo... Y me congelo de horror.

El nombre de Ruslan ilumina mi pantalla.

Y la llamada está activa.

La realidad de lo que está ocurriendo me golpea las tripas de inmediato, pero mi cabeza tarda unos instantes en asimilarlo.

Durante siete minutos y treinta y dos segundos, estuve en una llamada con Ruslan Oryolov.

Durante siete minutos y treinta y dos segundos, me masturbé con la fantasía más sucia que he tenido nunca, protagonizada por Ruslan Oryolov.

Durante siete minutos y treinta y dos segundos, mi teléfono grabó hasta el último gemido y jadeo y respiración y sacudida que hice, mientras suplicaba por su misericordia y le rogaba que me hiciera venir.

¿Ruslan escuchó todo el maldito asunto?

RUSLAN

—¿Hemorragias nasales?

—Es un pequeño bache. Nada de qué preocuparse. Tuvimos algunas hemorragias en todos los ensayos —mi químico en jefe arrastra los pies hasta la mesa de laboratorio blanca e inmaculada, donde los tubos de ensayo están ordenados, cada uno rebosante de un líquido blanco. Hojea sus cuadernos como si allí fuera a encontrar la respuesta a mi irritación.

Putos científicos. Son brillantes.

También son un dolor de culo.

Me aclaro la garganta. —Sergey, sígueme la corriente. ¿Qué es Venera?

Sus ojos encapuchados parpadean, confundidos. Sabe que conozco la respuesta, porque Venera es la apuesta de mil millones de dólares que asegurará el futuro de la Bratva Oryolov; lo que no sabe es *por qué* se lo pregunto.

—Es... es un afrodisíaco con propiedades ligeramente alucinógenas.

—Buen trabajo fingiendo que soy estúpido. Sigue así. ¿Un afrodisíaco sería...?

Sus parpadeos se hacen cada vez más rápidos hasta que empiezo a preocuparme de que pueda estar teniendo un cortocircuito. —Es… Es un estimulante erótico. Diseñado para inducir fuertes impulsos sexuales.

—Excelente. Ahora, ¿las hemorragias nasales te parecen particularmente eróticas, Sergey?

Mira a sus tres protegidos con bata de laboratorio. Forman una fila ordenada, imitando sin querer las muestras de probeta de Venera.

—No, señor.

—"No" es correcto —gruño—. Las hemorragias nasales no son eróticas. Por lo tanto, no es un "problema menor". Es un puto problema. Lo que quiero saber es si *tiene arreglo*.

Traga saliva, lo bastante alto como para que lo oiga por encima del sordo estruendo del equipo de laboratorio que se agita a nuestro alrededor. —Lo intentaré, señor.

Le dirijo la infame mirada Oryolov, que hace que los hombres adultos se meen en los pantalones cuando intentan sostenerla. —No lo intentes. *Hazlo*.

Sergey tiene mente para la ciencia, pero no ve el panorama general. Y eso también es intencionado, porque, si tuviera la menor idea de lo mucho que está en juego con el lanzamiento de este fármaco, se acurrucaría en posición fetal y nunca saldría de casa.

He repartido miles de millones de dólares en investigación y desarrollo, en sobornos a policías y sueldos de fichaje a nuevos narcotraficantes, en negociaciones territoriales y proveedores de materias primas y esto, aquello y lo otro, todo para allanar el camino para que

Venera salga a la calle y se apodere de esta ciudad como una puta tormenta.

Venera es mi futuro.

Venera es mi legado.

Venera es nuestra victoria.

Un gruñido detrás de Sergey me avisa de que hay un técnico de laboratorio muy delgado esperando detrás de él. Tiene los ojos llorosos y tímidos, y la bata manchada en el dobladillo.

En cuanto mi mirada se posa en él, Sergey se aparta como una foca bien adiestrada. Ha visto suficiente de mi temperamento para saber que es mejor mantenerse fuera de su alcance.

Me acerco al hombre que se aclara la garganta. —¿Y tú eres...?

Sus ojos se mueven sin parar. Izquierda y derecha. Izquierda y derecha. —Mattias —dice al fin.

—¿Hay algo que quisieras decirme, Mattias?

Ahora también le tiembla la mandíbula. —Tenemos que centrarnos en corregir *todos* los efectos secundarios, señor. No solo los que afecten a su cuenta de resultados.

Casi me dan ganas de reír. No mucha gente tiene las pelotas de desafiarme a la cara.

En mi visión periférica, veo a mi segundo al mando, Kirill, enderezándose. Presiente el peligro. Igual que los otros dos ayudantes de laboratorio. Al igual que Sergey, se distancian inmediatamente del nuevo.

—Parece que desapruebas mis decisiones, Mattias.

Levanta su suave barbilla. —Puede que sí.

Mi mirada no parece tener mucho efecto en él, pero la lenta sonrisa que se dibuja en mi boca sí. Sus ojos se llenan de miedo y retrocede medio paso.

—Te voy a ofrecer una oportunidad para volver a la fila.

Su mandíbula chasquea en su sitio. —Yo…

—Demasiado lento.

Saco una pistola y disparo al *mudak* justo entre sus ojos bizcos.

Gritos. Caos. Derramamiento de sangre. Toda la música habitual.

Los demás ayudantes corren en todas direcciones, se lanzan bajo la mesa del laboratorio y detrás de las endebles estanterías de alambre. Sergey es el único que se mantiene en pie, pero, a juzgar por su tez blanca como la sábana, es una reacción de sorpresa ante el hecho de que uno de sus subordinados yace en el suelo, con un agujero donde antes estaba su cara.

Cuando me vuelvo hacia Sergey, se echa hacia atrás, casi volcando la mesa con todas las muestras de Venera. —S-Señor...

—Cálmense todos, maldición —el tono de Kirill es de impaciencia y diversión en partes iguales cuando se dirige a la aterrorizada sala—. Ese hijo de puta engreído tuvo una diana en la frente desde el momento en que decidió venderle información sensible a nuestros competidores.

Los ojos de Sergey están desorbitados. —¿Mattias hizo qué?

Los técnicos de laboratorio se han pegado a los bancos de trabajo que abrazan las paredes del laboratorio, con la barbilla tambaleándose como niños pequeños que se han cagado encima.

Bien. Trabajarán más duro después de esto. El miedo es un motivador extremadamente eficaz.

—¿Alguno de ustedes sabía de esto? —les pregunto.

Sé que no. Investigué a fondo los antecedentes de cada uno de ellos. Sé dónde viven sus madres, dónde esconden su dinero, dónde están enterradas sus mascotas de la infancia. Sé cosas que ellos mismos olvidaron. Ahora que Mattias está muerto, todo el equipo está limpio, pero

tengo que asegurarme de que siga así. No puedo permitirme otra brecha.

—¡N-no...!

—Lo juro, señor. No tenía ni idea.

—Nunca lo haríamos.

—Por favor...

—¡Ya basta! —apenas alzo la voz, pero los dos científicos tartamudos cierran la boca—. Que esto sirva de advertencia. Los traidores no recibirán piedad. Seré juez, jurado y verdugo, y no soy precisamente imparcial. ¿Entendido?

Me encuentro con un silencio desesperado. Las cabezas se agitan frenéticamente. Satisfecho, chasqueo los dedos y hago una señal a dos de mis hombres. —Saquen la basura. Seguro que a Sergey no le gusta que contaminemos sus suelos con la sangre de ese traidor.

Sergey se ve como si la limpieza de sus suelos fuera lo último en lo que pensara.

Aún no le ha vuelto el color a la cara.

—El lanzamiento tendrá lugar pronto. Necesito que todo salga bien.

—Por supuesto, señor.

—Bane Corp. existe para proteger los movimientos de esta Bratva. Sin mi fachada de CEO respetable, no puedo dirigir mi imperio, ni proteger a la gente bajo sus alas. Entiendes eso, ¿verdad, Sergey?

Baja tanto la barbilla que corre el riesgo de romperse el cuello. —Sí, señor.

—Un espía es perdonable, pero un segundo plantearía dudas sobre tu competencia para elegir a tu propio personal.

—*Pakhan,* te juro...

Alzo la mano para callarlo. —No me interesan las excusas. Quiero resultados, joder. Ahora, vuelve al trabajo y pon esta droga de nuevo en marcha. Vamos a contrarreloj.

Sergey asiente una vez más y desaparece en el almacén químico de la derecha. Me río entre dientes: prefiere estar encerrado con cianuro que conmigo.

Buena elección.

Kirill observa el torpe paso de Sergey hasta que el pobre bastardo desaparece. —¿Crees que está a la altura del desafío?

—Más le vale. No tengo paciencia para más retrasos.

—La paciencia nunca fue un punto en tu lista de virtudes, hermano.

Kirill y yo salimos del laboratorio sonriendo y nos despojamos de nuestras batas protectoras. Más ratas de laboratorio se abren como el Mar Rojo cuando salimos a la superficie, al vientre de la enorme instalación que compré para lanzar esta droga al mundo. Me costó un dineral, pero esta inversión está a punto de reportarnos un beneficio colosal, si conseguimos perfeccionar Venera antes de su fecha de lanzamiento, dentro de unas semanas.

—Quiero ojos en este laboratorio las veinticuatro horas del día —le ordeno a Kirill—. Quiero que todos los químicos de este proyecto estén vigilados las veinticuatro horas del día. La deslealtad no será tolerada.

Kirill empieza a dar golpecitos en la pantalla de su teléfono. —Entendido, jefe. Pondré un equipo con ellos lo antes posible.

Frunzo el ceño cuando veo la alerta del buzón de voz en mi pantalla. Es un nombre que me cabrea mucho. *¿Qué coño quiere a estas horas?*

—Siete minutos y treinta y dos segundos —murmuro—. Que me jodan.

—¿Pasa algo?

—Puede que necesite conseguirme una nueva ayudante.

—¿Para qué? Tienes una estupenda. Y, además, es agradable a la vista.

Puede que Kirill tenga razón, pero no me gusta que la tenga.

Corrección: No me gusta que se haya *fijado* en ella para tenerla.

En mi mente, veo un destello de ella esta mañana. No como siempre, sino en otra versión. Nerviosa, agitada, despeinada. Sigo viendo el hombro del tirante de su sujetador, la forma en que su pecho asomaba por la copa lo suficiente como para dejarme ver su escote.

Había sido poco profesional. Perezoso. Molesto. Distractor.

Y *tentador*.

Demasiado tentador.

—Últimamente ha estado fallando.

—Suficiente. Solo dale un buen azote de lengua y retomará el camino.

Doy un respingo. La mención de las lenguas me hace preguntarme cuánto daño podría hacerle con la mía.

Me imagino arrojándola sobre mi escritorio solo para poder levantarle la falda y ver lo que esconde. Sería tan fácil. Jadearía y gemiría tan deliciosamente, ya lo sé. Me empalmo con solo pensarlo. Aunque parte de eso es solo tensión contenida. He acumulado un montón de trabajo, así que hace mucho tiempo que no estoy con una mujer.

—Si me llamó para darme una excusa de mierda sobre por qué no puede venir mañana, la mando a la mierda.

—Es tu decisión —Kirill se encoge de hombros.

Me dirijo a mi todoterreno mientras Kirill envía por SMS algunas instrucciones de última hora a mis *vors* encargados de los asuntos de Bratva en los cinco distritos. El chofer abre la puerta y yo subo al asiento trasero. De mala gana, empiezo a escuchar el mensaje de voz de Emma, que estoy seguro de que será una arenga innecesaria de excusas a medias y disculpas furtivas.

Me detengo en seco cuando una serie de sonidos apagados golpea mi oído. No parece haber palabras coherentes. ¿Es un chiste? ¿Una broma? No, es una pérdida de tiempo. Estoy a punto de cortar el mensaje y enviar un mensaje a mi jefe de Recursos Humanos para que abra una nueva oferta de empleo...

Cuando oigo un gemido entrecortado.

¿Es esto lo que creo que es?

Su voz llega un segundo después. Acalorada, excitada, llena de una urgencia desesperada. Tardo un momento en darme cuenta de lo que dice.

Gime un nombre, *mi* nombre.

Y así, sin más, estoy enganchado.

RUSLAN

—*¿Me castigarás, Ruslan?*

Nunca deseé tanto algo. Tengo los nudillos blancos de tensión mientras me acerco el teléfono a la oreja, hambriento de cada gemido, suspiro y jadeo que sale de su sucia boquita.

Mi polla se tensa contra la tela de mis pantalones, desesperada por liberarse. Pero tengo a una docena de hombres repartidos por los pisos superiores de las instalaciones químicas, y Kirill se dirige hacia el coche con la curiosidad marcada en la frente.

—*Sí, señor. Tiene razón, señor. ¿Qué tenía en mente?*

Unas descargas de electricidad recorren mi cuerpo al oírla jugar a esta pequeña fantasía. Imagino lo que me provocaría *verla*.

En los dieciocho meses que la Srta. Carson lleva trabajando para mí, no recibí ni un indicio de incorrección. Quizá esto es mi culpa. Quizá esa pulla sobre su intento a medias de seducirme esta mañana desató a la sirena.

O quizá fue un error. Existe la posibilidad de que ni siquiera sepa que me envió el mensaje de voz. Tiene una duración imperdonable de siete minutos y medio. Y tal vez los pensamientos de lo que podría hacerle la distraen *mucho*.

Ella gime profundamente. Sonidos de piel con piel. Puedo oír lo mojada que está.

—¿Qué está pasando?

Reacomodo mi expresión y pongo en pausa el buzón de voz. —Nada. Haré que Boris te lleve primero.

Kirill arquea una ceja, pero no me empuja mientras sube al asiento trasero. La posesividad que me invade no me es desconocida. Soy un hombre posesivo y no me gusta compartir mis cosas. Pero esa regla nunca se aplicó a las mujeres.

Atribuir la propiedad a cualquier mujer solo le da un derecho sobre mí. Es un inconveniente que logré evitar hasta ahora en mi vida. No tengo ninguna prisa por cambiarlo.

Durante todo el camino a casa de Kirill, mi rodilla no deja de rebotar con impaciencia.

—¿Seguro que estás bien, hermano? —pregunta.

—Solo estoy preocupado por el lanzamiento —miento con facilidad.

En el momento en que dejamos a Kirill en la entrada de su edificio de apartamentos, vuelvo a tener el teléfono en la mano y vuelvo a abrir el buzón de voz de Emma. Pulso reproducir.

—Que me jodan —murmuro.

La mujer monta un espectáculo hecho a mi medida. Cada vez que se refiere a mí como "*señor*" con ese suave gemido, mi polla salta de necesidad. Su respiración entrecortada refleja la

mía.

Para cuando llegamos a mi ático del centro, me pregunto si mi polla bajará algún día. No es que haya hecho mucho por ayudar.

—Gracias, Boris. Nos vemos mañana a las seis.

—Entendido, jefe.

Tomo el ascensor hasta el piso 35 luego de marcar mi código de acceso privado. Las puertas dan directamente a mi ático.

Soy un hombre ocupado, así que me ayuda compartimentar mi vida. Lo mismo me ocurre con mis propiedades. Algunas son para los negocios, otras para el placer, y esta de Madison Avenue, la más grandiosa de mis propiedades, es solo para mí.

Vengo aquí cuando anhelo paz y tranquilidad, cuando quiero estar completamente a solas con mis pensamientos.

O con las sucias fantasías de mierda de mi asistente.

No hay paz ni tranquilidad aquí esta noche. Lo único que nada en mi cabeza es la Srta. Carson. Su pequeña boca. Esos inocentes ojos almendrados. La forma en que su culo se mueve cuando está enfundado en un vestido de seda.

No estoy ciego: me fijé en ella en cuanto entró en mi despacho para la última entrevista. Sin embargo, su atractivo no fue la razón por la que la contraté. De hecho, la contraté *a pesar* de su aspecto. Ningún hombre necesita tener una tentación constante paseándose con tacones altos y labios rojos.

Pero sus credenciales y su experiencia estaban por encima de la media, y yo estaba harto de la rotación de imbéciles que oscurecían mi puerta con su ineptitud y su carga emocional. La asistente que precedió a Emma dimitió justo antes de echarse a llorar y llamarme “Hermes psicópata”. Hice que Kirill lo imprimiera en mis tarjetas de visita.

Así que cuando Emma asumió el papel, a pesar de algunos problemas de novata, fue como un soplo de aire fresco. Es inteligente, competente y no se queja.

No es que no supiera *exactamente* cuándo estaba enfadada o frustrada conmigo. Sus ojos azules se oscurecen y tiene una vena en la frente que se le tuerce cada vez que le doy órdenes o le encomiendo una tarea que considera indigna de ella.

Es mi forma de mantenerla ocupada y lejos, para que no acabe debajo de mí.

Claro que ahora no tengo que imaginarme cómo sonaría si la inmovilizara contra la pared y le metiera los dedos entre los muslos.

Ya he escuchado ese maldito mensaje de voz dos veces. Más repeticiones y corro el riesgo de hacer algo estúpido.

Como masturbarme mientras pienso en todas las formas diferentes en que destrozaría su cuerpo.

Me desvisto y me dirijo al sillón de cuero frente al ventanal... Consigo resistirme al teléfono durante tres minutos antes de volver a cogerlo.

Esta vez, cuando empiezo a reproducir el buzón de voz, lo pongo en altavoz.

Sus gemidos llenan lo que se suponía que sería un dichoso silencio zen. Mi polla choca contra los pantalones, pero me niego a tocarme. Me gusta la idea de ser la estrella de su material pornográfico, pero desde luego no la quiero en el mío.

Pero la forma en que grita mi nombre mientras se toca... *Joder*, es lo más erótico que he oído en toda mi maldita vida. Eso y el sonido de sus dedos haciendo contacto con su coño. La humedad resbaladiza retumba justo debajo de sus gemidos, cada vez más rápido a medida que se

adentra en su fantasía.

—*Suena tan jodidamente bien, señor. Por favor, hazlo. Por favor, por favor.*

—¡*Blyat'*! —pongo en pausa el buzón de voz a medio gemir.

Tengo que borrarlo. Es lo correcto, lo sé. Pero, aunque tengo el dedo encima del botón de borrar, no me atrevo a hacer clic.

Debería castigarla por esto. Empalarla en mi polla parece un castigo bastante apropiado ahora mismo.

Avanzo casi hasta el final del mensaje y vuelvo a pulsar reproducir. Ya no gime.

Prácticamente grita. Me imagino su cuerpecito estremeciéndose mientras el orgasmo la desgarra. Me produce una perversa satisfacción saber que soy responsable de ese orgasmo, por indirecto que sea.

Su respiración se agita un poco y vuelve a agitarse justo al final. Un golpe. Un grito ahogado. Dos segundos después, el mensaje termina.

Apuesto a que mi secretaria no tenía intención de enviarme ese mensaje de voz.

Diablos, probablemente no tenía ni idea de que me llamó.

Qué error tan irreversible.

Me pregunto de qué más es capaz esa boca.

Dejo el móvil en el sillón reclinable y me dirijo al cuarto de baño del dormitorio principal. Me quito los calzoncillos, me meto en la ducha y pongo el agua lo más fría posible. Me obligo a congelarme bajo la granizada durante diez largos minutos, hasta que mi erección por fin abandona la lucha y afloja.

No hay manera de que pueda evitar abordar este pequeño desliz mañana por la mañana. Lo que me deja solo dos opciones: despedirla o follármela.

A mi polla le gusta demasiado la segunda opción. —Abajo, chico —gruño, poco dispuesto a soportar otro baño de hielo de quince minutos.

Ignorando mi cama, me siento ante el elegante escritorio negro. La luz de mi portátil personal ilumina la habitación con un inquietante resplandor plateado. Basta una rápida búsqueda para encontrar el expediente de Emma en mi base de datos de empleados. Su foto brilla en la parte superior de la página. Aspecto inocente. Blusa blanca, pintalabios rojo y una sonrisa cohibida.

Pero ya es imposible mirarla y verla de la misma manera.

No cuando sé cómo suena cuando se deshace.

Cada expediente incluye una comprobación completa de los antecedentes de todos mis empleados. Todo el mundo tiene esqueletos en el armario. Yo prefiero saber cuántos antes de ponerlos en nómina.

Resulta que Emma Carson era prácticamente una niña exploradora hasta hace unos tres años y medio, cuando heredó abruptamente una tonelada de deudas. Echo un vistazo rápido al expediente. La deuda es bastante inocente, solo deudas cotidianas. Hipoteca. Préstamos estudiantiles. Inflación. Funeraria. El tipo de mierda con la que la gente normal tiene que lidiar si no tienen cónyuges o papás ricos.

Pero me da una idea.

Después de todo, no hay nada más sexy que los límites herméticos de un acuerdo mutuamente beneficioso. Es como el laboratorio de Sergey: nada puede salir mal si se mantiene contenido. Si embotellas alguna mierda peligrosa en un tubo de ensayo, se convierte en una herramienta, un arma, un producto.

Es cuando dejas que la química explote por sí sola cuando la mierda sale mal.

Vuelvo a coger el teléfono y busco entre los contactos. La voz de mi abogado Isay está entrecortada por el sueño cuando descuelga. —¿Jefe?

No me molesto en disculparme por despertarlo. Le pago a mi gente lo suficiente como para poder exigir atención las veinticuatro horas del día siempre que la necesito.

—Necesito que redactes un contrato para mí. De inmediato.

EMMA

—Se acabó. Mi vida tal y como la conozco se ha acabado. Q.E.P.D. para mí.

—Lo siento, ¿quién es?

—¡*Pheebs*!

Se ríe entre dientes mientras miro mi reflejo en el espejo e intento no vomitar. Tengo el teléfono en altavoz sobre la encimera del baño, sobre todo porque me sudan las palmas de las manos desde que vi la invitación a la reunión de hoy en el calendario.

9:00 A.M. - 09:07:32 A.M.: Reunión de Emma Carson y Ruslan Oryolov.

—Lo siento. No pude resistirme. De todos modos, rebobina, respira hondo, y luego dime qué pasa con tu voz de niña grande. Desahógate. Tómate todo el tiempo que necesites. Solo hazlo rápido, porque tengo una cita a las 9 en punto.

Ahora estoy rebotando sobre las puntas de mis pies, como hace Reagan cuando tiene muchas ganas de orinar. —Sí, yo también. Con *él*.

—Ah. Oh, espera… *Oh*.

Anoche llamé por primera vez a Phoebe justo después de darme cuenta de lo que hice. Su reacción fue una mezcla vertiginosa de orgullo y horror. Creo que sus palabras exactas fueron: *Claro, es mortificante, pero me alegro de que te hayas excitado. Sabía que podías hacerlo*.

Se oye un poco más tranquilizadora ahora que las cosas están fuera de control. —Eso no significa necesariamente que escuchó el mensaje de voz, Em. Quizá es solo una reunión estándar. Una aburrida reunión de negocios, un jueves por la mañana.

—Está programada para siete minutos y treinta y dos segundos. Precisamente.

—Hm —hay un silencio—. No se ve bien, ¿verdad?

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes para mí? ¡Perderé mi trabajo, Phoebe!

—No lo sabes con seguridad. Respira hondo y entra ahí, a ver qué quiere. Hazte la relajada, ¿sabes?

—¿Y si lo que quiere es mandarme a la mierda con una carta de recomendación que dice que soy una sucia puta con mediocres habilidades para el sexo telefónico?

—Probablemente haya un mercado para eso —gimo mientras la risa de Phoebe se desvanece en un tono serio—. Escucha, nena: pase lo que pase, eres una mujer fuerte, inteligente y segura de ti misma y caerás de pie. Y, hasta que lo hagas, te cubro las espaldas.

Sus palabras significan todo para mí, pero sé que Phoebe tampoco tiene mucho margen de error en su vida. Tiene tantas dificultades como yo. Si ella pudiera ayudarme, eso no haría mella en todas las facturas y préstamos que se ciernen sobre mí.

—Gracias por la charla. Ahora tengo que ir a mi perdición.

—¡Mucha mierda!

Parpadeo. —¿Eh?

—Es un viejo dicho. Significa algo así como "rómpete una pierna", pero para los españoles.

Si no me preocupara perder el trabajo y acabar en la calle con tres niños, me reiría. En lugar de eso, me despido una vez más y me paso tres minutos vomitando en seco en uno de los baños vacíos.

Una vez que me hice suficiente daño en el estómago, me escabullo del baño y pierdo los dos minutos que me quedan antes de la reunión de pie frente a la puerta de Ruslan, viendo cómo el reloj me roba la vida, segundo a segundo.

—¿Estás bien, Emma? —pregunta al pasar Katie Miller, otra de las asistentes ejecutivas de esta planta.

—De maravilla —murmuro—. Esperando la guilllotina.

—¿Disculpa?

—Nada. Me gustan tus pendientes. Que tengas un buen día.

Levanta un poco la ceja. No suelo ser tan despectiva, pero ahora mismo no puedo concentrarme en charlas triviales. No cuando estoy a treinta segundos del final de mi carrera.

Querido Dios, sé que no te rezo a menudo. O, bueno, nunca. Pero por favor ayúdame hoy y definitivamente consideraré empezar de forma más semi-regular.

Estupendo. Ahora, estoy negociando con Dios. *Tocaste un nuevo fondo, Emma. Un nuevo fondo*.

Respiro hondo y entro en su despacho. Las persianas están cerradas, ocultando toda la luz de la mañana de Manhattan. Parece la cueva de un oso, y el oso en cuestión está sentado en su mesa, consultando su teléfono. No me reconoce hasta que estoy delante de su mesa.

—Siéntese.

En el momento en que mi trasero está sobre la silla, deja el teléfono y me mira. Solo me *mira.*

En los dieciocho meses que llevo trabajando para él, ni una sola vez me prestó toda su atención. Incluso durante nuestras reuniones matinales, habla por teléfono, hojea archivos o teclea en su portátil. Antes me molestaba. Ahora me doy cuenta de que debería estar agradecida.

¿Debería decir algo?

Quizá quiere que rompa el silencio. Quizá deba darle una explicación, una disculpa, *algo*. Pero, cuanto más se alarga el silencio, menos capaz soy de romperlo.

Decido una vez más que esos ojos ámbar suyos deberían estar prohibidos.

—He oído el mensaje de voz —dice al fin.

No puedo ubicar su tono. ¿Disgusto? ¿Ira? ¿Incredulidad?

—¿Tiene algo que decir, Srta. Carson?

Lanzo la disculpa que pasé casi toda la noche practicando en el espejo. —No sabe cuánto lo siento, señor Oryolov. No tengo ni idea de lo que estaba pensando. Todo fue un accidente. No me di cuenta de que lo había llamado. Estaba tan cansada y fuera de mí y... puedo asegurarle que no volverá a ocurrir. Lo juro.

Tengo las mejillas sonrojadas por la vergüenza, pero intento mantener la voz firme.

No puedo parecer demasiado desesperada, aunque es exactamente lo que estoy.

—Dígame, Srta. Carson: ¿qué haría usted en mi lugar?

—Le daría a la valiente y trabajadora asistente otra oportunidad, ¿quizás? —es una posibilidad remota, pero ¿qué demonios? Ojalá mi voz no se hiciera como la de *Alvin y las*

Ardillas al final.

Su boca se tuerce con la promesa de una sonrisa, pero desaparece tan pronto como llegó. —Sé cómo suenas cuando llegas al orgasmo, Emma. ¿Es esa la banda sonora que quieres que suene en todas nuestras interacciones a partir de ahora?

Me sonrojo y sacudo la cabeza. —Si pudiéramos olvidar todo esto...

—Tal y como yo lo veo, aquí solo hay dos opciones.

Contengo la respiración.

—Una, la despido.

Ahí está. Lo sabía. Estoy acabada. Tendré que llamar a la oficina de bienestar y ver qué...

—O dos... le doy exactamente lo que quiere.

Casi me ahogo con mi propia saliva. Lo poco que queda en mi boca abierta. —¿Qué?

En silencio, Ruslan me ofrece la carpeta azul que tiene delante. La cojo con manos temblorosas y abro la tapa. Tardo unos instantes en darme cuenta de lo que estoy viendo.

¿Un... contrato?

Leo la primera página y siento una extraña sensación en el pecho. Luego, como es evidente que entendí algo mal, vuelvo a leer la primera página. Y otra vez. Y otra.

Solo entonces levanto la vista. —¿Es una broma?

No pestañea. —Nunca bromeo.

—Es solo que, parece que, por lo que he leído, um...

—Te ofreceré dinero y seguridad a cambio de interpretaciones en directo de la pequeña actuación que me enviaste anoche, además de satisfacer mis otras necesidades.

—¿Y por "necesidades" se refiere a... sexo?

Inclina la barbilla hacia abajo y me mira solemnemente. —¿Cómo de explícito quiere que sea, Srta. Carson?

Qué.

—Así que esto... —levanto la carpeta azul que tengo en la mano—. ¿Es un contrato de sugar daddy?

Frunce el ceño. —Preferiría llamarlo un contrato de "amigos con beneficios".

—Pero no somos amigos.

Sonríe. —Me parece justo. No, no lo somos.

Hay un latido en mi cabeza que me recuerda la primera vez que me emborraché. Sienna y yo nos habíamos colado en el estudio de papá la víspera de mi decimosexto cumpleaños y habíamos robado un Chateau Latour de 1984. Nos la pasamos de un lado a otro, sorbiendo por turnos de la botella como si fuera vino barato hasta que se acabó.

Por un momento, pienso en lo que diría Sienna si estuviera aquí. ¿Estaría indignada o intrigada? ¿Le daría una bofetada a ese imbécil engreído y se marcharía enfadada?

O sonreiría y diría: *Dobla el precio y me apunto.*

¿Qué harías tú, Si?

Y entonces me golpea como un rayo directo al pecho, casi como si me hablara ella misma. La echo tanto de menos que duele. Pero dejó trocitos de sí misma en sus tres hijos. Los mismos niños por los que me rompo el culo protegiendo.

Ahí está la respuesta.

Sienna habría hecho lo que fuera mejor para sus hijos.

Así que no lo abofeteo. No me voy enfadada. Me siento y miro fijamente a mi arrogante e imbécil jefe, que siempre consigue exactamente lo que quiere.

Y lo que quiere... es *a mí*.

Me encuentro con la mirada acerada de Ruslan. —¿Qué pasa si digo que no?

Se encoge de hombros, como si para él fuera una entrevista de trabajo más y tuviera a otros mil candidatos haciendo cola detrás de mí. —Si dices que no, te dejaré marchar con una generosa indemnización, una recomendación elogiosa y sin mencionar la llamada telefónica.

Es un alivio, pero no llega a consolarme.

—Pero si dice que sí... —sus ojos se vuelven de un oscuro oro líquido—. Definitivamente valdrá la pena. Tengo *muchas* habilidades, Srta. Carson, y no se limitan a los negocios.

Siento que me arden las mejillas. Estoy segura de que él lo nota.

Se apoya en su respaldo de cuero. —Depende totalmente de usted.

Miro fijamente el contrato que tengo sobre el regazo. No es una decisión fácil, ni mucho menos. —¿Puedo tener algo de tiempo para pensarlo?

—Puede tomarse el día libre. Espero su respuesta para mañana.

No me está dando mucho tiempo, pero creo que ambos sabemos que más tiempo solo me confundirá. Tal vez sea mejor así.

Empiezo a levantarme cuando dice—: Una cosa más, Srta. Carson.

Así que me quedo inmóvil, con el culo suspendido sobre el asiento. —¿Sí?

—Esto queda entre nosotros dos —su expresión se vuelve mortal. Vi esa expresión en su cara en la sala de juntas, justo antes de abalanzarse sobre algún pobre tonto tan estúpido como para cuestionarlo—. Si le cuenta a alguien lo del contrato, se acabó. Sin protección, sin recomendaciones, sin indemnización, y tengo todos los medios para destruir por completo sus posibilidades de volver a trabajar en cualquier puesto. ¿Estoy siendo claro?

Trago saliva con fuerza. —Como el agua.

—Bien. Entonces, puede retirarse.

La rutina normal. Coge el teléfono, baja la mirada y, sin más, vuelvo a ser una don nadie. Nadie adivinaría que hace unos momentos me estaba proponiendo sexo. Sexo *contratado.*

Tengo mucho que procesar.

Cojo mis cosas y salgo corriendo del edificio, intentando recordar la última vez que tuve un día libre. Aún no lo siento como un día libre. Lo siento como un peso sobre mi pecho. Un peso que se hace más y más pesado a cada minuto que pasa.

Tomo el metro hasta Central Park y encuentro un banco en un rincón a la sombra. Saco la carpeta del contrato y me quedo mirando la portada, reuniendo las fuerzas para empezar a leer. Luego, con un suspiro, me sumerjo.

Veinte minutos después, tengo un dolor de cabeza creciente y una lista de pros y contras que me tira de los dos extremos.

Pro: El dinero es increíble. Podría ocuparme de los niños sin preocuparme tanto cada segundo de cada día.

Contra: Estaría intercambiando sexo por dinero.

Pro: Podré pagar los préstamos más rápido.

Contra: Ruslan Oryolov es un hombre influyente con posibles conexiones con la mafia. Todo son rumores, pero, en mi opinión, si el río suena es porque piedras trae.

Pro: También resulta ser un hombre influyente muy, muy, muy atractivo con posibles conexiones con la mafia.

Contra: Es un imbécil.

Pro: Es un imbécil que probablemente sea genial en la cama.

Cierro el contrato después de mirar fijamente la sección de confidencialidad del acuerdo durante lo que me parece una eternidad.

Si los rumores sobre los supuestos vínculos de Ruslan con la mafia son ciertos, estaría exponiendo a los niños al peligro. Me parece un riesgo demasiado grande. Por eso, cuando vuelvo a meter el contrato en la bolsa y me pongo en pie, siento que tomé una decisión.

Es un trato demasiado loco, demasiado imprudente, demasiado descabellado para que yo lo acepte. No puedo comprometerme de esa manera, y no puedo dejar que esta decisión afecte la vida de los niños. ¿No es más importante que estén a salvo?

De acuerdo. Hecho. Decisión tomada. Adiós para siempre, Ruslan Oryolov.

Entonces, ¿por qué no me siento bien al respecto?

RUSLAN

Tengo una sola pregunta circulando por mi cabeza desde siete minutos y veintitrés segundos después de la hora punta, cuando Emma salió de mi despacho con el contrato metido bajo el brazo.

¿Aceptará?

Existe la posibilidad de que me rechace directamente. Estoy preparado para eso. Para lo que no estoy preparado es para el nauseabundo revoltijo en mis tripas cuando considero que se marcha para siempre.

Una estupidez, por supuesto. ¿Qué me importa una mujer en una ciudad de millones? Podría arrojar la silla de mi despacho ahora mismo y golpear a una docena de prospectos potenciales en el camino. Una docena de ansiosos síes que firmarían sin molestarse en leer una sola línea del contrato de mi vida amorosa.

Corrección: no mi vida amorosa, mi vida sexual. No me interesa el amor. Tomé esa decisión hace trece años, cuando vi lo que me costaría amar a una mujer.

Perdí la tarde, sin rumbo por la falta de una asistente. Sin Emma para mantener mi vida en línea, simplemente cancelé todo en mi agenda, despejando un bloque de tiempo vacío para no hacer nada más que obsesionarme con qué respuesta me traerá de vuelta mañana.

Así que me alegro de la distracción cuando mi padre y mi tío entran en mi despacho. Ambos trabajan en Bane Corp. y tienen oficinas en el edificio, aunque ninguno de los dos se molesta en venir muy a menudo.

Ese es el secreto para mantener la apariencia de legitimidad: a veces, las cosas tienen que ser realmente legítimas.

—¿Dónde está tu asistente? —pregunta el tío Vadim, ocupando la silla izquierda frente a mi escritorio.

—Pidió el día libre porque está enfermo.

Mi padre, Fyodor, examina mi mesa. —Deberías tener dos asistentes. Para un caso así —solo tiene una pizca de acento, a diferencia de mi tío, cuyo ladrido ruso es cualquier cosa menos sutil.

—Ya es difícil encontrar una asistente competente. No puedo imaginarme encontrar dos —realmente no quiero hablar de Emma más de lo que tengo que pensar en ella, así que cambio de tema suavemente—. ¿Cenamos? Kirill viene hacia aquí. Nos puede traer algo.

Le envío un mensaje a Kirill y le digo que traiga comida. Luego, dirijo mi atención a los hermanos mayores Oryolov.

A sus sesenta y cinco años, Vadim sigue siendo ágil. Su penetrante mirada azul tiene un toque de amenaza de los viejos tiempos, cuando mi padre era *Pakhan* y Vadim su segundo.

En cambio, Fyodor, que solo tiene cinco años más que su hermano, aparenta toda su edad. La gente dice que el tiempo es el sutil ladrón de la juventud, pero se equivoca. El ladrón no es el tiempo, sino la tristeza.

—¿Por qué están ustedes dos oscureciendo mi puerta hoy?

Vadim habla primero, lo cual es extraño. Hubo un tiempo en que Vadim ni siquiera se sentaba hasta que Fyodor le daba la palabra. Pero era una época diferente, un *Pakhan* diferente.

—Firmamos otro cliente. Williamson o algo así.

Levanto una ceja. —¿El jugador de baloncesto?

—Ese mismo —hay una nota de satisfacción en la voz de Vadim—. No estaba contento con su empresa de seguridad anterior. Eso lo trajo a Bane Corp.

Es fácilmente una cuenta de diez millones de dólares, pero me limito a asentir. Hace mucho tiempo aprendí que mi tío considera ofensivos los elogios. Mejor dicho, considera ofensivos mis elogios. A sus ojos, es él quien debería dar las órdenes. Él es quien debería llevar el manto de *Pakhan*.

Pero fue obviado cuando Fyodor decidió pasar por encima suyo luego del accidente. En su lugar, yo asumí la corona a los veintiún años, y mi tío se vio obligado a ponerse a mi cola. Pero lo hizo, porque nadie se mete con la decisión de un *Pakhan*.

Cuando Kirill entra con la comida, estoy muerto de hambre. Extendemos las cajas de comida para llevar sobre mi escritorio y nos quedamos en silencio mientras comemos.

Me atiborro de pita y shawarma y trato de no pensar en Emma. Pero, a pesar de que la conversación gira en torno a media docena de temas igualmente irrelevantes, mi mente no deja de pensar en ella. Hoy vino muy arreglada. Probablemente con la intención de contrarrestar su deslumbrante falta de profesionalidad de ayer. Tacones altos, falda verde musgo, una gargantilla de cuero barato alrededor del cuello. Lleva el pelo tan recogido que me dan ganas de arrancárselo del moño solo para poder usarlo para sujetarla.

Me imagino las guarradas que me gemiría con esos labios regordetes y manchados de rojo. *Castígueme, Sr. Oryolov. Fólleme. Haga lo que quiera, señor.*

Kirill chasquea los dedos delante de mi cara. La fantasía se disuelve. —¿Eh, hermano? ¿Dónde has ido?

—Solo estoy preocupado por el lanzamiento —me concentro en lo que queda de carne en mi plato, pero siento sus ojos clavados en mí.

—No puedes dejar que esto te consuma —dice sabiamente Vadim—. Todo trabajo y nada de juego hace un *Pakhan* aburrido.

Últimamente disimula bien su resentimiento, pero aún lo oigo en el tono afilado de su voz cada vez que menciona directamente mi título.

—Me centraré en jugar después de que Venera se lance con éxito.

Fyodor me mira, con los labios a punto de hablar antes de cerrarlos bruscamente.

Cada año parece más encerrado en sí mismo.

No hace falta creer en fantasmas para que te acechen.

Vadim coge otro trozo de shawarma con los dedos desnudos y grasientos. —Jugar está bien. ¿Sabes qué es mejor? Follar. Y nadie es más fácil de follar que una esposa.

Kirill casi se atraganta con su pollo asado. Miro fijamente a mi tío, imperturbable. Sé que no debo dejar que me ponga nervioso. —El matrimonio no es una opción para mí.

Vadim suspira como si yo fuera demasiado estúpido para entenderlo. —No puedes escapar de tus responsabilidades para siempre, Ruslan. Necesitas herederos. Solo hay una forma de

hacerlos.

Doy un sorbo a mi cerveza y espero antes de responder. —Todavía hay tiempo.

—Cuando eres joven, crees que la vida es infinita. Pero no lo es. Es mejor asegurar tu legado cuanto antes —aprieto la mandíbula, pero Vadim no presta atención a la advertencia—. Un heredero es bueno. Dos, tres, cuatro herederos son todavía mejores. Mira lo que le pasó a Fyodor: tenía dos herederos y perdió a uno por un puto semáforo en rojo.

No tengo que mirar a mi padre para saber hasta qué punto lo hieren esas palabras. Lleva esa pérdida a cuestas hace trece años. Me enfurece que Vadim saque el tema tan a la ligera. Que lo saque de cualquier manera.

Él, más que nadie, vio cómo mi padre se desmoronaba tras luego del accidente. —Por lo menos Otets *tuvo* hijos. ¿Qué has aportado tú a la Bratva, tío?

Vadim se echa hacia atrás, con los ojos azul pálido brillando. Fyodor carraspea torpemente. Kirill sigue moviéndose en su asiento.

Nadie dice nada durante mucho tiempo.

Finalmente, Vadim rompe el silencio. —Te he disgustado. Te pido disculpas.

Fyodor mira entre nosotros. Por un lado, soy su hijo respondiéndole a su hermano. Por otro, soy su *pahkan* y eso me diferencia. No, me pone por *encima*.

Al final, mi padre baja la mirada y nos lo deja a Vadim y a mí para que lo resolvamos.

—Hay otras formas de asegurar un legado —gruño—. Deberías entenderlo mejor que nadie.

Le tiendo una rama de olivo, pero sigue retorciéndose en su asiento y rechinando los dientes. —No, es verdad; mi legado no quedará en manos de un heredero —no me mira a los ojos cuando habla—. El error de un joven. El arrepentimiento de un viejo.

—Tu tío simplemente intentaba darte el beneficio de su sabiduría, Ruslan —las palabras de Fyodor son suaves.

Suspiro y cedo. Lo último que me apetece ahora es discutir con mi tío por sus pequeñas quejas. —Tu sabiduría es bienvenida en todos los asuntos de negocios y Bratva, tío. Sabes que valoro tu opinión.

Vadim sonríe irónicamente. Es lo bastante listo para entender exactamente lo que quiero decir. *Guárdate tus opiniones sobre mi vida personal*. —Por supuesto, *Pakhan*. Siempre estaré aquí cuando me necesites.

Fyodor aprovecha el momento y se levanta. —Deberíamos volver a casa. Llevo demasiado tiempo lejos de mi jardín.

Kirill les muestra la salida. Cuando se van, me quedo mirando el desorden de recipientes de comida en mi mesa. Normalmente, le ordenaría a Emma que se encargara. Disimularía mi diversión, observando cómo la vena de su frente palpita de irritación. Probablemente podría hacer que esa vena desapareciera por completo si le abriera las piernas de par en par y me la follara encima de todos los cartones vacíos. Hacerla suplicar que parara. Pero tendría que suplicar mucho...

No me jodas. Necesito quitarme esa sirenita de la cabeza.

Pero la conversación con Vadim me ha hecho pensar. El matrimonio no está en mi lista de cosas por hacer. Herederos pueden estar en la lista, pero muy, muy abajo. Lo que significa que tengo tiempo. Tiempo para malgastar en mi pequeña asistente. Tiempo para disfrutar de ella cuando quiera, donde quiera, en la posición que quiera. *Sin* el inconveniente de las expectativas.

Pero primero tiene que decir que sí.

EMMA

Cuando llego al apartamento, me siento medianamente bien con mi decisión.

Claro que no será fácil no saber cuándo volveré a cobrar, pero me queda una última balsa salvavidas, que espero que nos aguante hasta que encuentre otro trabajo.

Todo va a estar bien, Emma. Va a estar...

Entonces, abro la puerta de un apartamento que no puede ser mío. Porque este lugar es un desastre absoluto. Esto no puede ser mío, acabo de limpiarlo de arriba a abajo hace literalmente un día. ¿Entré en casa del vecino por accidente?

Pero entonces... —¡Tía Em!

Me da un vuelco el corazón, pero esbozo una sonrisa falsa y extiendo los brazos mientras Reagan y Caroline se dirigen directamente hacia mí.

—Eh, pequeños monstruos —las cojo a las dos, una niña bajo cada brazo, y aprieto fuerte, levantándolas del suelo unos centímetros. Reagan chilla, Caroline se ríe y yo intento desesperadamente no echarme a llorar.

Estás bien. Es solo estrés.

El salón es un desastre. Los juguetes que guardé han vuelto a salir de la caja, hay ropa y libros por todas partes, y un rastro de polvo de patatas fritas cubre el suelo. Por la mancha naranja brillante de la alfombra, supongo que los Cheetos son los culpables.

—¿Quién quiere contarme qué pasó aquí, chicas? —pregunto cuando las he soltado.

Reagan mira orgullosa alrededor del salón. —Josh tenía que terminar los deberes, así que jugamos al Twister.

—¿Twister?

Reagan mueve la cabeza arriba y abajo. —Sí, tía Phoebe dijo que tienen de esos en Oakloma.

—Recuérdame que le dé las gracias a la tía Phoebe por eso. ¿Dónde está tu padre?

—Le duele la cabeza —Caroline hace un mohín—. Así que está descansando.

Bien. "Dolor de cabeza", otra de las palabras clave de Ben. "Dolor de cabeza" significa "resaca", igual que "feria de trabajo" significa "bar 24 horas" y "cita con el médico" significa "se me acabó la cerveza, así que fui a la bodega a comprar más".

—Por el amor de Dios —murmuro en voz baja—, ni siquiera son las seis.

—¡Tía Emma! ¿Podemos jugar al Twister contigo?

—¿Qué tal si jugamos al Equipo de Limpieza Post-Apocalíptico?

Reagan empieza a abuchearme, aunque estoy bastante segura de que no tiene ni idea de lo

que significa “postapocalíptico”, y Caroline empieza a saltar en el sofá, entonando un continuo “no”.

La cabeza me da vueltas mientras me dirijo a la cocina. —Oh, Dios, ¿qué es ese olor?

Sigo mi olfato hasta la estufa, donde encuentro mi sartén Betty Crocker favorita cubierto de una gruesa capa de lodo quemado. No podría descifrar qué es ni aunque mi vida dependiera de ello. Probablemente debería estar agradecida de que no haya saltado la alarma de humos, porque la casera siempre monta un escándalo cuando eso ocurre, pero lo único que puedo pensar es: *Cincuenta dólares tirados por el desagüe*.

—¿Intentaron cocinar ustedes solas? —pregunto a las chicas cuando me siguen a la cocina.

—Dijimos que teníamos hambre, así que papá nos preparó comida —explica Caroline.

Debería haberlo sabido. Esto tiene las huellas de Ben marcadas por todas partes.

—Sí, pero sabía asqueroso —añade Reagan, apretando tanto su nariz de botón que prácticamente desaparece—. Así que lo tiramos.

—¿No han comido nada?

Caroline se apoya en la mesa y levanta las piernas detrás de ella. —Josh nos hizo sándwiches de mantequilla de maní y jalea.

—Pero eso fue hace aaaaños —se queja Reagan—. Tengo hambre otra vez.

Agarro la sartén, la lleno de agua y la dejo en remojo en el fregadero. Quizá haya alguna esperanza de salvarla. —Vamos a ver lo que hay en la nevera para la cena, ¿de acuerdo?

Veo que la lista de la compra que hice la semana pasada sigue pegada a la nevera. *Dios mío, los golpes siguen llegando*. —¿Tu padre ha ido hoy al supermercado?

Ambas mueven la cabeza al unísono. —Dijo que estaba ocupado —Caroline se encoge de hombros.

Aprieto los dientes, abro la nevera y miro dentro. Solo hay restos de comida rancia que no tiré.

Y cerveza. Mucha, mucha cerveza.

Si Servicios Sociales vienen hoy, estoy jodida.

Puedo sentir como mi cordura se escapa lentamente. —Vale, ¿sabes qué? Hoy vamos a comer pizza.

Las dejo animadas en la cocina y vuelvo al salón por mi bolso. Mi tarjeta de crédito AmEx está conectada a mi cuenta salvavidas, y si alguna vez necesité una balsa salvavidas, es hoy.

Rebusco en mi cartera, pero la ranura donde suelo guardarla está vacía. —Hm. ¿Dónde habrá ido a parar...?

—¿Tía Em?

Cuando levanto la vista, Josh está de pie en la entrada del salón, con una camiseta que le queda demasiado ajustada. *¿Cuándo fue la última vez que los llevé a comprar ropa nueva?*

—Hola, colega. ¿Has visto mi tarjeta de crédito plateada en algún sitio?

Frunce el ceño. —Siempre está en tu cartera.

—Lo sé —me devano los sesos intentando recordar para qué usé la tarjeta por última vez. ¿Se me olvidó meterla en la cartera? Entonces, caigo en la cuenta: las compras de la vuelta al cole para el semestre de primavera. Los niños necesitaban carpetas nuevas.

Tengo un vago recuerdo de estar sentada en la mesa de la cocina hablando por teléfono con Servicios Sociales para preguntar cuándo enviaban el estipendio cuando...

—Ben entró.

Josh parece confuso. —¿Eh? ¿Qué pasa con papá?

Le doy la espalda y corro hacia la habitación de Ben, con el corazón a mil por hora. Ben se levanta bruscamente cuando se abre la puerta, con la baba seca dejando un rastro desde una comisura de la boca hasta la barbilla.

—¿Dónde está? —prácticamente chillo.

Parpadea, con los ojos en blanco. —¿Eh? ¿Qué?

—Mi tarjeta de crédito, Ben. ¿Dónde está?

Una chispa de reconocimiento cruza sus ojos. Es todo lo que necesito para confirmar mi sospecha: se la llevó.

Abro la boca para desatar el infierno sobre él, pero, antes de que pueda, la lastimera vocecita de Reagan flota desde detrás de mí. Su cuerpo está semioculto tras el marco de la puerta, y me mira con esos ojos grandes y preciosos.

—¿Estás enfadada con papá?

Caroline está de pie detrás de Josh. Parece tan inquieta como su hermana. *Mantén la calma, Emma. Por los niños.*

Pero, antes de que pueda decir nada, Josh interviene. —La tía Em no está enfadada. Solo necesita hablar con papá. Vengan, vamos a jugar al escondite a mi habitación.

Si tuviera dinero, le compraría a ese chico todos los pares de zapatos de la tienda. Espero a que Josh aleje a sus hermanas antes de cerrar la puerta y mirar a Ben.

—¿*Dónde* está, *imbécil*?

Se le abren los ojos. Normalmente no me gustan los insultos. Pero hay algunas personas que patean al buen samaritano que llevas dentro hasta que no queda bondad. Él es uno.

—Relájate. Apenas usas esa tarjeta...

—Porque es para *emergencias* —digo—. Dámela. Ahora mismo.

Se pone en pie a trompicones. Su barriga parece haber doblado su tamaño en los últimos meses. Los demás nos estamos marchitando, pero Ben sigue rezumando en todas direcciones.

—¡Joder, Ben, apestas! —exclamo, haciéndome a un lado mientras él pasa a mi lado dando tumbos hacia las estanterías flotantes frente a su cama individual—. ¿En eso te has gastado el dinero de la compra? ¿Más alcohol?

—¿Qué eres, la puta policía del alcohol? Ha sido una noche dura, ¿bien? —desliza la mano por el estante superior y saca la tarjeta.

—Gracias a Dios —se la arrebato—. Por favor, dime que no la usaste para comprar más alcohol.

—Claro que no —estoy en medio de una exhalación aliviada cuando me golpea con—: La necesitaba para las entradas de los Knicks.

Me quedo helada. —Lo siento, ¿acabas de decir entradas para los *Knicks*?

Sonríe como no lo había visto en meses. —Pases de temporada, cariño. En primera fila.

Se me revuelve el estómago. Siento que todos los órganos de mi cuerpo se han salido de su sitio.

Ahí va mi balsa salvavidas.

—Ben... ¿Cuánto. Te. ¿Gastaste?

Se pellizca la frente. —Son entradas de primera, Emma. No fueron baratas

Doy un paso hacia él. —¿Cuánto? Quiero una cifra.

—Veinte de los grandes.

Se me desencaja la mandíbula. Se me salen los ojos. Mi primer y único pensamiento es: *Mátalo.*

Algunos asesinatos están justificados, ¿verdad?

—Veinte mil dólares en baloncesto —jadeo—. Ben, idiota. Eso era *todo*. Ese era *todo* mi dinero. *Todos* mis ahorros. Todos *nuestros* ahorros.

Se encoge de hombros. Sus ojos inyectados en sangre vacilan. —No seas dramática. Tienes un trabajo de lujo. Bane Corp, ¿verdad? Esa empresa le paga mucho a sus empleados.

—¡Ni siquiera un cargamento de barco es suficiente cuando tus gastos son un... un... cargamento de barco! —me giro hacia la puerta—. ¡Llamaré para que me devuelvan el dinero de los billetes!

—Uh...

Doy media vuelta para mirarlo, con los ojos entrecerrados por el miedo. —No lo digas. No te atrevas a decir lo que creo que estás a punto de decir.

—No son reembolsables.

Solo puedo mirar fijo a mi cuñado, preguntándome qué clase de hombre, qué clase de *padre* sería si Sienna siguiera viva. Quiero creer que habría dado un paso adelante. Quiero creer que fue el dolor lo que le robó el sentido del deber, la paciencia, el amor por sus hijos.

Pero había señales incluso antes de que Sienna muriera.

Ben era un inútil cuando volvía a casa después del trabajo. Se sentaba en el sofá con la camisa desabrochada y una cerveza en la mano mientras Sienna corría de un lado para otro, preparando la cena, cuidando de los niños, ordenando la casa. *Estoy cansado, cariño. He trabajado mucho.* Nunca se le ocurrió que ella también trabajaba.

Pero es curioso. Esas cosas parecían tan insignificantes y sin importancia en el momento. Es solo en retrospectiva que las señales de advertencia son de color rojo brillante.

Lo único bueno que puedo decir de Ben es que quería a mi hermana. Y por eso, me he pasado los últimos tres años y medio cargando con sus defectos.

—No seas tan jodidamente egoísta, Em.

—¿*Yo*? —lo miro boquiabierta. Sé que no debería dejarme embaucar, pero mis nervios están a flor de piel, y mi paciencia también.

—¡Tenías ese puto dinero ahí sentado!

—¡Ese es el maldito *punto*! Estaba destinado a quedarse allí hasta que realmente lo necesitáramos. ¡Y lo necesitamos!

Pone los ojos en blanco. —Conveniente que necesites ese dinero justo cuando yo necesito entradas de baloncesto.

—¡No! —le digo bruscamente—. No *necesitas* entradas de baloncesto; las *quieres*. Hay una gran, gran diferencia. Josh *necesita* un par de zapatos nuevos, pero ahora, gracias a ti, no los tendrá. Entiendo que no yo te importo una mierda, pero ¿qué pasa con tus hijos, Ben? ¿Tampoco te importan?

Sus ojos revolotean por la habitación, y su cara se tuerce como si estuviera casi arrepentido. Entonces, justo cuando creo que va a decir algo remotamente útil...

Eructa.

Cierro los ojos y respiro hondo. —Vale —respiro, abriéndolos de nuevo a regañadientes—. Esto es lo que pasará. Conseguirás un trabajo. Empezarás a ayudarme en casa y con los niños. Empezarás a *aportar tu granito de arena*.

Se da la vuelta y se agacha, ofreciéndome una inoportuna visión de la peluda raja de su culo. Luego, se endereza con una cerveza en la mano.

—Oh, genial —aplaudo sarcásticamente—. Otra cerveza. Me alegro de que tengas tus

prioridades en orden.

Abre la tapa y bebe un sorbo.

—¡Ben! ¿Me has oído?

Le da una larga calada a su cerveza antes de mirarme a los ojos. —No.

Se me desorbitan los ojos. —¿No? ¿No a qué parte?

—No a todo. Ya no le veo sentido —le tiembla el labio cuando habla, pero hace tiempo que ya no lo compadezco. Estoy raspando el fondo del barril.

—Tus tres *hijos* son el punto, Ben.

Se encoge de hombros. —Te tienen a ti.

—Ben...

—Y sé que harás todo lo que esté en tu poder para mantener a esos niños.

¿Por qué se siente como una amenaza?

—Así que voy a salir.

Me empuja y se lleva la lata de cerveza. Unos segundos después, oigo un portazo.

Ahora que Ben se llevó el olor a alcohol, huelo a calcetines sucios y moho en la alfombra.

Salgo marcha atrás de su habitación, pero confundo la puerta y me doy contra la pared. Dejo que me lleve hasta el suelo y caigo de rodillas en un charco. A esta altura huele peor, pero el olor es el menor de mis problemas.

De repente, el contrato que llevo en el bolso no me parece una idea tan radical como pensaba al principio. De hecho, empieza a parecerme una balsa salvavidas de repuesto.

Sería capaz de mantener a los niños. Y también tendría algo para mí.

Quizá no sea una elección desesperada.

Quizá no sea una elección en absoluto.

Puede que sea la única opción que me queda.

EMMA

Sí, vale, me vestí para él.

Pero también es para mí.

La blusa roja de seda que llevo es la inyección de confianza que necesito para sentir que puedo hacerlo. También lo son los tacones negros, dos centímetros más altos de lo que suelo llevar en la oficina. Por supuesto, hoy llevo los labios rojos y, por primera vez en mi vida profesional, el pelo suelto.

Miro fijamente mi reflejo borroso en las puertas del ascensor, con mariposas nerviosas revoloteando en la boca del estómago. Me lo esperaba. Lo que no esperaba era estar tan excitada como estoy. Llevo toda la mañana distraída con fantasías.

¿Me tomará allí mismo en su escritorio? ¿Me pondrá de rodillas? O tal vez me la chupará. Esa boca suya tiene que servir para algo más que para hacer que la gente se cuestione sus decisiones vitales.

Doy zancadas hacia el despacho de Ruslan, con el contrato haciendo un agujero en mi bolso. Me pesa mucho más desde que lo firmé anoche a última hora, agarrada a una de las latas de cerveza de Ben. En realidad, no me la bebí entera. Solo necesitaba un poco de valor líquido antes de estampar mi firma en la línea de puntos.

Me cruzo con Katie Miller en el pasillo. Me mira dos veces. —¡Caray, chica! Pareces otra persona con el pelo suelto.

Sonrío, cohibida. —Quería probar algo nuevo hoy.

—Bueno, funciona.

Sonrío agradecida a Katie y me giro hacia la puerta de Ruslan. Esta vez no me detengo ante su puerta. Si lo hago, puede que nunca entre.

Está de pie en su escritorio, con el cuerpo inclinado hacia la vista de la ciudad mientras habla con alguien por teléfono. —...consigue más sujetos de prueba. Sube el precio por hora si es necesario. Quiero que se hagan unas cuantas pruebas más para estar seguro... Vale. Sí. Avísame.

Lleva uno de sus trajes Tom Ford. Su pelo castaño oscuro se enrosca juvenilmente sobre el cuello azul. Sus hombros parecen intimidantemente grandes, al igual que sus brazos.

Perfectos para levantarme y llevarme a donde quiera.

—Srta. Carson.

Me estremezco cuando se voltea hacia mí. Su mirada recorre mi atuendo y mis mejillas se calientan. Sus ojos se oscurecen. Y se detienen.

¿Está pensando en lo que sentirá cuando deslice su polla entre mis labios? Quizá se esté

preguntando qué llevo debajo de la falda...

Saco el contrato del bolso. —Lo firmé.

Qué manera de clavar el último clavo, Emma.

Asiente como si no lo sorprendiera lo más mínimo. Luego se sienta en su escritorio y se concentra en su portátil.

Probablemente termine un email antes de violarme en el escritorio. O quizá tenga que subirme y follármelo en su silla. ¿Y si quiere tomarme contra la ventana? ¿Darle a todo Manhattan un buen espectáculo?

Mis pensamientos están tan descontrolados que ya estoy caliente y preparada donde hace falta. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve tan excitada. Todo lo que sé es que, sea como sea que decida empezar, será bueno. Estoy tan malditamente lista para...

—Déjelo en mi escritorio.

Um… ¿Qué?

Empieza a escribir. Sus dedos vuelan sobre el teclado a una velocidad impresionante.

Me pregunto cuánto daño podrían hacer esos dedos dentro de mí. —¿Lo dejo... aquí?

Ni siquiera mira en mi dirección. —En el escritorio, sí.

—Uh, bien. ¿Debería... debería irme?

De nuevo, no me mira. —Mi agenda no se va a arreglar sola, Srta. Carson.

Me trago mi decepción. A estas alturas, es más confusión que otra cosa. Me escabullo de vuelta a mi mesa.

¿Qué demonios...?

Es un lío mental estar sentada detrás de un escritorio en lugar de encima de él. Es aún más difícil volver a ponerme en el espacio mental de una asistente personal cuando me preparé mental, espiritual y emocionalmente para las tareas de sugar baby.

Sigo mirando a su puerta, esperando a que me llame para que vuelva a su despacho. O tal vez me envíe a la sala de fotocopias o al baño, para atraparme allí y follarme a lo bestia.

La lucecita verde de mi intercomunicador parpadea. La línea directa de Ruslan.

Es ahora. Tranquila.

Cuento hasta cinco Mississippis y contesto. —¿Sí, Sr. Oryolov? —se me hace raro llamarlo de otro modo, a pesar del contrato que acabo de dejar sobre su mesa.

—Cambie mi reunión de las tres a las cuatro.

Cuelga de inmediato y me quedo sin aire. ¿El lado bueno? Por fin mi coño deja de distraerme con sus constantes palpitaciones.

¿El lado no tan bueno?

Me puse esta lencería para nada.

EMMA

Estoy enviando un mensaje a Amelia, la absurdamente cara niñera a tiempo parcial de los niños, para ver si está dispuesta a quedarse más tarde si es necesario cuando Ruslan sale de su despacho.

—Srta. Carson.

Dejo el teléfono y me pongo de pie. —Sí, señor.

—Cena. 8:30.

Presa de un ligero pánico, echo un vistazo a la agenda que tengo a un lado de la mesa. —No tiene nada programado. ¿Necesita que haga un...?

Suspira. —La invito a cenar, Srta. Carson.

—Oh.

¡Oh!

Enarca una ceja oscura. —¿Quiere o no?

Su tono sugiere que tiene muchas otras opciones si lo rechazo. Giro el móvil y veo el mensaje que me acaba de enviar Amelia. ***Sin problema***. Se siente como mi primer alivio real.

—¡Sí! Sí quiero.

Asiente. —Nos vemos abajo en cinco minutos.

En el momento en que desaparece en el ascensor, vuelvo a meter archivos y papeles, blocs de notas y bolígrafos en el cajón de mi escritorio, cojo mi bolso y me dirijo al baño.

Me retoco el maquillaje y me pongo otra capa de pintalabios rojo seductor. Doy gracias a Dios por haberme acordado también de meter perfume en la maleta. Ya no queda nada, pero consigo rociarme los laterales del cuello y la parte delantera de las muñecas.

Luego, me abrocho el botón superior de la blusa, dejando entrever mi sujetador y el escote, antes de bajar a reunirme con Ruslan.

Ya está en la parte trasera del monstruoso todoterreno negro aparcado frente al rascacielos de Bane. La puerta se abre sola cuando me acerco.

Ruslan está hablando por teléfono cuando entro. No reconoce mi presencia, solo golpea el techo del vehículo con la palma de la mano. En cuanto lo hace, nos alejamos del bordillo.

Paso los trece minutos siguientes lanzándole miradas furtivas, preguntándome si debo romper el silencio. Alerta spoiler: no lo hago.

El todoterreno se detiene ante un edificio alto y delgado, tan blanco que brilla. *Eleven Madison Park*. Estoy segura de que hay una lista de espera de tres meses para poner un pie en el vestíbulo.

Es tan impresionante por dentro como por fuera. Entramos en una enorme sala simétrica con

techos de doble altura y suelo de terrazo con alfombras incrustadas. Las lámparas colgantes iluminan la paleta de colores neutros de los muebles tapizados, una mezcla de grises azulados y tonos tierra cobrizos.

Todo en este lugar me intimida. Incluida la rubia de piernas largas con un vestidito negro que nos lleva a un reservado en la parte trasera del restaurante.

La puerta se cierra tras la anfitriona y el bullicio del comedor general se apaga. El calor se extiende instantáneamente por mi cuerpo.

Ruslan pasa rozando. —¿Nos sentamos?

Asiento y me acerco a la silla al mismo tiempo que él. Me abalanzo hacia atrás, solo para darme cuenta de que está sacando la silla... *para mí.*

¿Quién dice que la caballerosidad ha muerto?

Aplasto la reacción juvenil en mi cabeza. —Gracias.

Se acomoda en el asiento de al lado. Mis pensamientos se vuelven locos. *Es aquí. Tiene que ser aquí. ¿Por qué si no pediría una habitación privada?*

Así que me siento y espero a que me toque por debajo de la mesa. Quizá me ordene arrodillarme bajo el mantel. Pero no hace ninguna de esas cosas. De hecho, aparte del decorado y de la forma en que me ha retirado la silla, no ha dicho ni hecho nada que sugiera que no será una cena común y corriente.

Excepto que *nunca* he cenado con mi jefe.

Me sobresalto cuando se abre la puerta y la anfitriona vuelve con lo que estoy segura que es una carísima botella de champán. Nos sirve una copa a los dos y vuelve a salir.

—Emma.

Mi nombre sale de su boca y, al instante, experimento lo que solo puede describirse como un sofoco. Excepto, ya sabes, que no es malo. Solo hace que los dedos de mis pies se enrosquen y mi corazón lata un poco más rápido. Me hace ser muy consciente de mi cuerpo.

Porque *más* autoconciencia era exactamente lo que necesitaba, ¿verdad?

—¿Sí, Sr. Oryolov?

—Ya no estamos en la oficina.

Exhalo. —¿Así que se me permite el privilegio de usar su nombre?

Esos ojos ámbar son abrasadores. —Detecto sarcasmo.

—Detecta correctamente —cojo mi copa de champán y la pruebo. Como era de esperar, me deja boquiabierta.

Sonríe y un relámpago de excitación me recorre la espalda. Si esa sonrisa no significa “juegos preliminares”, no sé qué puede ser.

—Te invité a salir esta noche para discutir las reglas básicas de nuestro acuerdo.

Se me juntan las cejas. Llámame loca. De algún modo, pensé que este acuerdo implicaría mucha más ropa rota, orgasmos alucinantes y conversaciones sucias escandalosas. Sin embargo, aquí estamos, cenando civilizadamente, discutiendo las *reglas básicas*.

—De acuerdo. Entendido. Reglas básicas.

—Necesitas dinero para pagar tus deudas —se me eriza la piel de ansiedad, pero no me molesto en preguntarle cómo sabe que estoy endeudada—. Y yo necesito una mujer que esté a mi entera disposición sin esperar que yo satisfaga sus... necesidades emocionales.

A pesar del giro que toma esta cena, sigo sintiendo esas mariposas cada vez que me dice algo. Es diferente de las órdenes que suele ladrar en la oficina. Aun así, capto su mensaje alto y claro.

—Quiero decir, ciertamente puedes *intentar* no enamorarte de mí. Te lo advierto, será difícil.

Soy un partidazo.

Lo juro, casi consigo arrancar una sonrisa de esa cara de piedra.

Casi.

—Yo no me preocuparía. Hay un cero por ciento de posibilidades de que eso ocurra.

Frunzo el ceño. —Un caballero me daría al menos un cinco por ciento. Un dos por ciento, incluso. O al menos mentido del todo.

—Un caballero tampoco te ofrecería un contrato por sexo.

Hago una mueca. —Sí, vale. Es verdad.

—Cuando requiera tu atención, enviaré un chófer a recogerte y te llevará a mi ático.

—¿El motelito? —suelto antes de poder morderme la lengua.

No responde a eso, aparte de un sutil temblor en su frente. —Mi chófer te llevará a casa cuando acabemos.

—Entonces... ¿no habrá pijamadas?

—Así es.

Asiento distraídamente, sintiéndome inquieta por una cosa en particular. —¿Qué hay de otras parejas? Es decir, ¿otras parejas sexuales?

Su expresión se endurece por completo. Su boca se convierte en una mueca áspera. Sus ojos se entrecierran y su mandíbula se aprieta.

Me hace sentir que quizá debería haber leído la letra pequeña.

—Mientras dure este acuerdo entre nosotros, no se te permitirá salir, besar o follar con nadie que no sea *yo*.

Debería ofenderme por el control que ejerce sobre mi vida, pero, de algún modo, el gruñido posesivo de su tono hace que mi cuerpo se retuerza de placer.

—No me refería a eso.

Su expresión no se relaja. —¿No? ¿Entonces a qué te refieres?

—Necesito saber si esto es una calle de doble sentido —tomo un sorbo de champán para calmar mis nervios—. Estoy segura de que ambos compartimos las mismas preocupaciones —es la única forma que se me ocurre para que deje de mirarme mal y entre en razón. ¿No quiere compartirme con otros hombres? Me parece bien. Yo tampoco quiero que comparta lo que pille de otras mujeres.

—Hm.

Ese maldito "*hm*". Es increíble cómo un pequeño sonido puede meterse bajo mi piel de la peor manera.

—Aceptaré mantener nuestro acuerdo monógamo —su tono es entrecortado, así que no tengo ni idea de si está contento con la concesión o no, pero yo desde luego sí.

Archivo su respuesta en mi lista de "victorias" y me centro en un punto más práctico. —¿Con qué frecuencia nos encontraremos?

—Vendrás al ático dos veces por semana. En cuanto a la frecuencia con la que te vendrás... —se encoge de hombros con picardía.

—¿Solo dos veces?

Sonríe ante la impaciencia que implica esa pregunta. Quiero darme una patada.

Genial, Emma. Buen trabajo en no parecer desesperada.

—Soy un hombre ocupado, Emma. La disciplina es la piedra angular de mi vida. Dos veces por semana será suficiente, pero debes estar preparada para estar de guardia en cualquier momento.

—“Cualquier momento” no es posible cuando tienes tres niños con horarios y necesidades diferentes. Necesito que me avises con antelación. Al menos... —calculo rápidamente el tiempo de respuesta típico de Amelia—. Al menos tres o cuatro horas.

Su mandíbula se tensa. —Muy bien —da un sorbo a su champán y la mitad sur de mi cuerpo me hace desear ser la flauta en su mano imposiblemente grande.

—Además de tu salario mensual, se te compensará por tu tiempo en forma de asignación semanal.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Una qué?

—Es simplemente una forma de contabilizar cualquier gasto que pueda surgir como resultado de nuestro acuerdo. Según tengo entendido, ¿tienes tres jóvenes a tu cargo? —asiento y continúa —. Soy consciente de que el cuidado de los niños no es barato. La asignación se encargará de que estén bien atendidos para que no tengas distracciones cuando estés conmigo.

El hombre es minucioso, hay que reconocerlo. Su explicación hace que me sienta mejor con todo el dilema del intercambio de sexo por dinero. Sigue habiendo mucha ambigüedad moral, pero es un poco más fácil de ignorar.

—Una cosa más.

Me muevo en la silla. La inquietud me hace sudar las palmas de las manos.

—No estoy interesado en atraparte, Emma. Eres libre de romper nuestro contrato en cualquier momento, siempre que me avises. Seguirás recibiendo tu indemnización, así como una buena recomendación.

Exhalo lentamente, gratamente sorprendida por la vía de escape que me ofrece.

—*Sin embargo*.

Debería haberlo sabido. Con hombres como Ruslan, siempre hay un “sin embargo”.

—Si dices una palabra sobre este contrato a alguien, entonces...

—Entonces —interrumpo—, no hay trato. Sin protección, sin recomendaciones, sin indemnización... y tú tienes los medios para destruir por completo mis posibilidades de volver a trabajar en cualquier puesto. Tendré suerte si puedo hacer café para ganarme la vida. ¿Me he perdido algo?

Ladea la cabeza. Vuelve a sonreír. —No.

Asiento. —Presto atención, Ruslan —me da un poco de vergüenza que se me ponga la carne de gallina cuando digo su nombre. Tengo suerte de haber elegido mangas largas hoy.

Se inclina hacia delante, esos brazos flexionándose al golpear la mesa. —Entonces, no tendrás problema en seguir mis reglas.

Me río. —Será mejor que tú sepas seguir las normas —me señalo con ambas manos—. Un partidazo, ¿recuerdas?

Esos ojos ámbar brillan un poco más. Entonces, sin previo aviso, alarga la mano y me agarra de la muñeca. Me agarra con fuerza, casi duele. Su mirada es inquebrantable. —Seré muy, *muy* claro: esto no es una relación. No soy tu novio. No soy nada para ti. Los sentimientos no son una opción.

Trago saliva y asiento.

Relaja el agarre y se sienta en la silla. —Bien. Ahora que nos hemos quitado eso de encima, podemos disfrutar de la cena.



UNA HORA y media más tarde, el todoterreno se detiene frente a mi edificio.

Estoy muy satisfecha, pero no de la forma que esperaba. La comida en Eleven Madison Park fue nada menos que sagrada. La conversación, sin embargo, muy deficiente. En el sentido más literal de la palabra. Después de pedir, apenas me dirigió la palabra.

Esperé a medias que me llevara a su cama cuando acabáramos de cenar, pero en lugar de eso le dio mi dirección al conductor.

—Buenas noches, Emma.

Por supuesto, no me acompaña a la puerta. Ese es el trabajo de un novio, y él es mi... ¿llamada caliente? ¿Sugar daddy? ¿Compañero de sexo casual? ¿Amigo con beneficios?

Casi resoplo ante ese último pensamiento. Definitivamente no somos amigos. —Buenas noches, Ruslan.

En su honor, espera a que esté dentro del edificio antes de marcharse. Veo alejarse al todoterreno, con el motor ronroneando suavemente a la distancia. Y todo lo que puedo pensar es...

Qué desperdicio de lencería.

RUSLAN

—Creo que es lo que llaman un “lío caliente” —la risita de Isay se detiene cuando ve mi cara—. Eh, eh... *ejem*, lo que quiero decir es que tiene muchas cosas entre manos, jefe.

—Tu trabajo es decirme qué le pasa. No necesito que me cuentes las ideas de mierda de ese cerebro diminuto.

Asiente con torpeza, sus orejas se vuelven de color rojo remolacha mientras su rostro demacrado permanece cómicamente pálido. —Claro. Sí, claro. Tiene que pagar un alquiler bastante alto cada mes. Y parece que también tiene que pagar unos préstamos estudiantiles. Y, por supuesto, los gastos del funeral.

Frunzo el ceño. —¿El funeral de quién?

—De su hermana.

Tengo una pregunta en la punta de la lengua, pero me la trago en el último segundo. No necesito saber la historia de la vida de Emma. No necesito conocer su pasado, sus sueños, sus miedos ni sus metas futuras.

Necesito saber lo suficiente para que nuestro pequeño acuerdo sea un éxito. Más allá de eso, sus traumas son suyos.

Isay me entrega el archivo y yo ojeo los números. —Maldición.

Le pago bien, pero desde luego no lo suficiente como para poder ocuparse de toda la mierda que tiene entre manos ahora mismo. De hecho, me impresiona su ética laboral, teniendo en cuenta el estrés al que debe estar sometida. El único indicio de ese tipo de presión fue el día que llegó tarde y la acusé de venir directo del folladero a mi edificio.

—De acuerdo —le devuelvo el libro a Isay—. Encárgate de esto por mí.

Sus ojos se desorbitan. —Encargarme... ¿Quieres decir... de *todo*?

—Todo.

Isay mira la hoja de papel. —Es mucho dinero para gastar en una sola mujer.

Dirijo toda la fuerza de mi mirada hacia el hombre hasta que sus orejas se ponen tan rojas como el carmín que Emma se puso en la cena de la otra noche.

—M-me disculpo, señor —balbucea Isay—. Es que...

—No recuerdo haber pedido tu opinión, Isay. Es mi puto dinero y me lo gastaré en lo que quiera.

Isay asiente con tanta fuerza que las gafas se le resbalan por la nariz y caen sobre el escritorio. —Me encargaré de esto, señor.

—Asegúrate de hacerlo. E infórmame inmediatamente después.

Isay sale de la sala con la cabeza inclinada en señal de deferencia. El hombre carece de

columna vertebral, pero tiene cabeza para los números. Por eso ha durado tanto.

Es domingo, lo que significa que Bane Corp. es un laberinto somnoliento de pasillos abandonados y oficinas vacías. Podría haberlo hecho venir a mi finca personal o a uno de mis áticos en la ciudad, pero me gusta la estructura de mantener las cosas separadas.

Irónico, en realidad, teniendo en cuenta que me pasé la mayor parte del fin de semana imaginando todas las formas diferentes en que planeo follar a mi secretaria mañana por la noche durante nuestra primera "reunión" programada. En todas las fantasías que tuve de ella en los dos últimos días, lleva esa peligrosa blusa roja y su pelo oscuro flotando hacia sus pechos en una cascada de obsidiana.

Esa noche necesité todo mi autocontrol para resistirme a ella. Sus labios rojos como la sangre suplicaban ser reclamados. Mañana planeo limpiarlos con la lengua.

Pero me negué a perder el control hasta que llegara el momento adecuado. Si este acuerdo va a funcionar, tengo que poner límites y ceñirme a ellos.

Pagar las deudas de Emma es solo una manera de deshacerme del desorden para que pueda centrarse en satisfacer mis necesidades. Es puramente egoísta.

Sin embargo...

Sigo pensando en su reacción cuando le diga que está libre de deudas. No dejo de pensar en lo aliviada que se sentirá, en lo ligera que se sentirá al quitarse ese peso colosal de encima.

Y sí, hay una profunda y cavernícola sensación de satisfacción al saber que *le estoy* dando eso.

Su pregunta sobre ver a otros hombres me molestó en el momento, ¿pero ahora? Buena suerte encontrando otro hombre que pueda hacer esto. Casi me gustaría verla intentarlo.

Por supuesto, no soy el tipo de hombre que hace nada gratis. Espero que haga que valga la pena con su cuerpo dulce y delicioso.

Mañana.

Una puta noche más, y entonces será toda mía.

RUSLAN

—¿Cómo se ve nuestro presupuesto?

Kirill consulta el papel con columnas que hay sobre la mesa entre nosotros. —Estamos dentro de nuestros objetivos. Parece que todo va por buen camino. Financieramente hablando, al menos.

Asiento en señal de aprobación. —Sergey está haciendo las últimas pruebas mientras hablamos. No debería tardar mucho.

—Bueno, que me jodan. Pensé que nunca llegaríamos a la cima de esta montaña.

Yo también tuve mis momentos de duda, aunque nunca los admití. Ha sido un camino muy largo hasta aquí. Noches sin dormir. Días interminables.

Al final, valdrá la pena.

Me da un golpe juguetón en el hombro. —Debería haberlo sabido. Tienes el toque de Midas.

Excepto cuando se trata de la familia... El pensamiento inoportuno me coge desprevenido. Casi nunca voy allí. Por suerte, mi teléfono empieza a sonar.

—¿Isay?

—Está hecho.

No necesito más. Cuelgo y uso el botón del interfono para llamar a Emma a mi despacho. La expresión de Kirill es una máscara cuidadosamente elaborada. Pero lo conozco desde hace demasiado tiempo como para dejarme engañar por la indiferencia que intenta mostrar.

—¿Me llamó, Sr. Oryolov?

—Entre, Srta. Carson.

Se acerca a mi mesa con sus habituales tacones negros. La mujer necesita urgentemente una renovación de su vestuario. Hay algunas boutiques a las que podría llamar...

No. No es mi puto problema.

—Quería que supiera que, a partir de ahora, sus deudas están saldadas.

Se hace un silencio sepulcral. Emma mira a Kirill un momento, y luego vuelve a mirarme a mí. Se aprieta el labio inferior, que hoy está cubierto de un brillo nude.

—No estoy segura de entenderlo, señor.

Kirill ajusta su posición lo suficiente para poder ver bien a Emma. Es la primera vez hoy que me alegro de que lleve una falda acampanada conservadora en lugar del estilo lápiz ceñido a la cadera por el que suele optar.

—No tiene deudas —repito.

Abre la boca. Luego la cierra. Otro movimiento de labios. Otra mirada corta hacia Kirill. —¿Es esto... una broma?

Se me ponen los pelos de punta al instante. —¿Le parezco un bromista, Srta. Carson?

Cambia su peso de una pierna a la otra. —Um...

Mis dientes rechinan impacientes. —¿Por qué no hace una llamada a su banco? Eso puede ayudarla a procesar esto. No estoy de humor para repetirlo una tercera vez.

Se gira, vacila, me mira y se dirige a la puerta. Por una vez, los ojos de Kirill no están fijos en ella mientras se aleja. Están fijos en mí.

Algo que es solo marginalmente mejor, en realidad.

—¿Qué? —suelto.

Se encoge de hombros. —Solo estoy asombrado por tu genio. Una compañera sexual en la nómina. Nunca habría entrado en ese terreno, ni en un millón de años.

—Por eso soy el cerebro de esta operación.

Sonríe. —Soy el...

BANG. Emma ni siquiera parece oír el ruido de la puerta estrellada contra la pared cuando entra volando en la oficina, con la cara hecha una máscara de sorpresa e incredulidad.

—Dios mío —jadea—. No era una broma.

Entonces, hace lo último que esperaba. Me da las gracias con lágrimas en los ojos. —Rus... quiero decir, Sr. Oryolov, no puedo agradecérselo lo suficiente. No tiene ni idea de lo mucho que esto significa para mí. Yo solo... no puedo creerlo...

Mantiene una charla constante, que solo capto a medias porque me distrae la forma en que sus lágrimas hacen que sus iris pasen del cerúleo oscuro al turquesa pálido.

No ayuda que Kirill siga al acecho a un lado, sonriendo como el puto gato de Cheshire.

—Esto hará una *gran* diferencia. Ahora sí que voy a poder ahorrar. Tendré que asegurarme de que él nunca lo sepa. Eso tomará algo de trabajo, pero puedo...

—¿Él?

El chasquido de mi voz hace que se quede a medias. El color sube a sus mejillas, más rosadas que sus labios. —No importa. No debería... No es nada. Puedo arreglármelas.

Podría obligarla a decírmelo, pero no le veo sentido cuando Kirill me dará todas las respuestas que quiero con solo indagar un poco.

Lo que quiero ahora, sin embargo, es que Emma vuelva a su mesa lo antes posible. Esperaba gratitud. No esperaba el desastre lloriqueante que está delante de mí, mirándome como si fuera la segunda bajada de Jesucristo a la tierra.

No me interesa ser su héroe y, sin embargo, de alguna manera, eso es exactamente lo que he conseguido ser.

El calor del orgullo en mi pecho también se puede ir a la mierda. No estoy en esto por ser sentimental.

Y sigue parloteando, joder. —En serio, esto significa el mundo para mí. No puedo creer lo generoso...

—Maldición, mujer. ¿Tienes un botón de apagado?

Se queda paralizada, con la boca en un óvalo perfecto de sorpresa. Luego sus labios se juntan y sus ojos azul claro se llenan de dolor. —Solo intento dar las gracias.

—No necesito agradecimiento. Lo que necesito es una secretaria presentable que tenga las cosas claras. Y, actualmente, no encajas con el perfil.

El brillo de sus ojos se apaga al instante. *Bien*. Es demasiado. Tiene que recordar que no soy un caballero de brillante armadura. Soy el puto dragón.

—Vuelve a tu escritorio y cálmate.

No se mueve. —¿Cuál es tu problema? —la lucha en sus ojos es mucho mejor que el dolor. Es extrañamente excitante, también—. Solo intentaba dar las gracias. No hay necesidad de ser tan... tan colosalmente imbécil.

Kirill resopla, pero dudo que Emma lo oiga, porque está más preocupada por ponerse roja de vergüenza y salir furiosa, con los tacones repiqueteando como disparos.

La puerta se cierra de nuevo, esta vez en la otra dirección. —Bueno —se ríe Kirill—. Eso fue... interesante.

Aflojo la mandíbula. —Quiero que le hagan otra investigación. Esta vez, indaga en su vida personal. Quiero saber quién coño es ese "él" al que le oculta cosas.

—En ello —Kirill me mira curioso—. Tengo que ser honesto: me sorprende que dejes que te hable así. La mayoría de la gente no se saldría con la suya con ese tipo de falta de respeto.

Levanto una ceja. —No se ha salido con la suya. Pienso castigarla por ello esta noche.

Mi polla ya palpita de anticipación.

Solo un par de horas más y le recordaré *exactamente* quién soy.

RUSLAN

Su rodilla ha estado rebotando durante todo el tiempo que llevamos en la carretera. Tengo curiosidad por ver cuánto tiempo puede mantener el impulso ansioso mientras está atrapada en el atasco de Nueva York.

Resulta que: *todo* el maldito tiempo.

Giramos en la 48. Es entonces cuando su pierna finalmente deja de brincar arriba y abajo. Ahora parece que apenas respira. Veo su cara mientras se desliza: se muerde el interior de la mejilla y sus mejillas están pálidas.

No es exactamente el entusiasmo que esperaba.

En el ascensor se mantiene lo más lejos posible de mí. Empiezo a preguntarme si está nerviosa o si sigue enfadada por nuestra pequeña discusión de antes. Esperé que se echara atrás en nuestra reunión de hoy, pero, al parecer, darme la espalda es su método de castigo preferido. No me molesta en absoluto. De hecho, estoy deseando atravesar su gélido exterior.

Y tengo justo la herramienta para el trabajo.

Todavía se está mordisqueando la mejilla cuando se abren las puertas del ascensor en mi ático. Su total falta de reacción me recuerda que ya estuvo aquí antes. Me dejó archivos, ropa, comida. También preservativos una vez, y probablemente de ahí sacó la idea de que uso esto como "motelito", por llamarlo de algún modo.

Me quito el abrigo y ella me sigue. —Ponte cómoda.

Decido que lo que necesita es un poco de estímulo líquido. La dejo en el salón y me dirijo a la cocina. El bar está unido a la cocina por una amplia encimera de mármol.

No puedo evitar imaginármela extendida sobre él. ¿Gemirá por mí como en su mensaje de voz? ¿Me suplicará que la folle? ¿O será más tímida en persona? ¿Tendré que sacarla de su caparazón hasta que se desate la sirena?

Todas las posibilidades son igual de tentadoras.

Llevo las bebidas al salón. Emma está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, contemplando el reluciente horizonte.

—¿Un trago?

Coge el vaso sin decir palabra y lo bebe tan rápido que mis cejas chocan con la línea de mi pelo. Cierra los ojos, frunce la boca y arruga la nariz. —Joder, qué fuerte.

—Es ginebra.

—Eso lo explica.

Me devuelve su vaso vacío y a cambio le ofrezco el mío, lleno. —Aparentemente, necesitas esto más que yo.

Mira el vaso por un momento. —No, creo que paso. Si bebo más, podría vomitar.

Levanto una ceja. —Qué sexy.

—Lo siento —se encoge de hombros.

—Quizá esta vez puedas beberlo a sorbos en vez de bajártelo de un trago.

Coge el vaso y acerca la boca al borde. El líquido se desliza entre sus labios carnosos y, de repente, empiezo a sentir una punzada de celos irracionales hacia esa bebida. Después de que traga, veo cómo asoma la lengua el tiempo suficiente para deslizarse por ellos, encendiendo un calor que empieza en mi pecho y termina en mi entrepierna.

—Realmente lo degusté esta vez. Está bueno.

Me aseguro de mirarla a los ojos. —Algunas cosas están hechas para ser degustadas.

El rubor que se extiende por sus mejillas es a la vez entrañable y alarmante. Me asalta una serie de dudas contra las que lucho desde nuestra pequeña discusión de antes. ¿Elegí a la mujer adecuada? ¿Es demasiado ingenua, demasiado inocente, demasiado emocional para este tipo de acuerdo?

—Ruslan, sé que dijiste que no lo mencionara, pero... quiero agradecerte, de nuevo, por lo que hiciste.

Si empieza a llorar, voy a terminar este maldito acuerdo en el acto.

—No quiero que te sientas incómodo ni nada por el estilo, así que lo dejaré así. Pero quería asegurarme de que sepas que estoy agradecida. Que no lo doy por sentado.

Sus ojos permanecen secos. Eso es un punto a su favor.

—Ya me has dado las gracias. No hace falta que vuelvas a mencionarlo —me sirvo un chupito y, a pesar del consejo que le di, me lo bebo de un trago.

Frunce el ceño, lo que me despierta curiosidad. No suelo ser el tipo de hombre que pasa el tiempo intentando descifrar lo que siente una mujer, *cualquier* mujer. Pero hay algo en esta mujer que me hace hacerme todo tipo de preguntas.

—No sé lo que tengo que hacer —suelta de repente. El color le inunda las mejillas en cuanto lo dice—. Probablemente no sea muy sexy admitir eso, ¿verdad?

Me fuerzo a contener la sonrisa que casi se me dibuja en los labios. —Toma otro sorbo y ven conmigo.

Casi nunca cierro las persianas del dormitorio principal. Uno, porque disfruto de las vistas. Y dos, porque casi nunca paso la noche aquí. Pero esta noche no me apetece compartir el tipo de vista que estoy deseando disfrutar en mi cama, así que me tomo un momento para cerrarlas mientras finjo no darme cuenta de la expresión de alivio que pasa por su cara.

La mirada de Emma recorre la habitación, delatando el hecho de que nunca estuvo en esta parte del ático. No sé por qué me emociona. Quizá porque demuestra que es de fiar, que no fisgonea cuando no estoy.

Dejo el vaso y empiezo a desabrochar lentamente los botones de mi camisa. Emma se queda paralizada. Parece un ciervo sorprendido por los faros. Excepto que, en este caso, los faros son mis abdominales.

Se da vuelta bruscamente cuando la miro, como si hubiera estado todo el rato mirando el papel pintado de color crema.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo, Emma?

Sus ojos se abren de par en par. Sigue sin mirarme. —¿Es eso relevante?

—Responde a la pregunta.

—Hace un tiempo —admite.

Asiento. —Toma otro sorbo.

Ella escucha y luego tose. —Si tu plan es emborracharme, no estoy segura de que sorber la bebida lentamente vaya a lograrlo.

Arqueo una ceja. —¿Qué te hace pensar que sabes lo que deseo?

Duda solo un momento antes de hablar. —Sé que... me deseas.

Ojalá tuviera un poco más de confianza al decirlo. Eso vendrá con el tiempo y la práctica.

—¿Y eso te asusta?

Arruga las cejas. —No tengo miedo.

—Entonces no tendrás problema en interpretar en directo el mensaje de voz que me enviaste.

Se queda boquiabierta. —Quieres que...

—Quiero que se toque, Srta. Carson —tomo asiento en el sillón junto a la ventana y la miro a los ojos—. Y yo voy a sentarme a mirar.

RUSLAN

Sus ojos se abren más y traga saliva. Las mujeres que suelo traer aquí se me echan encima en cuanto se cierran las puertas del ascensor. A veces, me aburro incluso antes de que empiece el sexo. Definitivamente, ella no es a lo que estoy acostumbrado.

Quizá por eso mi polla ya está haciendo fuerza contra mis pantalones.

Los ojos de Emma siguen revoloteando de un lado a otro sin centrarse en nada. Está de pie justo fuera de mi alcance, delante de mí, con la vena de la frente palpitando suavemente.

—Emma —sus ojos se dirigen a los míos—. Respira hondo —el hecho de que siga mis órdenes al instante me excita enormemente—. Buena chica. ¿Necesitas otro trago?

—Estoy bien.

Asiento. —Ahora, recuerda: ya te he oído correrte. Más de una vez, de hecho.

Su garganta se sacude con otro trago. —¿Has vuelto a escuchar ese mensaje?

—Lo escuché bastantes veces —aún puedo ver la vena de su frente, pero ya no palpita tanto —. Lo sepas o no, sabes cómo montar un espectáculo.

Cada vez que se sonroja, siento la necesidad de hacerla sonrojar de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Se ha convertido en un pequeño juego privado para mí. Siempre gano.

Se pasa la lengua por el labio inferior. No estoy seguro de que sea consciente de cuántos impulsos diferentes combato ahora mismo. El cavernícola que hay en mí quiere arrancarle la ropa y follarla hasta dejarla sin sentido en todas las posturas imaginables conocidas por el hombre. Pero no he perfeccionado mi sentido de la disciplina en vano, y a la Srta. Carson hay que tratarla con cuidado.

—Me alegro de que te haya gustado —murmura tímidamente.

—Me gustó tanto que hice redactar un contrato especial solo para ti.

Exhala. Sus hombros se relajan y la vena ansiosa desaparece por completo. Me reclino en la silla y alzo mi trago hacia ella. —Quítate la blusa. Despacio.

Duda solo un segundo antes de subirse la blusa por la cabeza. Se la quita demasiado deprisa, pero la visión de sus pechos altos y turgentes asomando por el sujetador de media copa que lleva lo compensa con creces.

Aprieto la mandíbula, ávido de los pezones turgentes que prácticamente asoman por la fina tela de su sujetador negro de encaje.

Degústalo...

—Ahora la falda.

Echa las manos hacia atrás y se baja la cremallera. Esta vez me mira a los ojos todo el tiempo. Cuando se pasa la falda por las caderas, cae al suelo. Se quita la falda y se ruboriza de

nuevo.

Pues que me jodan.

¿Quién me iba a decir que mi mojigata ayudante escondía ese cuerpazo debajo de esas blusas de seda y faldas lápiz? No es que no supiera que tenía una figura estupenda, pero desde luego no me esperaba las tentadoras curvas que oficialmente me están haciendo agua la boca. Suaves líneas acentúan su firme vientre y conducen al trozo de piel oculto a la vista...

Por ahora.

La cintura de su tanga está subida, resaltando la nitidez de los huesos de su cadera. Mi mirada vuelve al pequeño triángulo de tela que cubre su montículo y, por un momento, me oigo pensar: *A la mierda la moderación*.

No espera más instrucciones. Se desabrocha el sujetador y se lo quita de los hombros, mostrando esos pechos turgentes y jugosos. Tiene los pezones duros y estoy dispuesto a apostar que, si le meto un dedo ahora mismo, saldrá mojado.

—Maldición, *Kiska*, tienes el cuerpo más sexy que he visto nunca.

Sus cejas se arquean. Seguro que no es la primera vez que lo oye. Pero no me importa preguntar. Estoy demasiado distraído con el festín que están disfrutando mis ojos.

—Date la vuelta.

Estoy lo bastante cerca para ver cómo se le dilatan los ojos al oír la orden. Entonces se gira, y mi polla salta hambrienta al ver su culo perfectamente redondo. Es una puta obra de arte. Me estremezco por el esfuerzo de no correrme.

Mis músculos se tensan cuando ella se inclina, deslizando el insignificante trozo de tela por sus delgados muslos. Llega hasta los tobillos, y su suave coño me guiña un ojo entre esas mejillas maduras y rosadas. Empiezo a sentir grietas en la superficie de mi férreo sentido del control.

Se endereza y me mira por encima del hombro. Solo ese movimiento le despeina el pelo oscuro por encima de los hombros. Lo que lo hace aún más potente es lo inocentemente inconsciente que es de su propio poder de seducción.

—¿Puedo darme la vuelta ya?

Maldición, ¿cuándo había sido tan deferente? ¿Tan tentadoramente complaciente?

—No —mi voz es áspera por la necesidad—. Acuéstate en la cama.

La miro alejarse, divertido y embelesado por el hecho de que sus mejillas se sonrojan por ambos lados. Se acerca a la cama y se tumba boca arriba con los pies colgando del borde.

Cojo una silla y la acerco a ella. Lo bastante lejos para que pueda retorcerse todo lo que quiera... pero lo bastante cerca para no perderme de nada.

—Qué buena chica eres —sus miembros tiemblan y suspira con fuerza—. Abre las piernas para mí.

Veo la humedad que se acumula entre los labios de su coño. Aprieto los dientes y resisto el impulso de meterle los dedos.

—Ahora tócate.

Se le pone la piel de gallina en los brazos mientras su mano derecha se posa entre sus piernas. Con dos dedos, empieza a frotar su clítoris en lentos círculos. Observo el movimiento peligrosamente hipnótico, disfrutando de la forma en que su cuerpo se despliega ante mí.

Es mío.

O lo será.

Poco a poco, la tensión empieza a abandonar su cuerpo. Su mandíbula se relaja, sus ojos se

ponen en blanco, y un suave gemido sale de sus labios pecaminosos.

—¿En qué estás pensando ahora mismo?

Se muerde el labio inferior, ahogando un gemido. —E-en ti —jadea.

—¿Qué de mi?

—Estoy imaginando tu polla... cómo se sentirá dentro... *ahh*…

Otro gemido. Un aleteo de sus pestañas. Sus dedos empiezan a moverse más rápido sobre su clítoris.

Algo primario y posesivo se agita en mi interior. Pensar que cualquier otro hombre podría haberla visto así... Pensar que algún otro hombre podría verla así algún día... Me dan ganas de marcarla para que siempre recuerde exactamente a quién pertenece.

Pero, sobre todo, es un hambre de hacer saber a todos los demás hombres que esta mujer está *fuera de los putos límites*.

Me acuerdo del contrato. Su firma limpiamente inclinada en varias páginas diferentes. Mientras ese contrato esté en vigor, no necesito preocuparme por otros hombres. Ella me pertenece a mí y solo a mí.

—Sí, nena. Continúa. Más rápido.

—Tócame —suplica. Su voz se entrecorta—. Por favor.

Sacudo la cabeza lentamente. —Tendrás que trabajar para eso. Mi toque no se gana fácilmente.

Ella gime, su labio inferior tiembla frenéticamente. —R-Ruslan...

Cuanto más rápido mueve los dedos sobre su clítoris, más rebotan sus turgentes pechos. Su pelo oscuro se despliega sobre mis sábanas de algodón egipcio, en marcado contraste con el blanco inmaculado. Parece un puto cuadro hecho realidad.

—Juega con tus pezones para mí.

Su mano libre se posa en su pecho derecho y comienza a masajearlo lentamente, haciendo rodar el pezón entre sus dedos.

Rechino los dientes con fuerza suficiente para romperlos. —Qué buena ayudante eres. Tan jodidamente obediente. Tan jodidamente sexy... —un gemido desenfrenado sale de sus labios—. ¿Quieres ver cuánto me gusta lo que haces?

Ella asiente. Tardo unos segundos en quitarme la camisa y despojarme de los pantalones y los calzoncillos. Me hago a un lado y sus ojos recorren los caminos de mis tatuajes antes de posarse en mi polla. Suelta un gemido ahogado, que exige toda mi atención.

Me rodeo el pene con una palma y empiezo a acariciarme. Emma se apoya en un codo y se pasa la lengua por los labios.

—¿Quieres mi polla, nena?

Ella asiente —Muchísimo.

—Es bastante grande. ¿Seguro que puedes soportarla?

Se muerde con fuerza el labio inferior, frotándose más fuerte el clítoris. —*Mhmm.*

—Dilo. Quiero oírte decirlo.

—Sí —gime—. Puedo soportarla.

Sigo bombeando la polla. Noto que el orgasmo se acerca a la punta, pero aplaco las ganas con pura fuerza de voluntad. No pienso correrme esta noche. No hasta que la haya hecho correrse una docena de veces.

—Dime lo que quieres.

Sus ojos se encienden. El rubor de sus mejillas recorre todo su cuerpo. ¿Es la primera vez que

un hombre le hace esa pregunta? A juzgar por la expresión de su cara, sí. Pero no puedo estar seguro y eso me está volviendo loco.

—Dímelo —gruño—. Dímelo mientras aún tienes la boca vacía.

Ella traga con fuerza. Y, como la mujer obediente que es, no deja de frotarse entre las piernas. —Quiero eso. Quiero tu polla en mi boca. Quiero tu polla por todas partes.

Sigo bombeando con más fuerza. —¿Por todas partes? Qué asistente tan sucia.

—Sí —jadea—. Sí.

—¿Qué más?

Cada vez que se le cierran los ojos, los vuelve a abrir para encontrarse con mi mirada. Escalofríos recorren su cuerpo cada pocos segundos y su respiración es cada vez más agitada.

—Quiero que me comas.

—Mmm...

—Quiero que me folles tan fuerte que olvide mi propio nombre.

—¿Y mi nombre? —exijo, acercándome un poco más. No estoy seguro de poder aguantar más. Necesito tocarla, joder.

Sus ojos siguen deslizándose hacia mi polla. —¿T-tu nombre?

—¿Olvidarás mi nombre? —hay una amenaza feroz que subyace a la pregunta.

—No —jadea ella—. Nunca. N-no tu nombre...

—Buena chica. Ahora, dilo. Di mi nombre mientras te corres para mí.

—¡Ruslan! —su voz tiembla violentamente, sus pechos se estremecen y sus dedos presionan su precioso y húmedo coño—¡J…jo…derrrrrrrrrr!

Nunca he visto nada tan bonito como su cara cuando se viene.

Solo cuando se ha liberado, sus ojos se cierran. Como si hubiera terminado. Como si eso fuera suficiente para saciarme...

—Creo que olvida algo, Srta. Carson.

La mención de como la llamo en la oficina hace que abra los ojos. Se le tuerce un lado de la boca. —¿Qué estoy olvidando, Sr. Oryolov?

La pequeña descarada. Está jugando conmigo.

—Estás aquí para atender *mis* necesidades. No al revés.

Estira su cuerpo a lo largo de la cama con un gemido entrecortado. —¿Qué puedo hacer por usted, señor?

La pregunta me enciende el cuerpo. La respuesta es: *todo*. Tengo toda una vida de sucias fantasías revoloteando en mi cabeza. Elegir una es difícil, pero me dejo llevar por mi instinto más básico, incapaz de calmar la codiciosa palpitación de mi polla.

—Quiero romperte, maldición —gruño.

Sus ojos brillan. ¿Miedo? ¿Emoción? ¿Anticipación? No la dejo mirarme el tiempo suficiente para averiguar cuál. Cojo sus caderas, la giro, la pongo boca abajo y tiro de sus caderas para que arquee su delicioso culo hacia mí. Su piel es tan suave como mis sábanas, y el doble de lujosa. Estoy impaciente por marcarla con mis dientes, mis dedos y mi semen.

Mis manos se deslizan por sus caderas mientras mi polla se aprieta entre sus nalgas, alineándose con su raja chorreante. No puedo evitarlo: nos masturbo a los dos, subiendo y bajando la cabeza hinchada, rozando su clítoris y haciéndonos estremecer.

Tiene puñados de sábanas en cada mano, su jugoso culo empujando contra mi polla. Pequeña *kiska* ansiosa.

Le doy una palmada en el culo. Da un grito y se sobresalta cuando la huella de mi mano

resplandece sobre el rubor rosa pálido de su piel.

Antes de que pueda recuperarse de la bofetada, la agarro por las caderas y la penetro. Emite un sonido que es mitad gemido, mitad grito, y cien por cien *mío*.

En cuanto a mí... todo el ruido desaparece. Toda la tensión de mi cuerpo se disuelve. Todo el estrés y las obligaciones que pesan sobre mis hombros se desvanecen en el fondo.

Solo se oye el ruido de piel contra piel cuando empujo con más fuerza, me hundo más, hasta que cada centímetro está enterrado dentro suyo y estoy follando en casa.

Está tan buena, tan apretada, tan... jodidamente... perfecta.

Puede que Emma se haya quedado flácida en la cama, una masa de escalofríos y sollozos de placer mientras me balanceo dentro suyo, pero dentro de su dulce cuerpo arde. Noto cómo se agita a lo largo de mi pene; la muy traviesa ya está intentando sacarme el orgasmo antes de que haya empezado a enseñarle lo que es un puto orgasmo de verdad.

Tiro de ella hacia mí al mismo tiempo que la penetro. Una y otra y otra vez, saboreando cómo sus gemidos se funden en gruñidos que se transforman en sollozos de placer que hacen burbujear mi nombre entre sus labios temblorosos.

Esto es lo que quiero. Lo que *necesito*. Necesito que me sienta tan dentro de su hermoso cuerpo que se olvide de todo lo que ha experimentado antes que yo. Necesito que lo tome tan fuerte que le cueste caminar por la mañana.

La siento apretarse contra mí y sonrío. La agarro con más fuerza por las caderas, la atraigo más hacia mí y, cuando la noto tensa en ese dulce borde del olvido, me meto hasta las pelotas en su coño tembloroso y deslizo las manos hacia arriba para acariciarle los costados.

—Córrete para mí, nena.

Cuando lo hace, se me ponen los ojos en blanco. Sentir sus espasmos en mi polla, salvajes, húmedos e incontrolados, pone a prueba cada fibra de mi autocontrol más allá de lo que jamás había experimentado.

Maldita sea.

No espero a que se calmen los últimos espasmos. La saco, la tumbo boca arriba y vuelvo a meterle la polla. La rapidez hace que jadee y se arquee contra mí, y la rodeo con los brazos por la espalda para poder saborear sus dulces pezones mientras me abalanzo sobre ella.

No es suficiente. No es suficiente. Vuelvo a sentir sus espasmos, oigo sus gritos mientras la follo hasta dejarla inconsciente, me deleito con sus deliciosas curvas, siento cómo sus dedos me tiran del pelo... y no es suficiente. Quiero más. Me abalanzo sobre ella más deprisa y entierro la cara en la curva de su cuello para lamer, chupar y saborear su piel brillante.

Si no fuera por las paredes insonorizadas de este ático, tendría muchas posibilidades de ser sospechoso de asesinato. Emma no es el tranquilo lirón que parece ser en la oficina.

En el dormitorio, es una puta tormenta.

Quizá por eso hago algo que no esperaba hacer esta noche: inclinarme y capturar sus labios con los míos. Incluso en medio de su desmoronamiento, percibo su jadeo de sorpresa. No esperaba un beso, igual que yo.

Pero, ahora que la estoy saboreando, reclamando su boca, me siento tan jodidamente bien. Es dulce, cálida y suave. Muevo mi lengua dentro de su boca, saboreándola. Me araña la espalda mientras sigo penetrando su apretado coño. Somos un enredo sudoroso. Fundidos de pies a cabeza.

Por un breve instante, me pica el gusanillo de querer *más*.

Luego, ese momento pasa. Y vuelvo a querer más.

Incluso cuando llego al final de mi camino y me preparo para mi propia liberación, me encuentro deseando más. Más de ella, de diferentes maneras, en diferentes lugares.

El contrato. La tienes dos veces por semana durante el tiempo que quieras.

Es ese pensamiento el que me lleva al límite. Me aferro a ella, ahogando mi rugido contra su cuello, mientras siento cómo el orgasmo me desgarra y se derrama dentro suyo en un calor abrasador que la hace estremecer con su propia liberación final a mi alrededor.

Sexo consistente, conveniente, decente es lo que buscaba con este pequeño arreglo. Pero lo que tengo es *sexo genial*. El tipo de sexo que calma la mente y tranquiliza el alma.

El tipo de sexo que hace que un hombre se sienta invencible.

RUSLAN

Todavía está desnuda en mi cama cuando suena el teléfono. El nombre de Kirill parpadea en la pantalla de bloqueo, lo que me hace fruncir el ceño. No llamaría a estas horas de la noche, a menos que hubiera algo que informar.

—¿Qué está pasando?

—Estoy en Alcázar y, amigo, no creerás quién está aquí.

Emma se da la vuelta, y la luz de la luna capta la curva de su culo. Me pierdo imaginando que muerdo la perfecta protuberancia de su nalga, así que me pierdo lo siguiente que dice Kirill.

—...no fue la reacción que esperaba.

Emma suspira mientras se estira. Está boca abajo en la cama, pero la insinuación de sus pechos asomando bajo el brazo amenaza con distraerme de nuevo. Me incorporo y me doy la vuelta.

—No entendí esa última parte.

Hay un silencio. —Joder, ¿todavía está ahí?

—Kirill.

—Bien. No es asunto mío. Lo que dije fue que Adrik está aquí.

Mi puño se aprieta alrededor del teléfono y me siento erguido. —¿En mi club?

—Sí. Hablé con Venus. Al parecer, lleva aquí una hora.

—¿Está causando problemas?

—No. Él y su séquito tomaron una de las cabinas VIP en el balcón. Parece bastante inocente hasta ahora.

Resoplo. —Nada con ese puto escurridizo es inocente. ¿Te ha visto?

—Lo dudo. Acabo de llegar.

—Bien. No lo pierdas de vista. Estaré allí en quince minutos.

Cuando me doy la vuelta, Emma tiene los ojos cerrados y en su rostro se dibuja una suave sonrisa a medio formar. Le dije que se pusiera cómoda. Pero ahora se ve demasiado cómoda para mi gusto.

Cojo su ropa del suelo y la tiro sobre la cama. —Vístete.

Abre los ojos. —¿Eh? ¿Qué? ¿Ahora mismo?

—¿Tengo que recordarte las reglas de nuestro contrato? —pregunto con frialdad.

Hace una mueca y busca su ropa. —Tú y ese contrato —murmura mientras se pone las bragas.

Mi polla, agotada tras casi dos horas del sexo más vigoroso de mi vida, sigue dando bandazos hacia arriba con entusiasmo.

Emma se da cuenta y suelta una risita de sorpresa. La silencio con una mirada, luego me pongo los pantalones y me subo la cremallera. —Rápido.

Se agacha para ponerse la falda y el pelo le cubre la cara, ocultando su expresión. No sé si está resignada o irritada por el final tan poco ceremonioso de la noche. *Aunque no debería importarme...*

—Mi chófer te llevará a casa.

Me mira y separa los labios. Espero la pregunta, pero ella cierra la boca y asiente. Se queda en su rincón del ascensor mientras bajamos.

Le abro las puertas cuando llegamos a la planta principal. —Te estará esperando fuera.

Me mira. —¿No te vas tú también?

—Tengo que bajar un piso más. Mi coche está aparcado allí.

—Oh. Bien —ella duda—. ¿Nos vemos mañana, entonces?

—Algo así —tengo prisa, pero no soy un patán. No tanto como para echarla literalmente del edificio por mucho que necesite que se vaya. Y me estoy demorando solo en parte porque todavía tengo fantasías de follármela contra las paredes espejadas del ascensor.

Sale del ascensor y las puertas se cierran sobre sus cejas arqueadas. El subidón post- sexo desaparece poco a poco, pero hay una cierta claridad focalizada que no había sentido en mucho tiempo. ¿Quién iba a decir que el sexo era la solución que necesitaba?

Me subo a mi Aston Martin Valkyrie y, en menos de quince minutos, estoy en la puerta de Alcázar.

Le doy las llaves a Bruno, que está de aparcacoches, y entro. El pasillo de entrada es un túnel oscuro e insonorizado que te sumerge en las entrañas del club. Cuando salgo, veo las paredes desnudas, sin más adornos que viejos retratos callejeros en blanco y negro de Nueva York en su apogeo, todo mansiones exquisitas y edificios públicos palaciegos que marcaron la Edad Dorada de la ciudad a finales del siglo XIX.

Uno de mis porteros, Jeremiah, está de pie al final del pasillo, vigilando la puerta arqueada de metal. El sistema de sonido de última generación, que me costó medio millón, produce vibraciones constantes en su pesada superficie.

Jeremiah me ofrece una inclinación de cabeza deferente. —Jefe.

Abre la puerta y enseguida me absorben las luces y la música, que palpitan en los cuatro mil metros cuadrados del local. Las luces de neón golpean las paredes en ángulos pronunciados y rebotan en los altos techos. La pista de baile es la pieza central del local, pero mis ojos están puestos en los palcos VIP del balcón.

Kirill se acerca. Tiene una cerveza en la mano, aunque sus ojos no se apartan del palco VIP de la esquina, en el segundo entresuelo. Sigo su mirada.

—¿Es Vadim? —gruño.

Kirill frunce los labios. —Llegó diez minutos antes que tú. Fue directo hacia Adrik. Pensé que el viejo oso iba a asustarlo, pero...

—Parecen demasiado amistosos para que ese sea el caso.

Kirill asiente secamente. Mis sospechas están en alerta máxima. El tío Vadim no es el tipo de hombre que iría nunca contra la familia. Aun así, prefiero creer que la gente es impredecible. Y Vadim ciertamente tiene suficiente resentimiento contra mí como para justificar hacer algo tan desesperado como confraternizar con el enemigo.

Aunque enemigo parece una palabra equivocada. Implica una amenaza legítima, y nada en Adrik me parece remotamente amenazante. Pero, como nos hemos enfrentado desde el principio,

no hay ninguna posibilidad de que ese arraigado sentido de la competición vaya a desaparecer pronto.

—¿Debería subir o quieres encargarte tú? —pregunta Kirill.

Le doy una palmada en la espalda. —Yo me encargo.

Los dos hombres están tan absortos en la conversación que no me ven llegar hasta que estoy justo encima de ellos.

—¡Ah, Ruslan! —Adrik saluda como si fuéramos compañeros de campamento.

Miro a mi tío, cuya sonrisa parece más rígida de lo habitual. —Tío —luego me vuelvo hacia Adrik—. Estoy bastante seguro de que estás en el club equivocado, Makarov.

Sonríe y se encoge de hombros. —Debo haberlo confundido con el mío.

—El día que tu club esté la mitad de lleno será el mejor día de tu puta vida.

Se pasa una mano por el pelo rubio corto y frunce el ceño. —El mío es más grande. Hace que parezca más vacío.

—Me imagino que eres uno de esos hombres obsesionados con el tamaño. Eso explica muchas cosas.

Vadim se aclara la garganta. —Quizá Adrik solo está aquí para aprender de los mejores.

Adrik entrecierra los ojos y nos mira a ambos. —No vine aquí para ser atacado, eso es seguro...

—¿Por qué *has* venido, Adrik?

Vuelve a encogerse de hombros, pero sus ojos siguen revoloteando demasiado como para que el gesto parezca despreocupado. —¿Por qué no? Quiero decir, somos prácticamente familia.

—¿Familia? —replico—. Ahora te estás extralimitando.

—Extralimitándome es como me gané mi reputación. *Y* mi imperio.

Enarco una ceja. —¿"Imperio"? ¿Te refieres a los dos negocios en quiebra que tienes? ¿O a la ciudad fantasma que llamas discoteca?

Adrik rechina los dientes. —No tienes ni puta idea...

—Cuidado, Adrik —Vadim habla finalmente—. Un hombre sabio sabe cuándo bajar la cabeza ante sus superiores.

Le dirijo una mirada despectiva a Vadim, todavía molesto por el intercambio de colegas que entre ellos que interrumpí. —¿Por qué no predicas con el ejemplo y vas a atender a mis otros VIP, tío?

Vadim aprieta la mandíbula, pero asiente. —Por supuesto. Lo que necesites, sobrino.

Las fosas nasales de Adrik se agitan mientras su mirada se desvía de Vadim a mí. —Puede que ahora tengas la mayor parte del poder, pero te vencí en el pasado y puedo hacerlo de nuevo.

Sonrío. Ahora sí que me hace gracia. —¿Te refieres al negocio de armas que me robaste hace cuatro años? Recuérdamelo otra vez. ¿No fue la misma empresa que destruí convenciendo a todos tus compradores para que me vendieran a mí?

Su mandíbula se relaja, y luego se aprieta al romper el contacto visual. —Lo tendré en cuenta mientras bebo tu alcohol y disfruto de tus mujeres.

Frunzo el ceño, molesto porque no capta la indirecta y se va. Pero no le daré a Adrik la satisfacción de echarlo y hacer un espectáculo público. Al hombre le encanta el público.

—Hagamos una tregua por esta noche —declara Adrik—. Ahora mismo, solo somos viejos amigos poniéndonos al día. Vamos, bebamos y disfrutemos de la noche.

Dos camareras entran en el palco con bandejas de bebidas frescas y Adrik se fija en la rubia de piernas largas y corpiño rosa.

—Tengo que reconocerlo, Ruslan: tienes una gran selección —se lame el labio y le lanza un guiño.

Le apoyo la mano en el hombro, interrumpiendo su intensa mirada lasciva. —Mantén guardadas esas manos errantes. Tengo una política de tolerancia cero para los clientes que acosan a mis camareras. ¿Entendido?

—Por supuesto —se burla—. Ni se me *ocurriría* cruzarme con el poderoso Ruslan Oryolov en su propio territorio.

Le dejo con su séquito y encuentro a Kirill en el mismo lugar junto a la barra donde lo había dejado. —¿Y bien? —me pregunta en cuanto me ve.

Me apoyo en el mostrador y me giro para mirar a la multitud. —No estoy seguro de lo que está pasando todavía, pero...

—¿Se avecinan problemas?

Escudriño el segundo entresuelo. El séquito de Adrik permanece en el mismo palco, pero el hombre en persona ha desaparecido.

—Muchos.

EMMA

Lo huelo antes de verlo. El rancio olor a azufre y vómito quema mis fosas nasales mientras me quito los tacones y me pongo de puntillas hacia mi habitación. *Si permanezco lo suficientemente callada...*

—¿Dónde has estado toda la noche?

Maldita sea.

Ben está recostado en el sofá del salón y, por supuesto, precisamente esta noche está despierto.

—Solo... fuera.

Frunce el ceño y chasquea suavemente la lengua. —Es tarde.

Dejo caer los tacones a un lado. —Por eso me voy directo a la cama.

Sus ojos se entrecierran y, por un momento, me siento como una adolescente que ha roto el toque de queda. —Los niños estuvieron preguntando por ti toda la noche.

—Estaba *ocupada*, Ben. ¿Qué quieres que te diga? —tiene agallas, haciéndome sentir culpable por esto—. Pensé que estarías agradecido de pasar algo de tiempo de calidad con tus hijos.

Lo ignora y levanta las piernas del sofá para coger una lata de cerveza del suelo. —¿Quién es el tipo?

Me tenso de inmediato. —¿Qué tipo?

—El tipo por el que te perdiste la hora de dormir. El tipo al que claramente te tiras.

Mis labios se fruncen. —Buenas *noches*, Ben.

Lo dejo con su deprimente pirámide de latas de cerveza vacías y busco refugio en mi habitación. Mi cuerpo palpita con el tipo de dolor lento que solía encontrar satisfactorio.

Excepto que, en este caso, todo lo que siento es culpa.

Empezó mucho antes de que Ben abriera su enorme bocaza. Justo en el momento en que Ruslan me tiró la ropa a la cara y me dijo, en términos inequívocos, que me quería fuera de su cama y de su espacio.

Encantador.

Me encantaría caer en mis almohadas y limpiar mis pensamientos. Pero todavía puedo olerlo en mí. El almizcle, el roble, la menta. Me desnudo y me meto en la ducha. El agua está fría, pero no me importa. Al menos durante unos segundos, estoy tan concentrada en mi respiración que olvido la forma en que Ruslan me sacó de su apartamento y prácticamente me empujó por las puertas del ascensor.

El guardia de seguridad del edificio me había mirado con escepticismo. *Eres una más en su*

puerta giratoria de conquistas, así que disfrútalo mientras dure y prepárate para cuando decida que se hartó de ti.

Hay una pequeña posibilidad de que esté proyectando.

Es que me sentí muy bien, al menos en ese momento. Estaba nerviosa, claro. Pero él consiguió calmarme y tranquilizarme.

Me perdí en el calor de su mirada y las horas siguientes se convirtieron en un torbellino de jadeos, gemidos, sudor, respiración y sexo intenso. El tipo de sexo por el que llamas a tu mejor amiga para contarle los detalles jugosos porque no puedes creer lo bueno que fue.

Pero no puedo llamar a Phoebe. Porque decirle a alguien sobre mi acuerdo con Ruslan significaría perder tanto una tonelada de dinero como una tonelada de buen sexo.

¿Dije buen sexo? Quiero decir sexo genial. *Alucinante, ese que tienes una vez en la vida, ese tipo de sexo que usas para alimentar tus fantasías cuando estás vieja y atrapada en un matrimonio aburrido.*

Sin embargo, aparte del buen sexo, cada vez me cuesta más ignorar el hecho de que estoy cambiando sexo por dinero. Hay una palabra para eso...

¡Ah, sí!

Prostitución.

En otras palabras, soy una puta. Una puta que apesta al hombre que solo usó su cuerpo y luego la desechó cuando terminó.

¿Qué dice de mí que *me guste* cómo su olor se adhiere a mi piel?

Me castigo frotándome la piel hasta dejarla en carne viva. Cuando salgo de la ducha, tengo la piel rosada desde el cuero cabelludo hasta las plantas de los pies. El exfoliante corporal de lavanda ha conseguido borrar su almizcle amaderado. Pero aún percibo algunas notas de roble en el aire cuando vuelvo a entrar en mi habitación.

Déjalo ya. No *es tu maldito novio. No puedes tener expectativas. No puedes tener sentimientos. Y definitivamente no puedes soñar despierta con él después.*

Apago las luces y me meto en la cama. Comparado con el colchón de Ruslan, espumoso y más blando que el aire, el mío parece una plancha de contrachapado duro.

Me arde la piel por el lavado agresivo, pero me reconforta un poco. Tengo que seguir recordándome por qué firmé su contrato.

Sobre todo, por esos niños.

En parte por mí.

El razonamiento detrás de la decisión es sólido. Solo necesito recordar las reglas. Tengo que ajustar mis expectativas.

Es hora de ser una niña grande.

EMMA

Estoy en mi mesa a las ocho en punto.

La cuestión es estar aquí antes que él, para demostrarle a Ruslan, y a mí misma, que puedo manejar este acuerdo. Mientras estamos en Bane, él es mi jefe. Cuando estamos fuera de la oficina, él es mi...

Oh, Dios, está aquí.

—Tranquila, Emma —me digo en voz baja.

Lleva un abrigo Burberry negro sobre su traje a medida. Su maletín capta la luz a su lado. Levanto la barbilla cuando se acerca. Sus ojos se cruzan con los míos.

Tres... dos... uno...

—Buenos días, Sr. Oryolov.

Maravilloso aterrizaje. Buen trabajo, chica.

Asiente con frialdad y se dirige a su despacho. Suelto un suspiro y me reclino en la silla. La verdad es que estoy muy orgullosa de cómo me va. Nadie diría que pasé media noche dando vueltas en la cama, preocupada por lo que diría Sienna si descubriera que he vendido mi alma al diablo.

Aunque es un diablo guapo...

¡Concéntrate! Ahora estás en la oficina. No tiene sentido pensar en cómo se masturbaba mientras te veía correrte. O en cómo te folló sobre el precioso sillón negro junto a la ventana. O el momento en que...

¡Ping!

RUSLAN: ***Trae la agenda del día en mi escritorio en cinco minutos.***

Cojo la agenda que ya he impreso y entro en su despacho. —Aquí tiene, señor.

Coge la hoja de papel sin apartar la vista de la pantalla de su portátil.

Hasta ahora, todo bien. Nada diferente en nuestra interacción. Él es mi jefe, yo soy su asistente. Y definitivamente *no* estoy pensando en la forma en que su mandíbula se apretaba cada vez que me penetraba anoche.

Cuando termina de revisar la agenda, me la devuelve. —Adelanta mi reunión de las ocho una hora. Y necesitaré que recojas el almuerzo de Spice Symphony hoy.

Tomo nota. —Lo haré. ¿Programo algo para la una?

—No. Raquel me acompañará a comer.

Mi bolígrafo se congela sobre el papel. Raquel es una de las bellas y adineradas modelos que tiene Ruslan en su agenda para fiestas, eventos y obras benéficas. De vez en cuando, una de sus

“citas” se presenta en la oficina para comer con él.

Trago saliva y levanto la vista del cuaderno. No me mira. Su atención vuelve a centrarse en la pantalla del portátil.

Podría romper los límites invisibles de nuestro acuerdo ahora mismo y preguntarle a qué demonios juega. *¿Almorzarás con ella a solas? ¿Por qué almuerzas con ella? ¿No acordamos ser monógamos?*

Pero, en el momento en que haga cualquiera de esas preguntas, sabrá que me importa. Va a asumir que me estoy apegando, que me he vuelto emocional... pegajosa.

—¿Eso es todo, señor? —estoy orgullosa de que mi voz se mantenga serena y casual.

—Eso es todo.

Asiento y salgo, a pesar de que mi corazón hace estúpidos pitidos de autocompasión en mi pecho.

Esto no es un tórrido romance.

Son negocios.

Necesito recordarlo.

~

—¿PIZZA?

Tanto Reagan como Caroline me miran con los ojos muy abiertos. Su entusiasmo se suspende momentáneamente hasta que reciben la confirmación concreta de que la delicia de queso que sostengo es realmente para ellas.

Giro las cajas hacia un lado, para que vean el logotipo. —¡*Dos* pizzas!

Es como si acabara de anunciar que Papá Noel y el Conejo de Pascua acaban de unirse para inventar una nueva fiesta. Las dos niñas estallan en un coro de gritos ininteligibles. Estoy luchando contra una horrible migraña, pero, sinceramente, verlas así de felices vale la pena.

Últimamente me siento fracasada como tía y tutora y, aunque lo único que les ofrezco es una masa con queso, me sigue pareciendo una victoria.

—¿Tía Em? —Josh se acerca a mí desde la cocina.

—¡Hola, Joshie! —paso un brazo por su hombro—. ¿Has oído las noticias? Cenaremos pizza.

Frunce el ceño. Odio que se haya vuelto tan receloso de la buena fortuna.

—Me sentí mal por lo de la semana pasada —explico en voz más baja—. Les prometí pizza y acabamos comiendo cereal.

—Está bien. Me gusta el cereal.

—Pero te *encanta* la pizza. ¿Verdad? —eso le saca una pequeña sonrisa—. Vamos; vamos a abrir la caja de estos bebés.

Las niñas extienden los brazos, simulando ser pájaros, y se meten en la cocina detrás de nosotros. Por suerte, la cocina no es el desastre que esperaba. Parece relativamente limpia, con la notable excepción de la gigantesca mancha humana sentada a la mesa.

Ben mira las cajas cuando las dejo en el suelo. —¿Dos?

Ya tengo lista mi respuesta inventada. —Estaban en oferta.

Josh coge platos mientras las chicas llenan vasos de agua para todos. Ben es el único que no se mueve, excepto para beber la cerveza que tiene en la mano.

—Pensé que estabas corta de dinero.

No me gusta la mirada de Ben. —Sí, lo estoy. Pero los niños se merecen una comida diferente de vez en cuando.

—Mm. ¿Así que esto no tiene nada que ver con el nuevo chico en tu vida?

Lo ignoro por completo y me dirijo a los chicos. —Bueno, chicos, reúnanse y siéntense. Quiero decirles algo.

Ben se cruza de brazos. —Esto será bueno.

No tengo ni idea de por qué se mete en mis asuntos últimamente, pero hoy estoy demasiado contenta como para preocuparme. —Haré muchas horas extras en los próximos meses, así que puede que pasen mucho más tiempo con Amelia. ¿Les parece bien?

Ben me fulmina con la mirada. —Si dijeran que no, ¿haría alguna diferencia?

No. Dejaré. Que. Me. Arrastre.

—¿Chicos?

—Claro, tía Em —ofrece Josh por los tres.

Ben arquea una ceja. —Horas extras, ¿eh? ¿Así es como lo llamas?

Me paso toda la cena con la sensación de estar jugando a los quemados. No para de lanzarme preguntas y yo no paro de esquivarlas. Estoy dispuesta a mentir durante el resto de mi vida si es necesario. Porque es imposible que le diga a Ben que gano más dinero. Como tampoco dejaré que su amargura nos joda a mí y a los niños otra vez.

Sobre mi cadáver.

Mejor aún, sobre el *suyo*.

RUSLAN

Fue un error cogérmela.

Trabajé bajo la suposición de que dormir con Emma la sacaría de mi sistema. Tendríamos sexo regular, eventualmente se volvería aburrido, y entonces terminaría nuestro contrato. Ella recibiría una buena indemnización, y yo podría irme sin preocuparme por nada.

Con lo que no contaba era con que se metiera en mi subconsciente.

Me acuesto pensando en nuestro próximo encuentro. Me despierto cachondo por soñar con ella. Paso la mayor parte del día intentando no mirarla demasiado tiempo ni con demasiada intensidad.

Es jodidamente ridículo, eso es lo que es. Necesito aclarar mi cabeza. Y decidí que la mejor manera de hacerlo es hacer planes para comer o cenar con una mujer diferente cada día durante una semana hasta que esto se resuelva.

Sirve el doble propósito de mantenerme distraído, así como mantener a Emma en su lugar, que es preferiblemente justo debajo de mí. Desnuda y con las piernas abiertas.

Pero, como eso no puede ocurrir en cualquier momento entre las nueve y las cinco, este es un remedio mejor. Ella no tiene que preguntarme con quién almuerzo, y yo no tengo que sentirme culpable por recibir cada día a una mujer distinta en mi despacho.

Por supuesto, hoy no me siento culpable cuando miro el nombre en mi calendario.

Pero el desagrado es real.

—¿Sr. Oryolov?

Mantengo la mirada fija en mi teléfono. La angelical blusa blanca que lleva hoy Emma me da señales de “hija de predicador” y ya perdí casi toda la mañana imaginándomela de rodillas ante mí, suplicando que la corrompa.

—¿Sí?

—Jessica Allens acaba de llegar.

No puedo evitar mi mueca. *La condenada Jessica Allens*. Heredera de un fondo fiduciario. Diva de la alta sociedad. Niña de papá. Una maldita pesadilla.

A veces me pregunto por qué me someto a la indignidad de su compañía. Entonces me acuerdo: su padre no es solo rico; es importante. Hiram Allens es el recién nombrado comisario de policía de la ciudad y, para un hombre con mi variedad de manos en el fuego, esa es una conexión que no puedo dejar pasar.

—Hazla pasar —Me veo obligado a alzar la vista cuando Emma se queda donde está—. ¿Algo más?

A juzgar por la vena que palpita en la frente de Emma, sin duda lo hay.

—Me pidió que le comprara una taza para los dedos porque, y cito —la cara de Emma se tuerce en una expresión altiva, que resalta su nariz y barbilla— *…no le gusta usar baños públicos*.

Aprieto los labios para no sonreír.

—Y me pidió que le trajera una cosa rara de té de la que nunca he oído hablar. *Gu- yusu*... algo así. Le dije que no lo teníamos, y respondió dejando caer su abrigo de piel y su pesado bolso sobre mi mesa. Como si estuviera en *"El diablo viste a la moda"*.

Levanto la ceja. —¿Es eso un eufemismo?

Se ríe a carcajadas, pero consigue contenerse pronto. Sus mejillas adquieren un delicado tono rosado. Por supuesto, podría ser de exasperación y rabia, síntomas bastante comunes después de pasar mucho tiempo con la puta princesa residente de Nueva York.

—Es una película.

Vuelvo a mirar el móvil sin motivo. Pero necesito parecer ocupado siempre que Emma está en la habitación. Me ayuda a evitar cualquier contacto visual prolongado.

—Hay té de sakura salado en la sala de ejecutivos. Puede arreglárselas con eso.

—Lo dudo —murmura Emma en voz baja.

—Es difícil —concuerdo.

—Entonces *¿por qué* almuerzas con ella?

No hay nada ostensiblemente posesivo en esa pregunta, pero a pesar de todo me molesta. —No sé si necesito justificar mis almuerzos con mi asistente, Srta. Carson.

Se pone rígida al instante y, sin más, le vuelve a salir la vena de la frente. —Bien. La dejaré pasar entonces. Que tenga un almuerzo *placentero*.

Supongo que me merezco ese sarcasmo.

Segundos después de que Emma salga, entra Jessica. Parece que va a un cóctel elegante. Su cuerpo diseñado genéticamente está metido en un vestido de terciopelo y su maquillaje es tan espeso que casi consigue ocultar todas las cirugías plásticas de su cara.

—¡Ruslan, querido! —camina con gracia para una mujer con tacones de 15 centímetros—. Cada vez que te veo estás más guapo.

Mi mirada se desliza hacia la puerta, y luego de nuevo a su frente con botox. Estoy seguro de que, si le diera un puñetazo en la cara, no sentiría nada.

La acompaño hasta la mesa de acero inoxidable de la habitación contigua y le acerco una silla. Pasamos quince minutos hablando de sus putas uñas acrílicas antes de que Emma aparezca con el té.

—Aquí tiene, Sra. Allens.

Jessica arruga la nariz. —¿No hay guayusa?

—Se nos agotó, Sra. Allens.

—Decepcionante.

La vena parece haberse instalado permanentemente en la frente de Emma. Pero, aparte de eso, su cara no delata nada. —Si eso es todo...

Se está alejando de la mesa cuando Jessica chasquea los dedos. —Un momento. ¿Dónde pusiste mi abrigo y mi bolso?

—Están en mi escritorio, Sra. Allens. Exactamente donde los dejó.

Jessica ni siquiera mira a Emma cuando habla. —Ese abrigo vale más que todo tu apartamento. Asegúrate de cuidarlo.

Emma aprieta la mandíbula. Ahora que Jessica mira hacia otro lado, deja caer su máscara profesional. Si las miradas mataran, Jessica sería un montón de cenizas ardientes.

No puedo decir que me molestaría.

En cuanto se cierra la puerta, Jessica pone los ojos en blanco. —Qué tonta, ¿eh? Encontrar un buen servicio es tan difícil hoy en día.

Algo ruge en mi pecho. No puedo precisarlo, pero va acompañado de un pensamiento muy concreto: *Nadie insulta a mi mujer.*

Ese pensamiento va acompañado de puro terror.

¿Qué carajo? ¿Mi mujer?

—*¡Ejem!* ¿Ruslan? ¿Dónde has ido, guapo?

Parpadeo para que desaparezcan los pequeños puntos rojos que, sinceramente, son una grata distracción de la cara de Jessica, y hago todo lo que puedo para aparentar que me alegro de verla.

Pasamos la siguiente hora revoloteando de un tema mundano a otro. Lo único coherente de la conversación es que cada tema se completa con la mención de una amiga que se va a casar o está a punto de hacerlo, o de una amiga que está embarazada o intenta estarlo.

Mantengo mi teléfono cerca todo el tiempo, pero por más que lo intento, alguna de las estupideces que suelta aún consigue colarse.

—...¿no crees?

Como no escuché su pregunta, recurro a mi método por defecto. —Hm.

Sus cejas se arquean de emoción. —Lo sabía. Son los melancólicos y silenciosos los que terminan siendo grandes osos de peluche por dentro.

De acuerdo. Quizá no sea una respuesta infalible. —¿Me repites?

—Sería una pena terrible que no tuvieras hijos, Ruslan. Quiero decir, ¡mira esa mandíbula tuya! ¡Esos genes necesitan ser transmitidos!

Corto esa mierda de raíz de inmediato. Uno: no soy del tipo paternal. Dos: no tengo ni idea de cómo serían los hijos de esta mujer. Mierda, ya olvidé cómo *ella* era antes. Y tres: la idea de procrear con ella me revuelve el estómago.

—Los niños no están en mis planes.

—Oh —su expresión decae—. Pero...

Hago ademán de mirar mi Rolex. —Ha sido un placer ponernos al día, Jessica. Pero tengo reuniones a las que ir.

—Oh. Bien. ¿Programamos otra cita pronto? ¿Quizás una cena la próxima vez?

Asiento. —Le diré a mi asistente que contacte con la tuya.

Le abro la puerta y los ojos de Jessica se desvían directamente hacia Emma. Me pone la mano en el pecho y sus pestañas se agitan innecesariamente.

—Gracias por un almuerzo *hipnotizante*, guapo —se inclina y sus labios buscan los míos. Giro la cara hábilmente hacia un lado y su beso encuentra mi mejilla.

—Jessica.

Vuelvo a la seguridad de mi despacho y cierro la puerta ante su sonrisa vacilante. Bueno, eso fue una puta mierda. Pero me hizo pensar.

Al parecer, todo el mundo tiene bebés en el cerebro. Todos menos yo. Necesito asegurarme de que tengo las bases cubiertas con Emma en lo que a eso se refiere. El contrato tiene una sección detallada sobre anticoncepción que Emma firmó, indicando que tomaba la píldora. Pero eso deja la responsabilidad directamente en sus manos.

Pensé que me sentía cómodo con ello en ese momento, pero cuanto más lo pienso, más quiero

recuperar algo de control. Los preservativos no son lo que más me gusta, pero estoy dispuesto a usarlos si evitan un embarazo no deseado con mi secretaria.

Es alarmante lo rápido que la imagen aparece en mi mente. Emma, con una blusa parecida a la que lleva hoy, salvo que se le abomba en la parte baja para dar cabida al niño que lleva en su vientre. *Mi* hijo.

No.

Es el cavernícola que hay en mí. Ni siquiera quiero un hijo. Ciertamente no quiero uno con Emma.

Por mucho que mi polla esté obsesionada con la idea de repente.

EMMA

—¿Qué tienes de diferente?

Por dentro, hago una mueca de dolor. Esa pregunta me aterroriza desde que Phoebe me llamó ayer y me propuso salir a comer. Mantengo la compostura y respondo. —No sé a qué te refieres.

Incluso para mis propios oídos, sueno falsa de aquí a la luna, y el doble de culpable.

Puede que sea la primera vez que tengo que mentirle a Phoebe. Tampoco es que esté empezando esta nueva etapa de nuestra amistad con un pequeño secreto. Es uno enorme: un secreto de metro ochenta, ochenta kilos, traje de Tom Ford y reloj de pulsera Patek Philippe.

—Hm —Phoebe deja caer el abrigo sobre el respaldo de la silla y me mira intensamente—. ¿Hay algo que debería saber?

—¿Por qué lo preguntas?

Se encoge de hombros. —Pareces un poco diferente. Hay, como, un rebote en tu paso.

Vale, puede que tenga razón, pero no tiene nada que ver con *Ruslan*. Al menos, no en el sentido de que esté sintiendo cosas o algo así. Solo estoy subida al tren del sexo, directamente a la Ciudad Orgasmo. Es un buen lugar para estar. Especialmente con alguien que conoce el dormitorio como Ruslan.

—¡Dios mío! —Phoebe jadea—. ¡Tuviste sexo!

Lo dice en voz tan alta que las personas sentadas en las mesas de ambos lados se giran para mirarnos. *Fantástico*. Ahora todo el mundo lo sabe.

Evito todo contacto visual con los curiosos y me inclino hacia Phoebe. —En primer lugar, ¡no! Y segundo, *¡shhh!*

Phoebe hace oídos sordos a mi horror. —Puff, por favor. A los neoyorquinos no les importa una mierda. Y justo ahora te estabas sonrojando. ¿En qué estabas pensando?

Ciudad Orgasmo.

—¡Nada! Solo estoy ganando un poco de dinero extra, ¿de acuerdo? Quizá por eso aparentemente tengo este supuesto "rebote" en mi paso. Es bueno hacer mella en esos préstamos —exhalo bruscamente. Casi se me escapa que ya pagué todos, pero esa sería una pista enorme que, literalmente, no puedo permitirme—. No sabes el alivio que supone saber con certeza que no te quedarás sin dinero a final de mes.

Puede que esté exagerando un poco. Pero realmente necesito vender esta historia.

Por desgracia, Phoebe entrecierra los ojos y tensa las mejillas. Sé por experiencia propia que de esa expresión no puede salir nada bueno. —Puede que no me estés mintiendo, pero tampoco me dices toda la verdad.

Evito su mirada picoteando mi croissant de almendras. —Escucha, Pheebs…

—*Hay* un tipo, ¿no? —me agarra de la muñeca y me veo obligado a mirarla a los ojos.

Me retuerzo en mi asiento, sintiendo el peso de aquel contrato sobre mis hombros. Estaba *muy* claro. Pero media hora con mi mejor amiga y ya estoy quebrándome bajo presión.

—Hay un... tipo, o algo así —concedo—. Pero no te lo iba a decir porque no es nada serio.

Siento el pecho súper apretado y perdí completamente el apetito. Y eso es mucho decir, porque el croissant de almendras del Choux-Choux Cafe es como maná caído del cielo con cocaína espolvoreada por encima.

—Um, ¿hola? Soy la reina del sexo casual —me recuerda.

Hago una mueca. —No es lo mismo —la parte de monogamia del contrato pasa ante los ojos de mi mente—. Es... complicado.

Phoebe frunce el ceño. Esos ojos marrones oscuros suyos pueden ser penetrantes cuando sube la potencia al máximo. —¿Cómo de complicado?

—Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sé cómo funciona el sexo casual, claro. Pero la gracia del sexo casual es que no es complicado —alza una ceja—. A menos que...

—Pheebs, no...

—A menos que sientas algo por este tipo.

—¡No!

Deja el café y se reclina en la silla. —Bueno, eso fue ciertamente enfático.

—Solo porque no siento nada por este...

Phoebe jadea. —¡Es el jefidiota!

Maldita. Sea.

—Tengo razón, ¿verdad? —ríe triunfante y da un puñetazo al aire—. ¡Lo sabía, joder! Algo se ha estado gestando entre ustedes desde hace tiempo. Era solo cuestión de tiempo.

—Eso es...

—Cien por cien cierto, eso es. Simplemente no querías verlo porque lo odias mucho. Corrección: lo *odiabas* mucho.

—Oh, todavía lo hago —admito antes de añadir un reticente— ... a veces.

Phoebe se pasa una mano por el corazón y me dedica una sonrisa melancólica. —Me alegro mucho por ti. No puedo expresarlo con palabras. Ahora, vayamos a lo realmente importante: ¿cómo es en la cama? Es bueno, ¿verdad? Tiene que serlo. Con esa cara, ese cuerpo, esos jugosos antebrazos...

—¡Pheebs!

—¿Qué?

—¡No puedes contarle ni a tu almohada!

Sus ojos alcanzan niveles de inocencia de Bambi. —¿A quién se lo diría?

—Cualquiera. Esto es información secreta. Confidencia. Clasificada. Tipo Área 51.

Phoebe se tranquiliza un poco. —¿Por qué suenas tan asustada, Em?

¿Cómo demonios le explico a Phoebe que acabo de romper un contrato legalmente vinculante que firmé hace poco más de una semana? ¿Cómo le hago entender que una de las principales condiciones de mi acuerdo con Ruslan es mantener la boca cerrada al respecto y que ya estoy fracasando estrepitosamente? Por supuesto, no puedo hacerlo sin mencionar el acuerdo en primer lugar.

Estoy atrapada entre la espada y la pared... Espera, no es así. —Solo quiero mantenerlo en

secreto.

—¿Fue idea tuya o suya? —pregunta Phoebe astutamente.

—Ambos estuvimos de acuerdo.

Ahora se muerde el labio inferior. —Recuerdas a Edward, ¿verdad?

Mi boca se tuerce ante la mera mención de su nombre. —Oh, recuerdo a Edward...

Phoebe y él solo estuvieron juntos un año, pero fue un año intenso. Ella tenía veinte años y él cuarenta y dos. En ese entonces, ella era una estudiante universitaria en apuros y él era el propietario de una cadena de spas y salones de alta gama repartidos por Nueva York. Era una pareja hecha en el infierno.

—Tenía la costumbre de hacerme creer que yo había tomado... ciertas decisiones... cuando era él quien movía mis hilos.

—Eso no es lo que está pasando aquí.

Al menos, no lo creo.

Ella asiente. —Todo lo que digo es que tengas cuidado con hombres como Edward. ¿Guapos, poderosos, con más dinero del que podrían gastar? No traen nada bueno. Te colman de lujos: rosas, ropa, joyas, comidas en restaurantes de lujo. Pero son tacaños cuando se trata de las cosas que realmente cuentan. Los hombres así pueden ser peligrosos para el corazón —me señala el pecho con el dedo—. Porque se niegan a compartir el suyo.

Reprimo un escalofrío que me sacude de pies a cabeza. —Entiendo lo que dices, pero créeme: No me hago ilusiones sobre lo que somos Ruslan y yo. Tenemos sexo. Sin sentimientos, sin expectativas, sin nada. Solo sexo. Fin de la historia.

Se le arruga la frente. —Lo cual es estupendo, si puedes mantener tus sentimientos al margen. La pregunta es: ¿puedes?

RUSLAN

Hay algo en la simetría de un ring de boxeo que me centra.

Es exactamente la razón por la que hice instalar un anillo de seis metros de diámetro en el enorme complejo de gimnasios que diseñé para mí y mi equipo. Es una membresía exclusiva. ¿Cuál es el precio de entrada? Lealtad de por vida, sellada con la marca de la Bratva Oryolov en tu piel.

Me pongo los guantes y aspiro el aroma del cuero recién desinfectado. Lleva cosido mis iniciales para que los hombres sepan que están prohibidos.

¿Qué puedo decir? Soy un bastardo posesivo cuando se trata de mis cosas.

Kirill salta en su sitio dentro del ring. Es el único contra el que boxeo constantemente, porque es el único que me ofrece un desafío. Estamos casi a la par. Quince años machacándonos mutuamente hacen que él conozca mis puntos débiles y yo los suyos.

Así la lucha es mucho más interesante. —¿Listo para comer lona?

Sonrío. —Siempre me sorprende lo engreído que eres, considerando que *yo* gané los últimos tres asaltos.

—Tengo que dejarte ventaja de vez en cuando, ¿no?

Empezamos a rodearnos. —Hablas mucho desde ese extremo del cuadrilátero —comento.

Kirill se ríe mientras avanza hacia mí con los codos pegados al pecho y los puños sobre la barbilla. Sé lo que me espera. Es un cabrón impaciente, así que casi siempre da el primer puñetazo.

Como era de esperar, se lanza hacia mí con un gancho. Lo bloqueo una, dos, tres veces antes de que Kirill deje de intentarlo. En el momento en que retira los puños, lanzo un potente golpe ascendente.

—¡Maldición! —gime Kirill, lanzándose hacia delante.

Se desvía rápidamente y carga de nuevo hacia delante. Veo la combinación que planea incluso antes de que empiece. Gancho, gancho, golpe cruzado y un gran derechazo diseñado para separar mi cabeza de mis hombros.

Me enfrento a todos ellos: los dos ganchos salen volando de mis guantes, esquivo el golpe cruzado y, antes de que el gancho encuentre mi barbilla, le meto una enorme mano izquierda directamente en las tripas, centrada en el hígado.

Kirill suelta un enorme gruñido mientras se desploma contra las cuerdas, con el pecho subiendo y bajando con fuerza. Me limito a sonreírle. —¿Decías algo sobre la suerte?

Su mandíbula se flexiona y cruje el cuello de lado a lado. —Entonces... ¿cómo fue tu

almuerzo con Jessica ayer?

Reprimo una sonrisa. Dado lo bien que conocemos los estilos de boxeo de cada uno, a veces la única forma de ganar es meterse en la cabeza del otro.

—Sigue igual de insufrible que siempre —digo mientras reanudamos.

—Así que sigues viéndola... ¿por qué? ¿Por esas nuevas tetas? Escuché que el Dr. Caviezel hizo un gran trabajo.

Lanza otra andanada de ganchos. Bloqueo todos y devuelvo el fuego, haciéndolo retroceder hasta la esquina más alejada del ring. —La única parte del cuerpo de esa mujer que me interesa es la palma de su mano —lanzo otro golpe ascendente que Kirill consigue esquivar por los pelos.

—¿Perdón?

—Porque su papá está justo ahí, en el centro de su palma.

Kirill resopla. —Cierto —luego me dedica una sonrisa malvada—. Sabes, podrías casarte con la mujer. Entonces, Hiram Allens se convierte en tu padre por matrimonio.

Deja caer las manos lo suficiente para dejarme una ventana. Lo aprovecho y le meto un izquierdazo en la cuenca del ojo. Es suficiente para tirarlo al suelo.

Lo miro y me río. —Esta estrategia no te está funcionando, hermano. Solo me das combustible.

Kirill consigue ponerse en pie antes de que se acaben sus diez segundos. —Es una sugerencia seria —bailo un poco más cerca de él para hacerle más daño, mientras intenta zafarse de mí—. Como dice Vadim, tienes que tener hijos. Y pronto.

—Cabrón —gruño.

Riendo, Kirill bordea el ring. Se echa hacia atrás con los brazos cruzados sobre las cuerdas y me mira con las cejas arqueadas. —Claro que ya has contratado a una mujer para tener sexo. ¿Por qué no contratar a la misma mujer para un bebé?

—Hijo de puta —me abalanzo sobre él y nos enredamos en un abrazo, con los músculos flexionados y sudorosos mientras cada uno de nosotros busca una palanca.

—Emma no va a ser la madre de mis hijos —gruño mientras nos separamos lo suficiente para que le lance un triple golpe que deja la nariz de Kirill chorreando sangre.

Se aleja bailando una vez más. Sangra como un cerdo atascado, pero no lo sabrías por la sonrisa de su cara. —Hm, parece que toqué una fibra sensible. ¿Podría ser que la guapa ayudante sea un punto débil?

Hace falta algo más que un gancho en la cara para callar a mi mejor amigo. Puede que un camión Mack en la cara tampoco sea suficiente.

En el momento en que sale del rango de ataque, sonríe malvadamente. —Apuesto a que es un animal en la cama, ¿verdad? Dime: ¿gime o grita?

Esa mierda logra su cometido.

Combino mi arsenal, velocidad, agilidad, potencia, y me abalanzo sobre él como una puta tormenta. Kirill hace todo lo posible por resistir, pero pocos pueden contra la bestia que es mi posesividad.

Con un puñado de duros golpes, tengo a Kirill besando la misma lona que me prometió que tendría que comer.

—Te conviene permanecer agachado, hermano.

Kirill se da vuelta y queda tendido contra la lona. El sudor le gotea y se le encharca alrededor del cuerpo. —Oh, no tengo ninguna intención de levantarme pronto —se ríe—. Además, de nada.

Frunzo el ceño. —¿Por *qué*?

Levanta el cuello unos cinco centímetros y mira a su alrededor. —Por hacerte quedar bien delante de tus hombres.

Levanto la mirada. Se había congregado público durante nuestro combate y yo apenas me había dado cuenta. Kirill dijo su nombre y todo lo que pude ver fueron puntos rojos que me nublaban la vista. Mis hombres asienten aprobando el combate; capto asentimientos satisfechos y respetuosos en deferencia a mi victoria sobre mi segundo al mando.

Kirill es conocido como un boxeador de élite entre los muros de este complejo. Se ha enfrentado a la mayoría de los hombres de aquí y ha salido vencedor, una y otra vez.

Vencerlo es una marca de habilidad, una insignia de honor.

Le ofrezco mi mano y vuelvo a poner a Kirill en pie. —Bien jugado.

Sonríe con satisfacción. —Tienes el control, hermano. Tienes que asegurarte de mantenerlo. Especialmente, cuando se trata de la chica.

Le doy una palmada en la espalda y sale del ring.

Kirill tiene razón. Mi preocupación por Emma se siente peligrosa de alguna manera.

Pero la única forma en que puede hacer daño es si yo se lo permito. Y no tengo intención de dejar que nada ni nadie me controle. Ni siquiera esa intoxicante *kiska*.

EMMA

Las mejores amigas tienen una forma de hacerte exactamente la pregunta que no quieres oír. Los ojos de Phoebe se clavan en los míos y sus palabras resuenan en mis oídos.

Estupendo, si puedes mantener tus sentimientos al margen. La pregunta es: ¿puedes?

Es la pregunta del año. De toda la vida, quizá.

Porque ya tuve esas pesadillas y sé lo que pasaría si la respuesta resulta ser "no". Paso el menor tiempo posible despierta pensando en esos resultados.

Por suerte, una llamada que hace vibrar mi teléfono me salva de tener que responder a su pregunta. Le doy la vuelta y gimo en cuanto veo el nombre en la pantalla de bloqueo. —Las manos derecha e izquierda de Satán —le tiendo el teléfono a Phoebe para que lo vea.

—Ugh. Solo ignóralos.

¿Hablar con los demonios que me engendraron o responder a la pregunta de Phoebe? Mejor malo conocido que bueno por conocer, supongo.

O algo así.

Me encojo de hombros disculpándome y acepto la llamada. Phoebe se encoge de hombros y se dirige al mostrador de la panadería a por un bollo.

—Hola, mamá.

—¡Hola, cariño! —es tan exageradamente alegre que pongo los ojos en blanco—. No me devolviste las llamadas la semana pasada.

—Lo sé, lo siento. Es que estuve desbordada en el trabajo.

—Mm, sí. Ben lo mencionó.

Aprieto los dientes. —¿Hablaste con Ben?

—¡Por supuesto! —tiene el descaro de parecer ofendida—. Es mi yerno y el padre de mis nietos. Por no mencionar el hecho de que mi hija ya no coge mis llamadas.

Morderme la lengua es la principal razón por la que sobreviví dieciocho años bajo su techo. Bueno, eso y Sienna. Pero a cada año que pasa haciendo esto sin mi hermana se hace más y más difícil poner la otra mejilla.

—Eso es porque tu hija se está rompiendo el culo intentando mantener a esos niños. Ben no puede romperse el culo. Está demasiado ocupado sentado en él.

—Ben está de *luto*, Emma. No te haría daño tener un poco de empatía por el hombre.

Veinte segundos después de la llamada ya estoy agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza que mis nudillos se han vuelto blancos. —¿Un poco de empatía? Mamá, ¡han pasado tres putos años y medio! Yo también estoy de luto. Eso no significa que te cierres e ignores el hecho de que tienes tres hijos que crecen...

—¡Emma Lorraine Carson! Dios mío. No hay necesidad de gritar.

Cierro los ojos y practico la respiración. Inspirar por la nariz, espirar por la boca. Uno pensaría que veintiséis años de práctica bastarían para cogerle el truco, pero si conocieras a mi madre entenderías que no. Voy a reventarme un vaso sanguíneo a este paso. —No me di cuenta de que estaba gritando.

Se suena la nariz. —Solo digo, cariño: está pasando por mucho. Sienna era el centro de su mundo.

Sacudo la cabeza, incrédula. Sienna también era el centro de mi mundo. Fue mi centro mucho antes que el de Ben. Pero aún así he sido capaz de levantarme y hacer lo que he podido por esos niños. Porque amo a Sienna lo suficiente como para proteger lo que más amaba.

—¿Emma? ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá —hundo la uña del pulgar en la laca desconchada de la mesa mientras la familiar marea de dolor fluye y refluye por todos los lugares habituales—. Estoy aquí.

—Y... ¿cómo están los niños? Pronto será el cumpleaños de John, ¿no?

Frunzo el ceño ante mi croissant a medio comer. —En primer lugar, es Josh. Y su cumpleaños fue hace dos meses. Así que no, no es pronto.

Titubea, cohibida. —Oh, debo haberlo confundido con los cumpleaños de las niñas. Nacieron en marzo, ¿verdad?

—Lo siento… ¿Crees que las chicas comparten cumpleaños?

—Los gemelos suelen hacerlo, cariño. Qué pregunta más tonta.

Aprieto con los dedos pulgar e índice las comisuras de la frente y me froto despacio. La semana pasada estaba ocupada cuando llamó mamá. Pero, sinceramente, aunque no lo estuviera, evitar sus llamadas está totalmente justificado.

—Excepto por el hecho de que las niñas no son gemelas, mamá.

—¿Qué quieres decir? Claro que lo son. Sienna solía referirse a ellas como sus pequeñas gemelas todo el tiempo.

—Sienna se refería a ellas como sus gemelas irlandesas. Nacieron con once meses de diferencia en el mismo año.

—Oh —se repone rápido—. ¿Ves? Esto es lo que pasa cuando no traes a los niños a visitar a sus abuelos regularmente.

Vaya. Había olvidado el famoso revés de mamá. No hay problema, grande o pequeño, que ella no pueda achacarle a otro. Es una artista en eso.

—¿Por qué no los traes este fin de semana? El sábado sería perfecto.

—¿Qué pasa el sábado?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que solo mencionas fechas concretas cuando organizas algún tipo de evento y quieres exhibir a los niños como ponis de feria.

—*¡Emma Lorraine!* —ya van dos veces en una conversación que saca el segundo nombre. Se está comportando extraño—. A veces, suenas tanto como...

Oigo su respiración entrecortada. Espero a que se eche atrás o me eche la culpa, pero parece que se sorprendió hasta a sí misma. Probablemente por haber olvidado que una de sus dos hijas está muerta.

Siento la tentación de llamar su atención, pero Phoebe vuelve a la mesa y no tengo fuerzas emocionales para seguir con esta conversación.

—Escucha, mamá, tengo que irme.

—De acuerdo —en realidad parece aliviada—. Y recuerda, la oferta sigue en pie.

—¿Qué oferta?

—Llevarme a los niños. Tú misma lo dijiste: estás luchando para mantenerlos y te niegas a aceptar nuestro dinero...

—No me interesa aceptar nada que intentes darme con condiciones, mamá.

Phoebe se sienta frente a mí, arqueando las cejas.

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? No te pedimos nada. Tu padre y yo solo queremos participar más en la vida de los niños. Queremos poder presentarles a nuestro círculo de amigos, exponerlos a gente nueva, a nuevas oportunidades.

En otras palabras: condiciones.

—Lo pensaré. Te quiero. Adiós.

En cuanto cuelgo, Phoebe me lanza una mirada curiosa. —¿Qué gesto desinteresado ofrece hoy?

Pongo los ojos en blanco. —Quitarme a los niños de encima.

—¿Otra vez eso? Pensé que lo habías cortado de raíz.

—Yo también lo creía, pero mis padres no se rinden tan fácilmente.

Phoebe frunce el ceño. —Aún así, mereces algo de ayuda.

—Si acepto su ayuda, serán mis dueños. Beatrice y Barrett pueden parecer dulces, pero esos dos son gángsters fríos y duros cuando se trata de sus inversiones. Y créeme: los pequeños no son más que inversiones para ellos.

Phoebe suspira. —Lo sé. Es una pena. Tienen mucho dinero.

—Pueden quedarse con su dinero. Yo tengo el mío. Y lo que no tengo, me lo gano. Con sangre, sudor y lágrimas si hace falta.

Y sexo.

Me cuesta alejar el rubor de mis mejillas, así que me escondo detrás de mi taza de café. —Para mí es más importante que los niños sean felices. No puedo entregárselos a mis padres. No después de lo que Sienna y yo pasamos con ellos.

—Oye, te oigo alto y claro. Solo estoy preocupada por ti —Phoebe suspira—. No quiero que des tanto de ti que no te quede nada.

Sonrío. Por eso siempre quise a Phoebe: piensa en mí incluso cuando yo no lo hago. Sienna siempre fue la luz brillante entre nosotras dos, pero Phoebe me ve con la misma claridad.

—¿Te he dicho últimamente lo mucho que te quiero?

Me guiña un ojo socarrón. —Podrías demostrármelo contándome todos los jugosos detalles sobre tirarte a tu jefe malote.

—Ugh.

—Vaya, el sexo fue así de malo, ¿eh?

—No…

—¿Así de bueno?

Sacudo la cabeza con una tímida sonrisa. Sé que no aflojará a menos que le dé algo.

—Digamos que fue... explosivo.

Phoebe chasquea los dedos y mueve los hombros para mí. —¡*Grítalo*, reina!

Es fácil alejar el malestar cuando estoy con Phoebe. Es fácil olvidar que estoy jugando con fuego. Lo que demuestra que las reglas son tan fáciles de romper.

EMMA

Después de desayunar, me despido de Phoebe en el metro y atravieso el Central Park. Hay toda una ciudad de gente paseando a sus perros o tumbada en mantas de picnic o corriendo detrás de sus hijos. Es un día perfecto para dar un agradable paseo entre los árboles.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no me doy cuenta hasta que paso justo por debajo, pero conozco este árbol. Sienna y yo solíamos traer a Josh aquí justo después de que naciera. Nos tumbábamos, como hace hoy toda esta gente, y hablábamos y reíamos y pasábamos las tardes felizmente ignorantes del futuro que se precipitaba desbocado hacia nosotras.

Me detengo y miro hacia arriba. El árbol parece un poco más desnudo ahora. El tronco más delgado, las hojas más grises. Siento una punzada familiar en el pecho. La profunda punzada de dolor que viene con el recuerdo de que ella ya no está aquí. Nunca volveremos a sentarnos bajo esas hojas ralas y a quejarnos de todas las pequeñas cosas de nuestras vidas que pensábamos, en aquel momento, que serían nuestros mayores problemas.

A veces la echo tanto de menos que no puedo soportarlo. Es entonces cuando me asaltan recuerdos que ni siquiera recordaba que tenía guardados.



*—¿*V*iste eso? ¿Lo viste? —dijo Sienna, agarrando mi tobillo—. ¡Hizo un pequeño twerk!*

Me tumbé en la hierba, con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Ni siquiera me molesté en abrir los ojos. Sienna siempre estaba diciendo que Josh hacía esto y lo otro. La mayoría de las veces, lo que ella pensaba que era una señal de genialidad resultaba ser gas.

—No me sorprende. Es *tu hijo.*

Me golpeó la pierna. —Ni siquiera estás mirando.

—Si, tiene un año. *Sinceramente dudo que esté haciendo twerking.*

—¡Solo mira!

De mala gana, abrí un ojo y miré a mi sobrino. Sus manitas regordetas estaban plantadas en la hierba mientras movía el culo en el aire.

—Creo que se está agachando.

Me lanzó una mirada irritada. —Mira ese meneo. El chico tiene ritmo.

Josh soltó un graznido y se levantó, pero volvió a caerse. Por suerte, tenía un poco de grasa en sus nalguitas bebé y un pañal para mantenerse a salvo.

Ahogué un bostezo. —Si tú lo dices.

Agarró a su hijo y se lo acercó a la cara para que sus regordetas piernecitas se balancearan. —¡Tía Em no entiende al brillante y polifacético conejito que eres! Sí, lo eres. ¡Sí, lo eres! Sí, lo eres —Sienna me sacó la lengua—. Tu tía Em es una cuadriculada.

Rodé sobre mi vientre y los miré a ella y a Josh. —¿Puedo hacerte una pregunta seria, posiblemente políticamente incorrecta?

—Duh. Esas son mis favoritas.

—¿Crees que alguna vez te arrepentirás? ¿De casarte y tener un bebé tan joven?

La sonrisa de Sienna no vaciló ni un milisegundo. —No.

—¿Así de fácil? Ni siquiera lo pensaste.

Me miró fijamente sin pestañear. —Me conoces desde hace diecinueve años, Em. Dime, ¿ha habido alguna vez en la que no supiera exactamente lo que quería?

Me lo pensé. —No, supongo que no.

Ella asintió. —Puede que sea joven... —giró a Josh y lo colocó en su regazo—, pero nunca me arrepentiré de mi familia. Este bebé es todo mi mundo. Moriría por él.

—También dices eso de mí.

—Claro, pero nunca lo dije literalmente.

Le lancé mi lata vacía de Coca-Cola mientras ella se reía. Hasta Josh se reía. Esos días me parecían tan normales. Se perdieron en medio de momentos más grandes, de hitos más importantes.

Ojalá hubiera sabido entonces cuánto los echaría de menos.

~

—¿DISCULPA? ¿Eres Emma Carson?

Parpadeo cuando veo al hombre escuálido que tengo delante. Lleva lo que técnicamente parece una sonrisa, pero nada en él me hace pensar que sea amistoso.

—Lo siento, ¿nos conocemos?

—Bueno, no. Técnicamente, no.

Frunzo el ceño. —¿Quién eres?

Me ofrece la mano antes de responder a la pregunta. —Remmy Jefferson.

Me devano los sesos intentando ubicar el nombre, pero me quedo en blanco. Le estrecho la mano solo para seguir fingiendo cortesía. —¿En qué puedo ayudarte?

—Soy periodista de The Brooklyn Gazette. Me gusta investigar, Srta. Carson, y sé bastante sobre el hombre para el que trabaja.

—Espera, ¿esto es sobre Rus-uh, el Sr. Oryolov?

Asiente y sus ojos se entrecierran, pero su sonrisa no vacila. Me pone los pelos de punta.

—Me gustaría hacerte unas preguntas, si te parece bien.

Siempre me costó decirle "no" a la gente. Pero después de la muerte de Sienna, me resultó mucho más fácil. Algo en la fatalidad de su muerte que me hizo darme cuenta de que en realidad no me importaba si le gustaba a la gente o no. Ella me quería y eso era suficiente.

—Gracias, pero no, gracias. Que tengas un buen día —intento esquivarlo, pero él refleja el movimiento y me bloquea.

—No pienses en ello como una entrevista. Piénsalo como un servicio público.

—¿Perdón?

—Eres su secretaria personal, lo que significa que trabajas estrechamente con él. Sabes mucho sobre él. Y estoy dispuesto a apostar que puedes averiguar mucho más.

Se me cae la mandíbula. —¿Quieres que lo espíe por ti?

—Te pagaría bien —saca una tarjeta del bolsillo de su chaqueta azul claro y me la entrega—. Mis datos están en el anverso de la tarjeta. En el reverso está lo que te pagaré.

La doy vuelta. Sé que no cambiará nada incluso antes de ver el número, pero siento curiosidad.

Es más, todavía me estoy adaptando a esta nueva realidad en la que no tengo que escatimar y mendigar cada céntimo. La sorpresa de ver tanto dinero a mi alcance queda atrás.

Pero incluso aunque me inclinara a delatar a Ruslan, no se acerca a lo que me paga por ser su... bueno, su "amiga de después del trabajo".

Sé que Ruslan no es un Boy Scout. Y estoy dispuesta a apostar lo que sea a que no le gusta la gente que se cruza en su camino. Demonios, *sé* que no se lleva bien con la gente que se cruza en su camino. Lo vi hacer llorar a muchos hombres adultos. Incluso le di a uno un pañuelo al salir de Bane.

No quiero imaginar lo que podría, o seguramente me haría.

—Gracias —digo, ofreciéndole la tarjeta a Remmy—. Pero como he dicho: no, gracias —sus cejas se alzan e ignora mi mano hasta que me veo obligada a bajarla.

—Vamos. Eres una mujer joven con tres personas a tu cargo en una ciudad grande y cara. Necesitas este dinero.

La forma en que presiona como si supiera más que yo, solo refuerza mi decisión: Necesito alejarme lo más posible de él y de su mal corte de pelo.

—Puede que necesite dinero, pero no necesito ni quiero *tu* dinero.

En lugar de rodearlo, me doy vuelta y me alejo de él. Pero él no capta la indirecta y me sigue hasta Central Park.

—La lealtad es admirable, Emma, pero no cuando se trata de hombres como Oryolov. No es bueno.

—Lo dice el tipo que acosa a una mujer por Midtown.

Sus ojos se entrecierran. —Yo no soy el malo. Estoy intentando *atrapar* al malo. ¿De verdad quieres cuidar de un hombre con esqueletos en su closet, literalmente?

No me inmuto. No conozco a Remmy de nada, pero hay algo en su comportamiento que me desconcierta. Es la forma sospechosa en que su mirada recorre mi cuerpo. La forma en que exige mi ayuda como si tuviera derecho. La forma en que cree que es apropiado en el año 2023 seguir a una mujer que claramente no está interesada.

—Son acusaciones muy serias las que lanza —digo fríamente—. Yo tendría cuidado con calumniar la reputación de uno de los hombres de negocios más caritativos de Nueva York.

Remmy resopla. —Esas organizaciones benéficas son un puto chiste. Y probablemente solo sean tapaderas. Ya tengo información sucia sobre él. Si me ayudaras, Emma, podría desenmascarar a ese cabrón. Un artículo. Es todo lo que haría falta.

Dejo de caminar tan bruscamente que Remmy resbala y retrocede. —Sr. Jefferson, ya me ha dicho lo que quiere de mí. Me negué educadamente. Creo que es hora de que se vaya.

Su labio inferior se curva. —Esto no es el final. Conseguiré lo que quiero, Srta. Carson.

Suspiro. —Es lo que piensa la mayoría de los hombres. Es la tragedia del patriarcado.

Su ceño se frunce aún más. —De una forma u otra, *desenmascararé* a Oryolov. Y tú me ayudarás.

Antes de que pueda decirle que se lo meta por donde no le da el sol, se da la vuelta y marcha de nuevo hacia el parque.

Miro la tarjeta que tengo en la mano. No me cabe duda de que ha encontrado muchos esqueletos en los armarios de Ruslan. Pero apuesto a que lo que Remmy tenga sobre Ruslan no bastará para enterrarlo.

De hecho, apostaría cada dólar que tengo a que Remmy cae primero.

EMMA

—¿Hay algún problema, Srta. Carson?

Las vibraciones de una llamada entrante hacen que mi teléfono baile en la parte superior de su escritorio, lo suficientemente alto como para hacer rechinar mis dientes. —Lo siento —lo cojo y rechazo la llamada. No tengo que mirar para saber de quién se trata, porque no dejó de sonar en todo el fin de semana, como si mis padres y Jefferson el Tonto hubieran coordinado sus horarios para asegurarse de que uno de ellos me molestara a todas horas del día y de la noche.

Ruslan arquea una ceja oscura y frunce los labios. —Has estado inquieta toda la mañana.

Ah, sí, justo lo que toda mujer quiere oír. Y pensé que había hecho un gran trabajo ocultándolo.

—Oh, ¿sí?

—Sí —su voz corta como un cristal roto—. Es lunes, Srta. Carson. La mayoría de la gente vuelve del fin de semana con un poco de gasolina en sus tanques.

—Está claro que esa gente no tiene tres niños con los que lidiar y un vago parásito que se come todos los bocadillos de la casa. ¿Sabe lo importantes que son los bocadillos en una casa con tres niños, Sr. Oryolov? Se lo diré: *jodidamente* importantes.

Pensándolo bien, Ruslan podría tener razón en lo de "inquieta".

Ojalá pudiera tragarme mis palabras. Maldecir en el trabajo, delante de mi jefe, mi infame jefe vengativo, malhumorado y tal vez jefe de la mafia, normalmente sería un atajo para que me despidieran. Pero realmente espero que Ruslan sea indulgente conmigo.

Uno, porque realmente tuve un fin de semana infernalmente estresante.

Dos, porque lo apoyé con el periodista asqueroso que quería que me convirtiera en informante para su periodicucho de cotilleos.

Y tres, porque, por decirlo suavemente, estamos follando.

Bueno, *hemos* follado, con más sesiones obligatorias por contrato en el horizonte.

Pero, a juzgar por la forma en que Ruslan me mira ahora mismo, ese horizonte está cada vez más lejos.

Antes de que Ruslan pueda echarme de su despacho o reprenderme por utilizar un lenguaje inapropiado en el lugar de trabajo, mi teléfono vuelve a vibrar.

—Siento robarle tanto tiempo, Srta. Carson —dice Ruslan—. No me di cuenta de lo ocupada que estaba hoy.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuro, tratando de apagar mi teléfono—. Uf, ¿cómo se apaga la maldita vibración? —casi se me cae el teléfono intentando cambiar los ajustes. Al final,

lo meto en el bolsillo de mis pantalones negros ajustados. Levanto la vista y veo que Ruslan sigue mirándome con esos ojos ámbar chispeantes.

—Si necesitas los servicios de una niñera a tiempo completo, puedo hacer algunas averiguaciones en tu nombre. Seguro que ahora puedes permitirte una.

Su oferta tarda demasiados segundos en cuajar. Mientras lo hace, me limito a parpadear. ¿De verdad está intentando *ayudarme*? A no ser, claro, que esté siendo sarcástico y yo esté tan alterada como para que se me pase por alto. Eso tendría más sentido.

—Es muy amable por tu parte —me atraganto—. Pero los niños ya tienen niñera. Amelia es buena.

—¿Pero no es a tiempo completo?

—No, y tampoco quiero que lo sea —me muevo incómoda—. Quiero poder pasar tiempo de calidad con ellos, al menos los fines de semana. Apenas los veo entre semana.

No tengo ni idea de lo que piensa de eso. Sus pómulos están esculpidos en mármol. —¿A expensas de tu propia cordura y, por extensión, de la mía?

Aprieto la mandíbula. —No estoy estresada por los niños. Quiero decir, sí, el fin de semana fue caótico. Caroline rompió una copa de vino y Reagan pintó las paredes con un rotulador. Y algo preocupa a Josh, pero no tengo ni idea de qué, porque él no... —me callo cuando Ruslan arquea las cejas—. Bueno, de todos modos, mi punto es que los niños no son el problema; mis padres lo son.

—¿Son de ellos las llamadas?

—No paran.

No solo ellos. Decido dejar de lado toda mención a Remmy. Cuanto menos piense en ese baboso, mejor.

Por una fracción de segundo, detecto la sombra de una sonrisa en el rostro de Ruslan.

Pero. un parpadeo después, parece tan irritado como siempre. —Ten la amabilidad de informarles que no atiendes llamadas personales en el trabajo. Puedes retirarte, Srta. Carson.

Es una forma torpe de decir: *Me importa una mierda tu drama familiar, mantenlo fuera de la oficina,* pero sigo pensando que me liberó. Estoy casi en la puerta cuando me detiene.

—Oh, ¿y Srta. Carson?

Enterrando el estremecimiento, me doy vuelta. —¿Sí?

—Estate lista a las ocho esta noche.

Trago saliva y asiento. Luego, vuelvo levitando a mi mesa.

El mundo parece más brillante y menos sombrío ahora. Una visita al ático es exactamente lo que necesito esta noche. Entre Ben y Remmy y mis padres, estoy agotada. Quiero que alguien pulse mi botón de reinicio de fábrica y reinicie mi cerebro. Y aparentemente, ese botón se encuentra dentro de mi vagina.

Miro mi teléfono. Trece mensajes de mi queridísima madre. Gruñendo, abro el hilo y recorro los mensajes. Todos son variaciones sobre el mismo tema de siempre: *Trae a los niños para que podamos presumirlos, preferiblemente antes de que nos muramos y te arrepientas para siempre de habernos alejado de nuestros nietos.*

Silencio el hilo y guardo el teléfono. Ya me ocuparé de mamá y papá mañana. Ahora mismo, tengo que prepararme para mis deberes de sugar baby.



ME SIENTO COMO un cable en tensión mientras Ruslan y yo subimos en ascensor hasta su ático. Esta vez es una experiencia totalmente diferente. No estoy nerviosa, no me siento tímida. Lo que estoy es *preparada*. Lista para olvidar todos mis problemas y todo mi estrés.

Preparada para perderme en la bruma eufórica de los preliminares calientes y el sexo sudoroso.

¿Sinceramente? Ni siquiera necesito los preliminares hoy.

Todo lo que quiero es que Ruslan me folle hasta el olvido, hasta que esa urgente sensación de presión en mis entrañas se acabe por completo. Deseo tanto su polla que estoy salivando. Quiero que me la meta fuerte. Rápido. Sin restricciones.

Aunque el sentimiento no parece mutuo.

Sigue pegado a su teléfono, con los ojos fijos en la pantalla mientras, deslizando. Incluso cuando se abren las puertas, sale sin levantar la mirada.

El ruido de mis tacones desaparece en la alfombra de felpa. Me los quito junto con el abrigo. Oigo el clic con el que Ruslan apaga su teléfono y algo dentro de mí estalla. Hoy no me apetece mantener la calma. No estoy dispuesta a esperar a que dé el paso.

Ambos sabemos para qué estamos aquí. ¿Por qué andarse con rodeos?

Así que me lanzo hacia él y mis labios se posan calientes sobre los suyos. No esperaba que me besara la primera vez que lo hicimos, pero, una vez que me arrancó la tirita, solo puedo pensar en volver a hacerlo.

Ese beso fue todo.

Este es algo *más*.

No le doy tiempo a reaccionar antes de arrancarle los botones de la camisa. Uno sale volando y casi me da en la cara. Pero no estoy dispuesta a dejar que nada me frene.

Mis manos se deslizan por su torneada cintura. Pequeños escalofríos recorren mi cuerpo. Trazo sus tatuajes con las yemas de los dedos. Cuando le aprieto la polla a través de los pantalones, suelta un suave gruñido. Entonces, sin previo aviso, me veo arrojada contra la pared, con las manos sujetas a los lados de la cabeza, atrapada entre la pared y el calor de su piel.

—¿Qué te pasa hoy, *kiska*? —sus labios recorren mi mandíbula y bajan hacia mi cuello.

—La idea de que te metas dentro de mí —jadeo—. Hoy no puedo esperar, Ruslan.

—Hm.

Ese sonido...

—Fóllame —le suplico. Empuja sus caderas contra mí, su erección me apuñala el muslo—. *Ahh...* por favor... Solo fóllame.

—¿Quieres que sea duro hoy?

Me separa las piernas con la rodilla y se mete entre ellas. Su polla está ahí, presionándome el coño a través de los pantalones.

—S-sí —gimo—. Oh, Dios, sí.

Sus labios se deslizan hasta mi oreja. Me rodea el lóbulo con la lengua. —Sucia *kiska*. ¿Quieres que te folle como la sucia descarada que eres?

Asiento frenéticamente, con los ojos en blanco. ¿Es posible tener un orgasmo solo por hablar sucio? Estoy dispuesta a averiguarlo.

Su lengua se cuela en mi boca y me pilla desprevenida por lo dura que es. No es un beso, es una follada con lengua. Es él diciéndome: *Eres mía. Cada centímetro de ti, de la cabeza a los pies, por dentro y por fuera.*

Tengo las mejillas sonrojadas y los labios en carne viva, pero aun así exige más.

Toma con avidez, su lengua exige un pago, su polla amenaza con desgarrar la entrepierna de mis pantalones.

Cuando se separa, me falta el aire. La cabeza me da tantas vueltas que, si él no me sostuviera, me derretiría en un charco en el suelo.

Capta mi mirada durante una fracción de segundo. Esos ojos ámbar arden. —Ten cuidado con lo que deseas, pequeña *kiska*.

Me junta las manos y me las sujeta por encima de la cabeza. Primero me desabrocha los pantalones y luego los suyos. Me aprieta las bragas empapadas con la palma de la mano antes de darme la vuelta y bajármelas de un tirón por los muslos.

—Ruslan... —susurro impotente mientras su polla se burla de mi coño empapado. Su cabeza separa mis labios. Una provocación más. Un tortuoso momento más de espera.

Luego, empuja hacia delante. Estoy tan mojada que me penetra sin esfuerzo. Todo mi cuerpo se inclina a su alrededor.

Pedí rudeza, y eso es exactamente lo que me da. No hay nada relajado en esta noche. Llevamos dos minutos en la puerta y ya me está penetrando con toda su fuerza.

—¡Sí, *sí*! —gimo. Me golpeo la cabeza contra la pared cada vez que me penetra, pero no siento nada. Lo único que soy capaz de sentir es su enorme polla, la tensión de sus dedos esposados alrededor de mis muñecas, la forma en que mi cuerpo lanza chispas que parecen electricidad cada vez que sus caderas chocan con las mías.

Choca conmigo hasta que mi cuerpo se aprieta en una cruda sensación. Mi coño se contrae violentamente, y luego se libera en una serie de explosiones que me incendian la piel.

—Oh, Dios —jadeo, cayendo de espaldas contra el hombro de Ruslan.

Me suelta los brazos y caen flácidos a los lados. Luego desliza las manos hacia mi culo y me agarra un poco más fuerte, antes de alzarme en sus brazos. —Tienes la costumbre de correrte rápido, *kiska*. Tendrás que dejar de hacerlo o tendré que castigarte.

Me lleva a la sala de estar. Mi cuerpo todavía sufre escalofríos residuales. —Sí — suspiro—. Castígame.

—Una pequeña *kiska* tan ansiosa. Pronto aprenderás a no pedir más de lo que puedes tomar.

Me deja en el brazo de su sofá. Una parte de mí se estremece al pensar en mi trasero desnudo sobre la tapicería de cachemira, como si mi culo de campesina no debiera estar cerca de muebles tan caros.

Entonces, me arranca la blusa y todos los pensamientos de ese tipo se van por la ventana panorámica.

Los ardientes ojos ámbar de Ruslan siguen fijos en mis labios hinchados. Me los recorre con el pulgar de un tirón, frunciendo el ceño como si algo del hermoso daño que le hace a mi cuerpo le molestara.

Entonces, retira bruscamente su tacto y cualquier rastro de ternura que creí haber visto en su rostro desaparece. La máscara gruñona vuelve a su sitio.

Me agarra por las caderas y me tumba boca abajo sobre el brazo del sofá. De repente, una parte de mí tiene miedo.

Ten cuidado con lo que deseas, kiska.

—¿Ruslan?

—Silencio.

Se me cierra la boca.

—Has sido una chica mala.

Dentro de mí brotan zarcillos de placer.

—Y sabes lo que pasa con las chicas malas, ¿verdad?

—¿Son castigadas?

Su mano me acaricia la mejilla derecha. —Se rompen.

¡*Zas*! Grito cuando su mano toca mi culo. El escozor hace que me lloren los ojos.

—¿Te ha dolido, cariño?

—S-sí.

—Pero sabes que te lo merecías. ¿Verdad?

Me encuentro asintiendo. —Sí, soy una niña mala. Necesito que me castigues. Quiero que me castigues con tu polla.

La risita oscura de Ruslan destila presentimiento. Presiona la gruesa cabeza de su polla contra mi raja, pero no llega a penetrarme. Me está volviendo loca, centímetro a centímetro.

¡*Zas*!

Esta vez, estoy un poco más preparada. Me sacudo hacia delante, pero no grito.

Nunca había sentido la cálida sensación del dolor transformándose en placer. Y, sin embargo, entre su mano grande que me da golpes calientes antes de masajear el escozor y convertirlo en un calor que se extiende rápidamente, y la forma en que su gruesa cabeza sigue rozándome desde el clítoris hasta el culo...

No solo estoy mojada. Estoy *chorreando.*

Me muerdo el labio inferior, preparándome para más. No puedo creer que quiera más, pero aquí estoy y, a decir verdad, no puedo creer que esté en esta situación. Los nervios me tienen temblando y el coño me duele, y todo me pide a gritos que el señor Oryolov haga cualquier cosa deliciosamente traviesa que quiera, incluida azotarme hasta que me corra cuando me lo ordene.

—¿Has aprendido la lección ahora, mi pequeña *kiska*?

—Sí —jadeo.

—Hm. No estoy tan seguro.

Me retuerzo literalmente contra el sofá. El armazón se me clava en el estómago mientras lucho por mantener el equilibrio sobre las puntas de los pies en lugar de desplomarme en el suelo como quisiera.

¡*Zas*!

Respiro y suelto un gemido bajo. —¿Duele?

—*Sí* —gimoteo.

—¿Quieres que pare?

—¡No!

Vuelvo a oír su risita oscura, y noto cómo mi excitación me recorre el interior de los muslos. Los dedos de mis pies se enroscan en la alfombra y los de mis manos se afanan por aferrarse al suave cojín del sofá.

¡*Zas*!

Jadeo, pero el dolor dura unos dos segundos antes de quedar ahogado en un torrente de endorfinas. Por un momento, no tengo ni idea de lo que siento. Todo lo que mi cuerpo y mi mente registran es la cálida punzada del dolor, mezclada con el refrescante rezume del placer.

Oh, Dios, realmente me va a romper.

Abro los ojos de golpe cuando siento su lengua deslizándose por mi raja. Me tiemblan las rodillas por la expectación entre mis muslos. Nunca me habían comido desde esta posición. Es primitivo. Es sucio.

También es *exactamente* lo que necesito.

En el momento en que sus labios rodean mi clítoris y succionan, mi vientre se aprieta y me duele de tensión. Estoy tan jodidamente cerca... y, cuando su lengua se desliza entre los tirones de sus labios, siento que empiezo a caer sobre ese dulce, dulce borde.

—*¡Maldición! ¡Sí!*

—No.

Me quedo helada. —¿Q-qué? —ni siquiera tengo fuerzas para inclinar el cuello hacia un lado y ver su expresión.

—¿Dije que podías venirte?

Me vuelve a dar una palmada en el culo, pero esta vez no es dolorosa, sino simplemente un recordatorio. Vuelve a pasarme la lengua por el clítoris con movimientos más lentos y suaves, y yo gimo por lo bajo, conteniendo la respiración porque me preocupa perder el control y correrme en su cara.

Oh, ¿no sería una vista hermosa?

—¿Te gusta eso, nena?

—Síííí —siseo—. Por favor... más...

—Gatita codiciosa.

Mientras su lengua gira alrededor de mi clítoris, cierro los ojos e intento concentrarme en cualquier otra cosa para no correrme. La muerte. Los impuestos. La forma en que los viejos ricos calvos insisten en mantener ese extraño anillo de pelo alrededor de sus, por lo demás, brillantes cráneos.

Nada de eso ayuda. En algún lugar, en medio de todas estas emociones fuera de control, encuentro un sentido de mí misma que creía haber perdido. Esta noche estoy aquí por mí y no me siento culpable por ello.

—Joder, Ruslan... por favor... *ahh*... por favor... voy a... correrme...

Su boca se aparta. Pero, antes de que cristalice la decepción, sus manos me agarran por las caderas y hunde su polla hasta el fondo.

Ruslan me pasa una mano por la columna mientras se balancea dentro mío, asegurándose de que siento cada centímetro que me abre y me llena hasta el borde. Sus dedos se enredan en mi pelo, en la nuca, hasta que me agarra un puñado y tira con la fuerza suficiente para que me arquee más. Cada embestida va acompañada de un tirón; cada sonoro golpe en el aire es el sonido de sus caderas al chocar con mi culo.

No tengo ni idea de lo que grito, solo sé que me arden los pulmones y tengo la garganta ronca.

También sé que me arrancará la primera capa de piel del culo por romper sus reglas, porque ya no hay forma de que pueda contener el orgasmo.

—Córrete para mí, mi pequeña *kiska* —gruñe Ruslan.

Gracias a Dios.

Me estremezco y sollozo mientras el orgasmo me recorre el cuerpo. Me sigue de cerca, tirando de mí con más fuerza y apretándome hasta el fondo mientras llena mi cuerpo con su propia liberación.

No tarda mucho en salir de mí. Caigo de bruces en el sofá. No me quejo. Me enterraría en este sofá, si pudiera.

Ruslan coge un par de pañuelos de un elegante soporte metálico. Por un segundo, creo que me los va a pasar, pero, antes de que pueda responder, se agacha y me limpia él mismo. Sus

manos son suaves y su mirada está fija en su trabajo. Me quedo tumbada, asombrada, y lo dejo hacer.

Luego, con la cabeza todavía mareada, veo cómo vuelve a erguirse hasta su altura completa. Incluso después de correrse, su polla sigue siendo un arma peligrosa, casi del tamaño de mi antebrazo. Se da vuelta, vuelve a ponerse los calzoncillos y se acerca a la barra de la esquina.

—¿Quieres un trago?

Es tentador. Sobre todo porque la oferta sugiere que quiere que me quede un poco más. La cosa es que me siento bien. Realmente bien. Pero no quiero reventar la burbuja quedándome demasiado tiempo. Y, como estoy casi segura de que si me echan otra vez mi subidón se vendrá abajo, decido mantenerme firme y marcharme de inmediato.

—No, gracias. No quiero arriesgarme a una resaca. Tengo trabajo mañana, y mi jefe puede ser una pesadilla.

Sonríe. —Ah, ¿sí?

Asiento. —Pero no es del todo malo. Por lo menos me paga bien.

—Como quieras —Ruslan me dedica una pequeña sonrisa que me hace desear de repente no haber rechazado su oferta de quedarme.

No. La distancia es mejor. La distancia te mantiene a salvo.

—Buenas noches, Sr. Oryolov.

—Buenas noches, Emma.

Me visto rápidamente, con las mejillas encendidas, y salgo sin mirar atrás. Mientras bajo en el ascensor, suelto un suspiro que se convierte en una carcajada incrédula. Todo esto sigue pareciéndome demasiado surrealista para estar ocurriéndome.

Esta vez, cuando me cruzo con el guardia del mostrador de seguridad, le dirijo una sonrisa enorme y confiada. Una sonrisa que dice: *Sí, así es. He tenido sexo caliente, sudoroso y asqueroso con un hombre caliente, sudoroso y asqueroso, pero no soy la prostituta de nadie. Soy mi propia mujer. Cuido mi propio corazón.*

Y cuando me vaya, algún día, sea cuando sea, dejaré a Ruslan con ganas de más.

RUSLAN

—¿Me estás diciendo que no hay *nada*?

—S-sí, señor.

Espero a que el proveedor se explaye, pero parece concentrado en no cagarse encima. Ojalá tuviéramos esta conversación cara a cara. Cagarse en los pantalones sería la menor de sus putas preocupaciones.

—Ese contenedor de sustrato B47 fue apartado para *mí*. La orden de compra fue enviada. Aceptó mi puto dinero.

—L-lo entiendo, Sr. Oryolov… p-pero no tengo control sobre...

—¿Quién me lo ha robado?

—¿Disculpe, señor?

—Dos toneladas de un producto químico industrial de fabricación extensiva no desaparecen en el aire. Alguien compró ese contenedor y quiero saber quién fue —camino por mi despacho tan caóticamente que Kirill tiene que apartarse de mi camino.

—Yo... emm… Esa información es clasificada, señor.

—¿Cómo te llamas?

Silencio.

Y luego, aire muerto.

¿Ese hijo de puta acaba de colgarme?

Rujo y arrojo el teléfono al otro lado de la habitación. Choca con la puerta y sale volando. La pantalla agrietada capta el sol moribundo y me guiña un ojo.

Con la respiración agitada, me dirijo a Kirill, que ya saca un flamante teléfono de uno de los cajones de mi escritorio. —Transfiero la tarjeta SIM y ya está —me explica—. Como siempre.

Basta decir que esto ha ocurrido suficientes veces como para justificar un procedimiento operativo estándar.

—Esto tiene las huellas de Adrik por todas partes —me enfurezco—. Ese *mudak* se está vengando por la paliza que le di a su ego.

Kirill está ocupado intentando arrancar la SIM de mi teléfono roto. —¿De verdad crees que tiene los cojones? ¿O los recursos?

—El único objetivo en la vida de ese idiota es acabar conmigo. ¿Qué mejor manera que esta? ¿Socavar el desarrollo de una droga en la que ya he gastado quién sabe cuánto?

Me entrega el nuevo teléfono mientras se enciende. —Entendido. Mi pregunta es, ¿qué hacemos...? —se interrumpe mientras salgo del despacho—. ¿A dónde vas?

—A solucionarlo —respondo. Emma está sentada en su mesa, con los ojos muy abiertos y preocupada por el alboroto que debe de haber oído—. Cancela todas mis citas. Hoy no trabajo en la oficina.

No me entretengo en esperar su respuesta.

El viaje de Bane a las instalaciones químicas está salpicado de una serie de fantasías vívidas y violentas. En todas ellas, Adrik sufre una muerte dolorosa bajo el tacón de mi bota.

Pero, por muy satisfactorias que sean esas fantasías de venganza, mi primera prioridad es Venera. Tengo que asegurarme de que este contratiempo no afecte al lanzamiento. Puedo lidiar con el retraso de unos pocos días. Pero si se extiende a meses será un golpe significativo a mi cuenta de resultados. Lo que significa que tengo que entrar en modo de control de daños.

Ni siquiera me molesto en ponerme la estúpida bata blanca cuando llego a las instalaciones. Irrumpo en el laboratorio tal como soy y llamo a Sergey a pleno pulmón. Sale a trompicones del almacén, con la cara pálida y la frente sudorosa.

—Perdimos el último contenedor de B47 —le informo con frialdad—. ¿Cuánta Venera fabricamos hasta ahora y cuán imprescindible es el B47 para la fórmula?

La boca de Sergey se tuerce en una extraña forma. —Eh, bueno...

—Escúpelo, Sergey. No tengo tiempo que perder.

Se seca la frente con el dorso de la mano. —Puede que tenga una solución.

—Eso es lo que me gusta oír. Continúa.

El hombre no parece animado. Se mueve de una pierna a otra, todos sus tics nerviosos suenan al mismo tiempo. —Estuve... experimentando. Lo hice sin su autorización y le pido disculpas por ello, señor, pero quería ver si podía mejorar o borrar por completo los efectos secundarios menores de Venera.

Cualquier otro día me molestaría. Pero no morderé la mano que me tira un hueso cuando lo necesito.

—En uno de mis intentos, eliminé el B47 de la fórmula existente. Lo cambié por un compuesto diferente. Su nombre científico es...

Levanto una mano. —No podría importarme menos. ¿Cuáles fueron los resultados?

—A primera vista, la nueva fórmula sin B47 funciona igual que la antigua. Sin embargo, no hicimos suficientes pruebas para saberlo con seguridad.

Mi mandíbula se tensa dolorosamente. —Entonces tenemos que empezar una nueva ronda de pruebas. De inmediato.

Sergey parece un poco animado, para variar, y asiente. —Sí, señor. Ahora mismo.

—¿Hasta qué punto afectará esto a nuestra fecha de lanzamiento?

Sus ojos van de un lado a otro, como si tuviera una pizarra imaginaria delante. —Si podemos hacer unas docenas de sesiones de prueba en la próxima semana, puede que no necesitemos retrasar el lanzamiento más que un puñado de días.

Esta vez, cuando aprieto la mandíbula, es de pura satisfacción. —Bien. Haz lo que haya que hacer, entonces.

Me dirijo a la puerta cuando Sergey me detiene. —Señor, hay una prueba en marcha mientras hablamos. ¿Le gustaría observar?

Hago una pausa. *¿Por qué coño no?*

—¿Dónde es?

Me acompaña fuera del laboratorio y cruzo las instalaciones hasta una sala clínica estéril. Cada una de ellas está equipada con un cristal unidireccional para que mis equipos de químicos

puedan observar los efectos de sus inventos en los sujetos de prueba.

La sala de observación está repleta de subordinados de Sergey, que bien podrían ser clones calcados, por lo que los distingo. Empujo a un lado a los idiotas que llevan portapapeles y me abro paso hasta la parte delantera de la sala. Apenas reconozco a los técnicos con los que me cruzo, porque estoy muy concentrado en lo que ocurre al otro lado del cristal.

Los dos miembros de la pareja en la sala de observación son jóvenes y atractivos. Pero dudo que esa sea la razón por la que follan como un par de conejos cachondos. El hombre lleva los pantalones por los tobillos y la mujer lleva la falda por la cintura.

La penetra rítmicamente, apretando el culo con cada embestida. Ella está tumbada en la camilla acolchada, con las manos sueltas por encima de la cabeza. Ambos tienen una expresión borrosa y soñadora que me resulta extrañamente familiar, porque vi una muy, muy parecida en la cara de Emma anoche.

Esa no requirió ni una sola dosis de nada ilícito.

Me aclaro la garganta. —¿Quién es el investigador principal de esta sesión?

Una mujer severa de pelo castaño corto da un paso al frente. —Esa soy yo, Sr. Oryolov. Soy la Dra. Dahlia Canaan.

—Dra. Canaan. ¿Cuándo se conocieron estos sujetos?

—Momentos después de entrar en la habitación, hace menos de una hora.

—¿Y ambos ingirieron una muestra de Venera?

—Quince minutos antes, sí.

Mis ojos vuelven una y otra vez a la joven pareja. La mandíbula del hombre vibra mientras aumenta la velocidad de sus embestidas. Ella gime salvajemente, con el pelo revoloteándole de un lado a otro. Los dos están absortos en el sexo. Podrían estar follando delante del Presidente, del Papa o de sus malditos padres y eso no les frenaría ni un ápice.

—¿Y son conscientes de que están siendo observados?

—Por supuesto, señor. Todos nuestros sujetos de prueba son informados de antemano, y se les exige que den su consentimiento firmado.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que entraron en la habitación?

—Aproximadamente... cincuenta y siete minutos, señor —consulta su portapapeles—. Observamos un diálogo coqueto aproximadamente treinta y un minutos después de la ingestión de Venera. El contacto físico se estableció después de aproximadamente cuarenta y seis minutos. El coito se inició menos de ochenta y cuatro segundos después.

Jodidamente impecable.

Me dirijo a Sergey. —Si estos resultados se mantienen, estamos de suerte.

—No veo razón para que no lo hagan, señor —para variar, parece medio seguro de sí mismo. Su cara tiene una sombra de blanco menos pastosa, y solo hay una pizca de vacilación en su voz. Para los estándares de Sergey, eso es lo mejor que se puede esperar.

Vuelvo a mirar a la joven pareja. Él está follando como un martillo neumático, pero no importa; ella sigue corriéndose cada cinco embestidas. Dos desconocidos enloqueciendo el uno por el otro mientras una sala llena de científicos y médicos los observa: es el tipo de cosa que solo es posible cuando te importa una mierda.

La idea de que alguien nos vea juntos a Emma y a mí me hace hervir la sangre. Le daría una paliza de muerte a cualquiera que mirara su cuerpo desnudo mientras aún lo tenga en mi poder.

¿Esta pareja en la sala de observación? No les importa una mierda.

Debe ser agradable.

~

RUSLAN: ***Necesito que veas a Sergey más a menudo. Asegúrate de que tiene todo lo que necesita.***

VADIM: ***Su deseo, mi orden.***

Esa respuesta es demasiado frívola para ser sincera, pero decido dejarla pasar. Si así es como alivia su ego herido, estoy dispuesto a ser generoso.

Solo porque es mi tío.

Solo porque mantuvo entero a mi padre después del accidente.

Miro a Kirill, que está ocupado saltándose un semáforo en rojo. —¿Recogiste mi agenda para la próxima semana como te pedí?

—Por supuesto. Está en la parte de atrás con el resto de tus archivos. Creo que la Srta. Carson codificó todo por colores, para tu conveniencia.

No me gusta el tono sugestivo que emplea cuando pronuncia su nombre, pero también lo dejo pasar, todavía animado por mi victoria de última hora sobre Adrik. Todavía no debería contar los pollos, pero tengo un buen presentimiento sobre la fórmula revisada de Sergey.

—Por cierto —añade Kirill—. la semana que viene se celebra la gala benéfica Olsen- Ferber. Tendré que organizar un dispositivo de seguridad especial para eso. ¿Elegiste ya una cita?

Mi mandíbula se tuerce incómoda cuando una imagen inoportuna aparece en mi cabeza. Yo, en la gala, con Emma del brazo, ataviada con un vestido rojo a juego con su pintalabios.

Maldición, no. Eso *no* va a pasar.

Ya estoy tomando decisiones estúpidas cuando se trata de ella. Un ejemplo: la falta de condones la última vez que follamos. Justo cuando había resuelto ponérmelo, la mujer me atacó antes de apenas poner un pie en la puerta. Para cuando recuperé la cabeza, ya la había llenado.

Sin embargo, sentir ese dulce coño apretarse a mi alrededor valió la pena...

Me rechinan los dientes. Tengo que controlarme y dejar de pensar con el pene. —Llevaré a Jessica. Puedes reducir a la mitad la seguridad de mi séquito para la gala. Siempre lleva a sus propios hombres y, aunque no los llevara, nadie tiene tantas ganas de matarme como para acercarse a ella.

No se me escapa la cara de disgusto de Kirill.

Estamos girando por la 48 cuando tomo una decisión de última hora. —Una cosa más: añade a Emma al séquito para la gala.

Kirill detiene bruscamente el todoterreno. —¿Emma?

Me encojo de hombros, fingiendo apatía. —Por si la necesito.

Sí, claro. Claro. Por *eso* viene.

EMMA

—¡Por el amor de Dios, Ben, estoy trabajando!

—No contestabas a mis putos mensajes —gruñe por teléfono—. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

—Oh, no sé... ¿esperar, *tal vez*? Al menos hasta que vuelva a casa —miro nerviosa hacia la puerta de Ruslan. Si sale y me ve en otra llamada personal, soy mujer muerta. Me dará una paliza por la pura emoción de hacerlo.

Me estremezco solo de pensar en mi trasero. Cada vez que me siento, recuerdo el castigo que recibí anoche en manos de Ruslan. Llevo todo el día oscilando entre el dolor y la excitación.

Supongo que son gajes del oficio de acostarte con tu jefe.

La voz de Ben me devuelve a la realidad. —¡No sé cuánto tardarás y necesito dinero *ya*!

Me muerdo la lengua para que no me salgan improperios. —Ya tienes entradas para los Knicks y la nevera llena de cerveza. ¿Para qué podrías necesitar dinero ahora?

—Tengo putas necesidades, Emma.

No tengo ni idea de lo que significa, y no tengo intención de preguntar. —Voy a colgar, Ben.

—Si cuelgas, seguiré llamando.

—Entonces, seguiré colgando.

—No me hagas ir en persona.

Casi me dan arcadas de miedo. —¡No lo harías!

—Espera y ve. Yo...

—*De acuerdo* —siseo—. Bastardo chantajista. ¿Cuánto quieres?

—Doscientos.

Respondo automáticamente. —No tengo eso.

—Mentira.

—En serio...

—Vale, te veo en la oficina, ¿en media hora?

—Eres un imbécil.

—Solo transfiere el dinero directamente a mi… ¡Caro, Rae! Cállense la puta boca, estoy al teléfono… a mi cuenta.

—¡No les grites! —siseo.

Me ignora. —Adelante, hazlo ahora. Puedo quedarme en la línea contigo mientras haces la transferencia.

Tiene que ser una broma.

La cosa es que no puedo permitirme que Ben venga aquí y revuelva todo. Así que cedo, que es probablemente lo peor, pero realmente no puedo ver otra salida.

Abro el portátil del trabajo y la página de mi banco personal. —Estoy transfiriendo el dinero ahora. Pero en serio, es mi último efectivo del mes.

—Claro, claro —su voz se vuelve apagada mientras se lleva el teléfono a la boca. Oigo murmullos, algunos gritos entrecortados de fondo y el sonido de pasos que resbalan. Luego, la línea se despeja y su voz vuelve a sonar—. ¿Lo estás haciendo? El dinero no llegó… Caro, deja de llorar, apenas te toqué... no sé... ignóralo… mierda, ¿dónde estaba? Oh, cierto, el dinero. ¿Ya está?

Hago clic en el botón de transferencia y empieza a procesar mi solicitud. La pantalla es secuestrada por un gran círculo giratorio, que me informa de que no cierre la página.

—¿Por qué llora Caroline?

—¿Eh?

—Ben, ¿por qué llora tu hija? —pregunto apretando los dientes.

—Um ... no sé, algo acerca de este tipo espeluznante que los sigue.

—¿*Qué* tipo espeluznante?

—Joder si lo sé. Solo niños siendo niños. Josh probablemente lo inventó para asustar a las chicas.

Por el amor de Dios, ¿este hombre conoce a sus hijos? —Estás hablando de Josh, Ben. Ese chico no asustaría ni a una mosca, mucho menos a sus hermanas. Y no miente.

—Bingo. Acabo de recibir el pago. Hasta luego, Em.

—¡Ben, espera! Necesito saber quién es este tipo...

Pero es demasiado tarde. La línea se corta y me quedo mirando la foto de Josh, Caroline y Reagan en mi pantalla, preguntándome si debería entrar en pánico.

No hay necesidad de entrar en pánico. Mantén la calma y recaba más información.

Sabiendo que Ben es una causa perdida, llamo a Amelia. Contesta de inmediato, pero no está tan alegre como de costumbre. Quiero preguntarle qué le pasa, pero antes tengo que ver cómo están los niños.

—Amelia, ¿puedo hablar con Josh, por favor?

—Por supuesto. Espera.

Mi rodilla está rebotando salvajemente cuando Josh coge el teléfono. —¿Tía Em?

—Oye, amigo, estaba hablando por teléfono con tu padre. ¿Mencionó que Caroline estaba llorando porque un tipo los seguía? ¿Es eso cierto?

Josh duda. —Sí...

Se me cae el corazón. —¿Estás seguro de que los estaba siguiendo?

—Ayer nos estuvo observando desde fuera de la puerta del colegio. Y hoy nos siguió a casa. También intentó decirle algo a Caro en el recreo. No me gusta.

Vale, estoy muy cerca del modo pánico total. —¿Qué aspecto tenía?

—Um, no sé, ¿normal? Flaco y rubio. Pero no tenía buen aspecto.

Quiero vomitar. Es ese periodista. Remmy algo.

—La próxima vez que veas a este hombre —le digo lo más despreocupadamente que puedo —, quiero que me llames de inmediato, ¿bien? —se queda callado un momento—. ¿Josh? ¿Me has oído?

—Está en la calle, tía Em. Vigila el apartamento desde que llegamos de la escuela.

Pánico.

Pánico.

Pánico.

Me pongo en pie de un salto. —Estaré pronto en casa, cariño, ¿vale? Ahora, ¿puedes devolverle el teléfono a Amelia?

Me pongo de acuerdo con Amelia para que se quede con los niños hasta que yo llegue. Luego, cojo el bolso y me dirijo a los ascensores.

—¿A dónde cree que va, Srta. Carson? —ese gruñido helado me congela en seco.

Por supuesto, elige *este* momento para salir de su despacho. Empiezo a pensar que tiene una cámara de seguridad apuntando a mi mesa para seguir todos mis movimientos.

—Me voy —el pánico está erosionando todas mis sensibilidades más diplomáticas—. Tengo una emergencia familiar. Los niños me necesitan.

Espero que se ponga en plan "Hm" y me amenace con despedirme si me voy en plena jornada laboral. Pero, en lugar de eso, sus cejas se arquean. —¿Cuál es la emergencia?

—No es nada. Solo este reportero. Remmy. Ha estado molestando... mira, no importa. Solo necesito manejarlo muy rápido y ya vuelvo.

En el momento en que menciono su nombre, el reconocimiento parpadea en los ojos de Ruslan. —Remmy Jefferson. ¿De *The Brooklyn Gazette*?

Retrocedo hacia los ascensores. Algo en la cara de Ruslan me asusta. —Sí, eso creo. Se me acercó hace unos días, preguntándome si... bueno, en realidad me preguntó si podía espiarte. Lo rechacé, por supuesto.

Los ojos de Ruslan se entrecierran en rendijas. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque lo hice callar y le dije que se largara. Pensé que se había acabado. Pero ahora, ¡está acosando a mis niños! Está vigilando la casa ahora mismo. Los niños están asustados. Lo siento, tengo que...

—Te llevaré.

Me quedo boquiabierta. —¿Qué?

Camina rápido hacia los ascensores. —Vámonos. Estamos perdiendo el tiempo.

No dejo de mirarlo en el ascensor al bajar. Dejarme salir de la oficina en horas de trabajo es una cosa, ¿pero venir conmigo? ¿Por qué lo haría?

—Tienes reuniones toda la tarde —le recuerdo cuando se abren las puertas.

Saca su teléfono y empieza a dar golpecitos en la pantalla. —Haré que Kirill me cubra.

Estoy tan preocupada por los niños que apenas percibo el elegante Aston Martin que se detiene frente al rascacielos. De camino a casa, me rasco las cutículas para calmar los nervios.

Ruslan me mira de reojo. —Conozco a Remmy. Es una puta sanguijuela, pero nada que no pueda manejar.

Asiento, pero no voy a relajarme del todo hasta que ese asqueroso esté lejos de los niños. Aun así, algo se registra en lo más recóndito de mi conciencia.

¿Eso fue... un gesto de consuelo? ¿De Ruslan Oryolov? Miro por la ventana, preguntándome si voy a ver cerdos volando alrededor de los rascacielos.

Cuando llegamos, hay un puñado de coches aparcados en la acera de enfrente. Echo un vistazo a la fila, pero no sé cuál es el de Remmy. Ya lo averiguaré más tarde. Ahora tengo que asegurarme de que los niños están bien.

Estoy en el segundo tramo de escaleras del apartamento cuando me doy cuenta de que Ruslan está justo detrás de mí.

¿Mi primer pensamiento? *Verá el apartamento.*

¿Mi segundo pensamiento? *Conocerá a los niños.*

¿Mi tercer pensamiento? *Oh, mierda.*

Me lo quito de la cabeza y uso la llave para entrar, pero la puerta está cerrada con una cadena. Me asomo por los cinco centímetros de espacio que deja la cadena.

—¿Amelia? ¿Josh?

—¡Lo siento! —responde Amelia—. Espera un segundo.

Retrocedo cuando la puerta se cierra. Entonces oigo que se abre la cadena y Amelia nos la abre de un tirón. —Lo siento, los niños estaban muy asustados y... —se detiene en seco, sus ojos se desvían hacia el monstruoso hombre detrás de mí—. Sí, así que... usamos la cadena.

Sus mejillas se ruborizan. Me hago una idea de por qué. Sinceramente, no la culpo. Después de todo, las mujeres somos humanas.

—¿Dónde están?

Amelia se centra en mí. —Entraron en pánico. Las chicas están escondidas en la habitación de Josh, debajo de su manta. Y...

—¡Tía Em! —grita Josh cuando entra en el salón. Se abalanza sobre mí y me rodea la cintura con los brazos.

Le beso la parte superior de la cabeza. —¿Cómo están las chicas?

—Asustadas —admite sin soltarme—. Creen que ese hombre va a secuestrarlas.

Me pongo furiosa de inmediato. Josh nunca admitiría estar asustado, pero el hecho de que se aferre a mí como no lo había hecho en años demuestra que él también lo está.

—Amelia, ¿te importaría quedarte con las chicas?

—Por supuesto —se aleja a trompicones, con las mejillas todavía ligeramente sonrojadas—. Escucha, J... ese hombre es una comadreja —le acaricio la cabeza como solía hacer cuando se despertaba de una pesadilla y le costaba volver a dormirse. Los ocho o nueve meses que siguieron al entierro de Sienna tuvieron un montón de noches así—. No tienes de qué preocuparte.

Traga saliva. —¿Por qué está aquí?

Por mi culpa y en lo que me meto.

—Porque está aburrido y sin trabajo —le aseguro—. Ahora, tú te quedarás aquí con tus hermanas y yo bajaré a hablar con él, ¿vale?

—Pero...

—No tardaré más de cinco minutos. Cuida el fuerte, ¿vale?

Suelto a Josh. Pero cuando me giro hacia la puerta hay una roca con forma humana en mi camino. —Disculpa.

Ruslan no se mueve. Su mirada pasa de mí a Josh. Miro por encima del hombro y veo que Josh tiene la boca abierta, los ojos muy abiertos y asombrados.

—Emma, no nos has presentado. Este debe ser tu sobrino, Josh —ofrece su mano.

Josh cierra la boca. Se sonroja, pero sus hombros se cuadran y se endereza como si tratara de parecer lo más alto posible. —Yo no te conozco.

Levanto las cejas, desconcertada por la forma tan rebuscada y enfadada en que habla. —Um, Josh...

—No pasa nada —me dice Ruslan antes de volverse hacia Josh—. Soy Ruslan, el jefe de tu tía.

—¿Por qué estás aquí?

—¡Josh! —pero no puedo enojarme con él. Solo intenta ser el hombre de la casa, de la única

forma que conoce.

Ruslan se limita a sonreír.

Vaya, la famosa sonrisa Oryolov. Es todavía más deslumbrante de cerca. Pero no parece tener ningún efecto en Josh, que definitivamente no la devuelve.

—Estoy aquí para ayudar —añade Ruslan.

El surco en las cejas de Josh se alivia, pero solo un poco. —¿Cómo?

—Voy a salir y hablar con ese hombre. Me aseguraré de que no vuelva a molestarlos ni a ti ni a tus hermanas.

—¿Y a la tía Em?

Ruslan asiente. —Y a tu tía Em, también.

Josh le da un pequeño asentimiento, a regañadientes. Observa a Ruslan enderezarse y dirigirse hacia la puerta y no pestañea en todo el tiempo.

Lo entiendo, Ruslan tiene algo especial. Aparte de ser un hombre imponente, su mera presencia ocupa espacio como nadie más puede hacerlo. Exuda esa aura de "hacerse cargo" que Josh rara vez ha visto en los hombres que le rodean. Ben casi siempre irradia "tristeza y pereza".

—¿Cuidarás de todos? —Ruslan le pregunta a Josh, no a mí. También está mortalmente serio. No hay rastro de esa sonrisa.

La mandíbula de Josh se tensa mientras asiente.

—Bien —Ruslan sale por la puerta como si todo estuviera resuelto.

Lo sigo hasta el pasillo poco iluminado y cierro la puerta del apartamento detrás de mí. Ya está a mitad a la escalera cuando consigo cerrarla. —¡Espera! —me adelanto—. Yo…

Se detiene en el rellano y se vuelve para mirarme. —Quédate. Yo me encargo. Es a mí a quien quiere.

La ternura en su voz me desconcierta. Estoy acostumbrada a oírle enfadado, molesto, frustrado o simplemente impasible.

¿Pero esto? Realmente suena medio compasivo.

—Sí, pero son mis niños a los que eligió acechar. Como un maldito depredador espeluznante. Y les ha dado un susto de muerte. Así que voy a ir allí y...

—Emma —su voz puede ser menos dura de lo que suele ser, pero no es menos dominante—. Esos niños están asustados. Te necesitan en este momento, más de lo que tú necesitas matarlo.

Eso me llega.

Maldita sea. Tiene razón.

Reprimiendo un suspiro de frustración, le hago un gesto para que siga adelante.

Espero a que haya bajado las escaleras antes de volver al apartamento.

Josh me espera en la puerta. Le cojo de la mano y nos dirigimos al dormitorio de las chicas. Me lanza una mirada tímida. —Tu jefe es lo máximo —me dice.

Me fuerzo a sonreír. Para un niño de ocho años sin ningún modelo masculino, Ruslan es genial. Pero para una mujer de veintiséis años con tres niños a cargo no es más que un peligro.

No es la primera vez que me cuestiono todas las decisiones que he tomado últimamente.

¿Estoy cometiendo un error?

¿Estoy poniendo a los niños en peligro?

¿Es demasiado tarde para volver atrás?

Me temo que todas las respuestas son "sí".

RUSLAN

El sórdido hijo de puta está apoyado en su Buick LeSabre destartalado cuando salgo a la calle. Se endereza al verme, con los ojos penetrantes y los dedos crispados. —Qué placer encontrarme con...

—Para con tu mierda, Remmy —mi voz es amenazadora, pero solo porque no quiero llamar la atención sobre este pequeño intercambio. Los niños ya están bastante aterrorizados—. ¿Qué coño crees que estás haciendo?

Se encoge de hombros con indiferencia, pero sus dedos siguen crispándose y se mueve demasiado. —Solo estaba en el vecindario.

—¿Y tienes por costumbre merodear por las calles, buscando... qué, exactamente?

Su sonrisa torcida no es intimidante en lo más mínimo, por mucho que desee lo contrario. —Una historia.

—No vas a encontrar una aquí.

—Oh, siento discrepar. Esa linda secretaria que tienes sabe más de lo que dice.

Aprieto las manos y doy un paso más hacia él. —Mi secretaria es una empleada. Solo sabe lo que yo le digo. Así que, a menos que quieras escribir un artículo sobre mis preferencias de café, lárgate de aquí.

Vuelve su sonrisa sórdida hacia las ventanas del apartamento de Emma. Sigo su mirada y veo cuatro caras en la ventana. Josh y Emma están a ambos lados del marco, con dos cabecitas rubias asomando por la parte inferior del cristal inferior.

—Sabes, Ruslan, me parece extraño que estés aquí. Considerando que ella es "*solo* una empleada". Pareces bastante... *protector* para ser un empleador infame y duro como tú.

Me rechinan los dientes. La forma más eficaz de hacerle entender mi punto de vista sería darle una paliza. Pero no hay forma ética de hacerlo con Emma y los niños mirando. Así que paso al plan B.

—Me tomo *muy* en serio la seguridad de mis empleados, Jefferson. Es la razón por la que no podrás encontrar a una sola persona en mi nómina que acceda a hablar contigo.

Sus ojos se entrecierran. —Todo lo que prueba es que has comprado su silencio. Qué fácil debe ser conseguir lo que quieres cuando te sale dinero por todos los agujeros del cuerpo.

—Cuidado. Estás un poco verde de envidia.

Se burla. —Sería tan rico como tú si asesinara, tuviera el hábito diario de robar y violar la ley.

—¿Este es tu intento de pescar una historia? Esperaba algo mejor.

—Voy a descifrar esta historia de una manera u otra.

—Te diré qué —sugiero—, vamos a dar una vuelta. A la vuelta de la esquina. Puedes hacerme todas las preguntas que quieras en ese tiempo.

Sus fosas nasales se agitan. —No voy a subir a tu coche.

Me encojo de hombros. —Entonces, me meteré en el tuyo. A menos, claro, que te dé miedo quedarte a solas conmigo.

La forma más fácil de llegar a un cobarde es a través de su ego. Fyodor me enseñó eso, cuando era más que una sombra andante.

Efectivamente, Remmy se eriza en el acto. —Bien. Mi coche, entonces.

Mientras Remmy se sienta en el asiento del conductor, le indico a Kirill el lugar en el que tengo previsto que pare Remmy. Luego, me deslizo en el estrecho asiento del pasajero de su LeSabre.

Ping. Ping. Miro la pantalla. Dos mensajes, enviados con pocos segundos de diferencia.

KIRILL: ***:emoji-dedo-arriba:***

EMMA: ***Ruslan, ¿qué estás haciendo?***

Aparto el móvil, consciente de que Remmy no deja de mirarme. Tiene los nudillos blancos cuando cambia de marcha y empieza a conducir, aunque hace ademán de silbar como si no le importara nada.

—Tienes hasta el solar vacío de la 58 —le digo.

Frunce el ceño. —No está muy lejos.

—Entonces, te sugiero que hables rápido.

Se inclina hacia un lado y saca un pequeño aparato de grabación. —¿Lo hacemos oficial? —aventura.

Me encojo de hombros. —Adelante.

—¿Es cierto que estás en proceso de lanzar una droga ilegal, altamente peligrosa, posiblemente adictiva y financiada por Bane Corp.?

No titubeo. —Por supuesto que no. No estoy en la industria farmacéutica. Tampoco soy traficante de drogas. Dirijo una empresa de tecnología de seguridad de alta gama. Esa es mi principal fuente de ingresos.

Remmy aprieta los dientes. —Sé de buena fuente...

—¿Tienes algún nombre?

Hace una mueca. —No como tal, no.

—Entonces no es "buena fuente" —descarto con una risita.

—He oído a la gente referirse a ti como "*Pakhan*". ¿Es cierto que eres el jefe de un sindicato criminal ruso?

Encajo los dedos en mi regazo. —Soy un hombre de negocios, Sr. Jefferson. Eso es todo.

—¿Y qué hay de la desaparición de Mattias Helva?

El nombre me suena, pero finjo ignorancia. —¿Quién?

—Un joven en tu nómina. Desapareció hace unas semanas.

Ah, cierto. El científico flaco sabelotodo. El que se comió una bala por su traición. —Estoy seguro de que los equipos de Bane encargados de ese tipo de cosas trabajan diligentemente para ayudar a las autoridades en lo que sea necesario. Pero no hago un seguimiento personal de cada uno de mis empleados, señor Jefferson.

—¿Solo de las bonitas?

Levanto la barbilla hacia el aparcamiento. —Ya hemos llegado. Aparca.

—Tengo más...

—Desgraciadamente, se te ha acabado el tiempo.

Salgo del coche y él me sigue, cerrando la puerta tras de sí. Me doy cuenta de que no lleva la grabadora. Lástima. Podría haberle ahorrado algún dolor.

—No fue una entrevista legítima —se burla, clavándome un dedo en la cara—. Has mentido en todo.

—Acepté hablar contigo. Cumplí mi palabra. No es mi culpa ni mi problema si no me crees.

Su mandíbula se aprieta. —Bueno, entonces no me dejas otra opción que hacerla hablar.

Miro por encima de cada hombro para asegurarme de que estamos solos. Cuando estoy seguro de que no hay moros en la costa, arremeto contra él, le palmo la garganta y lo inmovilizo contra la pared de ladrillo a su espalda. —Si te acercas a menos de un puto kilómetro de ella o de su familia, *te destruiré.*

Balbucea y me da zarpazos inútiles en los brazos. Lo mantengo ahí un rato más, con los pies revoloteando en todas direcciones, antes de volver a dejarlo en el suelo con una mueca.

—Vaya, vaya —grazna, intentando aclararse la garganta varias veces—. No puedo imaginar lo que encontraré si indago en *esa* relación.

Estupendo. Exageré con mi reacción. Lo último que necesitaba este maldito zalamero era una razón para seguir husmeando.

Es hora de volver al Plan A.

Está ahí de pie, sonriendo, en el ángulo perfecto cuando mi puño conecta con su cara de un rápido golpe. Cae tan fácilmente que, al sentir crujir el cartílago bajo mis nudillos, empiezo a preguntarme si sobreviviría a una paliza en toda regla.

—¡Joder! —su mano se levanta para evaluar el daño—. ¡Me rompiste la puta nariz!

—Créeme: es una mejora.

La sangre le corre por la mano y no deja de tocarse la nariz, cuyo puente apunta en una dirección distinta a la de hace un momento.

—Maldición —gime nasalmente—. Mi nariz. ¡Mi puta nariz!

—Tienes suerte de que solo te haya roto la nariz —gruño, agarrándolo por el cuello de la camisa y arrastrándolo hacia mí—. Mantente alejado de ella. ¿Me oyes?

Sus ojos se abren de par en par y asiente con fuerza. Lo empujo hacia atrás justo cuando Kirill dobla la esquina en su Maserati plateado.

Remmy tropieza con el bloque de aparcamiento y cae de culo en la grava. Se sacude con fuerza y araña las piedras, manchando la tierra con su sangre. Traga saliva mientras Kirill sale del coche y se acerca.

—Empezaste la fiesta sin mí, ¿verdad? —pregunta mi segundo al mando.

—¿Qué me harán? —Jefferson balbucea. La sangre le sigue cayendo a chorros por el labio superior.

Kirill le lanza una mirada de disgusto y luego me mira. —Excelente pregunta. ¿Qué opina, señor?

Mi mirada se desliza sobre el reportero atropellado. Sinceramente, es demasiado patético para matarlo. Y estoy seguro de que captó el mensaje alto y claro. Aun así, no me he ganado mi reputación siendo indulgente.

—Le daremos un nuevo código postal, ¿de acuerdo? —Kirill alza las cejas—. ¿Solo eso?

—No puedes hacer esto. Hay gente que me buscará —insiste Jefferson.

—Lo dudo mucho —me agacho frente a él. Un moratón púrpura brillante ya ha empezado a formarse alrededor de su nariz y debajo de sus ojos—. Aunque, para ser justos, si *vuelves* a

acercarte a ella, sin duda yo te buscaré.

Ahora, incluso su labio inferior tiembla. Un segundo después, el hedor a amoníaco me pica en las fosas nasales. Miro entre sus piernas.

—Maldición —murmuro.

No es la primera vez que un hombre se mea encima por miedo a mí. Aunque puede que sea la más patética.

Retiro el puño para noquearlo y no tener que oírlo gemir más, pero de repente el miedo es demasiado para él. Su cara se congela por un momento y luego pone los ojos en blanco. Se desmaya contra el cemento antes de que le ponga un dedo encima.

Asqueado, me pongo en pie. —Al menos debería ser más fácil de transportar ahora. Y más tranquilo.

Kirill frunce el ceño. —¿No podías haberlo hecho *antes* de que se meara encima? Ese coche es nuevo.

—Ponlo en el maletero. Demonios, ponlo en la guantera. Ese pequeño cabrón probablemente quepa.

Mi segundo al mando vuelve a suspirar. —¿Cómo sucedió esto, por cierto?

—El cabrón estaba merodeando tras Emma, intentando sacarle una historia. Cuando ella se negó, empezó a acechar a sus hijos —todavía hiervo de rabia por la imagen de Remmy olfateando su rastro.

Kirill levanta una ceja. —¿Estás seguro de que dejarlo en Ciudad Puta Mierda es todo lo que quieres que haga?

—Por ahora, sí.

Espero a que Kirill meta a Jefferson en el maletero y se marche antes de subirme al LeSabre de Remmy.

Soy muy consciente del hecho de que fui yo quien creó este maldito lío. Si no hubiera reaccionado exageradamente a su salvaje suposición de que me estaba follando a Emma, Jefferson no se habría dado cuenta.

Así que lo menos que puedo hacer ahora es protegerla.

Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que está bien.

Al menos, esa es la razón que me doy a mí mismo para volver a su calle y acercarme a su puerta.

Limpio mis desastres.

Eso es todo.

RUSLAN

—Eres tan... *grande*.

—Como un gigante.

Por la ventana supuse que eran gemelas. Pero ahora que las miro directamente, me doy cuenta de que la que le falta un diente delantero debe de ser más joven. Con su pelo rubio oscuro, sus mejillas redondas como manzanas y sus prominentes hoyuelos, es difícil no sonreír solo con mirarla. Su hermana es unos dos centímetros más alta, algo más delgada y con la misma energía.

—¡Reagan! ¡Caroline! Eso no es educado —regaña Emma.

Mentiría si dijera que no es extraño verla en modo madre. Corre por el salón, intentando limpiar sutilmente sin que parezca que eso es lo que está haciendo. Mete una camiseta sucia debajo de uno de los cojines del sillón cuando cree que no estoy mirando.

El chico, Josh, está sentado frente a mí. Sus ojos no se han apartado de mi cara desde que entré. He hecho mearse en los pantalones a suficientes hombres adultos como para saber que no es fácil mirarme a los ojos, y si no que se lo pregunten a Remmy. Sin embargo, aquí está, con ocho años, mirándome fijamente como si estuviera dispuesto a derribarme si doy un solo paso en falso hacia las mujeres de su familia.

Sin duda es un líder en ciernes.

—¿Qué le dijiste al hombre? —pregunta.

—Josh —reprende Emma suavemente—, ¿quizá no sea el momento? —mira a las chicas, que siguen con los ojos fijos en mí.

Reagan se escabulle del alcance de su hermano y se deja caer en la mesita de café frente a mí. —¿Por qué llevas eso?

Miro mi traje Hugo Boss. —Esto es lo que me pongo para trabajar. ¿No te gusta?

Ladea la cabeza y se lo piensa. —Es... demasiado.

—*¡Reagan!*

Sonrío. Es bastante divertido ver a Emma así de nerviosa. Aún no se ha sentado.

—*Me* gusta tu traje —ofrece Caroline mientras un tímido rubor sube por sus mejillas—. Y tus tatuajes —Parece que ha visto mi tatuaje del cuello, a juzgar por la dirección de su mirada.

—¡Niños! —la niñera llama desde la cocina—. La cena está lista.

Emma patea un bulto bajo el sofá. —Vamos, chicos.

Caroline levanta el labio superior y se vuelve hacia mí. —¿Te quedas a cenar? No me importa compartir.

Sonrío ante el ofrecimiento desinteresado. —Gracias, Caroline, pero tendré que volver en

otra ocasión.

—Oh —su boca se vuelve hacia abajo en las esquinas—. De acuerdo.

Emma se acerca por detrás de las chicas y les pone una mano en el hombro a cada una. —Vayan. Enseguida voy.

—Tía Em, ¿puedes ayudarme a lavarme las manos?

—Reagan, ya sabes cómo lavarte las manos.

—Pero quiero que lo hagas tú. Nunca estás en casa para cenar. ¿Por favor? ¿Por favor?

Emma esboza una sonrisa cansada. —Claro que te ayudaré —me lanza una mirada de disculpa y se mete en la cocina con las dos chicas detrás.

Josh, sin embargo, se queda exactamente donde está. Cuando me levanto, él también.

—El periodista acordó que los dejaría en paz —le cuento—. Ya no tienen de qué preocuparse.

Josh frunce el ceño mientras se mete las manos en los bolsillos de los pantalones. Son demasiado pequeños para él. Sus tobillos no deberían estar a la vista. No hace falta mucho para darse cuenta de que, por muy acogedor que sea este apartamento, también está a punto de derrumbarse.

Las alfombras están raídas y manchadas. La tapicería apenas resiste. La mesa de centro está apoyada en tacos improvisados para mantenerla nivelada y una pared está perdiendo poco a poco la batalla contra una mancha de agua. Nada de esto puede ser saludable ni para Emma ni para los niños.

—Gracias —dice en voz tan baja que apenas lo oigo. Josh se mueve en su lugar por un momento, sus ojos bajan. Tiene un brillo acerado en ellos mientras murmura—: Un día, seré lo suficientemente grande como para protegerlas yo mismo.

No lo humillo sonriendo ni hablándole con desdén. Me limito a asentir. Solemne. De hombre a hombre. —Sé que lo harás.

Es curioso. En realidad, le creo.

Asiente. Entonces, su mirada se desvía hacia un lado y se sobresalta.

Sigo su mirada y veo a Emma de pie junto a la puerta, con lágrimas en los ojos.

Traga saliva y se aclara la garganta. Está a punto de decir algo cuando las chicas vuelven corriendo al salón.

—¿Todavía estás aquí? ¿Te quedas a cenar? —pregunta Caroline, cogiéndome la mano y tirando de ella.

—¡Sí! —grita la pequeña, imitando a su hermana y agarrando mi mano libre—. ¡Quédate a cenar!

La suave voz de Emma consigue cortar el clamor. —Puedes, ya sabes. Si quieres.

—Gracias, señoras, pero tengo una reunión a última hora de la tarde a la que llegar.

Las chicas sueltan un largo y decepcionado coro de "*Awww*".

Emma aplaude. —Bien, chicos, démosle un respiro al Sr. Oryolov. Vamos, la cena se enfría.

Les hace un gesto para que se acerquen, pero ninguna se molesta en mirarla. Me pongo en cuclillas delante de las dos chicas. —¿Saben cómo llegué a ser tan grande como soy? —me río cuando las dos mueven la cabeza, entusiasmadas—. Me como la cena. Con verduras y todo.

Reagan arruga la nariz. —¡Ew! ¿Incluso el broh-cu-li?

—*Especialmente* el brócoli.

Parece muy decepcionada conmigo. —Aw, hombre.

Despeino su melena dorada y suelta una risita. Caroline me mira tímidamente, así que le

choco los cinco por lo bajo. Me da un fuerte golpe en la palma de la mano y se esconde detrás de Emma.

Una mirada a la cara de Emma y sé que tengo que largarme de esta casa. Me mira fijamente con una mirada suave, tierna y sentimental.

Claro que no. Entendió todo mal. Yo no soy *este* tipo. No soy un hombre de familia. No me gusta pasar las tardes con un montón de niños gritando.

Y, sin embargo... eso es exactamente lo que he hecho durante la última media hora, ¿y sinceramente? No fue tan malo. De hecho, una parte de mí lo *disfrutó*.

No. Esa no es la palabra correcta. No puede ser la puta palabra correcta.

Aborta. ¡Vete a la mierda! ¡Ahora mismo!

—Buenas noches.

Emma da un empujoncito a las chicas, hacia la cocina. —Ustedes empiecen. Yo iré en un minuto.

El mohín de Caroline es fuerte. —Pero tía Em, ¿por qué tú te quedas con él y nosotras no?

Josh hace callar a su hermana y las saca del salón.

Emma se ríe cohibida mientras se acerca a mí. Un atractivo rubor tiñe de rosa sus mejillas. —Siento todo eso.

Asiento con rigidez. —Todo bien.

—Estuviste muy bien con todos ellos —su voz se tambalea con todas las cosas que no dice —. Gracias por ser tan paciente con las chicas. Y por lo que le dijiste a Josh.

Vuelvo a asentir. Esta vez, más por incomodidad que por otra cosa. Se aclara la garganta. —Entonces, ¿qué pasó con Remmy?

—No volverá a molestarte, ni a ti ni a los niños.

—Vale, pero ¿y tú?

Eso me desconcierta. —¿Yo?

—Buscaba trapos sucios sobre ti. Mencionó que ya sabía mucho —mira hacia atrás por encima del hombro antes de acercarse aún más a mí. Tan cerca que puedo oler su perfume.

Cítricos, miel y *peligro*.

—Yo solo... —se muerde el labio—. Sé que hay cosas que tal vez no quieras que salgan a la luz. Me preocupa que Remmy pueda cumplir sus amenazas. Parecía muy decidido.

Está realmente preocupada por mí. Después de ser básicamente mi chica de los recados el último año y medio. Esto es suficiente para aturdir mi mente...

Y despertar el resto de mí.

Doy un paso atrás. —No te preocupes por mí. Tienes tu propia mierda con la que lidiar —se sonroja, pero no parece enfadada—. De hecho, cancelaré nuestra reunión de esta noche.

—¿Qué? ¿Por qué?

La decepción en su cara refuerza mi necesidad de poner distancia entre nosotros.

Especialmente esta noche. Hoy ha sido un día demasiado complicado. —Hoy me he perdido muchas cosas. Tengo que ponerme al día.

—Bien —fuerza una sonrisa rígida en su cara—. ¿Supongo que te veré mañana entonces?

Asiento. —Buenas noches, Srta. Carson.

Cuando salgo, me fijo en el zapatero junto a la puerta de entrada. Ni un solo par está medianamente presentable. Un par de zapatillas de baloncesto, en particular, parecen haber sido pegadas con cinta adhesiva bajo las suelas, una y otra vez.

Me paro a pensar.

Necesitaba desesperadamente mi contrato. Es probablemente la única razón por la que accedió en primer lugar. Eso estaba bien en aquel entonces. Después de todo, ventajas son ventajas. Pero ahora que estuve aquí, recordar ese detalle me hace sentirme jodidamente *extraño*.

Asumo que me sentiré mejor fuera de su presencia, pero esas notas cítricas permanecen conmigo mucho después de que haya bajado las escaleras y salido de nuevo al caos de la ciudad. Antes de volver a casa, le doy a Kirill una última orden por esta noche.

Quiero que se investiguen los antecedentes del cuñado de Emma.

Solo estoy haciendo mi debida diligencia. Eso es todo. Nada más, nada menos. Nada que signifique una maldita cosa.

EMMA

Reagan lleva casi media hora en mi regazo, con la cabeza permanentemente encajada bajo mi barbilla. Sigo meciéndola de un lado a otro, con la esperanza de que en algún momento se relaje lo suficiente como para cerrar los ojos. Caroline está sentada a mi lado en la alfombra, dejando sus dos camas abandonadas.

—¿Qué tal si cantamos una canción? —sugiero.

—Bien —asiente Reagan, asomándose un segundo por debajo de mi barbilla—. Pero sigo sin querer irme a dormir.

—Oh, cariño, el hombre malo se ha ido.

Caroline pica la alfombra con una mano mientras la otra permanece firmemente sujeta a mi rodilla. —Sí, pero ahora tendremos pesadillas.

—Mhmm —el acuerdo amortiguado de Reagan viene de algún lugar cerca de mi clavícula.

Suspiro, beso la cabeza de Reagan y luego acaricio la mano de Caroline. Odio a ese maldito periodista por asustarlas así. Y odio no poder hacer nada para tranquilizarlas.

Si Sienna estuviera aquí, sabría qué decir.

La puerta se abre desde fuera y Josh entra con... —J, ¿eso es un saco de dormir?

Él asiente. —Voy a dormir aquí con las chicas esta noche. Para protegerlas.

Mi corazón tiembla de amor por mi sobrino. *Ahí estás, Si. Al menos dejaste algo de ti.*

Reagan se queda en mi regazo, pero al menos se sienta. —¿De verdad vas a dormir con nosotras? —le pregunta a su hermano mayor.

Asiente. —Toda la noche.

Reagan y Caroline intercambian una mirada. Las dos adoran a Josh. Realmente lo miran con estrellas en los ojos y le pido a Dios que eso nunca cambie. Todo el mundo necesita un hermano mayor como Josh.

Pero mientras desenrolla el saco de dormir y coloca la almohada, su mirada no deja de mirar hacia las ventanas. Quizá esta disposición para dormir sea tanto para él como para las chicas.

—¿Saben qué? —digo.

—¿Qué? —corean juntos.

—¿Qué tal si, solo por esta noche, todos duermen conmigo en mi habitación?

Los ojos de Caroline se iluminan inmediatamente. —¿Como una fiesta de pijamas?

—Exactamente como una fiesta de pijamas —me giro hacia Josh—. Creo que a mí también me gustaría algo de protección. ¿Te parece bien?

Josh esboza una pequeña sonrisa y asiente.

Diez minutos después, Caroline, Reagan y yo estamos apiñados en mi estrecha cama y Josh

está estirado encima de su saco de dormir en el suelo, con una almohada metida debajo de la cabeza.

—¿Puedes cantarnos, tía Em? —murmura Reagan. Ya tiene la voz pesada por el sueño.

Empiezo a tararear. En cuanto lo hago, suelta un bostezo que parece el canto de una ballena. Caroline se acerca un poco más, acurrucando a Reagan, y antes incluso de que termine el segundo estribillo, las dos están profundamente dormidas: Caroline en su sueño frío y muerto y Reagan con sus ruidosos ronquidos de camionero.

Josh, sin embargo, está lejos de dormirse. Sigue en la misma posición, mirando al techo con los ojos muy abiertos. Me deslizo con cuidado fuera de la cama y me uno a él en el suelo enmoquetado. Se hace a un lado para dejarme entrar.

—¿Problemas para dormir? —pregunto mientras recuesto mi cabeza junto a la suya.

Se limita a asentir. No le pido permiso, solo le cojo la mano. —Sabes, tu madre habría estado muy orgullosa de ti por ser valiente cuando tus hermanas te necesitaban esta noche.

Gira la cara hacia un lado, para que estemos nariz con nariz. —¿En serio?

—A lo grande. Te pareces mucho a ella.

Sonríe tímidamente. —¿Cómo?

—Como esto de aquí. Solía meterse en mi cama por la noche cuando yo tenía pesadillas. Me abrazaba muy fuerte y me cantaba canciones hasta que me dormía. Solía protegerme todo el tiempo, como tú proteges a tus hermanas.

Su sonrisa parpadea y vacila. —A veces, tengo que pensar mucho para recordar cosas sobre ella —se lame los labios agrietados y hace una mueca mientras suspira—. No sé si lo que recuerdo es porque realmente lo recuerdo o solo porque he visto fotos.

Me trago mi propia pena para poder concentrarme en la de Josh. —El tiempo es así de raro. Hace que las cosas no sean claras. Pero créeme: cuando menos te lo esperes, recordarás algo de ella que habías olvidado que sabías.

Sus grandes ojos marrones vuelven a mirar al techo. No veo las lágrimas en sus mejillas hasta que la luz de la sirena de una ambulancia que pasa ilumina la habitación por un momento. —¿Tú puedes acordarte de ella?

—Sí —le aseguro—. No te preocupes. Me acordaré de ella por los dos.

Me acerco un poco más a él y empiezo a susurrarle pequeñas historias al oído. Le hablo de Sienna y de su efímera carrera como bailarina de breakdance: tres de las semanas más largas de mi vida. Le hablo de las zapatillas de ballet enjoyadas para las que ahorró durante medio año porque nuestros padres se negaban a comprárselas. Le hablo de la vez que me hizo una tarta con sal en lugar de azúcar para nuestro decimotercer cumpleaños.

—Tu madre era muchas cosas, ¿pero una buena pastelera? Definitivamente no.

—¿A qué sabía?

Arrugo la nariz. —Horrible. Hablando de cosas que aún recuerdo, la verdad es que no creo que olvide ese sabor mientras viva. Pero no queríamos que se echara a perder, así que lo trituramos con helado y sirope de chocolate, y entonces sabía condenadamente bien.

Ahora se me saltan las lágrimas. Me hizo aquella tarta porque mamá y papá habían estado esquiando en Ginebra el fin de semana de mi cumpleaños. Enviaron una postal y la firmaron: *Los mejores deseos de tu madre y tu padre*. Sienna dijo: “A la mierda con eso”, que era la segunda vez que oía esa palabra, y se quedó toda la noche horneando. No me dejó entrar en la cocina hasta por la mañana, cuando me presentó orgullosa la tarta, con un precioso glaseado de crema de mantequilla rosa y blanco.

Todavía recuerdo su sonrisa cuando me quitó la venda de los ojos.

—Tu madre era maravillosa, Josh. Aunque olvides todo lo demás, nunca olvides eso — cuando no responde, miro hacia un lado y descubro que tiene los ojos cerrados y respira suavemente. Sonrío, le doy un beso en la frente y me arrastro hacia la puerta. La dejo un poco abierta y me dirijo a la sala de estar, que solo está un poco desastrosa gracias a mis intentos desesperados de limpiar cuando Ruslan estaba aquí. Seguro que me vio patear el balón de fútbol de Reagan debajo del sillón.

Lo saco y me desplomo en el sofá, apretando la pelota contra mi pecho. Gruño cuando siento el olor a naftalina en mis fosas nasales. Lo dejo caer al suelo y cojo el móvil.

Phoebe atiende en medio de un bostezo. —Mierda, lo siento, ¿te he despertado?

—No, solo descansaba en el sofá.

Suspiro con nostalgia. *¿Cuándo fue la última vez que tuve la libertad de hacer eso?*

—Qué suerte.

—Pareces agotada. ¿Acabas de llegar a casa?

—No, en realidad llevo un rato en casa. Acabo de acostar a los niños.

—¿Ahora? ¿No es más tarde de su hora de acostarse?

Me detengo en seco. Joder. Toda esta "cláusula de confidencialidad" del contrato me está jodiendo de verdad con Phoebe. Quizá debería haber intentado negociar una excepción de "solo mejores amigas" en el apartado del acuerdo de confidencialidad del contrato.

Tendré que recordarlo para la próxima vez que mi rico jefe mafioso me proponga sexo clandestino.

—Um, sí… hubo todo un asunto hoy. Los niños estaban siendo seguidos por un tipo y estaban realmente asustados, así que salí del trabajo temprano para ir a ver cómo estaban.

—Espera. Empieza desde el principio. ¿Un tipo estaba siguiendo a los niños?

—No es nada. Solo un periodista sórdido tratando de sacar trapos sucios de Ruslan. Ya lo resolví. Mejor dicho, Ruslan lo resolvió...

—¿*Ruslan*? —Phoebe prácticamente grita—. Vaya. Espera otra vez. Rebobina y empieza desde el principio.

Me río entre dientes. —Insistió en venir a casa conmigo y ocuparse él mismo del reportero.

—Espera... ¿conoció a los niños?

—Sí.

Se hace un silencio. —¿Y?

Me quejo. —Se portó genial con ellos, Pheebs. Fue amable, paciente y francamente dulce. Deberías haberlo visto. Josh intentaba hacerse el interesante, pero se notaba lo impresionado que estaba. ¡Y las chicas! Reagan estaba muy interesada y Caroline ya está medio enamorada de él.

—La chica tiene gusto. Y déjame adivinar, estás ahí sentada pensando: *"Solo ponme un par de bebés más y seremos una versión más guapa de 'La Tribu de los Brady'"*. ¿Tengo razón o no?

—¡Oh, Dios! —doy un respingo mientras Phoebe se ríe con simpatía—. No puedo creer que ya esté estropeando esto. La única regla de este contrato es no tener sentimientos, ¡y ya la estoy rompiendo a pedazos!

—¿Contrato?

Me congelo. *Que. Me. Jodan*. —Oh, ya sabes, el contrato tácito de los amigos con derecho que celebras cuando aceptas empezar a tener sexo sin ataduras.

Que disimulada, Em. Muy disimulada.

Ella parece aceptarlo. —Bueno, cariño, eres humana. Además, seamos realistas: has superado totalmente el sexo casual. Eso está muy bien cuando tienes veintitantos. Pero perdiste a tu hermana y heredaste tres hijos. La vida te hizo crecer deprisa. Ahora necesitas algo más que sexo. Necesitas conexión. Apoyo. ¿Por qué si no crees que la racha de sequía duró tanto?

Cierro los ojos y hago una mueca de dolor. La verdad duele. La verdad dicha por tu mejor amiga duele el doble a veces. Y Phoebe nunca ha sido de las que se andan con rodeos.

—Supongo que pensé que estaba a salvo de este tipo de cosas. Era... *es*... un maldito bruto. Un imbécil, un *jefidiota*, ¿sabes? No pensé que hubiera alguna posibilidad de que realmente empezara, ya sabes...

—¿Fantasearás con llevar a sus bebés y hornear magdalenas en su cocina mientras estás con el culo desnudo bajo tu delantal estampado de girasoles?

Gimo fuerte.

—Oh, deja de ser tan dura contigo misma —regaña Phoebe—. Es decir, es guapísimo. Ahora que has confirmado que tiene corazón, tiene sentido que te enamores de él.

—¡Hey, hey, hey… *hey*! Nadie dijo nada sobre amor. No es ahí donde estoy. Siento *algo* por Ruslan, pero definitivamente no es amor.

—Creo que la dama protesta demasiado.

Sé que bromea, pero el pánico bulle en mi interior. El amor no es una opción para mí. Y menos con Ruslan Oryolov.

Claro, sentí un poco de algo cuando lo vi con los niños hoy, pero eso es natural. Biológico. Era *apreciación* más que, ya sabes, la palabra con A. Es mi jefe. Y mi amigo con derecho. Eso es todo lo que es.

Tiene que serlo.

RUSLAN

Emma llega puntual, pero parece que apenas durmió esta noche. Tiene bolsas bajo los ojos y su moño, normalmente inmaculado, está suelto y despeinado. Cuando entra con mi agenda del día, sus ojos me miran sin procesar lo que ve.

¿Está cohibida? ¿Avergonzada? ¿Molesta?

¿Y por qué demonios necesito tanto saberlo?

—Buenos días, señor —me entrega la agenda, perfectamente codificada por colores, como de costumbre—. Han llamado los de Santino y me han preguntado si podían aplazar la reunión a la semana que viene. ¿Qué quiere que les diga?

Repaso fechas y horas sin asimilar nada. —Sí. Reprograma.

Ella asiente. —¿Le traigo el café ahora, señor? ¿O lo quiere a las diez, durante su reunión con el departamento financiero?

Por alguna razón, el "señor" me molesta mucho hoy. Estaba bien antes, cuando solo follábamos. Pero ahora estuve en su pequeño apartamento destartalado. Conocí a sus hijos. Me gustan sus niños.

Lo que también nos lleva a preguntarnos: ¿cómo coño ha ocurrido *eso*?

Mi voz es ronca cuando respondo. —En la reunión está bien.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—¿Cómo están los niños?

Sus cejas se alzan al instante. Su mirada se desliza por mi rostro, pero de nuevo se niega a clavarse. —Los niños están... —suspira y, al hacerlo, la máscara se resquebraja lo suficiente como para mostrarme al ser humano debajo—. Fue una noche dura. Rae tuvo una pesadilla y acabó despertando a los otros dos. Cuando por fin conseguí que se durmieran, Caroline estaba despierta por su propia pesadilla.

—¿Y Josh?

Ella duda, sus cejas se levantan aún más. —Josh está... como siempre está Josh. Quiere ser fuerte. Durmió en el suelo de mi habitación toda la noche porque quería protegernos.

Frunzo el ceño. —Tiene ocho años. No debería tener que proteger a nadie.

Emma se muerde el labio inferior. —Ya lo sé. Pero creo que siente el impulso de dar un paso adelante y ser el hombre de la casa porque su padre... —se interrumpe a mitad de la frase, con las mejillas sonrojadas—. Lo siento. No es tu problema.

Quiero recordarle que he sido yo quien preguntó, pero ya se está retirando hacia la puerta. Se gira en el acto, se queda inmóvil y vuelve a mirarme. Antes de que se me ocurra cómo preguntarle lo que realmente quiero saber, interrumpe toda esperanza de seguir hablando. —

¿Quería algo más, Sr. Oryolov?

Claro que sí. Tantas cosas. Quiero saber por qué se calla cada vez que se menciona al parásito de su cuñado. Quiero saber cómo acabó en este lío y qué se siente al haber pasado por lo que ha pasado. Quiero ver, una vez más, qué aspecto tiene cuando se viene.

Y, sobre todo, quiero saber por qué está tan empeñada en ocultarme todo eso. —No. Eso es todo por ahora.

El enrojecimiento de sus mejillas retrocede mientras sale de mi despacho. Aprieto los dientes, me reclino y giro la silla hacia la vista de la ciudad a través de mis ventanas. La pregunta que me hago es: *¿Por qué me importa?*

Ya sé bastante sobre su vida. Entre el vistazo que le di ayer y toda la información que desenterró Kirill para mí, tengo la mayor parte de la historia.

Sin embargo, el hecho de que toda esta información me haya llegado de segunda mano me molesta. Quiero que me lo diga. Quiero que *quiera* decírmelo.

Sí, quiero su cuerpo. Pero hay un roer en mis entrañas que está hambriento de más.

¿Cuándo dejó de ser suficiente el sexo?

Y, si el sexo no es suficiente... ¿qué más quiero?

~

—¿CREES que el propietario nos dirá quién es ese otro comprador?

Frunzo los labios. —Me importa un bledo si lo confirma o no. Es Adrik. Sé que lo es.

A Kirill no parece gustarle esa respuesta. —Tengo los ojos puestos en Adrik desde la noche que apareció en Alcazar. No parece que esté haciendo mucho más que prostituirse por Nueva York.

Las calles siempre están anormalmente tranquilas cuando salimos del caótico embotellamiento del tráfico de Midtown. El trayecto hasta la fábrica es largo, pero mis tácticas de negociación siempre han sido más eficaces en persona.

—O es lo que quiere que creamos —gruño—. Primero aparece en mi club sin invitación. Luego falta un contenedor de sustrato B47. Ahora podríamos perder la planta industrial a manos de otra persona. Todo parece demasiado precipitado para ser una coincidencia.

La planta industrial se alza en el horizonte un cuarto de milla antes de que lleguemos a ella. Es una instalación monstruosamente grande, anillos concéntricos de edificios blancos acristalados y chapa ondulada que funcionan con implacable eficiencia. Kirill pasa junto a la turbina del generador. Podemos oír el enorme motor arrancando mucho después de que lo hayamos pasado.

Rolf Sunderland está de pie frente a la entrada del edificio principal de la planta cuando aparcamos y salimos, justo delante de una hilera de relucientes ventanas con cristales tintados. A su espalda hay dos hombres, uno con traje y otro con bata de laboratorio.

—Sr. Oryolov, estamos encantados de recibirlo en la planta de Sunderland —sonríe ampliamente y extiende las manos—. ¿Le gustaría una visita? El Sr. Hadassy estará encantado de enseñársela. Es el...

—Sr. Sunderland, ¿le parezco el tipo de hombre que tiene tiempo que perder?

Se le cierra la boca. —¿Perdón, señor?

Me acerco. No es un hombre pequeño, pero aún así sobresalgo por encima suyo. Los dos

empleados a su espalda retroceden instintivamente, abandonando a su jefe a lo que yo pueda hacerle. —Mi equipo recibió una llamada esta mañana para informarme de que la venta podría retrasarse unas semanas porque usted estaba reabriendo el proceso de licitación y considerando a otros compradores.

Palidece, borrando el poco color que quedaba en su ya anémicamente pálida tez. —Yo... um, es decir... soy un hombre de negocios, ante todo. Debo considerar otros tratos, Sr…

—¿Y este otro comprador? ¿Dio un nombre?

Los ojos de Sunderland se abren de par en par. — Con el debido respeto, Sr. Oryolov, me temo que no sería ético divulgar ese tipo de información.

Pongo los ojos en blanco y miro a Kirill, que está tumbado a un lado. Él sonríe y se cruje el cuello.

Vuelvo a dirigir mi atención a Sunderland, que parece desear que la dirija a cualquier otra persona que no sea él. —Por suerte, me importa un carajo su nombre; ya conozco esa información, de todos modos. Sí me importa asegurar esta maldita planta de fabricación. Pero, si rechazas la oferta que estoy a punto de hacerte, te aseguro que me iré y construiré mi propia puta planta mientras tú luchas por salvar lo que queda de la montaña de cenizas y escombros que se amontonarán justo donde estás ahora.

Sunderland traga saliva. El trajeado y el técnico de laboratorio retroceden otro par de pasos. Uno choca con la fila de ventanas y casi grita.

—Este es el trato: aceptas venderme ahora mismo y te añado otro veinte por ciento —Sus ojos se abren aún más—. ¿Veinte por ciento?

—Tienes exactamente diez segundos para tomar tu decisión. Empezando justo...

—¡Hecho!

Asiento y miro al trajeado. —¿Supongo que usted es el abogado?

—Sí, señor.

—Prepare el papeleo. Hoy es tan buen día como cualquier otro para firmar.

Sunderland le hace un gesto a su abogado para que haga lo que le dice. Luego se vuelve hacia mí, con una sonrisa vacilante. —¿Por qué no nos acompaña para tomar una copa? Para, ah, conmemorar su nueva compra.

Mis ojos se entrecierran. —No tengo por costumbre beber con hombres que faltan a su palabra, Sr. Sunderland.

Eso le borra la sonrisa de la cara. —Me disculpo, pero...

Doy un paso adelante y las palabras mueren en sus labios. —Si vuelve a ocurrir, nuestro próximo encuentro no será tan agradable.

Lo miro a los ojos cuando lo digo. Sunderland solo asiente, su piel adquiere un tono cetrino enfermizo. —¿Hay algo más que pueda hacer por usted, Sr. Oryolov?

—De hecho, lo hay —le arranco la placa de empleado de la solapa, la dejo caer al suelo y la aplasto en el polvo con el tacón de mi zapato—. Puedes largarte de mi propiedad.

RUSLAN

Cuando vuelvo a la ciudad a tiempo para la reunión de esta noche, estoy a tope de adrenalina. Pero Emma se muerde el labio inferior cuando entramos en el ático. En lugar de parecer excitada o nerviosa por la noche que nos espera, como antes, parece... complaciente. Resignada. Como si solo estuviera aquí para trabajar.

Por otra parte, supongo que, para ella, esto *es* trabajo.

De repente no estoy seguro de cómo me siento al respecto.

Mis manos se aprietan mientras camino hacia la barra. —¿Un trago?

Parpadea. Su cara sigue sin mostrar ningún interés genuino. —No debería.

—¿Por qué no?

Su mandíbula se flexiona y la vena de su frente palpita suavemente. —Mañana es día laboral.

—Te daré un justificativo para tu jefe —digo con sarcasmo mientras sirvo la bebida.

La acepta vacilante, su mirada se desliza hacia las ventanas. Tiene los hombros tensos. Es como si hubiera estado aguantando la respiración durante demasiado tiempo y tuviera miedo de volver a inhalar. Nos quedamos un rato en silencio, pero no parece importar cuántos sorbos da a su bebida: sigue rígida como una tabla.

Un caballero la disculparía esta noche. La enviaría a casa temprano para que duerma bien.

Lástima que yo sea lo más alejado de un caballero.

—Es precioso aquí arriba —observa—. Tan tranquilo.

Le quito el vaso medio vacío de la mano y lo dejo en la mesita de mármol junto al sofá. —No será por mucho tiempo.

Se sonroja. Me recuerda a la primera noche que pasamos juntos. Entonces también era tímida e insegura, se sonrojaba constantemente y apartaba la mirada de mí para concentrarse en las centelleantes luces de la ciudad.

Pero no es timidez lo que la frena. ¿Es incomodidad, tal vez? ¿Inquietud? ¿Incertidumbre? He estado tan concentrado en asegurarme de que no se acerque demasiado a mí que ni siquiera se me había ocurrido que ella pudiera estar preocupada por lo mismo.

Por esta noche, sin embargo, quiero hacer que se olvide de todo. Sus problemas, su cuñado, su hermana muerta. Sobre todo, sus propias inhibiciones. Quiero romper los muros que ha construido a su alrededor hasta que no pueda sentir nada más que placer.

Tengo un plan: le daré tantos orgasmos que olvidará su propio nombre y solo gritará el mío.

Miro por debajo de mi cinturón. Así de fácil, tengo la erección más dura de mi vida.

—Ven aquí —gruño.

Se vuelve hacia mí y desliza suavemente sus pies descalzos por el suelo, a través de la poca

distancia que nos separa. Se detiene a unos centímetros. Demasiado lejos para mi gusto.

—Ven aquí —le repito, haciendo todo lo posible por resistir la sonrisa juguetona que se dibuja en la comisura de mis labios. Incluso en su estado actual, sigue siendo deliciosamente testaruda.

Avanza otro cuarto de paso. Mi mirada se posa en su clavícula y luego en el escote. Hoy lleva una blusa verde jade que le sienta de maravilla a sus ojos azules.

Le acaricio la mandíbula con el dorso de la mano. Luego bajo hasta los botones de su blusa. Aspira y ese delicado rubor rosado se extiende hasta la parte superior de sus pechos.

Le levanto la barbilla con la otra mano para asegurarme de que me mira a los ojos. Quiero toda su atención y voy a conseguirla de una forma u otra.

Empezando por abrirle la blusa.

Los botones se desparraman por el suelo. No es que me importe una mierda. Le compraré una camisa nueva si hace falta, con tal de que me siga mirando como lo hace ahora mientras tiro a un lado su trozo de camisa.

Definitivamente ya no está cansada.

La atraigo aún más hacia mí hasta que no queda espacio entre nosotros. Me encanta cómo jadea cuando la manoseo. Cuando subo mis manos por la curva de su espalda, se estremece y se aprieta contra mí.

Maldita sea, sus labios carnosos son tan tentadores. Prácticamente puedo saborearla mientras abro de un tirón el sujetador y dejo que los tirantes se deslicen por sus brazos hasta caer al suelo.

La volteo y bajo la cremallera de la falda que lleva, y de nuevo siento la tentación de devorar su piel cremosa, empezando por la curva de su cuello. Pero enseguida me distraigo con las otras curvas de su cuerpo. Lleva unas bragas del mismo tono de verde que su blusa. Son modestas, nada escasas, pero, por la razón que sea, son diez veces más sexys que si llevara el tanga de hilo más fino conocido por el hombre.

Estoy tentado de dejárselas puestas. Pero la quiero desnuda. Caliente, desnuda y *mía*.

La rodeo como una bestia enjaulada, intentando averiguar dónde dar el primer mordisco. Tantas opciones.

Ese culo jugoso.

Esos pechos turgentes.

Su coño empapado.

Maldición, sí.

Engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas y se las bajo mientras me arrodillo frente a ella. La sedosa tela se adhiere a su montículo, y es todo lo que puedo hacer para no zambullirme inmediatamente entre esos muslos como un hambriento. Coloco su pierna sobre mi hombro y respiro. *Maldición*.

Cuando deslizo mi lengua por su raja, se estremece y me agarra el pelo con los dedos. —Ruslan...

Su gemido rompe la última cuerda de mi autocontrol. Agarrándola por el culo, acerco su dulce raja a mi boca y empiezo a comérmela. Lamo, chupo y acaricio cada delicioso centímetro entre sus jugosos muslos, ordeñando lo que estoy decidido a que sea el primero de muchos orgasmos esta noche.

Las piernas de Emma ya tiemblan desesperadamente, sus jadeos agitados se convierten en gemidos guturales.

—¡Maldición, Ruslan! —maúlla mientras sus dedos tiran con más fuerza de mi pelo.

No se lo pongo fácil. Le saco el orgasmo a lengüetazos hasta que su cuerpo se desploma sobre mí. Luego, le rodeo las piernas con los brazos y me la subo al hombro, llevándola a la enorme mesa de comedor que creo que nunca usé.

Supongo que estaba esperando una ocasión especial. Esto ciertamente califica. La dejo caer sobre la mesa y sus ojos se abren de sorpresa. —¡Ruslan! Aquí no.

—¿Por qué coño no?

—Porque... porque la gente come aquí.

Adorable. Al final de esta noche, no le importará nada más que intentar caminar.

Dudo que sea capaz de hacer incluso eso.

—¿Estás diciendo que estás en el menú, *kiska*?

Ella se sonroja. —¡No, eso no es lo que yo... *ah!*

La agarro por las piernas y tiro de ella hacia delante para que su espalda se deslice por la mesa. Emma se apoya en los codos mientras libero mi polla y la alineo con su raja.

—¿A menos que tú también tengas hambre? —me burlo de ella mientras froto su clítoris con la punta—. Me encantaría llenarte la boca, la garganta...

Se muerde el labio inferior mientras me burlo de ella, deslizando mi polla contra su humedad, empujando lo justo para darle una muestra de lo que está por venir. Sus pechos tiemblan y sus pezones en punta me hacen salivar de nuevo.

Una nueva idea pasa por mi mente: ponerla en posición para poder juntar esos pechos y follarme la polla entre ellos.

Pero, por mucho que quiera estallar en todo su escote, tengo un objetivo esta noche.

Necesito que se deje llevar. Necesito que se olvide de todo y de todos, excepto de mí.

—R-Ruslan —gime—. Fóllame... oh, Dios... fóllame...

Sonrío. —Ya que lo has pedido tan amablemente...

Se le encienden los ojos y se pasa la lengua por el labio inferior. No aparto la mirada cuando me deslizo dentro de ella hasta la empuñadura.

Está tan jodidamente *mojada*.

Tengo las pelotas a punto de estallar, pero contengo el deseo y me concentro en ella. La agarro por las caderas y empiezo a penetrarla, hipnotizado por el rebote de sus tetas. Incluso cuando empieza a agitarse y a sollozar mi nombre con sílabas entrecortadas y desesperadas, no aflojo. No aflojo el ritmo. No soy blando con ella. Me la follo como un poseso.

Brazos flexionados. Mandíbula apretada. Las caderas se sacuden. El sudor resbala de mi piel a la suya y, con él, mi propio estrés empieza a desaparecer.

Sus palmas golpean contra la fría teca mientras suplica entre gritos. —¡Ruslan, *maldición*...! No puedo... no puedo más... por favor... ¡sí, sí, *SÍ*!

—Tómala —gruño entre empujones—. Tómala, nena.

Me clava las uñas en los antebrazos y me recorren punzadas de dolor cuando me presiona. Es increíble. —Eso es, *Kiska* —gruño—. Córrete por mí... córrete en mi polla... sí, eso es, nena...

Su espalda se arquea, sus pestañas se agitan y su coño se convulsiona alrededor de mi polla. Pequeñas gotas de sudor se forman entre sus pechos. Me inclino hacia ella, enterrado aún hasta los testículos, y se las lamo. Sabe tan bien como huele.

Cítricos y sudor. Y algo más... roble, vainilla especiada. *Mi* aroma.

Me gusta demasiado.

Sigo empalmado cuando la saco. Tiene los ojos cerrados y el pecho le sube y le baja rápidamente. La agarro de nuevo por las piernas y me las engancho a la cintura, haciendo

palanca para bajarla de la mesa. Al instante me abraza y apoya la cabeza en mi hombro, con el cuerpo aún tembloroso por la descarga.

¿Eso me hace sentir fuerte, poderoso, con *maldito* derecho? Absolutamente.

Tenerla a mi merced me hace sentir como el único hombre de verdad que ha existido.

—Ruslan... —susurra. Su voz es inestable y parece que sus piernas también—. No creo que pueda caminar.

—¿Quieres mi ayuda? Tendrás que ganártela.

Tengo el tiempo justo de ver cómo sus ojos parpadean alarmados antes de girarla y apretarla contra uno de los ventanales que dan a la ciudad. Se le pone la piel de gallina mientras tiembla. Y cuando le rozo con una mano posesiva la curva del culo, se pone rígida. —¿V-vas a castigarme otra vez?

Sonrío, añadiendo un apretón al roce. —No, nena. Hoy te has portado bien, así que te has ganado una recompensa.

Ella gime. —No creo que pueda soportar otro orgasmo.

Sacudo la cabeza y le pellizco el hombro. —Por desgracia, eso no depende de ti.

Su cuerpo se arquea tan maravillosamente cuando empujo dentro suyo. La forma en que echa inmediatamente las caderas hacia atrás y levanta el culo, abriendo bien las piernas... Probablemente me queden diez embestidas como mucho, pero aprieto los dientes y me obligo a seguir. La necesidad de correrme está oculta bajo la necesidad de hacer que ella termine primero.

Le paso una mano por el cuello y la atraigo hacia mí. La rodeo con los brazos, agarro sus pechos y me balanceo dentro suyo, haciendo que cada fuerte embestida cuente. Noto cómo la vibración recorre mi cuerpo antes de perderse en el suyo. Es adictivo.

Emma se ha entregado por completo a mí, y su cuerpo se mueve solo donde yo se lo permito. Está a punto de quedarse flácida en mis brazos, y solo se retuerce cuando le acaricio los pezones y deslizo una mano por su vientre para frotarle el clítoris en pequeños círculos.

Le acaricio con la lengua el interior de la oreja y ella inclina la cabeza contra mi hombro. —Maldición, Ruslan —gime desesperada—. ¡No puedo... voy a...!

Y, cuando lo hace, exploto dentro de ella, deleitándome en el triunfo de su cuerpo ordeñándome dentro suyo.

Cuando termina, se derrite contra mí, sus piernas oficialmente flácidas, su cuerpo convertido en masilla. Vuelvo a levantarla y la llevo al sofá.

—Dios —suspira, frotándose las manos contra la tapicería—. No puedo sentir... nada...

Bien.

—Traeré un poco de agua.

Es increíble lo satisfecho que me siento después de mis noches con Emma. No es algo que haya experimentado antes. La puerta giratoria seguía girando y las mujeres literalmente iban y venían. Pero ninguna me impresionaba. Ni siquiera mientras estaba dentro de ellas.

Me detengo en seco cuando me acerco al sofá con dos vasos de agua en la mano.

Emma está despatarrada sobre los cojines, profundamente dormida.

Dejo los vasos y la observo unos instantes.

Debería despertarla.

La despertaré.

Pero tal vez... no de inmediato.

Acabo en el sofá frente a ella, mirando cómo tiemblan sus pechos con cada respiración. Parece tan tranquila que, incluso una hora después, no me atrevo a despertarla. En lugar de eso,

la llevo con ternura a mi habitación y la acomodo en un lado de la cama.

Esta cama ha visto muchas cosas, ninguna de ellas relacionada con el sueño. Al darme cuenta, siento un escalofrío. Pero aún no es suficiente para convencerme de despertarla.

Principalmente porque ese escalofrío no es exactamente malo.

Tomo el sillón junto a la ventana, pero en ningún momento aprecio realmente la vista de la ciudad. Estoy concentrado en la vista de Emma en mi cama.

La observo durante tanto tiempo que mi dilema no se hace evidente hasta mucho después de que haya salido la luna. No es que no quiera despertarla.

No quiero que se vaya.

La forma en que se retorcía sobre mi polla; la forma en que gritaba mi nombre...

Pensé que había hecho lo que me propuse esta noche. Pero viéndola dormida en mi cama, me doy cuenta...

Puede que esta victoria no sea mía en absoluto.

EMMA

Me despierto como si me hubiera tragado una nube.

Me estiro contra las suaves sábanas aterciopeladas y gimo contra la almohada. Puede que esta almohada tenga superpoderes. Y es un buen momento, porque, cuando me pongo de lado, me doy cuenta con una mueca de que me *duele* todo.

¿Mis muslos? Agonía. ¿Mi culo? Como si me hubieran marcado con una picana. Entre mis piernas...

Abro los ojos de golpe. —Dios mío —jadeo, mirando alrededor del enorme y elegante ático de soltero del que debería haber salido hace mucho tiempo—. Dios mío. Dios mío. Dios mío.

Me levanto de la cama tan rápido que tropiezo con mi propio pánico, me desplomo como una silla plegable y acabo con la cara pegada a la alfombra. Por suerte, como todo lo demás en este apartamento, amortigua mi caída con su lujosa felpa.

—¡Mi ropa! —tartamudeo, corriendo desnuda por la habitación como un pollo sin cabeza—. ¿Dónde demonios está mi ropa?

¿Y dónde está Ruslan?

Imagino su voz profunda y grave retumbando en el ático. *Fi, fa, fai, fo, fum, huelo la sangre de una perezosa*. Me avergüenzo de mi propia frase. La culpa es de *Jack y las habichuelas mágicas*. Se lo leí a las niñas hace un par de semanas.

—¡Concéntrate, Emma! —me regaño a mí misma.

Soy muy consciente de que estoy disociando para no centrarme en el aterrador hecho de que estoy despierta en el ático, yo sola, después de romper el contrato y potencialmente arruinarlo todo. Si pierdo un nanosegundo en pensar en ello, me derrito, así que me concentro en el siguiente paso.

Lo primero: vestirse.

Como no encuentro mi ropa por ninguna parte, cojo el mullido albornoz blanco del cuarto de baño y me meto en él. Me escabullo hasta el salón. Me muevo con cautela, aterrorizada de que esté acechando detrás de cada esquina, de cada puerta cerrada, dispuesto a gritarme por haberme quedado más de lo debido.

Pero, honestamente, ¿por qué me dejaría dormir hasta tarde? Diablos, ¿por qué me dejaría dormir?

¿No fue él quien insistió en que había que cumplir el contrato? ¿No era él quien había insistido en la norma de “no quedarse a dormir”? Todo eso me parecía bien. No tengo exactamente tiempo para languidecer en el palacio de mi amigo con beneficios como una

mantenida. Tengo una vida. Un trabajo. *Niños*.

¡Dios mío, los niños!

No parece estar cerca, pero veo mi ropa. Está cuidadosamente doblada en el sofá blanco.

No encuentro la blusa verde que me arrancó, pero veo una pequeña nota blanca encima del montón de ropa, junto a mi teléfono. La letra de Ruslan coincide con su personalidad. Seguro de sí mismo, poderoso y sorprendentemente elegante.

Llega a la oficina al mediodía. Hay vales de café en la mesa de la cocina, si te interesa. Y, ya que rasgué tu blusa, siéntete libre de tomar prestado lo que necesites de mi armario. El chofer te estará esperando afuera cuando estés lista para irte. -Ruslan.

Estoy realmente aturdida. ¿Me da la mañana libre? No silo eso, ¿me da permiso para entrar en su armario y coger una de sus camisas?

He salido oficialmente de la realidad.

Me siento junto a mi pila de ropa y respiro hondo. Luego doblo la carta y cojo mi teléfono. Tengo un montón de mensajes y llamadas de Amelia.

AMELIA: ***Hola, Emma. Solo quería saber si necesitabas que pasara la noche con los niños.***

AMELIA: ***Son las once y ni tú ni Ben están en casa.***

AMELIA: ***Tomaré tu silencio como un sí.***

AMELIA: ***Voy a tener que cobrarte un 10% extra por el aviso de última hora. Espero que esté bien.***

AMELIA: ***De todos modos, buenas noches. :carita-sonriente:***

Gimo, sintiéndome como una completa imbécil. Amelia probablemente piense que soy la peor tutora del mundo. ¿Y quién puede culparla? Puede que tenga razón.

Rápidamente, marco su número. —¡Dios, Amelia, lo siento tanto, tanto, tanto! —suelto tan pronto como contesta—. Fue una noche loca. Estaba trabajando hasta tarde y entonces... —mi jefe, el dios del sexo, me folló hasta dejarme literalmente inconsciente—, acabé durmiéndome en mi escritorio.

—No pasa nada —se ríe sin inmutarse—. Anoche no tenía planes, así que no pasa nada. Ni siquiera te cobraré ese diez por ciento extra.

—No. De ninguna manera. Te pagaré hasta el último centavo de ese extra. Te lo mereces. Siento mucho lo de la terrible comunicación.

—Te quedaste dormida. Suele pasar.

Hago una mueca. Está siendo más amable de lo que merezco. —¿Está Ben por ahí?

Así de fácil, su cortesía desaparece. Nunca hablaría mal de nadie, pero ni siquiera ella puede decir nada bueno de mi cuñado. —No apareció anoche.

Ah. Eso explica su buen humor.

—Uh, vale. Entendido. Qué raro. En realidad, voy a casa ahora. Estaré allí en una hora. ¿Te parece bien quedarte con los niños hasta entonces?

—No hay problema, Emma.

Vuelvo a darle las gracias y cuelgo. Cojo la ropa y me meto en el baño principal. La bañera gigante me llama, pero ya me siento bastante culpable por obligar a Amelia a quedarse toda la noche sin avisar. Así que me conformo con una ducha rápida y me meto en el vestidor de Ruslan, que es el doble de grande que mi dormitorio.

Hombre, huele bien aquí.

Cuando empiezo a acercarme cada camisa a la nariz, respirando ese aroma profundo y a

roble, empiezo a sentir vibras de loca acosadora... de mí misma.

¡Sal ahora, Emma!

Rápidamente, elijo una sencilla camisa blanca abotonada. Es como cuatro tallas más grande, pero después de arremangar los puños y meter por dentro la parte delantera, queda un poco chic. Paso un minuto más de lo necesario frente al espejo de pared, intentando evitar todos los pensamientos juveniles que me rondan por la cabeza sobre el hecho de llevar puesta la camisa de Ruslan Oryolov cuando voy a hacer el paseo de la vergüenza más bochornoso del mundo.

Cuando me deslizo en el asiento trasero del todoterreno tintado aparcado delante, mis piernas chocan con una gran bolsa de cuero con una nota escrita en un trozo de cartulina clavada en el asa.

—¿Eh, Boris? —le pregunto al conductor, que se había presentado con un gruñido monótono y acentuado cuando salí del ático—. ¿Sabes qué es esto?

Boris me mira por encima del hombro. —Jefe decirme que lo diera a ti.

Frunzo el ceño, abro la cremallera y miro dentro. Hay tres cajas de zapatos nuevas mirándome fijamente, cada una marcada con un nombre en la parte delantera.

Josh.

Caroline.

Reagan.

¿Podría ser...?

Abro primero el paquete de Josh y encuentro el par más increíble de zapatillas de baloncesto verdes y negras. Las zapatillas de cuero de Caroline son rosas y plateadas. Las de Reagan son de lentejuelas y multicolores. Y todas las tallas son perfectas.

Tengo mil millones de preguntas que me gustaría hacer, empezando por *¿cómo lo supo?*

Pero estoy demasiado estupefacta para preguntar, y no creo que Boris vaya a darme más detalles. Paso la mayor parte del trayecto de vuelta a casa mirando los zapatos. La aguafiestas deprimente que hay en mí no deja de preguntarse cómo le explicaré a Ben unas compras tan caras.

Pero la optimista que hay en mí, la estúpida, ingenua y siempre esperanzada optimista, no puede dejar de sonreír lo suficiente como para preocuparse.

EMMA

Me siento ridículamente descansada mientras camino con la mezcla especial de café artesanal en la mano hacia el despacho de Ruslan.

Hoy tuve la tentación de ponerme su camiseta para ir a trabajar. La combinación de camiseta extragrande y falda lápiz me encantó. Bueno, eso, y el hecho de que era muy excitante imaginarme a mí misma paseando por Bane envuelta en la camisa abotonada con olor a roble de Ruslan.

Me sentí... no sé. Como si transmitiera lo obvio. Como si alardeara. Al final, decidí no tentar a la suerte.

Ruslan no levanta la vista de sus papeles hasta que dejo el café delante suyo. Cuando me mira, su expresión es impasible y me desconcierta.

Anoche rompimos una de sus reglas. Una grande, en mi opinión. ¿Se supone que debemos fingir que nunca sucedió? ¿Se supone que debo salir de la habitación sin abordar el elefante gigante en el centro?

—Usé el vale de café que me dejaste.

Dios, sueno torpe.

Alza una ceja y asiente. Sigo haciendo girar uno de mis tacones beige contra el suelo laminado oscuro. Si sigue con este silencio lacerante, acabará arañándome. Una prueba de que soy tan cobarde que duele.

—Yo solo... sé que te incomoda la gratitud, pero tengo que darte las gracias. No puedo recordar la última vez que dormí tan bien. O tanto tiempo.

Se aclara la garganta. —Ni lo menciones.

Sé que no está siendo educado. Lo dice literalmente. *No lo menciones.*

—Y en cuanto a los zapatos de los niños... no tienes ni idea de lo mucho que significa para mí. O cuánto significará para ellos.

—Son buenos chicos —dice bruscamente—. Se merecen un par de zapatos decentes.

—Te los reembolsaré.

Sus ojos se clavan en los míos. —No te atrevas. Son regalos.

—Pero...

—Son regalos, Srta. Carson. Fin de la discusión.

Se me cierra la boca. Tengo una extraña sensación punzante en el centro del corazón, que no me gusta nada.

¿Por qué? ¿*Por qué* tiene que ponerse inhumano conmigo ahora?

—Si insistes —concedo—. De todos modos, sí, van ponerse como locos. Casi tan contentos

como yo por poder dormir decentemente.

Le dedico una sonrisa cohibida que él no me devuelve. *Vaya, parece que mi tiempo aquí terminó.* Estoy a punto de girarme hacia la puerta cuando habla. —Me alegro de que hayas dormido. Últimamente estás que echas humo.

No sé si es una reprimenda o una ofrenda de paz, pero no parece ni enfadado ni molesto. Tampoco tiene su característico entrecejo.

—¿Tan obvio es? —vuelve a arquear la ceja y suelto una risita avergonzada—. Lo siento. Es que no es tan fácil compaginarlo todo, todo el tiempo. Tengo ayuda. Amelia es un regalo del cielo, pero últimamente se está poniendo inquieta y sé que, en algún momento, no importa cuánto más acepte pagarle; querrá marcharse.

No tengo ni idea de por qué le estoy contando todo esto. Tal vez es el hecho de que, por una vez, él realmente escucha.

Cruza las manos delante de él. —¿Por qué crees que se está poniendo inquieta?

La respuesta es fácil y obvia. —Ben —empiezo a clavar el tacón en el suelo otra vez—. Ya es bastante duro tratar con tres niños confundidos y tristes. Añade un borracho perezoso y egoísta a la mezcla, y el trabajo se vuelve diez veces más duro.

—¿Contribuye en algo?

Espera... ¿estamos teniendo una conversación de verdad?

—Se tomó muy mal la muerte de mi hermana.

—¿Eso es un no?

Suspiro. —No. No contribuye en absoluto.

Ahí está: el ceño fruncido de Oryolov. Pero, por una vez, no está dirigido a mí. Por lo menos, estoy bastante segura de que no. Pero por si me equivoco, decido dejarlo hasta aquí mientras estoy en racha, y abandonar las premisas.

—De todos modos, afinaré la lista de invitados para el cóctel de la próxima semana…

—Emma.

No tengo ni idea de por qué se me pone la piel de gallina en los brazos. Posiblemente sea porque acaba de equivocarse y usó mi nombre de pila. Siempre soy “Srta. Carson” y, por frío que suene, al menos es seguro. ¿Pero “Emma”? *Oh, Dios*. Eso es peligroso.

—¿Sí? —chillo.

—70-33-40.

—¿Perdón?

—Ese es el código de acceso a mi ático. Puedes usarlo cuando lo necesites.

Lo miro con la boca abierta. Lo que está diciendo no es computacional. —¿Tu... ático?

Asiente. —Tienes acceso las veinticuatro horas del día. Quiero asegurarme de que tienes un lugar a donde ir si alguna vez necesitas alejarte de tu cuñado apestoso, o de cualquier otro reportero baboso que pueda cruzarse en tu camino. Los niños también son bienvenidos, obviamente. Puedes cambiar el código de acceso una vez dentro, para mayor privacidad y protección.

A estas alturas, siento que los ojos se me saldrán de las órbitas. Me pellizco sutilmente el interior del codo para asegurarme de que estoy despierta. Me duele.

Sí, esto es real.

—Pero entonces tú te quedarás fuera.

Se encoge de hombros. —Si eso es lo que hace falta para que tú y los niños se sientan seguros, me parece bien.

Con pellizco o sin él, definitivamente estoy alucinando. Eso es lo que está pasando aquí. Nada más tiene sentido.

—Yo... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo acepta lo que te ofrezco.

Pero eso es. Lo que me ofrece es mucho más que un gesto. Es seguridad. Seguridad. Tranquilidad.

Y estoy bastante segura de que es una violación atroz de nuestro contrato.

Por eso, cuando doy un paso hacia él, no me siento tan loca. El corazón me late tan fuerte que las vibraciones me recorren las manos y me hacen temblar los dedos.

Rodeo su mesa y me detengo junto a sus rodillas. Me mira y me doy cuenta de que tengo dos segundos para echarme atrás o seguir adelante.

—Quiero demostrarle lo agradecida que estoy, *señor* —susurro, temblando mientras me arrodillo ante él.

Su expresión sigue siendo intimidantemente distante, pero noto cómo sus manos se tensan en torno al borde de los reposabrazos.

—Emma...

Llevo la mano a la parte delantera de sus pantalones, pero solo consigo desabrochar la hebilla antes de que sus manos caigan sobre las mías. Estoy entre el pánico y el deseo. Estoy nerviosa de la cintura para arriba y chorreando de la cintura para abajo.

—¿Sí, Sr. Oryolov? —pregunto inocentemente.

Esos ojos ámbar me abrasan la cara, pero me niego a bajar la mirada. Si quiere rechazarme, lo aceptaré como una mujer adulta, con algo de dignidad.

Su mandíbula se aprieta y sus dedos se tensan sobre los míos. —No es una buena idea.

Mi decepción se ve amortiguada por la certeza de que no le resulta fácil rechazarme. El bulto que asoma por la entrepierna de sus pantalones lo hace evidente.

Por muy generoso que esté siendo conmigo, no se lo pondré fácil. —¿Debería irme entonces?

Sus ojos recorren mi cara y bajan hasta mi escote. —Deberías *huir*, maldición —sisea.

Asiento, dispuesta a volver a ponerme en pie, pero su mano me agarra la muñeca justo antes de que me levante. Vuelvo a caer de rodillas y me quedo inmóvil, esperando a que decida qué quiere.

Tiene la mandíbula apretada. Igual que el resto de su cuerpo. —Pequeña sucia *kiska*.

No puedo evitar sonreír con timidez. La luz que entra por las ventanas me permite ver cómo se le dilatan las pupilas por la lujuria.

—Adelante, entonces. Muéstrame lo agradecida que estás.

Me muerdo el labio inferior satisfecha, desabrocho sus pantalones y le suelto la polla. Está tan dura que ya tiene la punta untada con un poco de semen. El plan es ir despacio, pero, en cuanto lo pruebo, lo olvido por completo. Me la meto en la boca, pasándole la lengua mientras mi mano masajea su miembro.

Sus dedos me aprietan con fuerza el antebrazo. —Por el amor de Dios, *kiska* —gruñe—. Sé que tienes hambre de mi polla, pero tendrás que ir despacio.

Levanto la cabeza y le sostengo la mirada un momento. Pero no dejo de apretar su grueso pene.

—Más suave —me dice en voz baja. Su voz es mucho menos ronca, mucho más sedosa. Obedezco encantada, me lo vuelvo a meter en la boca y saboreo cómo palpita a lo largo de mi lengua—. Sí, así... *Maldición*...

Sus ojos se cierran y se reclina contra el sillón de cuero negro. —Ahora, desliza la lengua desde el fondo hasta la punta.

Inclino de nuevo la cabeza hacia abajo y obedezco. Empiezo en su base, acariciando el peso de sus huevos en mi mejilla, y aplico más presión con la lengua mientras me deslizo hacia arriba, hacia su cabeza.

—*Maldición*. Sí. Justo así.

Repito el movimiento unas cuantas veces, añadiendo una suave succión sobre ese punto dulce que le hace sisear un profundo jadeo.

—Qué buena asistente eres. Tan jodidamente obediente. ¿Seguirás siendo obediente por mí?

—Sí —digo con voz ronca.

—Buena chica. Ahora, chúpamela. Muéstrame lo hambrienta que estás.

Pensé que nunca me lo pediría. Lo chupo con desesperación, mi boca se acostumbra a su tamaño hasta que tengo la confianza suficiente para meterlo más adentro.

En algún momento, su mano me toca la nuca. Se me saltan las lágrimas cuando presiona suavemente. Aunque podría apretar más si quisiera. Se lo permitiría. Demonios, incluso podría suplicárselo. Estoy así de desesperada porque me llene la garganta, porque me posea de todas las formas posibles.

—Eres tan buena chica —canturrea—. Eres tan jodidamente hermosa cuando tomas todo de mí.

Sorbo y trago, negándome a ceder incluso cuando creo que estoy llegando al límite de mi capacidad. Noto cómo sus piernas tiemblan a ambos lados de mí mientras crece aún más en mi lengua y sé que está cerca. Lo meto más profundamente en mi boca y, justo cuando siento que estoy a punto de atragantarme con lo enorme que es, se sacude violentamente.

Una o dos veces tiene espasmos y me llena la garganta con su semen. Trago tan rápido como puedo, pero sigue saliendo.

Finalmente, no queda nada. Se retira y yo jadeo, cayendo de espaldas contra el frío suelo mientras intento recuperar el aliento. Ruslan también jadea y siento una oleada de orgullo en el pecho al verlo desplomado en su silla.

Acaba de correrse en mi boca.

Es el primer hombre que ha tenido ese privilegio.

Y aunque sé que es un flagrante incumplimiento de la cláusula "*No te atrevas a enamorarte*" de nuestro contrato...

No me gustaría que fuera de otra manera.

RUSLAN

El tren se ha descarrilado oficialmente.

La mamada ardiente de la semana pasada en mi oficina lo llevó al borde de los raíles.

¿Y ahora, siete días después?

Somos un puto desastre.

Para empezar, no puedo dejar de follármela en el trabajo. Su mera presencia es una gran provocación. Cada vez que entro en la oficina y la encuentro sentada en su escritorio como una buena e inocente empleadita, siento mis pelotas a punto de estallar.

Sigo cerrando la puerta a su sonrisa coqueta, intentando resistirme a llamarla a mi despacho por razones que no tienen nada que ver con el horario de mis reuniones o con cuándo quiero que me traigan el café de la tarde.

Pero, día tras día, pierdo la batalla. No importa si invento una mentira para arrastrarla o no, todo acaba igual: con Emma extendida sobre mi escritorio o contra la pared o inclinada sobre la silla mientras le follo los sesos.

Y, como ya hemos establecido que es una gritona, me toca a mí mantenerla callada. Hasta ahora he experimentado con ponerle una mano sobre los labios, enterrarme en su boca o meterle las bragas mientras le agarro el pelo con el puño y le doblo tanto la espalda que me pregunto si algún día se le romperá la columna vertebral. Ninguna de las técnicas es especialmente eficaz. Tendré que seguir explorando.

Cada vez que entra en mi despacho con esa sonrisita pícara en la cara, siento que es un reto. Es como si me preguntara: *¿Qué asquerosidad me vas a hacer ahora?*

Quizá por eso subí la apuesta convocándola a una reunión con la junta directiva la semana pasada, solo para poder meterle el dedo en el coño por debajo de la mesa mientras Henrich Stenson zumbaba sobre informes anuales de ventas y beneficios netos.

Se retorció tanto y se puso tan roja que Henrich hizo una pausa en medio de su discurso para preguntarle si se encontraba bien. Ella balbuceó una disculpa, murmuró algo sobre una migraña y se marchó. Ese mismo día la encerré en mi despacho y la castigué por marcharse sin mi permiso. Tuvo tres orgasmos, uno de ellos en mi cara, antes de suplicarme que parara.

Basta decir que este no era el plan.

Todas las noches me acuesto con la determinación de no ceder al día siguiente. Y cada mañana me despierto con una erección furiosa y la necesidad adictiva de volver a verla, volver a sentirla, volver a follármela. Hay algo en el sexo en la oficina: su carácter ilícito, el hecho de saber que estamos rompiendo todas las reglas, incluso las que nos imponemos a nosotros

mismos.

Toda una vida de estricta disciplina se desmorona en cuanto pienso en Emma Carson.

Un ejemplo: la gala benéfica Olsen-Ferber. Emma y yo solíamos repasar los últimos detalles de cualquier evento en la oficina durante una cita programada. Pero hoy nos paramos frente a Jean-Georges para discutir los detalles durante un almuerzo de cuatro platos.

Nos llevan a nuestra mesa con vistas a Columbus Circle. Mientras Emma admira las vistas, yo la admiro a ella. Tengo que morderme la lengua con tanta fuerza que me sale sangre mientras resisto el impulso de pasarle la mano por el interior del muslo en público.

A su favor hay que decir que siempre intenta mantener un cierto nivel de profesionalidad. Como ahora, cuando saca su carpeta de marfil y un bolígrafo a juego. Es muy profesional y me mantiene centrado en el tema que nos ocupa... en su mayor parte. Pasamos veinte minutos repasando cuestiones logísticas y de seguridad antes de que me acerque y cierre la carpeta.

—Es suficiente por ahora.

Ella no discute. Sus mejillas adquieren un delicado tono bermellón. —¿Qué le gustaría discutir ahora, señor?

La pequeña descarada. Sabe lo que hace. Lo que me hace. Se le nota en la ligera aspereza de su voz, incluso cuando sus palabras son inocentes en apariencia. Mi mano se posa en su rodilla bajo la mesa, y su tímida sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. —¿Nos graduamos en exhibicionismo?

Levanto una ceja e igualo su sonrisa. —¿Te estás quejando?

—Ni se me ocurriría —da un sorbo a su agua—. Solo preguntaba.

La verdad es que, por muy tentador que sea meterle el dedo por debajo de la mesa, me asalta la extraña idea de que lo que quiero ahora mismo es simplemente hablar con ella.

—¿Cómo están los niños?

Me hace una sutil mueca, que considero ligeramente ofensiva. ¿Es tan sorprendente que me importen tanto como para preguntar?

—Están bien —levanto una ceja y ella suspira—. En la mayor parte. Es increíble la cantidad de cosas que necesitan los niños. Caroline quiere hacer ballet, lo que significa que necesitará leotardos, zapatillas, todo tipo de cosas. Josh quiere probar baloncesto, pero eso tampoco es barato.

Frunzo el ceño. —Pensé que ahora tendrías algo más de dinero ahorrado —no quiero citar directamente nuestro acuerdo, pero es más que obvio lo que quiero decir.

—Yo también —admite—. Lo que pasa es que... —ahora se retuerce, sus ojos pasan de la vista a la mesa y viceversa. Le aprieto la rodilla hasta que se detiene—. Debo tener cuidado con lo que compro y cómo me gasto el dinero. Si Ben se da cuenta de que gano más, empezará a pedirme más.

—"No" es una opción, Emma.

Ahora evita mi mirada. —No es tan fácil.

—¿No tiene trabajo? —siento que la presión en mis sienes empieza a subir, como siempre que nos tropezamos con una conversación sobre esta maldita sanguijuela.

—Solía trabajar en un bar cerca de Madison Square Park, en realidad. Era uno de los mejores. Con un cargo en gestión y todo. Pero desde el accidente... —se le humedecen los ojos en cuanto saca el tema—. Es como si hubiera renunciado a la vida.

—¿Fue entonces cuando empezó la bebida?

—Más o menos. Quiero decir, siempre fue un bebedor, pero era sobre todo social. Se tomó un

tiempo libre después del funeral. Unos tres meses, en realidad. Cuando volvió, solo duró un par de semanas antes de que lo despidieran.

—¿Y después de eso?

Su ceño se frunce y sus ojos se vuelven brumosos y distantes. —Básicamente se convirtió en un florero del apartamento. Si se va, es para emborracharse o drogarse —se queda mirando por la ventana cuando se hace el silencio—. Sé lo que estás pensando.

Me reclino en la silla. —¿Sí?

—Te preguntarás por qué lo soporto, ¿verdad? —limpia distraídamente la condensación de su vaso de agua—. Es porque sé lo que se siente perder a Sienna. Lo destructiva que es esa clase de pérdida. ¿Cómo puedo culparlo por ser destruido por ella cuando casi me destruyó a mí?

—Pero no fue así —sus ojos vuelan hacia los míos y niego lentamente con la cabeza—. No te destruyó. Te hizo más fuerte.

—Tengo que ser fuerte. Por los niños.

—Ese es *su* trabajo.

Frunce el ceño. —También es *mi* trabajo. Era mi hermana. Y ella... —su voz se quiebra en mitad de la frase. El sollozo está ahí, muriéndose por salir. Pero se lo traga y respira profundamente—. Ella era mi mundo. Durante la mayor parte de nuestras vidas, fue mi otra mitad. ¿Cómo no iba a cuidar de sus hijos?

Hay más detrás de esas lágrimas veladas, pero su mandíbula está firme y estoy bastante seguro de que ha terminado de hablar de su hermana.

No puedo culparla. Ha pasado más de una puta década y todavía no me atrevo a hablar del accidente que cambió mi vida y de las personas que perdí aquel día.

Empiezo a darme cuenta de que tengo más en común con mi secretaria que una oficina y un deseo sexual. No estoy seguro de cómo debería sentirme al respecto.

Una voz irrumpe. —¡¿*Emma*?!

Los ojos de Emma se desorbitan de horror cuando se gira para ver quién habló. —Que me jodan —murmura en voz baja. Luego, levanta el tono con un falso entusiasmo que hace juego con su falsa sonrisa—. ¡Mamá! ¡Papá!

¿Sus padres?

Interesante.

La pareja mayor se dirige directamente a nuestra mesa. Ambos van vestidos de punta en blanco, lo cual no es de extrañar; *Jean-Georges* tiene un estricto código de vestimenta para sus comensales. Pero está claro que también tienen buen gusto. De las orejas de mamá cuelgan diamantes en forma de lágrima y en su brazo veo un reluciente bolso Birkin nuevo. Papá no deja de ajustarse y reajustarse los puños, por si alguien no ha visto el reloj Patek Philippe que brilla en su muñeca.

La mamá me mira fijamente y se dirige a Emma. —¿Qué estás haciendo aquí, cariño?

Hay un temblor en la voz de Emma cuando habla que no estaba allí hace un momento. —Solo una comida de negocios —casi tira el agua cuando se levanta. La quito de en medio antes de que convierta la mesa en una zona de salpicaduras—. Mamá, papá, este es mi jefe, Ruslan Oryolov. Rus-uh, Sr. Oryolov, estos son mis padres, Barrett y Beatrice.

—Encantada de conocerte, Ruslan —murmura Beatrice, pestañeándome.

Emma se encoge de hombros. —El Sr. Oryolov y yo vinimos a repasar los detalles de última hora para una gala benéfica que tendrá lugar la semana que viene.

—Ah, Beatrice y yo apoyamos a muchas organizaciones benéficas —me dice Barrett en tono

autocomplaciente—. ¿Cuál es esta?

—Olsen-Ferber.

Barrett me hace un gesto de aprobación. —Ah, sí, por supuesto. Maravillosa obra de caridad. Beatrice y yo hemos hecho muchas contribuciones a lo largo de los años.

Apostaría un testículo a que no tiene ni idea de a qué se dedica la organización benéfica, pero no voy a hacer que Emma se sienta más incómoda de lo que ya está. Irradia miseria.

—De todos modos, deberíamos...

—¿Cómo están mis nietos? —Beatrice corta a Emma—. No los trajiste el fin de semana pasado como te pedí. Tenía huevos endiablados hechos especialmente para Jake.

La sonrisa falsa de Emma se cuaja. —¿Quién es Jake?

La sonrisa de Beatrice también vacila. —¿De verdad, Emma? —sus ojos me miran cohibidos —. No hay razón para ser tan grosera.

—Me sorprendió un segundo porque, la última vez que lo comprobé, *tu nieto* se llamaba *Josh.*

Barrett se aclara la garganta. —Por el amor de Dios, Emma. Tu madre cometió un error. No hay razón para ponerse tan a la defensiva al respecto.

La vena de Emma prácticamente le sale de la frente. Es la más prominente que he visto nunca. ¿Quién iba a saber que había otras dos personas que la molestaban más que yo?

Mira fijamente a su madre. —Y no sé en quién piensas, pero a *Josh* nunca le gustaron los huevos endiablados.

Las gruesas cejas plateadas de Barrett se entrelazan. —Hoy estás de muy buen humor, jovencita.

Me aclaro la garganta. Eso es todo lo que estoy dispuesto a aguantar.

Miro entre Beatrice y Barrett. —Emma tiene mucho que hacer y poca ayuda —mi voz es fría mientras les dirijo la misma mirada venenosa que ofrezco a cualquier idiota que se atreva a pavonearse en mi despacho con ego. Y, como se trata de una comida de negocios, eso convierte este espacio en mi despacho—. Estoy seguro de que, como abuelos cariñosos que son, lo entienden perfectamente. Ahora, si no les importa, tenemos más trabajo que hacer antes de tener que volver a la oficina.

Emma gira en mi dirección. Parece tan estupefacta como sus padres. Vuelvo a sentarme y cojo mi copa de vino.

—¡Ejem! —Barrett pone la mano en el hombro de su esposa—. Ven, Beatrice. Si nos disculpan...

Se marchan furiosos hacia el otro extremo del restaurante mientras Emma se queda de pie, mirándolos boquiabierta.

—Te costará comer de pie —le digo.

Su mirada se desvía lentamente hacia mí. —No puedo creer que... *los descartaras.* Acabas de descartar a mis padres —se deja caer en su asiento. Intento averiguar si está enfadada o no, cuando de repente sonríe de puro asombro—. Nadie había hecho eso antes.

Me encojo de hombros, disfrutando demasiado del asombro en sus ojos. —No es mi primera vez.

Ella resopla. —Lo sé. He estado en el extremo receptor del infame despido de Oryolov. Lo conozco bien —respira hondo y se echa hacia atrás, aún negando con la cabeza—. De toda la gente con la que toparse aquí...

Barrett y Beatrice ya no están a la vista, pero Emma no se ha relajado del todo. La suave vena

palpitante de su frente es prueba de ello.

—Así que vienes de dinero —la veo retorcerse un poco en su asiento, pero de ninguna manera pasaremos por alto esa bomba.

Pone los ojos en blanco. —No he cogido un céntimo de mis padres desde que me gradué en el instituto. Y tampoco pienso empezar ahora.

—¿Y los niños?

La vena palpita un poco más fuerte. —No pensaba más que en los niños cuando rechacé la oferta de ayuda de mis padres. Beatrice y Barrett vienen con condiciones. Siempre lo hacen.

Quiero que me cuente más, pero coge su menú y se enfrasca en él.

Y, durante el resto del almuerzo, esa vena no desaparece.

EMMA

Casi atropello a una anciana en mi apuro por llegar a Bane. A estas alturas ya da igual; llevo una hora de retraso. Miro el reloj abollado de mi muñeca y me estremezco.

Tacha eso: una hora y diecisiete minutos tarde.

—¡Lo siento! —le grito a la anciana, que estoy segura de que me mira de reojo mientras corro hacia el rascacielos plateado.

Cuando paso el control de seguridad y llego a los ascensores, ya estoy sudando a través de mi blusa azul claro. Porque, por supuesto, hoy *tenía* que llevar seda. Otra gran decisión.

Estoy en racha.

Y como hoy no tengo un respiro, el ascensor hace once lentas paradas antes de llegar por fin a mi planta. —¡Perdone! —jadeo, salgo a empujones del ascensor y corro por el pasillo hacia mi mesa.

¿Quizá no se dé cuenta?

Ja. Sí, claro.

No he llegado a mi mesa ni tres segundos antes de que se abran las puertas del despacho de Ruslan. Está en el umbral, con la mirada fija en mí.

—Srta. Carson —suena enojado—. A mi oficina. Ahora.

Deja la puerta abierta y desaparece. Mientras lo sigo dentro y cierro la puerta, en mi cabeza suena una y otra vez *mierda, mierda, mierda, mierda, mierda*.

Empiezo a hablar antes de llegar a su mesa. —Lo siento *mucho*. Sé que lo dije antes, pero esto *no volverá* a pasar y...

Levanta una mano y me quedo callada ante esa palma tan grande, tan intimidante, tan callosa, tan, tan capaz.

—¿Hubo algún tipo de emergencia?

—Um... no. No exactamente.

—¿Un accidente?

—No.

—¿Estás herida de alguna manera?

—No.

Este pequeño interrogatorio no ayuda a que mis glándulas sudoríparas se calmen.

—¿Y los niños?

—Seguros y en la escuela.

Asiente. —Entonces, me gustaría que me explicara por qué llega una hora y veintisiete minutos tarde.

Respiro hondo y sigo adelante. —Anoche pensé que había puesto el móvil en el cargador, pero el enchufe se cayó porque el trasto de la pared se ha soltado. Así que se me apagó mientras dormía y mi alarma no sonó. Cuando Josh me despertó, Ben ya se había ido, así que tuve que llevar primero a los niños al colegio, lo que me hizo perder el tren. Así que cogí el segundo tren a la ciudad, que se retrasó siete minutos por "dificultades técnicas", porque claro que las había —soy consciente de que estoy parloteando, pero no puedo contenerme—. Y luego casi atropello a una anciana mientras corría hacia el edificio. Y por supuesto, había como cien personas en el ascensor de camino aquí arriba. ¿Sabes lo lento que es ese ascensor? ¿Puede alguien investigar eso? ¿Y por qué está siempre tan lleno? Uno pensaría que un edificio con tantos ascensores no tendría problemas de aglomeración, pero bueno... —levanto la vista y noto que levanta la ceja—. Um... y aquí estoy.

Cuando termino, estoy sin aliento. Y ahora, definitivamente estoy sudando mi camisa.

Ruslan se queda callado, mirándome fijamente con esa expresión suya tan inescrutable.

—Realmente lo siento, Sr. Oryolov. Le prometo que no...

—Siéntate.

No me deja mucho margen para negarme. Me siento en una silla y espero a que me despida.

Pero, en lugar de mandarme a RR.HH. por mi carta de despido, Ruslan se limita a cruzar la oficina en dirección a la puerta por la que entré.

Mi rodilla empieza a saltar mientras miro sin ver el panorama que tengo delante. Me despedirá. O peor aún, me inclinará sobre la mesa, me hará olvidar que llegué tarde y luego me despedirá para que la carta de despido sea aún más triste.

¿Realmente haría eso? ¿Después de todo lo que pasamos?

Por supuesto, "todo lo que pasamos" en este caso solo significa mucho sexo. Una cantidad insana de sexo, si soy honesta. Algo que puede no ser tan significativo para él como lo ha sido para mí.

Te lo mereces por enamorarte, tonta.

—Idiota —murmuro para mis adentros—. Completa jodida idiota.

Me quedo paralizada en cuanto oigo las puntas de sus zapatos sobre el suelo laminado. Su sombra cae sobre mí y me invade el temor real de estar a punto de perder mis ingresos.

Por favor, Dios, no.

—Toma.

Miro fijamente el vaso de agua que me ofrece. —¿Agua?

—Es para beber. O para echarte encima, lo que necesites más. No me quejo si escoges cualquiera de las dos opciones.

Acepto el vaso con mano temblorosa. Acabo tragándomelo casi todo. Por lo visto, correr una maratón con tacones y luego entrar en un pánico frenético puede deshidratar mucho a una chica. —Gracias.

Me quita el vaso de las manos cuando termino y arrastra la silla contigua a la mía hacia delante para que quede justo delante de mí. Se sienta y saca una toalla de quién sabe dónde.

Justo cuando creo que va a ofrecérmela, alarga la mano para frotarme suavemente la cara. Me estremezco en cuanto me toca. Ni siquiera me está tocando directamente, la toallita está firmemente entre nosotros. Sin embargo, la sensación es tan íntima que se me escapa un pequeño jadeo.

Debe oírlo, porque se paraliza, suelta la mano y me da la toalla en su lugar. —Estás sudando.

Algunas mariposas de mi estómago se vuelven locas. —Cierto. Gracias.

Él asiente mientras yo intento ocultar mi vergüenza con el paño húmedo. Me lo paso dos veces por la cara antes de sentirme lo bastante valiente como para bajar el brazo y asomarme de nuevo.

—Realmente lo siento...

—Emma.

Su voz es firme, pero sorprendentemente suave.

Dios, ¿está siendo tan amable porque intenta amortiguar el golpe? ¿Es este el final?

—No tienes que disculparte.

¿Porque estoy despedida?

—Has sido una empleada estelar durante mucho tiempo. Se te permite llegar tarde al trabajo de vez en cuando.

Me quedo con la boca abierta. —Soy... ¿qué?

Sonríe de verdad. Y por "sonreír" me refiero a que una comisura de sus labios se levanta y sus ojos se arrugan.

—Tienes muchas cosas que hacer. Es lógico que llegues tarde de vez en cuando. Dicho esto, una segunda alarma no estaría mal.

Sé que me estoy quedando boquiabierta, pero no puedo evitarlo. Esta reacción es tan diferente de lo que esperaba.

Sonrío, cohibida. —Gracias. Lo tendré en cuenta.

Hace un gesto hacia la puerta. —El trabajo espera.

Es una despedida más brusca de lo que esperaba, sobre todo teniendo en cuenta los últimos minutos de tensión visceral, pero me levanto y me voy igualmente. Tiene razón: tenemos todo el día por delante y tengo que ponerme al día pronto.

Paso el resto de la mañana sentada detrás de mi escritorio haciendo exactamente eso. Ruslan no me llama a su despacho ni una sola vez. Ni para trabajar ni para… *hacer otras cosas*. Cuando necesita que haga algo, me envía un mensaje o utiliza el interfono.

El alivio que sentí cuando estaba en su despacho disminuye lentamente a lo largo del resto de la tarde y el pánico ciego empieza a invadirme de nuevo. Quizá no estaba tan de acuerdo con mi retraso o mi vida caótica como parecía. Quizá no le interese ser tan comprensivo todo el tiempo.

¿Y si despedirme aún no está descartado? ¿Y si pierdo este trabajo y todos los beneficios? ¿Los ingresos? Sería un golpe devastador perder todo ese dinero.

¿A quién quiero engañar? También sería un golpe devastador perder todo ese sexo.

Pero, cuando a la tarde reviso la página de mi banco personal en el portátil, me doy cuenta de que mis ahorros pasaron de ser inexistentes a bastante considerables en cuestión de semanas. Las pagas semanales de Ruslan fueron llegando y aumentando de forma constante. Incluso si perdiera este trabajo, podría arreglármelas durante un tiempo.

Estaría bien.

Los niños estarían bien.

Exhalo lentamente. Llevo tanto tiempo ahogándome que olvidé lo que se siente respirar.

Ahora, gracias a Ruslan, puedo hacerlo.

EMMA

RUSLAN: ***Esté en mi oficina en cinco minutos, Srta. Carson.***

Es la primera vez que me llama en todo el día desde mi pequeña crisis nerviosa de esta mañana en su despacho. Me pongo en pie y me aliso la falda.

—Tranquila, Emma —me digo en voz baja—. Tranquila.

—¿Sr. Oryolov? —digo cuando entro—. ¿Me llamaba?

Saca un pequeño aparato negro de un cajón de su escritorio y me lo lanza. Por suerte tengo grandes reflejos, adquiridos cuando era pequeña y correteaba por la casa. Lo cojo con una mano y le echo un vistazo.

Mi mirada se clava en la suya. —Esto es una llave de coche.

—Tiene una capacidad de observación impecable, Srta. Carson.

Me ruborizo. —¿Quieres que programe un servicio para uno de tus coches?

—No. Quiero que cojas el coche que va con esa llave y lo lleves a casa. Y luego condúcelo de vuelta aquí por la mañana. Y luego sigue haciendo eso repetidamente, hasta nuevo aviso.

Siento como si mis cejas fueran a desaparecer en mi frente. —¿Me... me estás dando un coche?

En cuanto lo digo, me arrepiento. ¿Y si no es eso lo que pasa? ¿Y si lo entendí mal?

—Una vez más, Srta. Carson, parece que nada se le escapa —sus ojos parpadean divertidos —. Para que quede claro, es un vehículo de la empresa que actualmente está registrado en préstamo a usted. Pero esencialmente, sí, le estoy dando un coche.

Um… ¿Qué?

A pesar del repentino ataque de vértigo, recuerdo la pequeña charla de ánimo que me di a mí misma antes de entrar aquí. —¿Puedo preguntar por qué? —lo digo con calma. Fríamente. Como alguien que definitivamente no está a punto de desmayarse.

—Porque necesito que parezcas y actúes como la asistente ejecutiva de un importante director general. Eso será difícil si estás constantemente cogiendo el tren equivocado y perdiendo la hora del ascensor vacío. Ahora que tienes coche, no habrá excusas.

Es una explicación extremadamente plausible. Hermética, en realidad. Entonces, ¿por qué no me lo creo?

—Esto es... muy amable de tu parte. Algunos dirían que demasiado amable.

Su boca se endurece. —No lo hago por ser “amable”, Srta. Carson. Lo hago para asegurarme de que realiza su trabajo lo mejor posible.

Me fuerzo a sonreír y asiento. —Por supuesto, Sr. Oryolov.

—Eso será todo.

Espero a volver a mi mesa para soltar la risa delirante que he estado conteniendo.

Un coche. ¡Me *dio* un maldito *coche*!

Y les compró zapatos nuevos a los niños. Y me trajo agua esta mañana. Y trató de limpiar el sudor de mi cara. Y me ofreció usar su ático siempre que quisiera.

Podría decirme un trillón de veces que no hace nada de esto por ser amable. Nada de esto es personal. Se trata de una profesionalidad óptima. Mayor eficiencia. La reputación de Bane, su reputación, etcétera.

Pero la pequeña sonrisa dibujada en sus labios cuando salí de su despacho contó una historia totalmente distinta. En otras palabras, mi búsqueda para mantenerme emocionalmente distante está completamente jodida.

Como yo.



ATIENDEN LA LLAMADA. —Hola, Amelia, ¿están los niños?

—¡Sí! —dice la niñera alegremente—. Estamos construyendo Legos en el salón.

Estoy muy emocionada. Me retuerzo en el asiento. —Impresionante. ¿Puedes pedirles que vengan a la ventana, por favor?

—Eh, claro —la línea se desvanece con un poco de estática—. ¡Eh, niños! La tía Em quiere que vayan a la ventana. Em, te pongo en altavoz.

Hago retroceder el techo solar del Mercedes y saco la cabeza. Un segundo después, la cara de Josh asoma por la ventana del apartamento. Luego la de Caroline. Luego la de Reagan. A través del teléfono, oigo sus jadeos como estallidos.

—¡Tía Em! —chilla Reagan, saludándome con entusiasmo.

—Que coche tan *asombroso* —bromea Caroline con los ojos muy abiertos.

—¿Compraste un coche? —jadea Josh.

Me río de sus reacciones. —No compré el coche. Es un coche de la empresa, pero es mío. ¿Quién quiere que lo lleve?

De nuevo, recibo un aluvión de respuestas.

Reagan—: ¡Yo! ¡Yo! *¡Yoooo!*

Caroline—: ¡*Yo* quiero! Sí, *yo* quiero. ¡*Yo* quiero!

Josh—: ¡Pido adelante!

Riendo, alejo el teléfono de mi oreja. —¿Amelia?

Claramente me quita el altavoz, porque el caos de su lado se reduce a la mitad. Josh se hace a un lado y ella toma su lugar en la ventana. Hay una enorme sonrisa en su cara. —¿Qué pasa?

—Por primera vez, puedo ofrecerte llevarte a casa.

—¿Estás segura?

—Cien por cien.

—Increíble. Bajo en cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —me río—. Qué ambiciosa.

En efecto, quince minutos más tarde, Amelia se dirige hacia el coche como el flautista de Hamelín con los tres niños detrás. Ella va delante y los niños se amontonan en el espacioso asiento trasero del Mercedes azul oscuro.

Hice una rápida búsqueda en Google sobre el coche cuando lo vi por primera vez brillando frente al edificio Bane. Presume de tener el índice de protección infantil más alto del país, con un noventa y uno por ciento. Algo me dice que no es casualidad.

Es suficiente para hacer que mi corazón se derrita de formas que realmente no debería.

Los niños hacen *ooh* y *aah* por el coche durante todo el camino a casa de Amelia. Ella y yo no conseguimos decir ni una palabra. Después de dejarla, Josh salta al asiento delantero.

—¿Tía Em? —pregunta Caroline, retorciéndose bajo la sujeción de su cinturón de seguridad —. ¿Tenemos que ir a casa ahora?

Finjo pensarlo. —Bueno... hoy es noche de colegio.

Me encuentro con un coro decepcionado de "*awww*".

Me retuerzo en el asiento. —Pero... —las chicas respiran entrecortadamente—. ¡No todos los días nos regalan un coche nuevo! Vamos a tomar un helado.

Tengo que taparme los oídos cuando el coche estalla en vítores y gritos. Sonrío tanto que me duele la cara cuando llegamos a la heladería al norte de Hudson Yards.

Es uno de esos sitios de moda con carteles de neón que dicen cosas como "*Lo lamí, así que es mío*" y una cola de clientes ansiosos que da la vuelta a la manzana la mayoría de las veces. También es uno de esos sitios en los que una taza de vainilla con virutas para niños cuesta catorce dólares, así que no hace falta decir que nunca habíamos estado aquí.

Pero, si hay un día para gastarse cien dólares en un capricho, es hoy.

Los ojos de Caroline y Reagan se vuelven enormes cuando entramos. Aparte del delicioso olor a caramelo derretido y masa de galleta, el ambiente promete todo tipo de delicias azucaradas. Las mesas están entre columpios anclados al suelo y al techo para mantenerlas en su sitio. Las paredes están cubiertas de arreglos florales entre carteles enmarcados con cucuruchos de helado pegados en antiguos cuadros renacentistas. Por lo visto, a la *Mona Lisa* le gusta el camino pedregoso.

Cada uno escoge un sabor y nos sentamos a la mesa justo debajo de un cartel de neón rosa que dice: *No puedes comprar la felicidad, pero puedes comprar helado, y eso es prácticamente lo mismo.*

Reagan parece estar de acuerdo. —Es el mejor día de mi vida —declara entre lametones de su bola de dulce de leche con doble chocolate.

Josh y Caroline tienen la boca llena de helado, así que se limitan a asentir. Mi corazón está a punto de estallar.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan bien.

Muerdo otro bocado de tarta de queso con caramelo salado y suspiro satisfecha. *No puede haber nada mejor que esto.*

Entonces, Josh jadea. —¡Oh, tía Em! Casi se me olvida —mete la mano en su mochila y saca un fino montón de papeles—. Es para baloncesto.

Joder. Puede que haya hablado demasiado pronto.

Se me cae el alma a los pies. Esta vez es mucho peor, porque puedo permitirme pagar el programa de baloncesto de Josh. El problema no es el dinero. Es Ben.

—Oh, cariño...

Pero sacude la cabeza y sonríe. —Tengo un patrocinador.

Me paro en seco. —Lo siento, ¿un… qué?

—Un patrocinador —pasa a la tercera página y me la entrega—. Solo tienes que rellenar el resto del formulario.

Me desplazo hasta el final de la página, donde figuran las instrucciones sobre los métodos de pago. Efectivamente, justo en la línea punteada hay unas palabras impresas en gruesas negritas: **PAGADO EN SU TOTALIDAD-PATROCINADOR**.

No.

No puede ser.

¿Ruslan?

Recuerdo que se lo mencioné durante uno de mis episodios de parloteo, que, ahora que lo pienso, se están volviendo demasiado frecuentes. ¿Es posible que no solo lo recordara, sino que hiciera algo al respecto?

—¿Tú eres mi patrocinadora? —pregunta Josh inocentemente.

—Ojalá pudiera atribuirme el mérito, pero no.

Caroline jadea. —¡Quizás tengas un hada madrina!

—O un hado padrino —murmuro. La repentina imagen de Ruslan con un traje de Tom Ford y brillantes alas de hada hace que mis resoplidos se conviertan en carcajadas, y que los niños se unan hasta que todos nos reímos tanto que se nos saltan las lágrimas.

El momento es demasiado bueno para olvidarlo. Saco el móvil, abro la cámara y lo pongo en modo selfie. —Vale, todo el mundo: ¡sonrían!

Después, los niños engullen sus helados y yo abro el hilo de mensajes de Ruslan y adjunto la foto que acabo de hacer.

EMMA: ***Llevé a los niños a tomar un helado en el coche nuevo. Como puedes ver, están que bailan de alegría.***

EMMA: ***Josh nos mostró su formulario de inscripción de baloncesto. Las chicas creen que tiene un hada madrina y, ahora, te imagino a ti con una varita y un halo brillante. :carita-sonriendo:***

EMMA: ***Todo lo que puedo decir es: ¡Gracias! Lo digo de todo corazón.***

Estoy cruzando múltiples líneas con los textos, por no hablar de la foto, pero tengo que decir algo. Tiene que saber lo mucho que esto significa para nosotros. Para todos nosotros.

Así que respiro hondo y pulso enviar.

RUSLAN

Desbloqueo el teléfono en cuanto me siento en el escritorio. Se abre la foto que Emma me envió anoche.

Esas cuatro caras sonrientes me miran fijamente y me sorprende lo felices que se ven todos. ¿Y por qué?

¿Un paseo de diez minutos en coche?

¿Un poco de helado?

¿Baloncesto?

Los consideré pequeños gestos por mi parte, tan intrascendentes que casi carecían de sentido, pero esos mensajes de Emma me hacen sentir que transformé sus vidas de algún modo.

Todo lo que puedo decir es: ¡gracias! Lo digo de todo corazón.

No sé cómo coño llamar a lo que me hace sentir.

Son solo las 8:20 de la mañana cuando Emma llega a la oficina. No es que me sorprenda que esté aquí tan temprano; le di un coche por esa razón. Entra en mi despacho y camina alrededor de mi mesa.

Apenas puedo calcular lo que está pasando cuando se sienta en mi regazo y me abraza. A pesar de la sorpresa, me impresionan dos cosas.

Uno: esto es definitivamente romper una regla.

Dos: se siente tan condenadamente natural. Cotidiano.

Mis dedos se crispan mientras se enroscan en la parte baja de su espalda. ¿Por qué de repente mi pecho está más vivo que mi polla?

Una vocecita en el fondo de mi cabeza se ríe de mí. *Porque esto no es sexual. Es algo completamente diferente.*

Solo por eso debería querer empujarla. Pero solo pensarlo hace que mi mano se aferre más a ella.

Me pasa un brazo por los hombros. —Los niños y yo queremos darte las gracias por lo de ayer.

Frunzo el ceño. —No hay...

—Estás invitado a cenar esta noche en el apartamento.

Me detengo en seco. ¿Cenar? ¿En su casa? La última vez que estuve allí, tuve la clara impresión de que se sentía incómoda conmigo en su espacio.

Por eso, aunque debería rechazarla, me encuentro asintiendo.

Es solo curiosidad. Quiero ver dentro de su vida. Quiero saber más. Lo llamaremos “investigación”. Y, honestamente, ya rompimos muchas reglas.

¿Qué es una más?



APAREZCO EXACTAMENTE A LA HORA, con tres pequeños ramos de flores en la mano. Por supuesto, es Josh quien me abre la puerta. Su rostro, habitualmente sombrío, se transforma en una pequeña sonrisa cohibida cuando se hace a un lado y me invita a pasar.

Apenas di dos pasos dentro cuando oigo dos pequeños jadeos. —¡Flores! —Reagan salta hasta mi cintura—. ¿Son para mí?

Sonriendo, le paso uno de los ramos. —Este es para ti —luego, me dirijo a Caroline—. Y este es para ti.

Emma sale de la cocina, con el rostro iluminado por una suave sonrisa. —Chicas, ¿cómo se dice?

—¡Gracias! —cantan al unísono.

Me llama la atención el aspecto de Emma esta noche. Sin faldas lápiz ni blusas de seda. Sin tacones altos y ni una pizca de maquillaje a la vista.

Camina descalza hacia mí, con el pelo suelto sobre los hombros. Lleva un sencillo vestido blanco de algodón con finos tirantes que le ciñe la cintura y se ensancha sutilmente a la altura de las caderas.

Es jodidamente hermosa.

Le entrego el último ramo de flores y ella lo acepta con un pequeño rubor. —No deberías haberlo hecho —me reprocha llevándose el ramo a la nariz.

Josh me mira desde la esquina. Saco la Nintendo Switch que me compró Kirill y se la doy. No es muy lujosa, simplemente porque no pensé que Emma apreciaría algo demasiado exagerado para un niño de ocho años.

Josh parece sorprendido. —¿Para mí?

—Para ti.

Lo coge vacilante. —¿Por qué?

—Porque nunca te presentas en ningún sitio con las manos vacías. Mi madre me lo enseñó cuando tenía tu edad.

Se me escapa tan fácilmente que me sorprendo. ¿Cuándo fue la última vez que la mencioné? ¿Cuándo fue la última vez que pensé en ella?

—Josh, ¿puedo ver? —pregunta Reagan. Junta las manos como si estuviera a punto de rezar —. ¿Por favor?

—¡Yo también quiero ver! —salta Caroline.

Josh entrega la consola sin protestar. Una vez más, me sorprende lo adulto que es el chico. Cualquier otro niño de ocho años se aferraría a ella y se negaría a compartirla.

Las chicas se dejan caer en el sofá y empiezan a machacar botones, pero los ojos de Josh permanecen fijos en mí. —Gracias por el regalo, Ruslan.

—No hay problema.

Emma se acerca por detrás de Josh y le apoya las manos en los hombros. —¿Por qué no te sientas? Josh, ¿qué tal si sacas los canapés?

—¿Canapés? —sonrío—. No sabía que esto fuera un asunto tan intelectual.

Emma se ríe, cohibida. —No te emociones demasiado. Son cubitos de queso cheddar sobre

galletas saladas. Tengo que controlar tus expectativas —se sonroja de nuevo—. Esta cena no será a lo que estás acostumbrado.

—¿Tú cocinaste?

—¡Nosotros también ayudamos! —bromea Caroline, abandonando la Switch—. Corté las salchichas yo sola.

—Y yo removí la pasta —añade Reagan.

Emma se ríe y se acerca un poco para susurrarme—: No te preocupes, es su cena. Tú tendrás algo diferente.

—Gracias a Dios. Estaba a punto de irme —le guiño un ojo para que sepa que le estoy tomando el pelo.

Su sonrisa se ensancha y siento ese extraño temblor en el pecho, que se parece un poco a un ataque al corazón. Salvo que me siento... *bien*.

Josh sale un segundo después, llevando los "canapés" en un plato sin forma con un montón de huellas de manos pintadas por todas partes. Observo la sala y me doy cuenta de que todos me miran. Así que hago ademán de probar una de las galletas.

—Guau —me tomo mi tiempo para masticar y saborear, como lo haría comiendo caviar en un restaurante—. Está bueno.

Reagan aplaude. —¿Te gusta?

—Me encanta.

Caroline empieza a saltar en el sofá mientras Reagan sigue aplaudiendo. —¡Somos buenos cocineros!

Riendo, cojo otro solo para hacerlas felices. Pero la sonrisa que más me apetece ver es la de Emma. Nunca la había visto tan en su salsa. Es casi una pena mantenerla tan ocupada en la oficina cuando, claramente, es aquí donde está destinada a estar.

—¡Chicas! —llama Emma—. Vamos a poner nuestras flores en agua. Josh, ¿le haces compañía a Ruslan?

Josh asiente tímidamente mientras Emma lleva a las chicas a la cocina. Se acerca al sofá y se sienta frente a mí. Con cautela, coge el dispositivo de juego que las chicas abandonaron.

Hay algo en este chico. Quizá sean sus ojos marrones y tristes, que lo hacen parecer mucho mayor. Quizá sea el hecho de que es más observador que hablador. Quizá sea cómo, a pesar de su tamaño, siente la necesidad de proteger a Emma y a las chicas.

Me identifico con él. No es algo que sienta a menudo, ni con adultos hechos y derechos.

Hago un gesto con los ojos hacia el plato de canapés. —Me gusta el plato.

Arrastra los pies, incómodo. —Mi madre lo hizo en una clase de cerámica cuando tenía tres años. Me hizo mojar las manos en pintura para decorarlo —baja la voz cuando menciona a su madre—. Murió cuando yo tenía cinco años.

Se me contrae el pecho. —Yo también perdí a mi madre hace mucho tiempo.

Deja de arrastrar los pies. —¿En serio?

—De verdad. Aunque yo era mucho mayor que tú.

—Así que debes recordar mucho sobre ella.

Si fuera cualquier otra persona, cortaría esta conversación de raíz. Pero la melancolía habitual en los ojos del chico retrocedió un poco. Parece realmente comprometido. Interesado.

Maldita sea. No puedo no complacerlo.

—Recuerdo muchas cosas, sí.

Josh frunce el ceño. —Ese es el problema. Yo no.

—Quizá eso sea bueno —me oigo decir—. Cuanto más recuerdes, más la echarás de menos.

Su expresión se ondula y su labio inferior se estira. —Me parece bien echarla de menos si eso significa que puedo recordar más de ella.

Bueno, mierda. Este chico podría ser más valiente que yo.

Las risitas estallan de repente y, un segundo después, Reagan y Caroline se deslizan en la sala de estar con sonrisas combinadas.

—¡Ta-ta-ta-TAAAAN! ¡La cena está servida! —anuncia Caroline.

—¡Heyyy! —Reagan pone las manos en las caderas y se gira hacia su hermana mayor—. Esa era mi frase.

—No lo era.

—¡Sí lo era!

—No lo era.

—¡Sí lo era!

—¡Chicas! Dejen de pelear y acompañen a Ruslan a la cocina.

Las pequeñas pitbulls corren hacia mí y cada una me agarra de una mano. Me arrastran a la cocina con Josh detrás de nosotros, luchando contra una sonrisa todo el tiempo.

—Ven a sentarte a mi lado, Ruslan —ordena Caroline, señalando una silla en la mesa redonda encajonada entre la nevera y los fogones.

—¡No! ¡Siéntate a mi lado! —resopla Reagan, literalmente colgada de mi brazo.

Emma pone los ojos en blanco y suelta un largo suspiro. —Chicas, ¿podemos *por favor* portarnos lo mejor posible esta noche?

Ambas se paran en seco y la miran como si las hubiera ofendido profundamente. —¡Pero si nos estamos portando muy bien! —insiste Reagan.

Caroline asiente efusivamente. —Súper *mega* bien.

Asiento, haciendo retroceder a las pequeñas alborotadoras. —Estoy de acuerdo. Son angelicales.

Reagan levanta la barbilla y apoya las manos en las caderas. Tengo la sensación de que es una pose que hace a menudo. —¿Ves?

Emma levanta las manos. —Muy bien, veo que me superan en número. Ruslan puede sentarse aquí y ustedes pueden sentarse a ambos lados de él. ¿Qué les parece?

Cuando estamos todos sentados, parece que alcanzamos una especie de paz. Parece que no puedo dejar de sonreír. Entre el cacareo maternal de Emma y el parloteo constante de las niñas y la paciencia estoica de Josh, esta cena es, como se anunció, definitivamente distinta a lo que estoy acostumbrado.

Entonces, ¿por qué sigo imaginándome en medio del pandemónium cada vez con más frecuencia? No como un extraño, como ahora, sino como miembro de esta pequeña tribu caótica.

Necesito controlarme.

Hablar de mi madre, pensar en formar parte de esta familia, preguntarme si Emma entrará mañana en mi despacho y se sentará en mi regazo como ha hecho hoy...

Quiero decir, ¿qué coño sigue? ¿Decidiré que dejar embarazada a Emma es lo mejor para su futuro y el mío?

Y así, sin más, me imagino una silla de bebé encajada entre Josh y Emma. Un bebé regordete con sus ojos cálidos y mi pelo oscuro.

Que.

Me.

Jodan.

Antes de que pueda decidir si salir corriendo o apretar los dientes y sentarme a cenar, la puerta del salón se abre de golpe.

Emma se congela. Josh se estremece. Las chicas saltan en sus asientos.

—¿Qué demonios está pasando? —el hombre que aparece en el umbral de la cocina me mira con los ojos inyectados en sangre y una puta tonelada de sospecha—. ¿Quién coño eres *tú*?

RUSLAN

Emma se levanta bruscamente. El color se le va de la cara. —Ben, este es mi jefe, Ruslan Oryolov.

Puedo oler su aliento desde aquí. Apesta a alcohol barato y a humo de cigarrillo. En cuanto Emma me presenta, sus ojos se abren un poco más. Las venas que recorren el blanco de sus ojos brillan con un rojo enfermizo.

—¿*El* Ruslan Oryolov?

No me gusta cómo lo dice. Prácticamente puedo ver cómo sus iris se convierten en dos enormes signos de dólar.

La mirada de Emma pasa del borracho a mí. —Ben, estamos en mitad de la cena.

—¿Qué coño se supone que significa eso? —gruñe—. ¿No estoy invitado a cenar en mi puto apartamento?

Es la primera vez en toda la noche que las chicas guardan silencio. La mitad inferior de la cara de Reagan desaparece detrás de la mesa. Lo único que veo son esos grandes ojos que miran a su alrededor con miedo. Caroline se acerca un poco más a mí y abandona su plato de pasta para mordisquearse las uñas. Josh es el único que se sienta más erguido desde que su supuesto padre entró en la habitación. Pero no me extraña que apriete los puños en torno al tenedor y el cuchillo.

Emma se esfuerza por contener la situación. —Si tienes hambre, Ben, puedo traerte un plato.

Cómo se las arregla para no darle una patada en el culo a este hijo de puta es una prueba de su paciencia. Probablemente también sea una prueba de lo mucho que quiere a estos niños.

Echa los labios hacia atrás y muestra una dentadura amarillenta. —No necesito un puto plato. Necesito que ese puto coche de mierda funcione bien.

Emma frunce las cejas. —¿Qué pasó ahora?

Gruñe y se acerca a la nevera. —El cabrón se volvió a morir.

—¡Ben! —sisea, bajando la voz—. Deja de maldecir delante de los niños. Y de paso lleva el coche al mecánico.

—Hablaré como me dé la puta gana —coge una lata de cerveza de la nevera—. Soy un puto hombre adulto. En cuanto al maldito coche, no tengo el puto dinero para...

Cuando me levanto de la mesa y me pongo de pie, la silla hace ruido. Emma y Ben se vuelven hacia mí al mismo tiempo. Mis manos se cierran en puños, como las de Josh y, por un momento, el deseo de usarlas es tentador.

Pero Ben y Emma no son los únicos que me miran. Reagan, Caroline y Josh me miran con los ojos muy abiertos. Y todos contienen la respiración.

Miro directamente a Ben, confiando en que pueda leer la amenaza en mis ojos, aunque no

pueda decirle lo que quiero decirle. —¿Dónde está el coche?

Parpadea como un estúpido. —¿Qué?

—El coche. Dijiste que se te había muerto. ¿Dónde está ahora?

Se aclara la garganta para disimular un eructo. —Ah, claro. Sí. Aparcado en la acera.

—Entonces vamos a echar un vistazo. Tú guíanos.

Emma se queda boquiabierta. —Ruslan, no tienes que hacer eso.

—No es un problema. Me ganaba la vida arreglando coches —lanzo a Ben una mirada asesina antes de dirigirme al salón. Emma les dice algo a los niños con voz suave, pero se me escapan las palabras. Estoy demasiado ocupado imaginando todas las formas en que podría darle una paliza al imbécil de su cuñado.

Estoy casi en la puerta cuando Emma me alcanza. —¡Ruslan! —su mano flota sobre mi brazo, pero la aparta antes de tocarme—. Lo siento mucho por él, pero el coche es una chatarra. Lleva un tiempo moribundo. No necesitas...

—Si me quedo en este apartamento con él un segundo más, le sacaré de un puñetazo la puta peste —sus ojos se abren por un momento, pero luego se suavizan—. Déjame bajar a ver el coche. ¿Vale?

Ella asiente a regañadientes. —Nunca has trabajado en coches, ¿verdad?

—¿Por qué parece que te hace gracia?

Suelta una risita suave y se encoge de hombros. —Nunca pensé en ti, el gran Ruslan Oryolov, el director general de Bane Corp. con un mono grasiento. ¿También vestías vaqueros manchados de grasa y camisetas musculosas? ¿Tenías un corte de cabello setentero?

Entrecierro los ojos. —¿Y si te dijera que sí?

Se muerde el labio mientras recorre con la mirada mis pantalones a medida y mi camisa de diseño. Me pregunto si sabe que lo está haciendo. Si es consciente de lo magnética que es la atracción que siente por mí, y viceversa. —Me cuesta imaginármelo. ¿Tienes alguna foto?

—Ninguna a la que le vayas a poner las manos encima.

Se ríe. En mi cara. Si no estuviéramos en su apartamento con sus tres pequeños dependientes y su gran inconveniente en la habitación de al lado, la arrojaría sobre mis rodillas y le daría unos azotes en su jugoso culo hasta dejárselo en carne viva.

—De todos modos —digo, aclarándome la garganta y la cabeza al mismo tiempo—. Sé cómo funciona un motor.

—¿Puedo ir? —ambos nos giramos para descubrir que Josh consiguió colarse en la sala sin que nos diéramos cuenta.

Miro a Emma. Parece confundida por un momento. Luego, sus hombros se hunden y asiente. —Si Ruslan dice que está bien.

Como respuesta, le abro la puerta. —Te sigo.

Josh no dice nada mientras bajamos las escaleras. Tampoco dice nada cuando abro el capó y echo un vistazo al motor humeante. Se queda de pie a un lado y me mira trabajar.

—Mierda —gruño cuando termino de husmear.

—¿Qué tan malo es?

Me siento en el bordillo, justo delante del coche. —Me sorprende que haya durado tanto con esa cantidad de daños en el radiador —Josh se sienta a mi lado—. ¿Tu padre te lleva en esta cosa?

Josh asiente. —A veces. Y la tía Em también, si papá no tiene ya el coche.

Sacudo la cabeza. —A partir de ahora, ninguno se subirá a este coche. No hasta que lo

arregle.

—¿Vas a arreglarlo? —aprieto los dientes y asiento. Josh se acerca a mí—. Pero la tía Em tiene el nuevo coche de la empresa.

—Sí, pero supongo que tu padre usa este. Probablemente seguirá usándolo hasta que se incendie en medio de la carretera —Josh se estremece ante la imagen—. Así que voy a arreglarlo para que eso no ocurra.

El tipo puede ser un imbécil. Pero es un imbécil con tres niños pequeños. Tres *grandiosos* niños. A pesar de sus defectos, no merecen perder a su padre después de todo lo que han pasado. Y, por mucho que me gustaría que Ben desapareciera de la faz de la tierra, no seré responsable, directa o indirectamente, de quitarles al único padre que les queda a Josh, Reagan y Caroline.

La mirada de Josh se desvía hacia mí. —Eres un buen tipo, ¿verdad?

No me jodas.

—Nadie me había acusado de eso antes.

El chico esboza una sonrisa. —Sé que eres el que pagó mis cuotas de baloncesto esta temporada.

No lo negaré. Si el chico es tan listo como para descubrirlo, se merece la verdad.

—Eso no me convierte en un buen tipo.

Frunce el ceño. —¿En qué te convierte, entonces?

—Me convierte en el tipo de hombre que se niega a que las personas en su vida sufran.

La mirada de Josh se eleva hacia la ventana de su apartamento. Creo que tengo una idea bastante buena de lo que está pensando. Comparado con Ben, probablemente parezco un maldito santo.

No puedo evitar reírme de la ironía de eso. El *Pakhan* desalmado, violento y despiadado de una Bratva mortal es más modelo a seguir para este niño de ocho años que su propio padre borracho.

¿Quién iba a pensar que sería el héroe de alguien?

—Ruslan, ¿puedo preguntarte algo?

El temblor de su voz debería servirme de advertencia, pero lo ignoro y asiento. —Adelante.

—¿Vendrías a mi partido de baloncesto la semana que viene? Es el primer partido de la temporada.

Miro fijamente su carita seria con la alarma resonando en mi cabeza. Debería agarrarlo por los hombros y hacerlo entrar en razón. *No soy un héroe, chico. No merezco tu admiración ni tu asombro. No me conviertas en algo que no soy.*

Pero, en lugar de decir nada de eso, en lugar de rechazarlo como debería, acabo asintiendo. Acabo diciéndole que estaré encantado de estar allí.

La parte más loca es...

Lo digo en serio.

EMMA

—Entrega para Carson.

Parpadeo al hosco repartidor con el chaleco de Uber Eats. —No pedí nada.

Se encoge de hombros, completamente inexpresivo. —Lo encargaron para ti. Hay una nota.

Sin más preámbulos, me pone las dos cajas planas en los brazos. Inmediatamente me invade el olor a ajo y queso. La nota pegada en la parte delantera de la caja dice simplemente: *"Así que hoy tienes una cosa menos en la que pensar antes del partido. -Ruslan"*.

Es tan extraño pensar que hace solo un par de meses pensaba que Ruslan Oryolov era el engendro de Satán. El hombre empeñado en arruinar mi vida y ponerme en una tumba temprana. Pero de alguna manera, en cuestión de semanas, se ha convertido en el caballero de brillante armadura que nunca supe que necesitaba.

¿Cómo supo siquiera del juego de Josh?

Bueno, claramente, Josh se lo dijo. ¿Pero el hecho de que lo recordara? ¿Que considerara cómo sería mi día, solo para tratar de hacerlo más fácil?

Nunca me había excitado tanto. Claro, el hombre está buenísimo, pero incluso esos ojos ámbar, esos brazos poderosos, esa mandíbula fuerte, todo eso palidece en comparación con lo excitante que es un gesto inesperado y considerado. Si lo viera ayudar a una abuela a cruzar la calle ahora mismo, probablemente lo montaría en medio del camino peatonal.

Le doy al repartidor una propina y un distraído gracias y llevo las pizzas a la cocina. En cuanto Ben me ve, sus ojos se entrecierran. —¿Volviste a pedir pizza?

Dejo las cajas sobre la encimera y rápidamente deslizo la nota de Ruslan en el bolsillo de mi pantalón antes de que pueda verla. —De Phoebe. Quería hacer algo agradable antes del gran partido de Josh.

—¿Qué partido?

—Ben, ¿bromeas? Estuvo hablando de esto toda la maldita semana.

Ben tose y chasquea los dedos hacia la nevera. —Pásame otra cerveza, ¿quieres?

—Es la una de la tarde. ¿Realmente necesitas una?

Me frunce el ceño. —Por el amor de Dios, ¿cuándo te convertiste en un grano en el culo? No eres mi mujer. Si no me la chupas, tampoco tienes derecho a regañarme.

Lo fulmino con la mirada. —Ahora *sé* que estás bromeando.

—Tú eres la que empezó —murmura—. Oye, ¿la cerveza...?

Lo ignoro y llamo a los niños. —¡Almuerzo, pequeñines!

Ben me mira mal y me empuja para ir a buscar otra cerveza. Las chicas entran en la cocina

dando tumbos, andando en sus rodillas y codos, las naricillas apuntando hacia arriba como perros de caza al acecho.

Reagan jadea cuando ve las cajas de pizza en el mostrador. —¡Pizza! ¡Woohoo!

Mientras las chicas lo celebran con un baile de la pizza que inventó Caroline y se toma muy en serio, Josh entra a grandes zancadas en la cocina, ya con el uniforme del equipo. Se sienta frente a Ben y sus ojos miran esporádicamente a su padre antes de volver a su regazo.

En el momento en que las chicas se atiborran de pizza, Josh aprovecha el silencio temporal. —Papá, ¿quieres venir a mi partido de hoy?

Ben le da un trago a su cerveza y se remueve en el asiento. —Uh...

Aprieto los dientes y cruzo los dedos, rezando en silencio. ¿Cómo podría decir que no a esa cara tan dulce? Solo un monstruo diría...

—Escucha, chico, me gustaría mucho, pero ya tengo un dolor de cabeza infernal y sentarme al sol no ayudará.

Supongo que eso lo convierte en un monstruo.

Me acerco por detrás de Josh y miro a Ben con el ceño fruncido. —Es una cancha *techada.*

Su boca se vuelve estúpidamente floja. —Aún así, es mejor que no vaya. No me siento muy bien y no querrías que vomitara por toda la cancha, ¿verdad, J? —Josh asiente en silencio y Ben suelta un eructo de satisfacción—. Buen chico. Llegaré al próximo partido.

Luego, procede a amontonar su plato con pizza antes de salir de la cocina. Unos segundos después, la puerta se cierra de golpe.

Me siento junto a Josh. —Apuesto a que eres el único chico allí con su propio equipo personal de animadoras —me encojo por lo falsamente brillante que es mi voz—. Caro, Reagan y yo, y ya sabes que Care Bear tiene ese baile que me ha estado torturando para que aprenda. Hasta la tía Phoebe se apunta.

—Lo sé —Josh me dedica una sonrisa tensa—. De todos modos, no tengo hambre. ¿Me disculpan?

Se me encoge el corazón, pero asiento de todos modos. Irrumpiría en la habitación de Ben y obligaría a su miserable trasero a ir al partido si no estuviera segura de que encontraría la forma de hacer que toda la velada gire en torno a él.

Los niños están mejor cuando Ben no se involucra en sus vidas. El único problema es que...

Todavía no lo *saben*.

~

—¡NO puedo creer que hayas hecho un cartel! —me río cuando Phoebe lanza al aire su póster casero de JOSH EL JEFE mientras me acerco con Caroline y Rae, cogidas cada una de una mano.

—Por supuesto que sí. Esto es importante. El esquema rítmico es cuestionable, pero lo pasaremos por alto, ¿okis? —deja el cartel para poder apretar a las chicas—. ¿Dónde está nuestro hombre principal?

Miro a mi alrededor y veo que Josh no está justo detrás de mí como pensé. —Estaba justo aquí hace un segundo —me acerco un poco más a Phoebe mientras las chicas empiezan a tambalear su cartulina y a reírse del sonido que hace—. Ben no vino y creo que Josh está un poco deprimido por eso.

—¿Deprimido? —interrumpe Phoebe—. A mí no me parece deprimido.

Sigo su mirada hasta el final de las gradas, donde Josh está de pie con una enorme sonrisa en la cara. —¿Qué está...?

Jadeo cuando me doy cuenta de a *quién* sonríe.

Phoebe me agarra el brazo con tanta fuerza que resulta doloroso. —¡*Dios* mío! ¿Es quien creo que es?

—Pheebs, discúlpame un segundo.

La dejo con las chicas y me acerco a Ruslan, intentando parecer mucho más serena de lo que realmente me siento. Su cabeza y la de Josh están muy juntas. Josh dice algo, Ruslan se ríe, se chocan los puños y Josh se une a sus compañeros en la cancha para empezar a hacer ejercicios de calentamiento.

—¿Ruslan? —lo miro boquiabierta, aún no totalmente convencida de que sea real.

Se limita a asentir. —Ey.

Eso es todo. Eso es todo lo que me da. *Ey*. Tan malditamente casual. —¿Qué estás…? um… ¿Qué te trae por aquí? —quiero sonar como una "chica fácil, despreocupada, *Cover Girl*", pero creo que termino sonando estreñida.

—Josh me invitó.

—¿Y *viniste*?

Se encoge de hombros. —Tenía algo de tiempo libre.

Miro a Phoebe, que me hace un gesto con las cejas y empieza a hacer su extraño baile del hombro que usa como estímulo no verbal. Le doy la espalda, esperando que Ruslan no se dé cuenta.

—Realmente aprecio que hayas venido, pero no tienes que quedarte. Hablaré con Josh y...

—No me voy a ninguna parte —sus ojos brillan bajo las luces—. No me obligó a venir; me preguntó si me gustaría y se lo prometí. Así que estoy aquí y me quedaré todo el partido.

Levanta una mano y saluda. Me doy vuelta y veo a Josh acercándose al aro para hacer una canasta. Es obvio que quiere que Ruslan lo observe. También es obvio que está nervioso. Pierde el balón un par de veces y casi se le escapa.

—Respira hondo, Josh —retumba Ruslan, dándole un sonoro aplauso.

Josh asiente, respira hondo y dispara.

—¡SÍ! —grito cuando el balón entra, con un entusiasmo desproporcionado en comparación con lo insignificantes que son los ejercicios de calentamiento en el contexto general de las cosas.

Josh me mira de reojo, avergonzado, y sus mejillas enrojecen. Frunzo el ceño y cierro los labios. —¿Cómo acabé siendo yo la tía vergonzosa y cómo resultaste ser tú el genial...?

Me detengo en seco cuando me doy cuenta de que no sé qué demonios es él en este momento. En realidad, tiene sentido: ¿cómo sabré lo que Ruslan es para los niños si ni siquiera estoy segura de lo que es para mí?

Lo que sí sé es que el humor de Josh ha mejorado considerablemente. Corre por la cancha con una enorme sonrisa. Parece un niño de ocho años, para variar. Es suficiente para hacerme agradecer que Ruslan esté aquí.

Como si necesitara otra razón...

Le hago un gesto a Ruslan para que me siga. —Bien, vamos, entonces. La sección de familiares y amigos está por aquí —cuando nos acercamos, las chicas levantan la vista del póster de Phoebe y ven a Ruslan. Las dos empiezan a chillar y corren hacia él.

—Cállate —murmuro en cuanto estoy junto a Phoebe.

Sonríe de oreja a oreja. —Yo no dije nada.

Ruslan se acerca con Caroline y Reagan colgando de él como accesorios humanos. —Phoebe, este es mi jefe, Ruslan Oryolov. Ruslan, esta es...

—La mejor amiga —interrumpe, tendiéndole la mano—. Phoebe Lawrence.

Ruslan le sonríe con toda su fuerza. En realidad me molesta, no porque Phoebe no se lo merezca, sino porque creo que yo también me lo merezco.

¿Lo mataría sonreírme así de vez en cuando?

Encontramos un buen sitio en las gradas y trato de lanzarle una mirada de advertencia a Phoebe mientras le hace preguntas a Ruslan.

—¿Cómo fundaste Bane Corp.? ¿Desde cuándo eres director general? ¿Alguna vez tomas tiempo libre? ¿Tienes una vida social activa?

Sus preguntas son interminables. Pero tengo que reconocer que Ruslan nunca vacila, nunca muestra irritación ni impaciencia. Se sienta allí, equilibrando a Reagan en una rodilla y a Caroline en la otra, y responde hasta la última de las preguntas de Phoebe.

El único momento en que afloja es cuando empieza el partido y Josh se hace con el balón. Phoebe levanta su pancarta, las chicas chillan y Ruslan aplaude con fuerza.

En algún momento, en mitad del juego, Phoebe se inclina hacia mí. —Bien —dice en voz baja—. Lo apruebo.

Estoy realmente sorprendida. Phoebe no suele ser engatusada tan fácilmente. Especialmente cuando se trata de mis novios.

No es que Ruslan sea nada de eso.

—¡Eso es, Josh! ¡Bien hecho! —exclama Ruslan.

Es difícil no ver la sonrisa radiante de Josh mientras corre a nuestro lado. Mi mirada se desliza hacia el perfil afilado de Ruslan. Está medio cubierto por la cortina de pelo de Reagan y Caroline está ocupada jugando con el broche de su reloj.

Sé que no es un “buen tipo” por mucho que lo imagine. Pero tal vez, solo tal vez...

Es un buen *hombre*.

EMMA

Estoy en una neblina de sentimientos felices. No sé muy bien cómo pasamos del partido de baloncesto en el colegio a la Heladería de Connie, pero aquí estamos.

Ruslan está en el mostrador con los niños, ayudándolos a decidirse por los sabores, mientras Phoebe y yo nos deslizamos en la mesa de la ventana bajo un cartel donde se lee *Estado Civil: Helado*.

Phoebe me lanza una sonrisa sugerente. —Hoy es un día raro.

—Me lo dices a mí —mirando hacia Ruslan y los niños, me doy cuenta de que Reagan aún no ha soltado la mano de Ruslan. Está quirúrgicamente unida a él desde que salimos del partido de baloncesto—. No puedo creer que esté aquí.

—Obviamente está aquí porque quiere. Fue idea suya venir aquí para celebrar con dulces. El hombre podría ser un genio...

Me muerdo el labio inferior. —Es bueno con ellos, ¿verdad?

—Extremadamente. ¿Quién lo hubiera pensado, eh?

—Sí —sacudo la cabeza con incredulidad—. ¿Quién lo hubiera pensado?

Unos minutos más tarde, Ruslan y sus tres nuevos apéndices se unen a nosotras en la mesa. Ruslan tiene que acercar una silla para que quepamos todos.

Le hago un gesto a Reagan para que se acerque a mí. —Rae, cariño, puedes sentarte en mi regazo.

Ella niega con la cabeza. —Me sentaré en el regazo de Ruslan —insiste y sube sin molestarse en pedir permiso.

Phoebe reprime una risita. —No puedo creer que esperaras que te eligiera a ti antes que a un tipo así de guapo.

Le doy un codazo en las costillas, aunque no sirve de nada. Ella sigue riéndose.

Ruslan pasa casi una hora entera con Reagan sobre sus rodillas. No parece inmutarse cuando Caroline le moja los pantalones con su cucurucho. O cuando Reagan derrama su vaso de agua sobre la mesa. O cuando Phoebe reanuda su interrogatorio sobre él.

Yo no digo mucho. Tengo una extraña sensación en el estómago, que no puedo identificar. Pero, como nadie me presta atención, decido explorarla un poco.

Estoy encantada con lo bien que ha ido este día. Josh no solo ha podido jugar su primer partido de baloncesto, sino que ha ganado. Y, lo que es más importante, parece más feliz de lo que lo he visto en mucho tiempo. Aunque me gustaría darle todo el mérito al partido, sé que la presencia de Ruslan marca la diferencia.

Contrasta mucho con el hombre que dejamos en casa en estado de embriaguez. He intentado

explicárselo a Ben varias veces en el pasado: a tus hijos no les importa si eres rico o inteligente o divertido o asombroso. Solo quieren que *estés ahí*.

Probablemente por eso, aunque estoy emocionada por lo de hoy, también estoy aterrorizada. Porque no puedo esperar que Ruslan aparezca así todo el tiempo. Es una parte temporal de nuestras vidas, y por eso la forma en que los niños lo miran ahora mismo me asusta.

Ya han perdido a su madre. En muchos sentidos, también han perdido a su padre. Por mucho que intente llenar los huecos de sus vidas, empiezo a darme cuenta de que no puedo ser todo lo que han perdido. No puedo ser todo lo que necesitan.

Y en cuanto a Ruslan...

Reagan le susurra algo al oído y él se ríe. Nunca lo había visto sonreír tanto. Pasa una mano por el largo pelo de Caroline y le dice algo a Reagan que la hace reír.

Ya es bastante malo que sea guapo, inteligente y exitoso. ¿Tiene que ser tan malditamente *amable* también? ¿Tiene que ser tan generoso? ¿Empático? ¿Considerado?

Me hace pensar que tiene que haber algo oculto, ¿verdad? Quiero decir, ningún hombre es tan perfecto.

Eso, a su vez, me hace mirarlo de nuevo. *¿Qué estoy diciendo?* Ruslan Oryolov seguro que no es perfecto. Es un magnate de los negocios despiadado que puede o no tener vínculos con la mafia rusa. Puede o no *ser* la maldita mafia rusa.

También pasó los últimos dieciocho meses de mi vida siendo el jefidiota del infierno.

El caso es que, cuanto más tiempo paso con él ahora, más me cuesta recordar cómo solía ser. Supongo que lo único que puedo hacer es recordármelo a mí misma. Porque, aunque parece bastante contento de jugar el papel de papá temporal, no hay manera de que sea un papel que quiera para siempre.

Nuestro contrato terminará en algún momento y, cuando lo haga, tendré que seguir adelante. Y los niños también.

Solo espero que hasta ese entonces no haga nada más que haga que mi útero se arroje a sus pies.

Ruslan se aclara la garganta. —Josh, en honor a tu primera victoria, tengo algo para ti.

Bueno, eso no llevó mucho tiempo.

—Vuelvo enseguida —dice Ruslan, sacando a Reagan de su regazo—. Tengo que ir a buscarlo al coche.

Phoebe me mira mientras sale a grandes zancadas de la heladería, atrayendo muchas miradas de admiración a su paso. —¿Sabías algo de esto?

—Nada de nada.

Josh mira por la ventana mientras Ruslan coge algo del maletero de su coche y vuelve a entrar en la heladería. —Aquí tienes —dice, entregándole el delgado paquete a Josh.

Las chicas ayudan a Josh a arrancar el papel azul de colores. Estoy tan concentrada en lo animada que está la cara de Josh que ni siquiera miro el regalo hasta que jadea, con los ojos aún más abiertos.

—¡Una camiseta de los Knicks!

Ruslan señala hacia la parte inferior de la camiseta. —También está firmada.

Josh parece a punto de tragarse su propia lengua—Yo… yo… yo…

Reagan y Caroline sueltan una risita. —Joshie olvidó cómo hablar.

—Gracias —respira Josh al fin—. ¡Muchas gracias!

Intento secarme las lágrimas sin que nadie se dé cuenta, pero nada se escapa del ojo clínico

de Ruslan. Lo sorprendo mirándome antes de girar la cara para esconderme.

Ruslan le da una palmada en la espalda a Josh. —Te lo mereces. Hoy has jugado bien.

—Me la voy a poner ahora mismo —insiste Josh.

—¿Estás seguro, cariño? —pregunto—. ¿Por qué no esperar hasta llegar a casa?

Josh frunce el ceño. —Si papá la ve, intentará venderla, tía Em. No puedo usarla en casa.

Los ojos de Ruslan se cruzan con los míos durante un segundo y, aunque no puedo estar segura de lo que está pensando, imagino, basándome en esa mirada abrasadora, que es algo así como: *Ese jodido desperdicio de padre.*

Cuando todos acaban su helado, llevo a las chicas al baño para que se limpien la boca pegajosa y las manos aún más pegajosas. De vuelta a nuestra mesa, veo que Phoebe se inclina hacia Ruslan, con expresión seria. La última vez que parecía tan seria fue cuando le dije que Sienna había muerto.

No tengo ni idea de lo que se han dicho mientras yo estaba en el baño, pero capto el final de su conversación.

—...pero no les hagas daño —susurra—. A ninguno de ellos.

Ruslan no se mueve. Su expresión es difícil de leer, pero responde de inmediato. Todo lo que dice es—: No lo haré.

RUSLAN

—¡Buenas noches, Sr. Oryolov!

Kirill resopla mientras yo me alejo del teléfono, confundido. Oír a Sergey tan alegre es, sin duda, poco usual.

—¿Supongo que tienes buenas noticias que compartir?

Su respiración, a pesar de su buen humor, sigue siendo agitada y pesada. Al parecer, eso no es cosa de los nervios, sino de Sergey. —Señor, hasta ahora, todas las pruebas han sido un éxito rotundo. La nueva fórmula funciona bien, con efectos secundarios mínimos.

—Excelente. ¿Y los estudios finales?

—Cerca de ser completados, señor.

—¿El último cargamento químico?

—Para dentro de dos días.

Kirill me mira con una sonrisa de satisfacción. —Vamos por buen camino —modula sin emitir sonido.

—Lo comprobaré mañana. Sigue así, Sergey.

Kirill da un puñetazo en el aire mientras cuelgo. —Lo has vuelto a hacer.

—No lo celebraré hasta que termine el acto de presentación —advierto.

Hace un gesto despectivo con la mano. —No tienes de qué preocuparte, amigo. Nuestros distribuidores han estado dando bombo a Venera, promocionando un par de muestras "exclusivas" para que el público lo pruebe. La gente se vuelve loca con este producto. Y los clientes felices corren la voz a otros clientes felices. Cuando lo lancemos, estará en boca de todos —ladea una oreja hacia la ventana y canta suavemente—: *Ve-ner-a. Ve-ner-a* —como si una multitud de fiesteros hambrientos hiciera cola para probarlo.

Es difícil moderar la sensación de victoria, pero también soy muy consciente de que muchas cosas pueden cambiar en cuestión de días. No quiero joder las cosas confiando demasiado en este lanzamiento. Dejaré esa tarea a Kirill.

—Hablando de la fiesta de lanzamiento...

—Lo tengo cubierto. Ayer se hizo una "donación" considerable a las autoridades pertinentes. Yo mismo hablé con el Sargento Mathison. La noche del lanzamiento, él y sus hombres harán la vista gorda.

—Bien.

—¿Qué pasa con nuestro señor Alto Comisionado? —pregunta Kirill, juntando las manos—. ¿Tenemos que acercarnos a Hiram Allens?

—No. Él será una jugada de último minuto, si y solo si las cosas van mal y necesitamos un tirón extra. Mientras tenga a Jessica comiendo de la palma de mi mano, convencer a Hiram para que nos ayude con el control de daños será pan comido.

—Aplaudo tu confianza.

Algo en el tono de mi segundo llama mi atención. —¿Por qué estás nervioso exactamente?

Kirill pone los ojos en blanco. —Oh, no sé... ¿qué me dices del hecho de que has estado dándole largas a Jessica Allens durante mucho tiempo? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que saltará cuando le digas que salte?

Sonrío. —Porque así de mucho me desea.

—Excepto que te acuestas con tu linda secretaria.

Mis dedos se enroscan en las esquinas de los reposabrazos. —La exclusividad nunca fue parte de mi acuerdo con Jessica.

—Pero lo es con Emma, ¿no? —miro fijamente a Kirill, que solo sonríe tímidamente—. ¿Qué puedo decir? Me gusta leer la letra pequeña.

—Era necesario —gruño—. No iba a dejar que follara con otros hombres mientras se acuesta conmigo.

—Tiene sentido —me señala con el dedo—. Lo que *no* tiene sentido es que vayas a los partidos de baloncesto de sus hijos, los lleves a tomar helado y arregles su viejo y destartalado coche.

—Por el amor de Dios —murmuro en voz baja—. Sabía que era un error decirte todo eso.

Kirill se ríe. —Sientes algo por ella.

Si fuera cualquier otra persona, primero lo negaría y, segundo, lo echaría de mi despacho. En lugar de eso, asiento. —Siento *algo* por ella —admito a regañadientes—. Solo que... no sé qué.

—Quizás no necesites saberlo. Ahora mismo es solo sexo y diversión, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, no le des demasiadas vueltas. Deja las cosas como están mientras te sientas bien. ¿Por qué ponerle una etiqueta?

Asiento. Kirill tiene razón. Tengo que permanecer en el presente y centrarme en lo que obtengo ahora de mi relación con Emma. El futuro es incierto y me parece bien. No necesito que sea más que mi secretaria y mi juguete fuera del horario laboral.

Kirill y yo repasamos los números de la actual ronda de sesiones de prueba que está llevando a cabo Sergey. Son las sesiones más caras hasta ahora, dado el ajustado plazo que les impuse, pero estoy seguro de que es una decisión que valdrá la pena.

Basándonos en todos los comentarios preliminares que recibimos, Venera se agotará en cuanto salga al mercado. Lo que significa que voy a recuperar mi coste en un tiempo récord.

Me siento jodidamente *bien* cuando me meto en la parte trasera del todoterreno después de la reunión.

—¿A dónde, jefe? —pregunta Boris desde el asiento del conductor.

—El ático de Madison Avenue hoy, Boris.

Un poco de paz y tranquilidad es lo que necesito ahora mismo. Y cuando ese es mi objetivo, el piso treinta y cinco de mi hogar en Madison me sirve de lugar seguro.

Del caos de ser *pahkan*.

Del estrés de ser director general.

De las presiones de mi vida personal.

Estamos a mitad de camino cuando mi estado de ánimo empieza a cambiar. Sigo queriendo

paz y tranquilidad. Sigo queriendo refugio. Pero, de alguna manera, la idea de ir a mi silencioso y espartano ático en Midtown no me convence.

—Boris, cambio de planes. Déjame en Hell's Kitchen.

Capto la expresión confundida de Boris en el retrovisor. —¿Hell's Kitchen, señor?

—Sí.

Cambia de rumbo mientras cojo mi teléfono y saco la foto que Emma me envió la semana pasada, el día que le regalé el Mercedes.

Se veía tan feliz, sonriéndome a través de la esquina borrosa de la foto. Es increíble que pueda sonreír tanto cuando, la mayor parte del tiempo, está empujando una roca gigante colina arriba.

Tal vez por eso estoy tan decidido a arreglar ese estúpido coche suyo. Y comprarles a sus hijos pizza y helado y zapatos nuevos. Solo quiero hacerle la vida un poco más fácil.

¿Es realmente por eso? pregunta una molesta voz en mi cabeza. *¿Es por eso por lo que acabas de cambiar de destino? ¿Por ella?*

¿O por ti mismo?

Salgo de la foto y guardo el teléfono mientras me invade la inquietud. Quería estar solo esta noche. Quería paz y tranquilidad. Una parte de mí aún lo desea. Pero otra parte de mí, una parte que cada día hace más ruido...

Quiere a Emma Carson.

RUSLAN

Espero que los niños aún estén despiertos.

Es el tercer pensamiento chocante que tengo en la última media hora. Esta mierda se me está yendo de las manos. Debería ponerle fin antes de que se enrede aún más.

Pero, por lo visto, esa preocupación no es suficiente para impedirme aparecer en su umbral a las ocho y media de la tarde.

Emma parece aturdida cuando abre la puerta y se encuentra cara a cara conmigo. —¿Ruslan?

Oigo chillidos procedentes de una de las habitaciones de la parte trasera del apartamento. Así que los monstruitos *siguen* despiertos. Ojalá eso no me pusiera una sonrisa tan bobalicona en la cara.

Corta tu mierda, me gruño a mí mismo.

—¿Ocupada?

Echa un vistazo por encima del hombro. El salón parece un desastre. Está cubierto de ropa, juguetes, trozos de cartón y purpurina.

—Siempre —esboza una sonrisa y se vuelve hacia mí—. ¿Olvidé algo en la oficina?

Sacudo la cabeza. —No, solo pensé en echarle otro vistazo al coche.

Sus ojos escrutan mi traje azul marino. —No estoy seguro de que puedas ser un mecánico grasiento vestido en Tom Ford.

—Puedes hacer cualquier cosa con un Tom Ford.

Su risa se ahoga cuando las niñas entran chillando en el salón, con algún monstruo imaginario pisándoles los talones.

El monstruo imaginario resulta ser Josh. Los tres niños se paran en seco cuando me ven.

Entonces, caos.

—¡Ruslan! ¡Ruslan! ¡Ruslan! —grita Caroline, se lanza a mi cintura y casi me da un rodillazo en las pelotas.

—¿Nos has traído pizza? —pregunta Reagan mientras tira de la esquina de la chaqueta de mi traje.

—¡Caroline! ¡Reagan! Denle a Ruslan algo de espacio para respirar, por el amor de Dios.

—¡Pero tía Em! —gimotea Caroline—. Vino a *vernos*.

Ah, la confianza de la juventud. Josh ayuda a Emma a desenredar a las chicas de mí. —Vino a ver a la *tía Em* —regaña Josh a sus hermanas.

Las dos hacen un mohín al instante. Caroline se vuelve hacia mí con las cejas fruncidas y Reagan planta los puños en las caderas como la abuela de cinco años que es.

—¿A quién has venido a ver? —exige Reagan—. Queremos saberlo.

Emma me lanza una mirada de disculpa por encima de sus cabezas, con las mejillas sonrojadas.

—He venido a ver el coche —les digo a las dos diablillas que tengo delante. En cuanto sus expresiones se vuelven de tristeza, añado—: *Y* he venido a verlas a ustedes.

Estallan en vítores mientras Josh se tapa los oídos y Emma lucha contra una carcajada. —Adiós al plan de acostarlas temprano —me reprende.

—Añádelo a mi lista de pecados.

Se encoge de hombros con una sonrisa de impotencia que me hace desear derribarla y desnudarla aquí y ahora. Luego se vuelve hacia los niños y da una palmada. —Bien, gremlins, hora de irse a la cama... —sigue hablando por encima del coro de gemidos decepcionados que sigue—. Lo que significa que primero nos lavamos los dientes. Ya saben qué hay que hacer.

Cuando las chicas la ignoran, agarra a cada una por un codo y empieza a arrastrarlas hacia su habitación. Josh se acerca un poco más a mí. —Gracias por venir —se sonroja un poco y respira hondo—. La tía Emma se pone muy contenta cuando vienes.

Antes de que pueda responder, sale corriendo del salón. Me quedo allí, en medio de la vida de Emma, mirando todo lo que construyó, con una observación evidente en mi mente.

No encajas aquí.

Sacudo la cabeza y me dirijo hacia la repisa. Me llama la atención una serie de fotografías enmarcadas. Como el resto del apartamento, es caótica y dispareja. Pero *igual* que el resto de la vivienda, de alguna manera, funciona.

La mayoría de las fotos son de niños. Bebés de mejillas regordetas, niños pequeños con las rodillas desolladas y sonrisas gomosas. Pero a la izquierda, casi oculta, hay una foto de Emma y otra joven que solo puede ser su hermana. Ambas llevan mechas postizas: El pelo de Emma es azul eléctrico y el de su hermana rosa chicle. Ninguna mira a la cámara y ríen sin reservas. Hay algo en la escena que me hace sentir una punzada incómoda en el corazón.

Paseo el dedo por el borde de la repisa. En el otro extremo hay una cajita de música de madera, encajada entre una fotografía de un Josh de cuatro años untándose tarta de cumpleaños en la cara y las niñas soplando burbujas en el parque.

Toco la manivela plateada del lateral y me miro la yema del dedo. No hay polvo. Alguien viene aquí y le da cuerda al juguete a menudo.

Abro la tapa con delicadeza y de su interior surge una figurita de bailarina.

Cuando aprieto la manivela, empiezan a sonar suavemente las primeras notas tintineantes de una canción.

—Era de Sienna.

Por primera vez desde que tengo uso de razón, alguien me pilló por sorpresa. Estaba tan absorto que ni siquiera me di cuenta de que Emma había vuelto al salón. Se une a mí junto a la chimenea.

—Me la regaló cuando me fui a la universidad —explica—. La he llevado conmigo a todas partes donde nos mudamos desde entonces. Es lo primero que empaqueto y lo último que desempaqueto.

Se vuelve hacia mí mientras se hace el silencio entre nosotros. Ha compartido conmigo gran parte de su vida y, aun así, estoy ávido de más. Ansioso por conocer el trasfondo de cada cuadro de la repisa de la chimenea, por los secretos que guarda bajo llave, ocultos tras sus ojos aguamarina.

No es una petición justa. No le di nada de mí a cambio.

—Ruslan...

Se detiene en seco al oír fuertes pisadas en el pasillo. Oigo el ruido de una llave forzada en la puerta principal. Entonces, se abre y Ben entra a trompicones.

—¡Oh, Dios, Ben! —Emma jadea.

Parece un auténtico desastre. Da medio paso hasta el salón antes de desplomarse contra el sofá, con un gemido inhumano flotando entre sus labios.

Emma se acerca a la puerta principal y la cierra justo cuando un vecino que pasaba por allí mira con la alarma escrita en la cara. —¿Otra vez ebrio? —sisea con una mirada avergonzada hacia mí por encima del hombro—. ¡Es la cuarta vez esta semana!

Se lleva tres dedos flácidos a la frente. —No estoy borracho —balbucea.

—¡Se suponía que ibas a llevar a los niños al colegio esta mañana! ¿Dónde estabas?

La mira por un momento, antes de que sus ojos se desvíen hacia mí. —Tenía... —eructa a media frase antes de terminar—, mierda que hacer.

—Les prometiste a las chicas que las llevarías. Ellas contaban contigo...

Se interrumpe cuando los niños entran en el salón. Echan un vistazo a Ben y sus amplias sonrisas titubean. Josh parece receloso; Rae y Caro, nerviosas. Ben me dirige otra mirada furtiva y se aclara la garganta antes de volver su descuidada atención hacia ellos.

—Vengan aquí, angelitos míos —dice, extendiendo los brazos—. Vengan a darle un beso a papá.

Las niñas dudan solo un momento antes de aventurarse cautelosamente en sus brazos. Les hace cosquillas hasta que se relajan. Entonces, empieza a rebuscar en los bolsillos de sus pantalones. —Adivinen qué. Les traje un regalo.

—¡Un regalo! —Reagan trina—. ¡Sí!

El hijo de puta saca un caramelo sucio que lleva en el bolsillo no se sabe cuánto tiempo. Se la da a Reagan.

Caroline le mira expectante. —¿Y yo, papá?

Intenta disimular su impaciencia. —Espera, espera, espera de una puta vez —sigue cavando mientras Emma, Josh y yo permanecemos en la periferia, observando este patético intento de paternidad.

—Mierda, parece que se me cayó del bolsillo —arranca el caramelo de la mano de Reagan y se lo da a Caroline—. Comparte con tu hermana, ¿vale?

—Pero...

—Ahora váyanse. A papá le duele la cabeza.

Reagan intenta arrebatarle el caramelo a su hermana mientras Ben lucha por controlar la mueca de su cara.

Por supuesto, Emma está allí, ya en modo de control de daños. —Bien, chicas, ¡a la cama! Vamos. Pónganse el pijama y métanse en la cama. Iré en un segundo.

Las chicas me dedican sonrisas tímidas al salir del salón. Josh se acerca a mí, con los ojos fijos en Ben.

La mirada de Ben se estrecha, pero, a pesar de la profunda depresión de su boca, intenta mantener su voz optimista. —Mi hombresote, ¿cómo estuvo tu día?

—Bien.

No está tan ido como para no darse cuenta de que su hijo está siendo intencionadamente cortante con él. Mira a Josh, el ceño fruncido superando su necesidad de poner esta fachada a

medias para mi beneficio. La abandona por completo cuando me mira. —Pasaste todo el día aquí, ¿verdad?

—En realidad, acabo de llegar —respondo fríamente—. Pasé a echar un vistazo al coche.

Ben se ríe antes de que se convierta en una tos. —Oye, si quieres ayudar, puedes conseguirme un coche nuevo, como hiciste con Emma.

Emma abre mucho los ojos. —Ben...

—Emma es una empleada. Tú no. Ella trabaja por lo que tiene. Tú no.

Abre la boca para discutir, pero cambia de opinión y vuelve a ponerse de pie. —Solo voy a... dormir este dolor de cabeza... —luego sale a trompicones del salón, dejando tras de sí el hedor a alcohol, como una nube tóxica.

Emma se vuelve hacia Josh. Su expresión me confunde por un segundo. —Cariño... —solo entonces me doy cuenta de que Josh está temblando. Literalmente *temblando*.

Emma tiende la mano hacia él, pero, antes de que pueda detenerlo, coge el vaso vacío que hay sobre la mesa y lo lanza contra la pared de ladrillo. Estalla como fuegos artificiales y los fragmentos de cristal van en todas direcciones.

Por la reacción de Emma, supongo que no es la primera vez que pasa algo así. Ahora lo veo; no sé cómo no lo vi antes. Pensé que el naufragio de su vida solo entristecía a Josh. Pero ahora, cuando miro más de cerca, veo el trasfondo de ira que surge debajo. Esa ira es profunda.

Conozco la sensación.

Emma ignora los cristales rotos del suelo y se arrodilla frente a Josh. Su voz es calmada y tranquilizadora cuando habla. —Respira, Josh. Respira. Estoy aquí.

Le atrae hacia sí. En cuanto su mejilla se apoya en su hombro, su cuerpo empieza a temblar de sollozos.

—L-lo siento.

—Está bien, cariño —dice Emma, frota su espalda suavemente—. No pasa nada. Tú estás bien.

—¿Tía Emma? —las voces de las niñas llegan desde su dormitorio.

Emma me mira con impotencia. —¿Puedes... puedes quedarte con Josh? No tardaré ni cinco minutos.

Solo puedo asentir en silencio. Ella deposita un delicado beso en la cabeza de Josh y se apresura a asegurarse de que las niñas están bien.

Josh me da la espalda, se seca las lágrimas y evita el contacto visual. Le pongo una mano en el hombro y lo hago girar para que me mire.

—Háblame —digo con voz gruesa.

Sigue sin mirarme. —Lo odio. Lo odio tanto y me da tanta... tanta rabia.

Su pequeño cuerpo se estremece con el peso de sus emociones. Sé exactamente lo que siente ahora, porque una vez yo *fui* Josh, temblando de rabia y frustración, sin la menor idea de qué hacer al respecto.

Le pongo las manos en los hombros. —Está bien, Josh. Todo irá bien.

Finalmente, levanta sus ojos hacia los míos. —¿Cómo lo sabes?

—Porque me encargaré de eso.

EMMA

Mientras las chicas corren hacia la escuela, pongo mi mano en el hombro de Josh. —Oye, chico, ¿puedes esperar un minuto?

Josh vuelve esos ojos hoscos hacia mí y asiente. Caminamos hasta el muro bajo que rodea el jardín del colegio y nos sentamos.

—¿Estoy en problemas?

—No, claro que no —le aseguro—. Solo quiero hablar contigo.

Cuando volví al salón anoche, Ruslan le estaba diciendo algo a Josh en voz baja. Cuando vi a Ruslan salir por la puerta y volver, Josh ya se había retirado a su dormitorio. Me arrastré hasta allí con la esperanza de hablar con él, pero tenía las sábanas bien puestas sobre la cabeza.

Di lo que quieras de mí, pero sé captar indirectas.

—¿Sobre anoche? —se muerde el labio inferior y tiran de los bordes de sus cutículas.

Con cuidado, le suelto la mano y la entrelazo con la mía. —Sí, sobre anoche.

—Lo siento.

Me rompe el corazón lo triste que se ve ahora mismo, casi avergonzado. —Sé que lo sientes. Y sé que estás lidiando con muchas cosas ahora mismo. Quiero que sepas que puedes hablar conmigo, Josh. Sobre cualquier cosa. Incluso sobre tu padre.

Su labio se sale de su mordida y tiembla. —Me hace enojar tanto.

—No te culpo. Está bien estar enfadado, Josh, pero tienes que intentar que esa ira no te controle. Solo quiero que estés a salvo. Eso es todo.

Me mira ansioso por el rabillo del ojo. —¿Así que no estás enfadada conmigo?

Le paso un brazo por los hombros y tiro de él lo más cerca posible de mí. —Claro que no. Eres un gran chico. De hecho, el mejor que conozco —me dedica una pequeña sonrisa y le beso la parte superior de la cabeza—. Perdiste la cabeza por un momento. Créeme: hasta los adultos la pierden a veces.

Se encoge de hombros. —Apuesto a que Ruslan *nunca* la pierde.

—Yo no estaría tan segura —golpeo su hombro juguetonamente—. Ruslan es una persona, igual que tú y yo.

Se aparta del muro de piedra y me dedica una sonrisa que hace que se me derrita el corazón. —Me alegro de que Ruslan esté con nosotros. Me cae bien.

No sé qué decir, así que señalo hacia la escuela. —Vamos, no quiero que llegues tarde —me abraza por la cintura y corre hacia las escaleras.

Estupendo. Simplemente genial.

Parece que no soy la única que siente algo por Ruslan Oryolov.

—Buenos días, Srta. Carson.

Me pongo en pie de un salto cuando se aleja por el pasillo desde la sala de ejecutivos. —¡Sr. Oryolov! Buenos días. Su agenda está en su mesa.

Asiente. —¿Y la reunión con los Santino?

—Confirmada para esta tarde a las 15:00 —examina el montón desordenado de papeles en mi escritorio y me encojo—. Iba a limpiar...

—¿Cómo está Josh?

La severa profesionalidad de su voz decae por un momento. Esta es su voz "fuera de horario laboral". La que usa cuando soy "Emma" y no "Srta. Carson".

—Está bien —es una respuesta automática y Ruslan se da cuenta enseguida. Me mira con una ceja arqueada—. Bueno, tal vez no "bien" —concedo—. Está pasando por un mal rato.

—Hablé con él anoche cuando estabas acostando a las niñas. Quiero ayudar.

—¿Quieres qué?

—El chico está pasando por muchas cosas y el hecho de que lo esté aguantando todo es exactamente la razón por la que es propenso a los arrebatos de ira —me mira fijamente con esa mirada ámbar sin parpadear—. Supongo que no es la primera vez que tiene una rabieta así.

Me retuerzo donde estoy. *¿Sería una traición a Josh admitirlo?* No. Puedo confiar en Ruslan.

—No, no lo es. Ni mucho menos.

Ruslan asiente. —Necesita una salida para su ira. Necesita a alguien que lo ayude a canalizarla.

—Y tú quieres ayudar con eso.

—Estoy excepcionalmente cualificado para ello.

Levanto las cejas. —¿Por qué?

—Porque he estado en sus zapatos.

Intento mantener una expresión estoica, pero estoy segura de que la sorpresa se me nota en los ojos. Posiblemente sea la primera vez que me permite echar un vistazo a su pasado. Y el hecho de que baje la guardia por mi sobrino significa mucho.

—¿Qué dices?

¿Qué digo? Excelente pregunta. Porque la verdad es que lo que quiero hacer y lo que tengo que hacer son dos cosas totalmente diferentes. —Él realmente te admira, sabes.

—Lo sé.

—Y... se está encariñando rápido —me trago mis dudas—. Por eso tengo que decir que no. Lo siento, de verdad aprecio la oferta, pero no puedo seguir exponiendo a Josh a otra persona a la que puede perder.

Contengo la respiración, esperando alguna respuesta que posiblemente llegará de forma especialmente airada, en tres, dos, uno...

—Comprendo.

Um… ¿Qué?

Ni siquiera parece molesto. Solo se encoge de hombros con calma. —Puedo respetarlo. Si cambias de opinión, la oferta sigue en pie.

Pasa a mi lado y entra en su despacho. La puerta se cierra con un chasquido. Y… eso es todo.

Me siento detrás del escritorio e intento controlar la montaña rusa de emociones que me invade.

Me sorprende lo fácil que aceptó mi decisión.

Me conmueve lo dispuesto que estuvo a ayudar a mi sobrino.

Me siento honrada por la pequeña ventana que me dio a su pasado.

Y todo eso se suma a... una tonelada de atracción que no tengo ni idea de cómo procesar.

Peor aún... ni idea de cómo parar.



—REAGAN, cariño, cómete los guisantes.

—*Odio* los guisantes.

La miro con severidad. —No usamos esa palabra en esta casa.

Su labio inferior sobresale y Josh arrastra su silla un poco más cerca de ella. —Comer guisantes puede ser divertido, Rae. Mira —coge un guisante de su plato y lo lanza al aire. Luego, se inclina hacia delante con la boca abierta y el guisante cae dentro—. ¿Ves?

La cara de Reagan se tuerce de placer. —¡Hazlo otra vez!

Sacude la cabeza. —Tienes que intentarlo tú esta vez.

Hace una mueca de incertidumbre hacia el plato, pero coge un guisante. Por supuesto, el primero cae en la mesa y no en su boca. Pero, tres intentos después—: ¡Lo logré! —grita mientras Josh, Caroline y yo aplaudimos como si acabara de ganar el oro olímpico.

Mastica feliz y tararea una canción.

Resoplo de risa y le guiño un ojo agradecido a Josh. Nunca deja de sorprenderme el tacto que tiene con las chicas. A veces se parece más a un padre que a un hermano mayor. Es aún más evidente después de cenar, cuando las niñas corren al salón a meterse en su fuerte de almohadas mientras Josh se queda en la cocina para ayudarme a limpiar.

Apenas asoma la cabeza por encima del fregadero. Pero ahí está, de puntillas, enjuagando los platos.

—Cariño, puedo arreglármelas. No hace falta que laves los platos.

Se encoge de hombros. —No me importa.

No, pero a mí sí.

—¿Josh? —me mira y lanza un gruñido para hacerme saber que me escucha mientras sigue fregando los cubiertos—. ¿Qué quieres hacer este fin de semana?

Encogiéndose de hombros, murmura—: No sé. Lo que las chicas quieran hacer.

Le tiro el paño de cocina y le hago un gesto para que se siente conmigo en la mesa. —Siempre hacemos cosas que las niñas quieren. Creo que el fuerte de almohadas del salón fue idea suya. Y estoy noventa y nueve por ciento segura de que no fuiste tú quien sugirió la fiesta del té la semana pasada. Así que este fin de semana es tu fin de semana. Tú eliges.

Vuelve a encogerse de hombros, totalmente indiferente. Parpadeo al ver a mi sobrino de ocho años y se me cae una lágrima. ¿A dónde se ha ido el niño feliz? Justo en la repisa de la chimenea hay una foto suya, un Josh de mejillas gordas con una enorme sonrisa desdentada mientras golpea un globo atado a su cochecito. ¿Dónde está ese niño? ¿Quién es este hombrecillo solemne que ocupa su lugar?

¿Cuándo lo perdí?

—¿Y si vamos al parque y hacemos un picnic, todos juntos?

Josh abre mucho los ojos. —¿Papá también? —hay un dejo de pánico en su voz.

—Oh, bueno, no estaba pensando necesariamente en tu padre. A menos que *quieras* invitarlo...

—¡No! —dice ferozmente—. No quiero que venga papá.

Tiene las manos cerradas en puños y todo el cuerpo tenso. Hay algo que no me cuadra. No debería tener sentimientos tan grandes, tan espinosos, tan oscuros.

—Entonces no tenemos que invitarlo —pongo mi mano en el hombro de Josh. Sus temblores me recorren mientras sus ojos se dirigen a los míos, luego se alejan de nuevo—. No está invitado, ¿de acuerdo?

Él asiente y yo me muerdo la lengua para evitar que se me salten las lágrimas. —¿Por qué no vas a prepararte para ir a la cama, cariño? Tengo que hacer una llamada rápida y luego iré a arroparte.

En cuanto sale de la cocina, cojo el teléfono y salgo por la ventana a la escalera de incendios. Marco el número de Ruslan, aunque resulte embarazoso, me lo sé de memoria, y espero a que descuelgue. Empiezo a balbucear en cuanto contesta.

—¡No sabe ser un niño! Olvidó cómo ser un niño de ocho años y eso es completamente culpa mía porque no le he *permitido* ser un niño de ocho años. Tiene que soportar la carga de su jodido padre; tiene que cuidar de sus hermanas; y yo no me he dado cuenta porque estaba... estaba muy *ocupada*. Pero esta noche, lo vi tan claro. La cagué, Ruslan. Lo cagué y...

—Emma.

Eso es todo lo que hace falta para callarme.

—Heredaste tres hijos, un borracho y una puta tonelada de deudas. Intentabas sobrevivir.

No se equivoca, pero no me hace sentir mejor. —Está muy *enfadado*, Ruslan. ¿Y cómo podría culparlo? Tiene todo el derecho a estar enfadado. Perdió a su madre por culpa de un conductor borracho, perdió a su padre por el dolor y la bebida, y ahora se ve obligado a ser un adulto para sus hermanas. No es justo.

—Tienes razón, no es justo. Pero Josh es un chico fuerte. Y te tiene a ti.

—Ya no estoy segura de que sea suficiente —respiro hondo—. Ruslan, acepto tu oferta de ayudarlo.

—Sabía que lo harías.

—¿Soy tan predecible?

Su risita oscura me hace algo en las rodillas. —No. Es que quieres mucho al chico.

De acuerdo. Eso me hace sentir mejor.

—Lo recogeré mañana después del colegio —dice—. ¿Te parece bien?

Asiento, agradecida. —Sí. Informaré a la escuela. Gracias, Ruslan. Solo... gracias.

—Buenas noches, Emma.

Josh se está sirviendo un vaso de agua cuando vuelvo a entrar por la ventana. Levanta las cejas y yo le dirijo una sonrisa culpable. —Te pillé.

Se ríe y ese sonido me calienta por dentro. No pararé hasta oír ese sonido todos los malditos días, cinco veces al día. Diez, si puedo.

No es demasiado tarde para salvarlo.

—¿Adivina qué, pequeño? —espero a tener toda su atención, aunque no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa bobalicona en la cara—. Ruslan te recogerá mañana del colegio.

Sus ojos se vuelven redondos y se le cae la mandíbula. —¿Ruslan? ¿De verdad?

—Quiere hacer algo contigo. Y creo que podría ser divertido. ¿Qué dices?

—Yo... ¡Sí! ¡*Bien*! —corre hacia mí y me agarra por la cintura—. ¡*Gracias*, tía Em!

Esa noche, cuando los tres niños están en la cama, me meto en la ducha. Mis lágrimas se pierden bajo el chorro de agua cuando pienso en la mirada de adoración de Josh cuando le hablé de Ruslan. Solía mirar a Ben así, hace tiempo. A Sienna se le rompería el corazón si pudiera ver el estado en que se encuentra ahora su familia.

Lo siento, Si, sollozo en silencio mientras el agua fría me entumece la piel. *Hago lo que puedo.*

RUSLAN

—...ya le hemos instalado nuestro sistema de seguridad más avanzado. Cámaras de CCTV por control remoto, con sensores infrarrojos para todas las puertas y ventanas.

Miro el reloj. Se hace tarde y Vadim no parece tener prisa por terminar la reunión. Estoy a punto de vomitar de impaciencia.

—También he sugerido una caja fuerte biométrica para armas con liberación rápida.

Asiento distraído. —Me parece muy bien. Entonces, ¿cuál es el problema?

Mi tío frunce el ceño. —El problema es que el cabrón está paranoico, sobrino. Incluso con las cámaras con audio y el acceso por teclado digital, no está satisfecho —golpea con un nudillo el expediente del cliente abierto en el escritorio entre nosotros—. Quiere *más*. Quiere...

—Lo que quiere tendrá que esperar —digo, empujando el expediente del cliente hacia Vadim —. Tengo que ir a un sitio.

Las cejas de Vadim suben hasta casi la línea del cabello. —Solicitó una reunión contigo.

—Soy un hombre ocupado y no tengo por costumbre reunirme con todos los clientes que firmamos. Tendrá que conformarse contigo.

Vadim frunce los labios y sus ojos se desvían hacia el Rolex que lleva en la muñeca. —Aún nos quedan veintitrés minutos de reunión.

—Puede que a ti sí. A mí no. Surgió algo de última hora.

El ceño fruncido de Vadim se transforma en una sonrisa sugerente. —¿Una mujer?

—Con el debido respeto, tío, vete a la mierda.

Hace girar un bolígrafo entre sus dedos mientras se reclina en su asiento. —No puedo imaginar que te ausentaras de los negocios por otra razón.

—Entonces, está claro que no me conoces tan bien como crees.

Me pongo en pie y Vadim me sigue. —Espero que te hayas tomado a pecho mi consejo del otro día. Hacer herederos para la Bratva Oryolov debe ser tu máxima prioridad.

Aprieto la mandíbula, pero me trago la irritación. A estas alturas, Vadim no es más que una espina clavada. Fácil de sacar, pero más fácil aún de ignorar.

—Estoy seguro de que puedes cerrar este trato sin mi ayuda. ¿O necesitas que te lleve de la mano durante el proceso?

—Intenta no usar condón.

Le cierro la puerta y, cuando paso junto a su mesa, solo le dirijo a Emma una leve inclinación de cabeza. Hay demasiada gente alrededor como para justificar una conversación, por mucho que me apetezca detenerme y preguntarle de todo y de nada. *¿Qué tal el día? ¿Cómo están los niños? ¿Cuáles son tus miedos más profundos, tus secretos más oscuros, los que nunca le has contado a*

nadie?

Justo antes de entrar en el coche, suena mi teléfono.

EMMA: ***Si tú o Josh necesitan algo, por favor envíen un mensaje o llamen. ¡Diviértanse hoy!***

Aparecen tres puntitos que parpadean un rato antes de volver a desaparecer. Puedo percibir su ansiedad a través de ellos.

No la culpo por estar nerviosa. Madre adoptiva o no, no parece el tipo de persona que entregaría a su hijo a un extraño. Aunque en este punto, "extraño" parece un poco fuera de lugar.

Maldición, si hasta he cenado en su casa.

He hecho rebotar a sus chicas sobre mis rodillas.

He estado *dentro* de ella.

Aún así, el hecho de que ella aprobara esto en primer lugar me dice que está muy preocupada por Josh. Y no tiene idea de cómo lidiar con eso por su cuenta.

El chico está de pie junto a la entrada de la escuela cuando Boris pasa por delante. La fachada de ladrillo está desgastada y el hormigón está lleno de grietas. Ha vivido tiempos mejores. Abro la puerta y a Josh se le ilumina la cara. Pero la sonrisa solo dura un segundo antes de correr hacia el todoterreno.

—¿Llego tarde? —le pregunto cuando se desliza en el asiento trasero a mi lado. Parece un hombre de negocios con la mandíbula apretada.

—No.

—¿Y las chicas?

—Amelia ya las ha recogido.

—Bien. ¿Cómo estuvo la escuela?

Juguetea con el cinturón de seguridad. —Bien.

Normalmente es un poco más hablador que esto, lo que me da que pensar. Emma me hizo creer que a Josh le gustaba la idea de pasar algún tiempo conmigo, pero ahora no muestra ningún signo de entusiasmo. Empiezo a dudar de mí mismo por primera vez en toda mi puta vida.

Echo un vistazo. Está tirando del cinturón y evita mi mirada.

—¿Algo te preocupa? —pregunto en voz baja.

No obtengo más que una mirada fugaz y un encogimiento de hombros evasivo antes de que vuelva a mirar por la ventana. A escondidas, cojo el móvil y le envío un mensaje a Emma.

RUSLAN: ***Está callado.***

La llamada de Emma llega casi de inmediato. Decido ponerla en altavoz. En cuanto Josh oye su voz, se anima. —¿Tía Em?

—Hola, colega —canturrea, con voz estática e indistinta—. ¿Cómo va todo?

Me lanza una mirada recelosa. —Están bien... ¿Cuándo saldrás del trabajo?

—No hasta dentro de un par de horas, cariño. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que las niñas están solas en casa.

—¿Solas? —repite Emma—. Están con Amelia.

Sigue inquieto. —Sí, lo sé.

Por supuesto. Soy un puto idiota. —Emma, tenemos que irnos. Te haré saber a qué hora dejaré a Josh.

—Eh, ¿bien? —parece nerviosa por colgar, pero lo hace de todos modos.

Inmediatamente después, llamo a Kirill y vuelvo a pasar la llamada al altavoz. —¿Qué pasa, jefe?

—Necesito que dejes lo que sea que estés haciendo y montes guardia fuera de Hell's Kitchen hasta que deje a Josh esta tarde.

Kirill guarda silencio. —Debo haberte oído mal. ¿Quieres que deje lo que estoy haciendo y...?

—Ahora mismo.

—¿Aunque sea importante?

Josh me mira con la boca abierta. —No es más importante que esto —digo sin romper el contacto visual.

—De acuerdo, entonces. Tú mandas.

En cuanto cuelgo, Josh suelta—: ¿Por qué hiciste eso?

—Estabas preocupado por tus hermanas, ¿verdad?

Asiente.

—Bueno, ahora ya no tienes que preocuparte. Si tu padre causa problemas, Kirill está afuera. Se asegurará de que tus hermanas estén a salvo.

—¿Y la tía Emma? ¿Cuando llegue a casa?

—Por supuesto. La tía Emma también.

Se echa hacia atrás contra el asiento y, por primera vez desde que entró en el coche, deja en paz al cinturón de seguridad. —Está bien —luego me lanza una tímida mirada de reojo—. ¿Cómo supiste?

Sonrío. —Porque así es como me habría sentido yo en tu lugar. Necesitas saber que tu gente está a salvo. Es el sello distintivo de un buen líder —se sienta un poco más erguido y no puedo evitar añadir—: También es el sello de un buen hombre.

Pasamos el resto del trayecto en un agradable silencio. Me hace gracia que Josh no pregunte en ningún momento a dónde vamos o qué vamos a hacer. Solo cuando Boris aparca delante del elegante gimnasio de Midtown, Josh empieza a hacer preguntas.

—¿Esto es un gimnasio?

Me río ante la expresión de confusión de su cara. —Algo así. Vamos.

Josh me sigue a los vestuarios. Algunos de los otros clientes se quedan boquiabiertos al ver a este joven desgarbado entre ellos, pero, cuando ven con quién está, deciden meterse en sus putos asuntos. Buena decisión.

Encontramos un rincón vacío y le pongo un paquete en las manos. —¿Qué es esto? —pregunta tímidamente, jugueteando con el borde del sencillo envoltorio de papel marrón.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Deja el paquete con cuidado en uno de los bancos y abre la solapa. Cuando saca los nuevos guantes de boxeo, su cara pasa de la confusión al júbilo.

Sonrío y guiño un ojo. —Es hora de que saquemos un poco de esa frustración contenida de esos pequeños hombros.

Su cara se contrae al instante. —¡Mis hombros no son *pequeños*!

Riendo, le doy una palmada en la espalda. —Lo son, comparados con lo que serán pronto. Vamos, pruébatelos.

Se los pone a toda prisa y yo lo ayudo a ajustárselos como es debido. Levanto las manos para que me dé unos golpecitos exploratorios en las palmas. —¿Listo? —le pregunto.

Asiente con fervor, los ojos brillantes. —Listo.

Nos dirigimos hacia los sacos de boxeo, en la esquina más alejada del gimnasio. Lo entreno para que adopte una postura: las rodillas flexionadas, los codos metidos y los puños a ambos

lados de la cara. Me escucha atentamente, con la mirada fija en cada uno de mis movimientos.

—Debería ser así —le explico. Me pongo en cuclillas y suelto un gancho de derecha contra el saco.

Las cadenas chasquean y gimen, el cuero estalla y una fina lluvia de polvo desciende de las baldosas del techo. Josh se queda boquiabierto a nuestros pies.

—¡Whoa!

Riendo, le doy un falso puñetazo en el brazo. —Algún día podrás hacerlo.

—¿Pronto?

Me encojo de hombros. —Depende de lo comprometido que estés. Vamos, veamos lo que tienes.

Josh traga saliva y se tambalea un par de pasos hacia atrás. —No... no creo que pueda hacerlo —su mirada recorre el resto del gimnasio. Nadie más mira, pero, por el miedo en sus ojos, se podría pensar que está en el escenario frente a miles de críticos.

Me pongo en cuclillas delante de él. —Josh, mírame. No puedes ser perfecto a la primera —mi visión se nubla por un momento y vuelvo a oír esas palabras, pero no es mi voz la que las dice.

Es suya.

La de Leonid.

Algo se retuerce en mi pecho. Estoy tan acostumbrado a sentir ese dolor palpitante que este dolor diferente me coge desprevenido. Pensar en mi hermano muerto ya no me duele tanto como antes, y no tengo ni puta idea de por qué.

Concéntrate, idiota.

—Hay una curva de aprendizaje, Josh. Todos pasamos por ella. Incluso yo. Demonios, *especialmente* yo.

Se muerde el labio inferior. —Pero... ¿y si soy muy malo en esto?

—Si eres muy malo, y dudo mucho que lo seas, vale, lo eres. Pero, si lo eres, tendrás que elegir entre seguir siéndolo o mejorar. Y, si eliges lo segundo, eso es exactamente lo que ocurrirá. Pero puedes confiar en mí: nunca llegarás a ninguna parte si no lo intentas primero.

Puedo ver cómo la resolución se asienta en la mandíbula apretada de Josh. Asiente bruscamente y se endereza. —Estoy listo.

Le doy una palmada en la espalda. —Hombre valiente.

Enseño a Josh de la misma manera que Leonid me enseñó a mí. Silenciosamente alentador, infaliblemente paciente, ridículamente determinado. Para mí, el boxeo nunca ha sido sobre la liberación de la agresión reprimida. Bueno, nunca *solo* de eso.

Se trata de encontrar tu propio poder. Se trata de ser *dueño* de ese poder.

Josh boxea como un niño de ocho años enfadado con el mundo. Era de esperar. Pero, a medida que nos acercamos al final de la hora, puedo ver el comienzo de algo parecido a la habilidad en la fuerza de esos golpes cansados. Control.

Parece agotado cuando volvemos al todoterreno empapados de sudor, pero hay una nueva confianza en sus pasos. No se inquieta ni evita mi mirada.

—Yo diría que nos hemos ganado un helado, ¿no?

Josh duda. —¿Podemos llevar un poco para la tía Emma y las niñas?

—Por supuesto.

Solo entonces asiente.

Mientras nos dirigimos a la heladería, intento descifrar esta extraña sensación que se extiende

por mi pecho. Vuelvo una y otra vez a la foto que Emma me envió de ella y los niños comiendo helado. La sonrisa en su cara, la felicidad en sus ojos: ambas cosas me parecían extrañas en aquel momento. Yo era un extraño, mirando hacia dentro.

¿Pero ahora?

Ahora pienso en la alegre sonrisa de Emma y me doy cuenta de que siento lo mismo que ella en esa foto. Le he robado un trocito de su mundo y me he visto obligado a recordar en qué consistía el mío.

Antes de ser *pahkan*.

Antes de estar de luto.

Antes de pensar que construir barreras para mantener a la gente fuera era la única forma de vivir.

EMMA

—¡Hay un maldito papel de seda, Em! ¡Papel de seda!

Me alejo del espejo sobre el lavabo para ver a Phoebe a través de la puerta abierta del cuarto de baño. Tiene la tapa del paquete entre las manos y mira reverente el contenido envuelto en papel de seda que hay sobre mi cama.

Llegó hace media hora, exactamente tres horas antes de la gala benéfica Olson-Ferber de esta noche. El mensajero no tenía el nombre del remitente, pero no tenía por qué, esto tiene las huellas de Ruslan por todas partes.

—Ábrelo —me río entre dientes antes de volver a aplicarme el delineador.

—¡Esto es digno de admiración, Em! Esto es como los preliminares; no puedes entrar directamente. ¿Has visto la etiqueta en la parte superior de este bebé?

Intento no reírme, pero eso hace que me tiemble aún más la mano. Abandono el delineador y me uno a Phoebe frente a la elegante caja negra. Tiene un sello cursivo de *Vivienne Westwood*.

Phoebe se pone las manos sobre el corazón. —Es precioso. Me estoy desmayando.

Frunzo el ceño. —Aún no viste el vestido. Guárdate el desmayo para cuando amerite.

Cuando separo las hojas de papel de seda, Phoebe jadea. —¡Rojo! Ese es *tan* tu color.

—Habrías dicho eso sin importar el color.

Phoebe manosea la tela y suspira con nostalgia. —Es perfecto. El hombre es un regalo de los ángeles de arriba.

Le enarco una ceja. —¿Qué ha pasado con lo de "protege tu corazón" y "no te dejes embaucar con regalos caros y exagerados"?

Phoebe señala el vestido. —¡Es un *Vivienne Westwood*! —repite para enfatizar—. Además, ¿eres consciente de que solo te has delineado un ojo? Si es algún tipo de declaración feminista, entonces te apoyo, nena, pero si no, en aras de la honestidad, es un poco aterrador.

Poniendo los ojos en blanco, me dirijo de nuevo al baño para terminar mi segundo ojo. Phoebe me sigue y se apoya en el umbral, dejando caer su euforia por un momento. —En cuanto a proteger tu corazón, a estas alturas ya sabes lo que está en juego. No te voy a machacar la cabeza con sermones y cuentos con moraleja.

Intento mantener la mano firme mientras delineo mi segundo ojo con un color carbón. Phoebe tiene razón, *sé* lo que está en juego.

El problema es que no parece importar.

Ruslan y yo llevamos durmiendo juntos casi cinco meses. Entre las nueve y las cinco, soy un desastre constante y goteante, con quemaduras casi permanentes en las rodillas. Y por si fuera

poco, dos veces a la semana salimos juntos de la oficina y vamos a su ático en la 48. Me ofrece una copa y luego me folla hasta casi matarme.

Hemos bautizado el salón, todas las habitaciones, la cocina, incluso los baños. Me ha tenido contra las ventanas, las paredes, inclinada sobre el sofá y la mesa, extendida sobre la encimera de la cocina. De pie, sentada... lo que sea, lo hemos hecho.

Y lo más loco es que *sigue mejorando.*

En cuanto su lengua toca mi coño, me convierto en un charco pegajoso de necesidad.

El sexo oral es genial, pero todos los demás tipos de sexo que practicamos son igual de increíbles. Siempre salgo de su apartamento prácticamente levitando del suelo.

Pero me voy. Dada mi precaria posición emocional, me he estado diciendo constantemente que tengo que ser diligente a la hora de salir del apartamento justo después del sexo. Es solo que... no siempre es tan fácil hacerlo. Especialmente cuando pregunta por los niños. Algo que hace. A menudo.

Así que, para recapitular todo el tinglado: mi jefe y yo mantenemos relaciones sexuales increíbles con regularidad, aunque ahora casi siempre usa preservativo.

Lleva a Josh dos veces por semana a sus salidas individuales para estrechar lazos afectivos y eso está cambiando mucho las cosas para mi huraño niño de ocho años.

Trae helado a casa para las niñas cada vez que deja a Josh. Liquidó todas mis deudas en un abrir y cerrar de ojos.

No para de hacer pequeños gestos dulces y atentos, o de hacer reparaciones en casa para hacerme la vida más fácil. Como arreglar el coche. O lijar las patas de nuestra mesa de centro para que ya no necesitemos los posavasos para sostenerla.

Y a veces, de vez en cuando, lo sorprendo mirándome con esa extraña expresión en la cara. La ingenua tonta que hay en mí sigue esperando que eso signifique que quizá él también esté enamorándose.

Porque, a pesar de mis esfuerzos, me he enamorado de la persona de la que estoy *obligada por contrato* a no enamorarme.

Nunca deja de sorprenderme cómo las cosas pueden ser tan geniales y terribles al mismo tiempo.

Una vez maquillada, Phoebe me ayuda a meterme en el vestido. Tengo que contener la respiración cuando me sube la cremallera del corsé, pero, luego de un poco de esfuerzo por mi parte y muchos gruñidos de Phoebe, me sube la cremallera y me siento un poco fabulosa.

Phoebe se lleva las manos a las mejillas en cuanto gira para mirarme. —Estás guapísima, Em. Pareces una estrella de cine.

No tengo un espejo de cuerpo entero, pero me siento estupenda. El escote Bardot y la abertura hasta el muslo me hacen sentir sexy, pero el corsé estructurado y la sutil silueta en forma de A me cubren lo suficiente como para sentirme también elegante.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando me doy cuenta de que Phoebe tiene la cabeza inclinada hacia un lado y me mira con el ceño fruncido.

—Los labios nude se ven bonitos, pero creo que necesitas ir atrevida con este vestido.

—No mi pintalabios rojo.

Ella sonríe. —Creo que *tienes* que usarlo.

—Será demasiado.

—Um, ¿hola? Estarás del brazo del soltero más sexy de Nueva York esta noche. Necesitas traer el fuego.

—No sé...

Ignora mis dudas y coge el pintalabios rojo seducción de mi raído neceser de maquillaje. —¿Y bien? —pregunta, levanta el pintalabios como si fuera un arma—. Es todo o nada, ¿no?

Riendo, asiento. —De acuerdo. Pónmelo.

—¡Síííí! —sigue chasqueando los dedos—. ¡Vamos, nena! ¡No podrá quitarte los ojos de encima!

Sí, pienso para mis adentros con esa mezcla de odio a mí misma y esperanza que últimamente me resulta tan natural. *Eso es lo que espero.*

Y ese es exactamente el problema.



CUANDO SALGO DE MI HABITACIÓN, todo el mundo se queda paralizado. Amelia y los niños están sentados en el suelo del salón, y apartaron la mesita para construir una ciudad de Lego repleta de Barbies, otro regalo de Ruslan.

Caroline se queda boquiabierta. Amelia silba. Josh se queda boquiabierto y Reagan se levanta de un salto. —¡Tía Em! Pareces Cenicienta cuando el Hada Madrina le hizo un vestido.

Phoebe suelta una risita. —Has dado en el clavo, Rae.

Reagan frunce el ceño, indignada. —No le di a ningún clavo, tía Phoebe —mientras Phoebe intenta explicarle la expresión a una niña de cinco años, Josh y Caroline saltan hacia mí.

Caro acaricia el vestido con la punta de los dedos. —Pareces una princesa, tía Em.

Josh asiente. —Estás preciosa.

Tendré que esforzarme el doble para no sonrojarme esta noche. No quiero mimetizarme demasiado con mi vestido.

—Gracias, mis amores. Ahora pórtense bien con Amelia y la tía Phoebe. Vayan a la cama cuando se les diga. Sin negociaciones, ¿de acuerdo?

—Aw, ¿no podemos bajar y saludar a Ruslan? —ruega Caroline.

—Esta noche no, cariño.

Me golpea con su característico puchero desgarrador, pero la beso con fuerza, dejando una huella de mis labios en su frente.

—¡Quiero un beso así! —Reagan insiste de inmediato.

Marco a las chicas con pintalabios en la frente y mando besos a todos los demás. Bajo las escaleras despacio, acostumbrándome a los Manolo Blahniks de casi diez centímetros, sí, Phoebe tomó las medidas, que Ruslan me envió con el vestido.

Cuando por fin llego al vestíbulo de la planta baja, respiro hondo. El todoterreno de Ruslan está aparcado delante, puntual como siempre, pero necesito un segundo para recomponerme.

Este es tu momento Cenicienta, Emma. Disfrútalo.

—Bien. Aquí va...

Me dirijo a la puerta principal del edificio cuando sale volando hacia dentro y casi me arranca la mano. —¡Jesús! Cuidado...

Percibo un olor muy rancio a cerveza, humo y vómito, y me quedo helada.

Mi cuñado arruinándolo todo. Como siempre.

Ben tarda un momento más en reconocer a quién casi golpea con la puerta. Cuando sus ojos se posan en mi cara, se abren de par en par. Luego, recorren todo mi cuerpo. Dos veces.

—¿Qué coño llevas puesto? —suelta al fin.

Me aclaro la garganta. —Se llama vestido. Ahora, si me disculpas...

Cuando intento rodearlo, me bloquea. —¿De dónde demonios has sacado el dinero para ese atuendo?

Entrecierro los ojos. —Si quieres saberlo, Ruslan me lo dio.

—Oh, *Ruslan* te lo dio —se burla—. ¿Qué más te estuvo dando? Tengo una suposición.

—Ben, realmente no tengo tiempo para...

—¿También pagó todas las deudas de tu tarjeta de crédito? —exige Ben—. ¿Y el programa de baloncesto en el que está Josh? ¿O los zapatos nuevos que todos los niños tienen de repente? Tengo conjeturas para toda esa mierda también.

No quiero contestarle al cabrón, pero es mi mejor oportunidad de salir antes por la puerta. —Sí —exclamo—. Ruslan ayudó con algunas de esas cosas. Y yo pagué el resto.

—¿Cómo?

—He estado haciendo muchas horas extras últimamente, ¿de acuerdo? —se acerca un poco más a mí y ahora, mis glándulas sudoríparas están realmente poniéndose a trabajar.

—Horas extras, ¿eh? —se burla—. ¿Eso es algún código para decir que "trabajas de rodillas"?

—¡Imbécil!

Siento la tentación de darle una bofetada. En lugar de eso, aprovecho su inestabilidad, lo esquivo y salgo corriendo por la puerta antes de que pueda detenerme.

Desgraciadamente, el imbécil me sigue.

—¡No he terminado de hablar contigo!

—¡Bueno, yo sí he terminado de hablar contigo!

Estoy a punto de mostrarle mi dedo medio cuando me coge del brazo. —Escucha, tú...

De repente, me quitan a Ben de encima. Me giro hacia mi salvador, esperando ver a Ruslan. Pero, en vez de eso, es Kirill quien tiene a Ben agarrado por la parte delantera de su sucia camiseta.

—¿Q-quién eres? —exige Ben.

—¿En este momento? Tu peor pesadilla.

Levanto las cejas. En circunstancias normales, una frase así sería un cliché que me daría escalofríos. Pero por lo visto, si se pronuncia bien, es sorprendentemente eficaz. Ben parece estar de acuerdo: se pone pálido como la muerte y sus temblores se intensifican.

—Hay hombres mejores que tú con los ojos puestos en la Srta. Carson. Y no dudaré en arrancarte los tuyos si *vuelves* a ponerle una mano encima. ¿Entendido?

Ben asiente, obediente, con los ojos muy abiertos por el miedo.

Kirill empuja a Ben hacia atrás. Su talón choca con el bordillo y aterriza con el culo en la acera. Kirill me dedica una sonrisa encantadora y me ofrece el brazo.

—¿Vamos, señora?

No es exactamente la salida de cuento de hadas que yo esperaría.

Pero esta Cenicienta va aceptará lo que le den.

EMMA

—¿Dónde está Ruslan?

Estoy ocupada ajustándome el cinturón de seguridad para que no me estropee el vestido, así que me pierdo la expresión facial de Kirill. —Estará de camino a la gala mientras hablamos.

Levanto las cejas. —Oh. ¿Tiene entrevistas que dar o algo así?

Kirill arruga la frente. —¿Entrevistas?

Empiezo a sentir un poco de calor a pesar de que el aire acondicionado está a tope. —Bueno, um, quiero decir, pensé que se suponía que entraríamos juntos. ¿No suele entrar en estas galas con sus citas?

Alza las cejas, pero se limita a asentir. —Normalmente, sí.

¿Me estoy perdiendo algo?

—Lo siento, no quiero parecer una pueblerina. Es solo que esta es mi primera gala y no estoy segura de cómo funciona todo. Esperaba que Ruslan estuviera conmigo para explicarme.

Kirill se hace a un lado y se aclara la garganta. —Bueno, la cosa es que hay un cierto... protocolo en este tipo de eventos.

—Lo sé. Por eso pregunto.

Me lanza una mirada que no consigo leer. ¿Está nervioso por mí? ¿Le doy pena? ¿Cree que Ruslan se equivocó al elegirme como su cita?

—Las multitudes en este tipo de cosas son diferentes a las que estás acostumbrada, Emma —explica con suavidad—. Ruslan también se verá obligado a ser diferente.

No tengo ni idea de lo que significa. ¿Intenta decirme que Ruslan no será cariñoso conmigo en público? Porque, si es así, tengo noticias para él: Ruslan tampoco es muy cariñoso conmigo en privado.

—Lo sé. Ruslan es un hombre importante. La gente quiere conocerlo.

Kirill asiente. —Sin embargo, estaré feliz de acompañarte.

Sonrío insegura. —Gracias.

Otra vez... raro.

Una legión de coches de lujo hace cola en fila india a medida que nos acercamos al Met. Los fotógrafos se alinean en la alfombra roja a las puertas de la elegante entrada del museo, y las luces parpadean cada dos por tres.

—Oh, Dios —suspiro, con la ansiedad subiéndome por la garganta—. Me romperé el culo subiendo esas escaleras seguro.

Kirill me guiña un ojo, tranquilizador. —Te tengo. No te preocupes.

Cuando nuestro Escalade llega por fin a la primera fila, mi puerta se abre de golpe y me golpea un frenesí de flashes. Es casi suficiente para que me esconda en la parte trasera del todoterreno y me niegue a salir.

El pensamiento abrumador en el fondo de mi cabeza es *desearía que Ruslan estuviera conmigo ahora mismo.*

Entonces, Kirill se acerca y me ofrece la mano. La cojo agradecida y entramos juntos en el museo.

—No te has tropezado —me susurra—. Bravo.

Ahora que nos libramos de la multitud de periodistas y fotógrafos, me siento algo más relajada y me siento más segura de mí misma.

Eso y verme en los espejos de cuerpo entero del vestíbulo.

Maldita sea, me veo bien.

El Onyx Ballroom brilla con luces y gente resplandeciente. Es suficiente para cegarme. Escudriño la sala de un lado a otro, con la esperanza de vislumbrar al hombre por el que estoy aquí. Kirill se pega a mi lado y me acompaña por el salón de baile. Supongo que me lleva hacia Ruslan, pero entonces lo veo al otro lado de la sala.

Pensé que me veía bien, pero no le llego ni a la suela del zapato. Ni ningún otro hombre en este lugar. Ni los políticos ni las estrellas de cine. Nadie lleva esmoquin como Ruslan Oryolov.

—Espera, Kirill. Ruslan está justo...

Me detengo en seco. Prácticamente puedo sentir como se me va el color de la cara. —¿Es... Jessica Allens la que está a su lado?

No solo está a su lado, sino que prácticamente forma parte de su atuendo, colgada del brazo con su vestido de cóctel de lentejuelas color champán. Se ríe a carcajadas, le masajea el bíceps posesivamente y mira a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo sabe con quién está.

Mi mirada se desvía lentamente hacia Kirill, y la expresión de su rostro lo aclara todo.

Lástima.

Eso es lo que vi en el coche.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —le pregunto a Kirill miserablemente—. ¿La dama de compañía, convenientemente cerca para que él tenga su polvo fácil cuando acabe la noche?

Se pasa una mano por el pelo. —Eres su ayudante, Emma. Estás aquí por si te necesita.

Me burlo. —Vale —me concentro en el bar, que, por suerte, está en el lado opuesto de la sala, lejos de donde Ruslan y la bruja de su cita hacen vida social—. Bueno, si nuestro jefe me necesita, estaré en el bar. Considéralo mi domicilio por el resto de la noche.

Salgo pitando en dirección al bar y cojo el primer taburete vacío que veo. Pero, como soy masoquista, elijo el taburete que me ofrece una vista de pájaro de Ruslan y la versión chapucera con bótox de Miranda Priestley con la que está.

¿Realmente estaba segura de mí misma cuando vine aquí? ¿De verdad creí que ponerme un bonito vestido rojo y pintarme los labios cambiaría algo entre Ruslan y yo? Con vestido o sin él, sigo siendo la humilde ayudante, la empleada a sueldo. Él sigue siendo el playboy multimillonario con una lista interminable de opciones. No soy nada más que un juguete para él.

Una distracción, en el mejor de los casos.

Un caso de caridad, en el peor de los casos.

Le hago señas a un camarero que lleva una pajarita escarlata del mismo color que mi vestido. *Justo en el clavo.*

—¿Qué desea, señora? —pregunta.

—Un taxi a casa sería genial.

—¿Disculpe? —pregunta, distraído.

Me aclaro la garganta. —Gin tonic, por favor. Y, si te pasas con la ginebra, no me quejaré.

No es mi bebida habitual, pero necesito algo que me saque de la depresión en la que me estoy hundiendo. Necesito al menos la energía suficiente para aguantar un par de horas. O eso o bastante apatía.

En cuanto me ponen la copa delante, con un posavasos de cristal nada menos, la cojo y le doy un sorbo grande y muy poco femenino. El ardor recorre mi garganta, pero no hace nada por aliviar la pesadez de mi pecho.

Jessica soba el cuello de Ruslan. No puedo verle la cara con claridad, pero lo conozco lo suficiente como para saber que no es el tipo de hombre al que le guste que lo acicalen en público.

—Ese es un trago fuerte, *chica*.

Pongo los ojos en blanco mientras Kirill se sienta a mi lado. —Puedo hacer lo que quiera. Nadie me presta atención.

—Emma, estás deslumbrante esta noche. La mitad de los hombres de esta sala están babeando por ti.

Le dirijo una mirada escéptica. —¿Esta adulación es para compensar el hecho de que tu jefe es un bastardo?

—Dos cosas pueden ser ciertas a la vez.

Le doy otro sorbo a mi G&T. —No necesito que me cuides esta noche, Kirill. Ya soy mayorcita, sé cuidarme sola.

—Me parece bien —alza las manos en defensa propia—. Solo vine por las bebidas gratis.

Tomo otro sorbo. —Urgh —frunzo el ceño directamente hacia Jessica Allens—. Es *horrible*.

Kirill levanta su vaso cuando el camarero se lo trae y brindamos por ello. —Está trabajando en este momento, Emma. Yo no me lo tomaría como algo personal.

—No lo haría si me lo hubiera *dicho*. Tuvo semanas para decírmelo y en vez de eso, me hizo creer que *yo* iba a ser su cita para esta cosa.

Kirill se encoge de hombros. —Estoy seguro de que asumió que...

—Sé que es tu jefe y todo eso, pero de verdad, de verdad necesito que no lo defiendas ahora mismo.

Kirill asiente y esconde la cara detrás de su bebida. Cuando termina, se levanta del taburete. —Volveré en un rato.

—No necesitas hacer eso.

Me guiña un ojo para decirme que lo hará de todos modos y desaparece entre la multitud. Cuando separo mi atención de Jessica y Ruslan el tiempo suficiente, me doy cuenta de que tenía razón: estoy recibiendo algunas miradas. Mujeres que admiran mi vestido. Hombres que parecen admirarme. Me da un poco de satisfacción, que sé que es horriblemente mezquina, pero, a este paso, tomaré más de lo que sea que me ayude a pasar la noche.

—Hola.

El hombre a mi espalda está demasiado cerca para ser Kirill. Se desliza alrededor de mi taburete y ocupa el lugar vacío a mi lado. —¿Puedes ayudarme a resolver un pequeño misterio?

Arqueo una ceja y me preparo para una frase cursi. —Puedo intentarlo.

Sonríe. No es poco atractivo. De hecho, con su pelo rubio peinado hacia atrás y sus pómulos hundidos, tiene toda la onda Targaryen de *Juego de Tronos*. —Te estuve observando durante unos minutos...

—Hm, nada espeluznante. Continúa.

—…y no puedo, ni por mi vida entera, entender por qué una mujer tan hermosa como tú está sentada sola con ese ceño permanentemente fruncido.

En cuanto a frases de coqueteo, no está *mal*.

—Supongo que no estoy de humor para... —hago un gesto hacia el salón de baile—, todo este alboroto.

—No puedo culparte. En estas funciones suele haber un montón de millonarios pomposos y engreídos, cada uno desesperado por superar al otro. O eso, o insufribles trepadores sociales.

—¿Cuál eres tú?

Se ríe entre dientes. —Te daré la oportunidad de averiguarlo mientras bailamos.

Miro fijamente la mano que me ofrece. —No sé. Me gusta mi pequeño taburete tranquilo en la esquina.

—Oh, vamos. Eres demasiado guapa para estar sentada aquí sola.

Echo un vistazo más allá de la pista de baile y veo a Ruslan de espaldas. Jessica, por supuesto, no está lejos suyo. Su mano se desliza por el dorso de su abrigo antes de pasarla por su brazo.

Llevo aquí sentada más de una hora y ni siquiera me ha mirado. Ni siquiera una vez. Realmente se siente como un chiste. *Aquí tienes un hermoso vestido rojo y un hermoso par de zapatos, Emma. Ahora, siéntate y mira cómo me llevo a la niña de papá más odiosa de Nueva York mientras te ignoro completamente.*

Sí, bueno, no tengo que sentarme y mirar. No tengo que hacer de alhelí. Si tengo que aguantar esta noche, puedo hacerlo en la pista de baile con un hombre que parece más que dispuesto a colmarme de la atención y los cumplidos que Ruslan me niega cruelmente.

Deslizo mi mano entre las suyas y le hago un gesto decisivo con la cabeza. —De acuerdo. Bailemos.

RUSLAN

—Debo decir que ustedes dos hacen una pareja maravillosa.

Fyodor tose discretamente mientras Vadim me dedica su mayor sonrisa. Solo saca esa sonrisa burlona en eventos como este. He llegado a odiarla con puta pasión.

—¿*Cierto*, Vadim? —trina Jessica mientras se levanta para ajustarme el cuello una vez más.

¿Cree esa mujer que soy un simio sin pulgares que no sabe ajustarse su propia ropa? Cada vez que salgo de su alcance, encuentra una forma de aferrarse a mí de nuevo. Maldito demonio chupasangre. No veo la hora de librarme de ella.

Vadim nos mira con una sonrisa sugerente. —Ya me imagino cómo serán los niños.

Qué puto mentiroso de mierda. Nadie se imagina cómo serán los niños, sobre todo porque, a estas alturas, nadie recuerda cómo era la cara original de Jessica.

—Oh, serían *tan* preciosos, ¿no crees, Rus?

Mi cabeza gira en su dirección. ¿Acaba de llamarme *Rus*?

Dejo de rodearla con el brazo y cojo otra copa de champán. Ya es mi tercera copa de la noche, pero esta mierda débil no será suficiente. Pasar cualquier cantidad de tiempo con Jessica Allens requiere licor fuerte. Mucho.

Capto un destello escarlata por el rabillo del ojo y me giro automáticamente. Llevo media hora mirando a todas las mujeres vestidas de rojo. Entonces, percibo un aroma cítrico y sé que es ella.

Y Dios mío, está impresionante.

He imaginado este vestido en ella cientos de veces, pero mi imaginación no le hacía justicia. Emma en la vida real es más de lo que jamás podría haber soñado. La tela se desliza suavemente alrededor de su cuerpo, resaltando su esbelta cintura, sus preciosos pechos y el rubor de su piel perfecta.

Y sus *labios*. Están pintados de un carmesí profundo y peligroso, y suplican rodear mi polla.

Mi reacción inmediata es el deseo. Caliente y denso, lleno de necesidad.

Mi segunda reacción es de *rabia*.

Pasé toda mi vida practicando el arte del control. En mi trabajo, si lo pierdes, mueres. Pero ahora, en el maldito crisol, con aliados y enemigos pululando por todos lados... estoy demasiado cabreado para controlarlo.

Hay demasiados ojos puestos en ella. Demasiadas segundas miradas, demasiadas miradas persistentes. Las mujeres son en gran medida tolerables, pero los hombres... estoy tentado de anotar cada uno de sus nombres para poder arrancarles los ojos personalmente más tarde.

—Cariño, ¿qué estás mirando?

Cuando no la miro inmediatamente, Jessica me pasa los dedos por la mejilla. Necesito toda mi disciplina para no apartarme de su contacto.

Jessica Allens *no* pertenece a mi brazo.

Emma sí.

Y ahora, la he perdido entre la multitud.

—No le hagas caso, Jessica. Aún está en modo jefe —odio dejar que Vadim dé excusas por mí, pero al menos alguien calma a la diablesa. Ni siquiera puedo reunir la energía para mentirle convincentemente.

—Todo trabajo y nada de juego hace de Ruslan un chico muy aburrido —bromea, riéndose histéricamente de su propio chiste malo. Luego, jadea—. ¡Dios mío! Lola, ¿eres tú? Discúlpame un momento, cariño, tengo que ir a saludarla.

—Tómate todos los minutos que quieras —murmuro en voz baja. En cuanto me deja en paz, me siento 30 kilos más ligero—. Gracias a Lola, *maldición* —me recuerdo a mí mismo que tengo que donar algo considerable a la organización benéfica de la mujer más tarde.

Fyodor me clava una mirada penetrante. —Pronto tendrás que tomar una decisión, hijo mío.

No dice nada más, pero el tío Vadim, por supuesto, no puede dejarlo ahí. —La chica Allens tiene conexiones increíbles y suficiente dinero para rivalizar con tu fortuna.

Me burlo. —Ninguna cantidad de dinero vale la pena procrear con esa banshee. Prefiero perder un testículo.

Mi padre suelta un suspiro cansado. Vadim chasquea la lengua con desaprobación. —La sabiduría se desperdicia en los jóvenes.

Estoy a punto de decirle exactamente dónde puede meterse su sabiduría cuando Jessica aparece de nuevo, demasiado pronto. Pero, como el apéndice que atrae hacia mí es un hombre al que algún día podría necesitar, pongo mi sonrisa más encantadora.

—Comisario Allens —le digo a su padre—. Me alegro de volver a verlo.

Me da un fuerte apretón de manos. —¡Ruslan! Un placer, un placer.

Mientras saluda a Vadim y Fyodor, veo un espejismo rojo a lo lejos. Me desvío un centímetro y veo a Emma sentada junto a la barra.

Excepto que no está sola.

La furia me nubla la vista cuando me doy cuenta de con quién está hablando.

Con el maldito Adrik Makarov.

Si pensé que estaba molesto antes, no se compara con el infierno que arde en mis venas ahora mismo. Estoy a segundos de enloquecer si ese cabrón no se aleja de ella ahora mismo, cuando...

—¿Ruslan? —la profunda voz de Hiram Allens corta el filo de mi ira.

Maldita sea. Trago saliva y me vuelvo hacia él, obligándome a sonreír. —¿Me disculpa un momento, comisario? Tengo que ocuparme de unos asuntos.

No estoy tan cegado por la rabia como para no ver las miradas incrédulas de Jessica y Vadim cuando me excuso de la compañía de Hiram. Incluso Fyodor parece ligeramente sorprendido, y él ya casi nunca se preocupa de la política.

Pero no puedo concentrarme en encantar al jefe de la policía de Nueva York cuando ese baboso hijo de puta tiene la vista puesta en *mi mujer*.

Empiezo a abrirme paso entre la multitud hacia el bar de la esquina más alejada. Pero, antes de que pueda acercarme lo suficiente a Adrik para estrangularlo, Kirill se interpone en mi camino. —Whoa, vamos a tomar un respiro, hermano. Sé a dónde vas y, créeme, no es una

buena idea.

—Se suponía que ibas a cuidar de Emma esta noche —estoy *así* de jodidamente cerca de empujarlo a un lado y abrirme paso hasta el bar—. ¿Por qué coño no lo impediste?

—Porque, en el momento en que lo hiciera, Adrik sabría que Emma es un punto débil para ti.

Esas dos palabras.

Punto débil.

Joder, qué aleccionadoras son.

Pero me llegan. Ya es bastante malo que Remmy se haya centrado en Emma. Si Adrik hiciera lo mismo, sería mucho peor. Pondría a Emma en peligro. Pondría a los niños en peligro. Es la puta razón por la que no podía traerla como mi cita esta noche: en el momento en que la gente la viera de mi brazo, sabrían que era importante. Empezarían a indagar en su vida, su pasado, sus relaciones.

Y no lo toleraré.

—Está aquí esta noche para molestarte. Esta noche se trata de Lees International.

Mis ojos se clavan en los suyos. —¿Has cerrado el trato?

Kirill asiente. —El consejo de administración lo acordó esta mañana. Bane Corp. comprará Lees International y Adrik no puede hacer nada al respecto. La decisión fue unánime.

Lees International es solo una de las filiales de Adrik, pero aún así será una pérdida significativa. Especialmente considerando con quién la está perdiendo. Esta sería una gran noticia si no fuera por el hecho de que Adrik ahora está ofreciendo a Emma su mano.

Y ella la toma.

Kirill mira por encima del hombro. —Intenta sacarte de quicio fastidiando a tu ayudante, eso es todo —advierte—. No le des la pista de que ella podría ser más. Sobre todo, no le des la satisfacción.

Mi mirada se estrecha cuando Adrik rodea la cintura de Emma con un brazo y tira de ella para acercarla. Por supuesto que elegí el vestido más sexy que pude encontrar para ella. Y ahora, ese hijo de puta se beneficia de ello.

Debería ser mía.

—De acuerdo —escupo apretando los dientes—. Que así sea.

—No te preocupes —me asegura Kirill—. Los vigilaré.

Me obligo a caminar de vuelta a mi grupo. Lo bueno es que Hiram Allens está en el mismo lugar donde lo dejé. Lo malo es que su hija también.

Hiram me hace un gesto de aprobación. —Admiro a un hombre que nunca deja de trabajar, Ruslan. Pero también hay que saber cuándo parar y oler las rosas.

Mira a su insufrible hija cuando lo dice. Ella me rodea el brazo con la mano. —Ruslan está ocupado construyendo su imperio, papá.

Miro por encima del hombro de Jessica, pero no veo a Emma ni a Adrik. Hay al menos otros dos vestidos rojos retozando en la pista de baile, distrayéndome cada vez que pasan por mi campo de visión.

Solo soy vagamente consciente de que Jessica está hablando. —¿Alguien está interesado en un baile?

La veo entonces, dando vueltas por la pista de baile con esa grotesca comadreja. Está de espaldas a mí. La mano de Adrik descansa justo encima de su culo.

Voy a matar a ese maldito bastardo.

Levanto los ojos y descubro que los suyos me apuntan directamente. Me dedica una sonrisa

descarada y un guiño que pide a gritos que se lo arranque de la cara.

—¿Rus? —Jessica lo intenta de nuevo.

Sí, esa es la forma *equivocada* de hacer que responda a algo.

—Ruslan —el desagrado en la voz de Hiram llama mi atención—. Pareces muy... distraído. Imperdonable, la verdad, teniendo en cuenta la hermosa mujer que llevas del brazo.

Reprimo mis arcadas por el bien de su padre e intento volver a meter la cabeza en el juego. Necesito la lealtad de Hiram Allens; por lo tanto, necesito mantener contenta a su hija.

Pero tampoco dejaré que las maquinaciones de Adrik queden sin respuesta. No hay forma de que pueda poner sus manos en lo que es *mío* y salirse con la suya.

Sé muy bien por qué mantengo a Emma en secreto. Por su bien, por el bien de los niños, ha sido la mejor decisión. Pero hay una bestia en mí que dice al diablo con eso. Puedo manejar las consecuencias. Puedo mantener a salvo a toda su familia aunque hasta el último hombre, mujer, niño y animal de este planeta intente arrebatármela.

Pero recuerda mis palabras: de una forma u otra, contra viento y marea, por cualquier medio necesario...

Para cuando termine esta noche, cada puta alma de esta gala sabrá *exactamente* a quién pertenece Emma.

RUSLAN

Cuando sirven la cena, veo que a Adrik le asignaron un asiento en la mesa de los rechazados, al fondo de la Sala Ónice, lo cual me satisface bastante. Pero, en este momento, estoy más preocupado por la situación de los asientos en mi propia mesa.

—¿Cambiaste las tarjetas con los nombres en nuestra mesa? —gruño en cuanto Kirill se acerca a mí.

—Por supuesto. Emma estará sentada a tu derecha.

Tengo la tentación de obligar a Kirill a cambiar la mesa para que Jessica se siente lejos de mí, pero eso sería pedir demasiado. Dejo a Jessica cotilleando con una pandilla de sus igualmente nauseabundas amigas y me dirijo directamente hacia donde nos sentaremos en posición de honor, en la parte delantera del salón de baile.

Justo a tiempo para pillar a cierta mujer de rojo intentando cambiar las tarjetas con su nombre para *no* sentarse a mi lado.

—¿Hay algún problema, Srta. Carson?

Suelta un grito ahogado y casi deja caer su tarjeta sobre una de las velas decorativas que adornan el centro de mesa. Sus mejillas se tiñen de un rojo brillante, solo un tono más claro que su vestido. De cerca está todavía más deslumbrante.

—Me imaginé que preferirías sentarte al lado de alguien más importante —suelta.

—Me las arreglaré contigo.

Aprieta la mandíbula mientras se sienta y aparta la silla de mí.

La sirenita está de muy buen humor esta noche.

Que yo esté aquí con Jessica la tiene muy alterada. Me pregunto si esa es la razón por la que eligió bailar con Adrik, para hacerme sentir lo que ella siente. No es que ella podría haber sabido quién es él. Lo que él ha hecho.

—¡Oh, qué mesa tan bonita! —grita Jessica, que aparece de la nada y reclama el asiento a mi izquierda—. Tan elegante.

Por supuesto, sus ojos se posan justo en Emma. Ella es la única forastera en esta mesa. Eso y que se destaca.

Ese vestido estaba hecho para ser el centro de atención. Y ella está hecha para ese vestido.

Jessica se inclina a un lado. —Hola —cuando Emma intenta ignorarla, Jessica agita la mano en la cara de Emma—. Holaaaaa.

Emma le dedica una sonrisa tensa. —Hola.

—Soy Jessica.

—Lo sé.

La sonrisa de Jessica vacila un poco, pero consigue recuperarla. —¡Ese vestido está *fabu*! ¿*Es* un Carolina?

—Um, creo que es Vivienne Westwood.

—¡Por supuesto! Es *tan* Vivienne —se ríe demasiado, señal inequívoca de que se siente insegura—. Lo siento, no escuché tu nombre.

—Soy Emma, Sra. Allens. Nos hemos visto varias veces.

Jessica frunce los labios y se da golpecitos con una uña cuidada. —¿Lo hemos hecho?

—Soy la asistente del Sr. Oryolov.

La sonrisa de Jessica se congela. Mira fijamente a Emma, luego me mira a mí, luego de nuevo a Emma. —¿Eres la... asistente?

—Lo soy.

A Jessica se le borra la sonrisa y se echa hacia atrás. —¿Por qué está tu *asistente* en nuestra mesa? —me dice en voz baja.

Me dan ganas de arrancarle la lengua de la boca, pero me reprimo y le dirijo una mirada superficial. —Porque yo se lo pedí.

Debe haber captado la amenaza en mi voz porque, por una vez, se calla. Sin embargo, en el momento en que los aperitivos caen sobre la mesa, su mano se posa en la parte interior de mi muslo, demasiado cerca de mi entrepierna para mi comodidad. Me aprieta y se ríe distraídamente de algo que la señora Pelham, esposa de un importante concejal, está diciendo desde el otro lado de la mesa. Pongo mi mano sobre la suya y ella respira entrecortadamente, probablemente pensando que estoy siendo cariñoso.

Entonces, retiro su mano de mi pierna y la sonrisa muere en sus labios.

Vuelvo mi atención hacia Emma. Está inmersa en una conversación con Reggie Schaffer. El hombre es dueño de una cadena de resorts exóticos de alta gama en todo el mundo, y acaba de inaugurar su nuevo buque insignia en Bali. Es encantador, pero también sé que lleva cuarenta años felizmente casado con su segunda esposa. Por eso se sienta intencionadamente a la derecha de Emma.

—...solo un poco intimidantes, estos eventos —dice Emma tímidamente, inclinándose hacia el Sr. y la Sra. Schaffer.

La Sra. Schaffer sonríe a Emma con simpatía. —Cariño, confía en mí: Yo he pasado por eso. Te acostumbras.

—No tengo que acostumbrarme. Este no es mi mundo. Solo soy una empleada.

Reggie parece escéptico. —Puede que este no sea tu mundo, pero desde luego parece que encajas.

Emma se ríe y le pone una mano amistosa en el brazo. El hombre roza los ochenta y el contacto de Emma no dura más de un segundo, pero aun así me molesta. Estoy celoso de cada sonrisa, de cada carcajada, de cada conversación que intercambia con alguien que no sea yo.

Al otro lado de la mesa, un promotor llamado Brady Sánchez rodea con un brazo a su cita de veintidós años y me dedica una sonrisa entusiasta. —¡Oryolov! No sabes cuánto me alegro de que estemos sentados en la misma mesa. Eres un hombre difícil de convencer, cabrón ocupado.

Contengo mi sonrisa. Nada en el plano de los asientos se dejó al azar. Pero, mientras tenga apariencia de casualidad, juega a mi favor.

—Construiré un nuevo complejo de apartamentos de lujo en Manhattan y necesito ponerle todos los accesorios. Quiero ese lugar bien cerrado.

Esta se perfila como la venta más fácil de mi vida. Sánchez es un niño con un fondo

fiduciario que nunca encontró un dólar que no quisiera gastar inmediatamente.

Entonces, oigo risas a mi derecha y pierdo completamente el hilo de mis pensamientos. Los Schaffers se ríen de algo que Emma acaba de decir. Incluso Dennis Carlisle se ha unido a la conversación. Ese *mudak* de las finanzas está sentado junto a su amante en público mientras su tercera esposa se queda en casa, y aún tiene la audacia de mirar a Emma como si fuera una jugosa pieza de fruta madura para morder.

—Entonces, ¿qué dices, Oryolov? —insiste Brady cuando no respondo—. Mi rascacielos es un monstruo de cuarenta pisos. Y quiero cada apartamento envuelto en las mejores campanas y silbatos de Bane.

Otra carcajada a mi derecha. Instintivamente, mi mano encuentra la pierna de Emma bajo la mesa. Se pone rígida y su sonrisa vacila solo un instante. Luego, me empuja para apartar la mano de su muslo. Es suficiente para hacerme reír a mí también. Cuando vuelvo a intentarlo, repite el proceso, sin apartar la cara de mí en ningún momento. Lo único que veo es su mandíbula vibrando de tensión.

—Solo lo mejor para ti, Brady —murmuro.

Aparentemente, la he molestado *mucho* esta noche. Hará falta algo más que un poco de tacto por debajo de la mesa para descongelar mi sexy *kiska*.

Por suerte para mí, me gustan los buenos retos.

Por supuesto, no todos los retos son tan agradables. Lo recuerdo cuando la mano de Jessica vuelve a mi muslo. Le doy cinco segundos para que lo reconsidere y vuelvo a despegarla. Ella lo interpreta como una excusa para acercarse un poco más a mí. La ignoro y me centro en el pequeño glaciar rojo sentado a mi derecha.

Esta vez, cuando palmo el muslo de Emma, agradecido como siempre por la hendidura que me ofrece el contacto con su piel desnuda, ella está lista para mí. Me agarra la mano y me clava las uñas. Me cuesta no echarme a reír.

El pequeño gato infernal literalmente sacó las garras esta noche, y me encanta.

—Espero que ese brillo en tus ojos signifique que eres tú quien manejará esta cuenta —Brady se cruza de brazos, altivo—. No estoy dispuesto a aceptar a nadie más —su mirada se desvía hacia Fyodor y Vadim, el último de los cuales oculta el ceño fruncido tras su copa de champán.

Mantengo la cara seria mientras Emma profundiza un poco más. Un poco más y empezará a sacar sangre. Aun así, me niego a retirar la mano.

—No soñaría con entregarte a nadie más.

—Excelente —levanta su copa de champán y brindamos por la nueva alianza. Pero a pesar de que conseguí un nuevo contrato millonario para Bane Corp. antes de que el plato principal haya llegado a la mesa, estoy más interesado en cerrar el trato con la sirena a mi derecha.

Deslizo la mano por el interior de su muslo y hago palanca para abrirle las piernas. Se sacude violentamente, lo que hace que sus nuevos amigos levanten los ojos, alarmados.

—¿Estás bien, querida? —pregunta la Sra. Schaeffer.

—Mhmm —suelta Emma, intentando desesperadamente apartar mi mano sin que se note.

—¿Te preocupa algo? —interviene Dennis Carlisle. Parece más bien que le está hablando al escote.

—Estoy bien —responde Emma con firmeza—. Solo... tengo mucha hambre.

Sí, apuesto a que sí, mi pequeña descarada.

Los platos principales llegan a la mesa y aprovecho para sumergirme un poco más. El tintineo de los cubiertos ahoga el jadeo febril de Emma cuando mis dedos entran en contacto con la fina

tela de sus bragas.

Las hago a un lado, dejando su coño al descubierto, antes de pasar mis dedos por su raja. Justo lo que sospeché: está mojada.

Pero todavía no lo suficientemente húmeda para mí.

—¿Por qué no comes, cariño? —sugiere la Sra. Schaeffer en un tono pensativo—. Te ves un poco acalorada.

Le meto un dedo y Emma suelta un pequeño jadeo que intenta convertir en tos. Sus mejillas se ruborizan y, de repente, se levanta de la mesa y se excusa.

Un hombre más paciente esperaría unos minutos antes de excusarse, pero estoy empalmado y al límite de mis fuerzas. Soy muy consciente de los ojos de Jessica en mi espalda mientras sigo a Emma fuera de la Sala Ónice, pero, en este momento, no podría importarme menos.

Me cansé de fingir que no es mía.

El pasillo fuera del salón de baile está vacío excepto por Emma. Corre hacia los aseos cuando la alcanzo, la cojo del brazo y la giro para que me mire. Choca conmigo, sin aliento y presa del pánico.

—¿Qué demonios estás haciendo? —jadea—. ¡Eso no fue gracioso!

—No —gruño, empujándola contra la pared—No, *no* fue jodidamente gracioso.

La silencio con mis labios, robándole el beso de la única manera que sé. Sin negociaciones, sin conversación. Solo exigente y codiciosa y jodidamente sin límites. Deslizo la lengua en su boca y siento el gemido en su pecho.

Me aseguraré de que todo el puto mundo sepa a quién pertenece.

Pero primero se lo recordaré a *ella*.

EMMA

La cabeza me da vueltas rápidamente.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

Tiene mi pierna enganchada alrededor de su cintura y puedo sentir su polla, sólida como una roca y posesiva, empujando mis bragas, exigiendo entrar.

Cuando separa sus labios de los míos, estoy segura de que borró el labial. Jadeo y tiemblo mientras me deja un rastro de besos por el cuello. —¡Ruslan… *para*!

Solo gruñe. —Esto ya no hay quien lo pare, *kiska* —me mete la mano por la raja del vestido y me arranca las bragas. La tela cede bajo sus manos brutales.

—No, nosotros... estamos en... *ahh*... público…!

—Me importa un carajo —sus labios recorren la parte superior de mis pechos. Oigo el chirrido de su cremallera y mi corazón se detiene por un momento.

—Ruslan...

Se sumerge en mí y, de repente, toda conversación se detiene.

—¿Disfrutaste bailando con él? —gruñe mientras entra hasta el fondo. Estoy apretada entre la pared y él. Apenas puedo respirar, mucho menos moverme, y estoy tan perdida en la sensación de que me está llenando al máximo que apenas puedo registrar lo que dice. Mi respuesta se pierde en un mar de gemidos y jadeos.

—¿Crees que alguna vez podría hacerte sentir así?

—Mmm, Ruslan... *mieeeerrrdaaa*!

—No lo creía. Solo *yo* puedo hacerte sentir así. Solo *yo* puedo hacer que te corras así. ¿No es así, mi traviesa *kiska*?

—Sí —jadeo. No tengo ni idea de lo que estoy diciendo, pero le digo lo que quiere oír. Haría cualquier cosa que me pidiera. Toda mi rabia y mi dolor se han vuelto placer y pasión.

En este punto, soy completamente suya.

Me tira del lóbulo de la oreja con los labios y me chupa el cuello, sus embestidas son cada vez más frenéticas. Cada una de ellas me devuelve contra la pared. Una lluvia de polvo cae sobre nosotros desde las baldosas del techo. No me sorprendería que se llevara por delante todo el maldito edificio. Dudo que le importe.

—Usted es mía, Srta. Carson. Lo sabe.

—Sí —jadeo—. Sí.

—Dímelo.

—¡Soy tuya... *ahh*!

Me aferro a sus anchos hombros mientras el orgasmo desgarra mi cuerpo. Él se libera dentro de mí en el mismo instante. Nuestros cuerpos se funden de una forma totalmente nueva, desatando nuevas y deliciosas sensaciones.

Bajar de la euforia es aleccionador y aterrador a la vez.

Mientras me agarro a las paredes texturizadas para sostenerme, él se sube la cremallera y se mete mis bragas rotas en el bolsillo de los pantalones. —Un pequeño recuerdo —murmura para sí.

Estoy segura de que tengo el pelo hecho un desastre, igual que el resto de mi cuerpo. Pero, antes de que pueda retirarme al baño de señoras para serenarme y procesar lo que acaba de ocurrir, oigo un sollozo en la puerta abierta del salón de baile Ónice.

—¡No puedo creerlo!

Me sobresalto al ver que Jessica Allens está de pie a unos metros de nosotros, con los ojos muy abiertos por el dolor y la boca curvada por la ira.

¿Cuánto tiempo lleva ahí de pie?

—¡*Cabrón*! —dirige su furia contra Ruslan—. ¡Todo el mundo ahí dentro los ha oído follar como animales!

Me encojo de vergüenza.

—Bien.

Se me cae la mandíbula y me vuelvo hacia Ruslan. ¿Acaba de decir "*bien*"?

Al parecer, eso es exactamente lo que dijo, si la forma en que la mandíbula de Jessica golpea el suelo es algún indicativo. —¿Ni siquiera te disculparás? —chilla.

Ruslan da un pequeño y posesivo medio paso hacia mí. —Siempre fui sincero contigo, Jessica. Nuestro acuerdo era sencillo y ambos sacábamos algo de él. Yo conseguía una acompañante con la que no estaba obligado a acostarme, y tú conseguías la reputación de que te vieran con Ruslan Oryolov. No es mi culpa que decidieras que querías más.

Me encojo interiormente. *No es culpa mía que decidieras que querías más*. Eso me toca un poco la fibra sensible.

Jessica vuelve sus ojos ardientes hacia mí. —Puedes pensar que eres especial, pero solo eres su puta más reciente —hace un gesto hacia la puerta de la Sala Ónice—. Y ahora, todo el mundo lo sabe también. Al menos *yo* nunca comprometí mi dignidad.

La expresión de Ruslan se vuelve gélida. —No por falta de ganas.

Jessica se echa hacia atrás, como si la hubieran abofeteado. —No puedo creer que haya perdido mi tiempo contigo. No eres más que un... un...

El segundo juego de puertas de la Sala Ónice se abre. Hiram Allens sale con su acompañante y sus guardaespaldas.

Me pregunto si es posible mimetizarme con el papel tapiz.

—¡Jessica! —gruñe su padre—. No pierdas el tiempo con ese bastardo. Vámonos.

Jessica hace un gesto de desdén con la nariz en dirección a Ruslan, me lanza una mirada fulminante y se marcha corriendo a reunirse con su padre. Nunca he estado muy al tanto de todos los círculos sociales en los que se mueve Ruslan, pero sé lo suficiente para saber que Hiram Allens es un hombre muy poderoso, con conexiones muy poderosas.

En cuanto desaparecen en los ascensores, me vuelvo hacia Ruslan. —Dios, lo siento mucho.

Parece divertido. —¿Por qué te disculpas? Fui yo quien te siguió hasta aquí y te folló contra esa pared.

No se equivoca. Añade eso a la lista de decisiones inexplicables de esta noche. Estoy

convencida de que en este momento me estoy mimetizando poco a poco con mi vestido.

—Y… —Ruslan se me acerca hasta que sus labios me hacen cosquillas en la oreja—, no me arrepiento.

Le miro con incredulidad. —¿Cómo puedes decir eso? ¡Acabas de molestar a Hiram Allens! Hasta yo sé que ese hombre controla la mitad de Nueva York.

No detecto ni una pizca de pánico en la mirada inquebrantable de Ruslan. —¿Sabes quién controla la otra mitad de Nueva York? —sus ojos brillan—. *Yo*.

Se acerca y me veo obligada a dar un paso atrás. Continúa hasta que mi espalda queda pegada a la pared, justo en la posición en la que empezamos. Seguro que dejé marcas en el papel tapiz con las uñas.

—Ruslan...

—Solo conoces una parte de mi vida, Emma. Conoces al hombre de negocios, al director general. Lo que no conoces es la otra parte de mi vida. La parte peligrosa.

Me sudan las manos. Todos esos rumores que circulan sobre vínculos con la mafia, cárteles y negocios clandestinos ilegales empiezan a flotar en mi mente. —¿Cómo de peligrosa?

—Lo suficientemente peligrosa como para que traerte como mi cita a un evento como este sea una tontería.

Me quedo con la boca abierta. —¿Por eso elegiste a Jessica?

Asiente, pasando un delicado dedo por mi labio inferior. —Me importa una mierda Jessica Allens. No es más que un accesorio. Pero tú... *tú* eres diferente.

Intento resistirme a sus ojos melosos, a sus palabras hipnotizadoras. Pero hay un desvanecimiento en el horizonte que es tan peligroso como Ruslan dice que es. Estoy cayendo en todos los caminos equivocados. Lo más inteligente sería decirle que me deje en paz para siempre. Abro la boca para hacer exactamente eso. Lo que sale en su lugar es:

—¿En qué soy diferente?

—Quería esconderte antes. Por tu propio bien. Pero ahora... a la mierda. Eres diferente porque eres *mía* —su aliento es dulce en mi cara—. Y, ya que eres *mía*, nunca más aceptarás bailar con ningún hombre. Y menos con *ese* hombre.

Mis cejas se juntan mientras intento recordar algo más allá de los últimos dos minutos. —¿Estás hablando del chico rubio con el que bailé?

—Su nombre es Adrik Makarov.

Por la acidez en su voz, puedo decir que no hay mucho amor fraternal entre ellos. —¿Qué es, tu enemigo mortal o algo así?

Estoy bromeando, pero Ruslan no esboza una sonrisa. —Yo no lo llamaría mi enemigo *mortal*. Pero “enemigo” está bastante cerca. Especialmente, después de esta noche.

—Estoy más que confundida ahora mismo. ¿Quién es él?

Suspira y se acaricia la barbilla, con los ojos nublados por los recuerdos. —Hace tiempo, Adrik y yo éramos amigos. Las cosas cambiaron cuando me hice cargo del negocio familiar. Pasamos de amigos a rivales y ha habido momentos a lo largo de los años en los que esa rivalidad se nos ha ido de las manos. Vino aquí esta noche para molestarme.

Paso mis dedos por su mandíbula. —Parece que lo consiguió.

—Que se joda —Ruslan sacude la cabeza con rabia—. La próxima vez que te moleste, ven directamente a mí. Prométemelo.

Asiento porque ¿qué otra opción tengo? Sabía desde el principio que involucrarme con Ruslan significaba jugar a juegos peligrosos. Ahora que me muestra *lo* peligroso que es, puedo

intentar salir adelante por mi cuenta...

O puedo elegir confiar en él.

—Me gustaría hacerte un pedido —suelto de repente. Enarca una ceja y espera a que me explaye—. Entiendo por qué no pude ser tu cita esta noche. Entiendo por qué has traído a Jessica. Pero... sigue sin gustarme. No estoy segura de poder soportar otra noche como esta.

Esta vez alza las dos cejas y contengo la respiración. Lo que estoy pidiendo no forma parte exactamente de nuestro contrato. De hecho, estoy segura de que la mayor parte de esta conversación incumple al menos una de sus intratables reglas.

—De acuerdo.

Abro mucho los ojos. —¿De acuerdo?

Ruslan asiente. —No más acompañantes superficiales. No más citas falsas con otras mujeres. Solo tú.

¿Alguna vez se han dicho palabras más dulces?

EMMA

Recapitulemos: No bailaré con ningún otro hombre en un futuro próximo.

Y Ruslan ya no llevará citas falsas a sus eventos sociales. Eso es lo que yo llamo una noche de éxito.

No puedo evitar mover un poco los hombros en el espejo del baño. Pensé que sería un desastre cuando entré corriendo, pero aparte del pintalabios emborronado y el leve cabello post-sexo, no me veo tan mal. Tardo unos minutos en pintarme los labios y peinarme los nudos del pelo con los dedos. Una vez hecho, parezco la viva imagen de la clase y la elegancia.

Si puedes olvidar el hecho de que tuve sexo muy público con mi jefe mientras todo su círculo social escuchaba.

Algo que solo puedes creer si le crees a Jessica Allens.

Que espero que nadie lo haga.

Una vez que me aseguré de que el vestido está bien puesto y de que no se me escapa nada, pues ir en plan comando y las aberturas hasta los muslos no son una buena combinación, miro fijamente mi reflejo en los deslumbrantes espejos que ocupan la mitad de la pared del cuarto de baño.

No puedo pasar por alto el brillo de mis mejillas, el brillo de mis ojos. Es difícil no sentir que caminas sobre el aire cuando el hombre por el que suspiras básicamente te reclama como suya.

La feminista que hay en mí se resiste a medias, pero la romántica que hay en mí está mareada de alegría.

Emma y Ruslan sentados en un árbol...

Tengo que dejar de pasar tiempo con Caroline y Reagan. Esas dos son una mala influencia.

Me miro al espejo con toda la seriedad que puedo reunir. Soy una mujer adulta y debo comportarme como tal. Por eso, doy gracias por no haber dejado los anticonceptivos. Ruslan ha sido diligente con el uso de preservativos últimamente, pero esta vez olvidó el envoltorio.

No es que me queje.

Me viene a la cabeza una imagen sorprendente. Una que nos incluye a Ruslan y a mí, y a un bebé que parece una mezcla de los dos.

Mis ovarios dan una voltereta hacia atrás.

Me lo quito de la cabeza, porque no tiene cabida en este código postal emocional. Técnicamente, ni siquiera estoy saliendo con él. Pensar en bebés es, en el mejor de los casos, ridículamente prematuro. En el peor, es una puta pesadilla.

Respiro hondo tres veces y salgo del baño con la cabeza bien alta y los pantalones de niña

grande puestos, metafóricamente hablando.

—Bueno, bueno, bueno...

Me doy la vuelta, sorprendida por una voz nasal que esperaba no tener que volver a oír. —Remmy —siseo.

El periodista me mira con una amplia sonrisa, que hace que todo mi cuerpo se frunza. —¿Me has echado de menos?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Lleva un triste traje gris y una pajarita púrpura, que han visto mejores épocas. Su cara también. Todavía puedo ver marcas borrosas donde Ruslan le hizo Dios sabe qué. Se aleja de la pared y camina hacia mí con una confianza que no tenía la última vez que nos vimos.

—¿No es obvio? Soy periodista y estoy aquí por una historia.

Sacudo la cabeza. —Aquí no hay historia.

—Curioso. Eso es exactamente lo que dijo tu jefe la última vez que hablamos. Justo antes de darme una paliza y llevarme al otro lado de la frontera en el maletero del coche de su lacayo.

Eso explica los moretones.

—Parece un movimiento bastante tonto estar aquí, ¿no crees?

Se encoge de hombros y saca un pequeño dispositivo de grabación del bolsillo interior de su chaqueta. —A veces, el riesgo merece la recompensa. Podría ser el caso para ti también.

—Si crees que te daré una entrevista, entonces estás enloque...

—Estás poniendo a esos niños en peligro al relacionarte con él —interrumpe—. Lo sabes, ¿verdad?

El miedo se apodera de mí. No por lo que dice, sino porque menciona a los niños. —¡Mantente alejado de ellos!

Levanta las manos. —No quiero hacerles daño.

—Si Ruslan sabe que estás aquí, te matará —mis intentos de asustarlo para que se vaya no parecen funcionar. Pero la mera idea de que ponga sus sucias garras en el pelo de Rae me hace saborear la bilis—. Solo... déjame a mí y a mi familia en paz, Remmy. No quiero tener nada que ver contigo. No te daré lo que quieres.

Me mira con desprecio por debajo de su recién torcida nariz. —Decepcionante. Pero supongo que no debería sorprenderme que no delates a Ruslan Oryolov. ¿Por qué lo harías? No es fácil joder al tipo al que te estás tirando —me pongo rígida al instante y su risita se hace más pronunciada—. Debo decir que follarte a tu secretaria es muy poco original. Esperaba más de Ruslan.

Como no voy a negarlo, decido marcharme. —¡Tengo una cinta! —suelta.

Eso hace que me detenga en seco. Giro lentamente en el sitio. —¿Qué?

Se ríe sin pestañear, *que espeluznante*, y levanta el dispositivo de grabación. —Déjame que te lleve de vuelta a hace unos minutos. Ruslan y tú. Gimiendo y jadeando contra esa pared... —señala la pared contra la que Ruslan me llevó—. Follando como conejos.

Un pequeño ramalazo de pánico me revuelve el estómago. Pero desaparece tan pronto como aparece. —Así que, si no te doy los trapos sucios de Ruslan, ¿harás pública esa cinta?

—Eres muy lista.

Entrecierro los ojos ante el aparato que mueve en mi dirección. —Ojalá pudiera devolverte el cumplido —su sonrisa desaparece—. Es una grabadora de audio, ¿verdad?

Su mano cae. —Sí.

Me encojo de hombros. —¿Cómo puedes probar que soy yo en esa cinta? Sin pruebas

visuales, ¿cómo puedes probar que es *Ruslan* el de la cinta?

Muestra los dientes. —La gente confía en mí...

Me burlo. —Creo que te darás cuenta de que no tienes el alcance ni la reputación que pareces creer que tienes. ¿Quieres publicar esa cinta? Adelante. Francamente, me importa un bledo.

Los últimos rastros de su sonrisa de suficiencia desaparecen por completo. Me mira con los ojos muy abiertos y las fosas nasales dilatadas. —¡Espera... espera!

Me alejo sin mirar atrás. Pero le hago una advertencia de despedida por encima del hombro. —Te sugiero que corras, Remmy. Corre ahora. Corre rápido.

No hago contacto visual con nadie cuando entro en la Sala Ónice y me dirijo directamente hacia mi mesa. Sé que ahora mismo soy el centro de atención, y quizá no por las razones adecuadas, pero me cuesta preocuparme. La única persona que quiero que me mire es Ruslan.

Lo logro desde el momento en que entro.

Y, en cuanto me siento, su mano encuentra el camino hacia mi muslo. Y ahí es donde debe estar. Huele como yo, su habitual almizcle de roble subrayado por un ligero aroma a cítricos.

—Has tardado más de lo que esperaba.

Ignoro la mirada de lince que me dirige el tío de Ruslan y me inclino hacia él. —Me paró alguien fuera del baño. Remmy.

Una sombra cruza el rostro de Ruslan. Es demasiado tranquilo en público para que se le caiga la mandíbula o se le suban las cejas a la frente, pero sé dónde mirar y veo todos los signos de una rabia asesina. —¿Remmy? —pregunta con voz ronca—. ¿Estás segura?

Cuando asiento, Ruslan chasquea los dedos para llamar la atención de Kirill. Los dos susurran durante unos segundos. No tengo ni idea de la orden concreta que Ruslan le da a Kirill, pero estoy dispuesta a apostar a que es algo como “saca la basura; quémala si es necesario”.

Espero que se vaya con Kirill, pero Ruslan se queda donde está.

Su mano nunca abandona mi rodilla.

RUSLAN

Me desplazo por la galería de fotos de mi historial personal de mensajes con Emma. No es la primera vez que pierdo minutos interminables haciendo exactamente esto. Por eso sé que hay catorce fotos de las últimas semanas. Las tengo todas memorizadas.

La mayoría son de los niños. Paseos en bicicleta por el parque. Helados en la Heladería de Connie. Un garabato mío hecho con lápices de colores por Reagan, una obra maestra que actualmente está en la nevera de Emma. Pero, de vez en cuando, hay una foto que incluye a Emma, radiante desde la esquina de una foto, casi como una ocurrencia tardía.

Últimamente me paso demasiado por esta galería. Pero eso es solo porque una idea entró en mi cabeza hace unos días y ahora, no se mueve.

—El equipo de Brady Sánchez se puso en contacto. Quiere una reunión contigo para discutir el contrato de su nuevo edificio.

—Hm.

—Lo comprobé con Emma. Tienes tiempo la semana que viene para programar una reunión.

—Hm.

Miro una foto especialmente bonita de los tres niños juntos. Josh está sentado en la hierba con las piernas cruzadas, Reagan en su regazo y Caroline arrodillada detrás suyo con los brazos alrededor del cuello. Por una vez, sonríe. Veo los leves rastros de músculo nuevo rellenando la manga de su camiseta. Ha estado trabajando duro en el gimnasio durante nuestras sesiones juntos. El otro día, uno de sus puñetazos levantó un poco de polvo del techo y creo que aún no ha dejado de sonreír por ello.

Kirill se aclara la garganta. —¿Escribiendo la próxima gran novela romántica?

Le frunzo el ceño y guardo el teléfono. —Solo estoy revisando los resultados del ensayo que Sergey me envió.

Kirill arquea una ceja. —Hermano, estás sentado frente a un cristal reflectante. Estabas mirando fotos de esos niños.

Maldición. Ya es bastante malo saber que tienes un problema. Es mucho peor cuando te lo hacen notar.

Dejo la silla junto a la ventana y me acerco al sofá. Este apartamento era mi piso de soltero. Tiene una sala de juegos, un cine y un gimnasio. Kirill suele quedarse aquí cuando le da pereza ir a su apartamento en el centro. También se ha convertido en nuestro lugar de reunión cuando queremos relajarnos, lejos de la gente, la música alta y los putos periodistas sórdidos con cámaras con zoom infinito.

—Esto entre tú y Emma... ¿Qué tan serio es?

Aprieto la mandíbula. —El contrato sigue en pie. Esa parte no cambió. Solo que ahora es más... exclusivo.

—Una novia contratada.

—No es mi novia —le digo.

Kirill sonríe. —Ella es tu algo. ¿Por qué si no pasarías tanto tiempo con ella y esos niños cuando no tienes que hacerlo?

Tiene razón. Pero hará falta un maldito ejército para que lo admita. —Porque hace poco tuve una idea y, cuanto más la pienso, menos loca me parece.

Kirill se sienta un poco más erguido. —Intrigante. ¿Cuál es la idea?

Una vez que lo dices en voz alta, no hay vuelta atrás...

—¿Y bien? —presiona—. ¿Me mantendrás en suspenso o qué?

—Estaba pensando en añadir un anexo al contrato.

Sus cejas se levantan. —¿Sexo programado cuatro veces a la semana en lugar de dos? —pregunta—. ¿Estilo perrito *y* misionero en cada sesión? —su risita se apaga al ver la expresión de mi cara. Se aclara la garganta—. Vale... ¿entonces es un anexo *serio*?

—No lo digo a menudo, pero Vadim tiene razón: tengo que empezar a pensar en herederos.

Kirill casi rocía mi sofá de diseño con un trago de ginebra. Vuelve a dejar el vaso en el carrito de los licores y se desliza hasta el borde más alejado de su asiento.

—Hermano, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Es una buena madre. Y puedo trabajar con ella.

—Por "trabajar" con ella, ¿te refieres a criar hijos con ella? Porque eso y lo que hace ahora son dos trabajos *muy* diferentes.

—No me interesa hacer las cosas tradicionalmente...

—Gracias por aclararlo; no estaba al tanto.

—…así que esta es la solución perfecta.

Kirill frunce el ceño. —Creo que "*perfecta*" no es la palabra correcta.

Me apetece otra copa, pero lucho contra el impulso. —Sé que es una locura...

—¿Una cláusula de *embarazo*? —murmura, estupefacto—. ¿O sería una cláusula de vientre de alquiler?

—La maternidad subrogada implica que ella no tendría ningún vínculo con el niño después de expulsarlo. Es una buena madre, Kirill. La he visto en acción.

—Así que lo que sugieres es una cláusula adicional que se ingenie en el contrato existente, que implique que tengas un bebé con tu secretaria y luego críen al niño juntos.

—Mejor cambia tu tono —digo—. Sé cómo suena.

Kirill se deja caer en su asiento. —Es una puta *locura*. Especialmente para ti.

—¿Por qué especialmente para mí?

—¡Nunca has querido tener un hijo! Nunca has pensado en ello.

Aprieto el brazo del sofá. —Tal vez sea porque nunca conocí a una mujer que pudiera ver siendo la madre de mi hijo. Con Emma, es... diferente.

Apoya la barbilla en el puño. —Entonces, ¿por qué mantener el contrato?

—Porque no me interesa el romance. No quiero un matrimonio. No digo que quiera una familia; lo que quiero es un heredero, específicamente. Hasta ahora, mi acuerdo con Emma va sin problemas. ¿Por qué sería diferente?

—Oh, no sé... ¡quizá porque implica la creación de un ser humano!

Esperaba que Kirill se sorprendiera. Pero su descarada sorpresa me está cabreando. —Si hago

esto, todos se callarán de una vez por todas. Una vez que tenga un heredero, no tendré que volver a escuchar las quejas de Vadim.

—Al menos hasta que le des a la Bratva Oryolov un heredero y un repuesto.

—Empecemos con un bebé primero, ¿de acuerdo?

—Lo dices en serio —Kirill abre mucho los ojos y silba suavemente—. Ella no tendrá ni idea de dónde se está metiendo, Ruslan. No lo sabe todo. No sabe quién eres en realidad.

Tiene razón.

Pero, como el resto de las observaciones inconvenientes de mi segundo al mando, no se lo digo. —No planeo engañarla con nada. Tendrá todos los datos antes de que le ponga delante un nuevo contrato.

Estoy mil por cien seguro de que Kirill la subestima. Todo lo que ve es una mujer tímida que se sonroja cada vez que alguien la mira de reojo. Pero yo veo más que eso. Veo el acero detrás de la timidez.

La otra noche entró en el salón de gala con la cabeza bien alta. Estoy seguro de que oyó los murmullos, vio los ojos curiosos que la seguían durante el resto de la velada, pero ni una sola vez se doblegó bajo el peso. Sonrió, entabló conversación, deslumbró a la sala a pesar del escrutinio al que estaba sometida.

Puede que no haya nacido en este mundo, pero existe la posibilidad de que esté hecha para él.

A pesar de ello, no tiene nada de superficial. Su encanto rebosa sinceridad, que es exactamente lo que la hace tan irresistible. Ningún hombre se atrevió a mirarla cuando volvió al salón de baile. Transmití mi mensaje alto y claro. Diablos, bien podría haber tatuado *Ruslan Oryolov* en su piel. Ahora que lo pienso, al cavernícola que hay en mí le gusta esa idea.

Pero no tanto como la idea de que la barriga de Emma crezca más y más con mi hijo.

—¿Lo has pensado bien? —pregunta Kirill.

Pestañeo y vuelvo a la realidad. —Es el tipo de mujer que quiero que críe a mis hijos. Fin de la historia.

—¿Pero es el tipo de mujer a la que quieres atarte el resto de tu vida? Porque eso es lo que hará tener un bebé, te guste o no —Kirill me mira a los ojos—. Veo que estás decidido. Pero prométeme una cosa: tómate más tiempo. Piénsatelo de verdad. Una vez que se lo plantees, no habrá vuelta atrás.

Es molesto cuántos puntos buenos está haciendo esta noche. —Muy bien —consiento—. Lo consultaré un poco más con mi almohada.

Kirill tiene razón. Es lo más inteligente. Un paso necesario para asegurarme de no cometer un gran error.

Pero al cavernícola que hay en mí no le gusta nada esperar.

RUSLAN

Me ha costado siete días de cavilaciones, pero por fin estoy seguro.

No quiero una esposa, no después de ver lo que le hizo a mi padre perder una. Pero necesito un heredero.

Y Emma es la solución perfecta.

Solo hay un problema: ¿cómo hago para que no me dé una bofetada y abandone nuestro acuerdo?

Ahora mismo está sentada en la cama, balanceando su copa de vino en una mano mientras admira el paisaje. Los primeros botones de su blusa de seda blanca están desabrochados, lo que me permite ver a vista de pájaro su sexy sujetador negro.

Prácticamente se le salen los pechos.

Hay una preocupación persistente en mi cabeza. Una que me advierte de que esta noche podría ser nuestra última noche juntos. Si Emma considera insultante mi propuesta, no podré hacer nada para evitar que rompa nuestro contrato y se marche.

Eso es lo último que quiero.

—Esta noche estás muy metido en ti —comenta. Deja la copa de vino y se apoya en la cama con los codos.

Me acerco, sin apartar los ojos de los suyos. —Prefiero estar dentro de ti.

—¡Que rarito! —ríe. Luego su sonrisa se convierte en algo astuto y seductor. —¿Y bien? ¿A qué esperas?

Se sienta y empieza a desabrocharme los pantalones. Me desnuda, quitándome cada capa hasta dejarme desnudo delante de ella. Traga saliva y sus manos recorren mis abdominales. La agarro de la muñeca y la pongo en pie, cambiando de sitio con ella.

Se coloca entre mis piernas como la diosa sensual y obediente que es y espera pacientemente mientras la desnudo. Voy despacio. Me tomo mi tiempo, disfrutando del susurro de la tela sobre su piel mientras me la descubre centímetro a centímetro. Le doy la vuelta antes de quitarle la falda y observo con la respiración entrecortada cómo bajo la cremallera diente a diente.

Cuando está desnuda, acerco mis labios a su nalga y le doy un pequeño mordisco. Grita, pero la sujeto y aprieto los labios en el mismo sitio para aliviar el dolor. Se estremece y me mira por encima del hombro. Le rodeo la cintura con un brazo y la arrastro a la cama conmigo. Cuando intenta darse vuelta, la detengo.

—No —gruño—. Vas a montarme así.

Contemplo su culo perfecto y la acomodo para que su coño quede sobre mi polla. Ya está

mojada, pero la acaricio con los dedos por detrás hasta que gotea. Es una vista jodidamente perfecta: ese coño rosado y perfecto, enmarcado por su precioso culo, sus rodillas a ambos lados de mis caderas, la larga y suave extensión de su espalda brillando a la luz de la luna, a través de la ventana.

Cuando mis dedos están cubiertos de sus jugos, la agarro por las caderas y la guío hacia mi polla. Grita y se retuerce contra mi grosor. Le doy una palmada en el culo.

—Tómalo con calma, nena —le ordeno—. Móntame.

Mueve el culo arriba y abajo, arqueando la espalda mientras gime. Si no fuera porque temo que esta sea nuestra última noche juntos, podría correrme ahora mismo. En lugar de eso, la agarro del pelo y tiro de él hacia atrás, hasta que se ve obligada a cambiar el ritmo, moviendo las caderas de un lado a otro. Ella persigue su orgasmo y, cuando explota sobre mi polla, su culo se sacude por la fuerza de sus temblores.

Se inclina hacia delante cuando la saco, pero no me interesa darle un momento para recuperar el aliento. La tumbo boca arriba, me subo encima suyo y entierro mi cara entre sus piernas.

—¡*Ruslan*! —grita mientras su mano se posa en mi cabeza.

Meto la lengua en su coño y la arrastro hacia arriba hasta encontrar su clítoris. Entonces aprieto el acelerador, doy vueltas y chupo hasta que grita y golpea la cama con los puños.

—¡Maldición, sí, sí... *ahh*, Ruslan... no puedo... *maldición*...!

No aflojo hasta que se corre y su cuerpo se tensa con cada movimiento de mi lengua. Para cuando me limpio la humedad de la boca, sus ojos se cierran como aleteos, sus pechos suben y bajan, su piel se ruboriza y se le pone la carne de gallina.

Solo cuando la monto se le abren los ojos. Tiene una mirada soñadora cuando me sonríe. Me roza la mandíbula con el dorso de la mano. —Eres tan guapo...

Le separo las piernas con la rodilla y mi polla sube y baja por su coño chorreante.

Ella se estremece. —Ruslan...

—¿Sí, cariño?

Sus pestañas se agitan. —No creo que pueda soportar otro orgasmo.

—Hm... —paso mis labios por su mandíbula, a lo largo de su cuello y hacia su oreja—. Me temo que no tienes elección.

Le muerdo el lóbulo y vuelvo a penetrarla. Su boca se abre en una O perfecta. Probablemente, mañana no pueda caminar.

Bien. Puede sentarse y pensar en mi propuesta.

En cualquier caso, quiero su cuerpo dolorido durante días después de esta noche. Quiero dejar mi huella en su cuerpo. Quiero dejar mi olor en su piel. Quiero mostrarle exactamente a lo que renuncia si decide alejarse de esto.

Veo sus tetas rebotar mientras bombeo dentro suyo salvajemente. —¿A *quién* perteneces? —exijo con los dientes apretados.

Está tan ocupada gimiendo y gritando que no contesta. Así que lo repito, esta vez más alto.

—No voy a parar hasta que te oiga decirlo. ¿A quién perteneces?

Sus ojos encuentran los míos. Parece salvaje, completamente desatada. El pelo suelto, los ojos brillantes de lujuria, las mejillas encendidas. —*A ti* —jadea—. Solo a ti.

—Buena chica —gruño, aumentando la velocidad y la fuerza de mis embestidas como recompensa.

Sus gritos me impulsan cada vez más rápido. No sé cómo, pero en algún momento entre su orgasmo y el mío, encuentro nuestras manos entrelazadas, los dedos entrelazados, agarrados con

fuerza. Estoy hasta las pelotas dentro suyo y, sin embargo, cogernos de la mano es un millón de veces más íntimo. Me recuerda a la primera noche que hicimos esto, cuando la besé mientras follábamos. Estamos cruzando una línea. Una que nunca vi venir, pero no puedo evitar cruzarla.

Cuando acabo de correrme, me desplomo, con cuidado de no poner todo mi peso encima de ella.

—Dios mío —jadea Emma—. Eso fue... intenso.

Tiene razón.

Fue intenso.

Pero solo me hace desear más.

~

—ESTE HELADO ES DIRECTAMENTE *PECAMINOSO*.

Lleva puesta una de mis camisetas y tiene las piernas abiertas en dirección a mí.

Siento la tentación de cogerle los pies y ponerlos sobre mi regazo, pero, igual que cuando nos cogíamos de la mano mientras follábamos, las consecuencias de un gesto así me hacen dudar.

No es que no quiera hacerlo.

Es que sé que ya dejé salir de la jaula a mi fiera interior en la gala y acabó en un puto dolor de cabeza. A saber qué consecuencias traería si la volviera a desenganchar de su correa.

—¡Vale! —Emma cierra de golpe el recipiente del helado y me lo da—. Llévatelo o no pararé.

Después de los tres primeros orgasmos, descansamos media hora. Luego le follé la boca antes de llevarla a la cocina para extenderla sobre la encimera de mármol. Acabamos en el salón donde, dos orgasmos después, me informó de que corría peligro de desmayarse si no se metía azúcar en el cuerpo de inmediato.

Extrañamente, a pesar del entrenamiento que acabo de hacer, yo no tengo nada de hambre. Lo único que me apetece es ella.

Todavía.

—Debería irme...

—No.

Se deja caer contra el brazo del sofá. —¿No?

—Hay algo que quiero discutir contigo antes de que te vayas.

Una ceja se desvía hacia arriba. —De acuerdo. Discute.

—Pero, antes de decirte lo que tengo en mente, es importante que sepas exactamente quién soy. Y lo que hago.

Ella asiente lentamente, vacilante. —¿Debería estar nerviosa?

—Yo que tú, solo prestaría atención.

Intenta devolverme la sonrisa, pero no lo consigue. —Continúa.

—Bane Corp. fue fundada por mi abuelo hace casi setenta años. Era una pequeña empresa de seguridad, que él esperaba que fuera la fachada perfecta para ocultar lo que la familia hacía en realidad. Lo que todavía hacemos.

Traga saliva, sube las piernas hasta el pecho y las rodea con los brazos. —Dios mío... ¿entonces los rumores son ciertos?

Me encojo de hombros. —Depende de qué rumor estés hablando.

—Los que afirman que estás de alguna manera ligado a la mafia.

—Sí y no. Nuestras raíces son rusas. No somos mafia; somos Bratva. No tenemos Jefes; tenemos *pahkans*. Y yo no estoy "atado a la Bratva"; yo soy la Bratva.

Me mira fijamente. Se le ha ido el color de la cara y ha dejado de respirar.

Le doy un momento. Es el tipo de revelación que requiere un poco de tiempo de procesamiento.

—B-Bratva... —repite, como si estuviera probando la palabra—. Vaya, eso es algo... interesante.

Resoplo. —¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Ella levanta las manos. —¡Bueno, no estoy segura de cuál es la respuesta correcta cuando el tipo con el que te acuestas te dice que es un mafioso!

—*Pahkan* de la Bratva.

Respira hondo y empieza a morderse el interior de la mejilla. La última vez que lo hizo fue la primera noche que iniciamos el contrato. Espero que esto no sea un final de libro.

—Supongo que... no es una gran sorpresa —admite—. Como he dicho, había rumores. Realmente no les presté mucha atención. Ahora, ojalá lo hubiera hecho.

—Soy un hombre peligroso, Emma. No lo negaré —me aseguro de mirarla a los ojos—. Pero quiero que sepas que no soy peligroso para ti. Ni para tu familia.

Me sostiene la mirada y asiente. —Creo que ya lo sé —su voz apenas supera un susurro.

Ahí está, esa incipiente sensación de esperanza. Esa vocecita ingenua que dice: *Esto podría funcionar...*

—Gracias por decírmelo —dice.

—Tenía que decírtelo. Quería que tuvieras toda la información antes de tomar una decisión.

La ansiedad vuelve. Me doy cuenta por las nuevas líneas en su frente. —¿Qué decisión?

Decido simplemente arrancar la curita. —Quiero añadir un anexo a nuestro contrato.

Ella se pone rígida. —¿Qué clase de anexo?

—Dado mi papel como *pahkan*, debo asegurar la continuidad del nombre Oryolov —en realidad no se mueve, pero sus cejas se crispan. Parece confundida. *Quítate la puta curita, cobarde*—. Quiero añadir una cláusula de embarazo a nuestro contrato.

—Perdona, ¿acabas de decir "cláusula de embarazo"? —se le cae la mandíbula. Ella y Josh definitivamente tienen eso en común, esa misma cara de *tienes que estar jodiéndome*—. ¿Tú... tú quieres que tenga tu bebé?

—Como dije, necesito un heredero. Y, como nuestro contrato ha funcionado bien hasta ahora, pensé en proponértelo y ver cuál es tu postura. Para que lo sepas, si estás de acuerdo con esto, me aseguraré de que tú y el bebé estén bien provistos. Eso va para los niños, también. A Josh, Reagan y Caroline no les faltará nada mientras vivan. Me ocuparé de su educación, sus facturas médicas, su ropa, sus zapatos y todo lo demás —parpadea rápidamente, sus ojos recorren mi cara una y otra vez. Me pregunto si entiende la mitad de lo que le estoy diciendo. Pero como esta puede ser mi única oportunidad de convencerla, sigo—. Además, te instalaré en un lugar nuevo. Un lugar lo suficientemente grande como para que cada niño tenga su propia habitación. Un lugar con espacio para que corran. También te daré un estipendio mensual adicional, hasta que el bebé cumpla dieciocho años para que lo utilices como mejor te parezca. No será una cantidad insignificante.

Exhala bruscamente. —Eso es... mucho que procesar.

—No tienes que darme una respuesta ahora. Tómate un tiempo y piénsalo.

Me mira por un instante. —¿Y si digo que no?

Intento que mi cuerpo no me traicione. Así que me obligo a permanecer relajado, imperturbable, a pesar de que el cavernícola de mi pecho toca un tambor y aúlla como un puto lunático. —Nuestro contrato original seguirá en pie, aceptes o no esta nueva cláusula.

Ella asiente.

—Pero... —se sobresalta y sus ojos vuelven a chocar con los míos—. Si decides rescindir el contrato, te liberaré con la indemnización prometida. Incluso te ayudaré a encontrar otro trabajo.

Sus cejas se fruncen y su boca se inclina hacia abajo. No parece entusiasmada con el hecho de que yo esté dispuesto, al menos en apariencia, a dejarla marchar tan fácilmente.

La esperanza se enciende en mis entrañas.

Quizá eso pueda jugar a mi favor.

Quizá haya una forma de conseguir *todo* lo que quiero.

EMMA

Pasó una semana desde la oferta que sacudió mi mundo sobre su eje. Sigo reflexionando. Sigo soñando. Aún me despierto sin aliento.

Necesito una distracción. Pero subir en ascensor hacia el ático de Ruslan parece más bien una receta para el desastre. No estoy en condiciones de encontrarme con él. No estoy en condiciones de encontrarme con *nadie*.

Precisamente hoy...

Es la razón por la que hoy llamé al trabajo diciendo que estaba enferma. Por supuesto, olvidé que teníamos una cita programada para esta tarde y, en lugar de cancelarla como debería, decidí aprovechar que Amelia cuidaría a los niños esta noche.

Así que aquí estoy, con mi vestido de primera cita.

Porque la verdad es que, a pesar de mi estado mental ahora mismo, *quiero* verlo.

Incluso después de que propusiera el anexo con la "clausula de embarazo" a nuestro contrato. Porque, a este paso, ¿qué es otra cláusula, eh? ¿Qué es otro contrato?

Resulta que este incluye a un niño. Uno que sería mitad suyo y mitad mío. Me pregunto si el hecho de que esté aquí significa que ya tomé mi decisión.

No. Basta. Estás demasiado emocional hoy.

Si algo me enseñó Sienna es que nunca hay que tomar grandes decisiones cuando se está demasiado arriba o demasiado abajo.

Encuentro a Ruslan en el salón en todo su esplendor, sin camiseta. Tiene una copa de vino en una mano y un libro en la otra. Como distracción, es bastante bueno.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto. Cierra el libro de un golpe y levanta la tapa para que la vea—. Alexander Pushkin, ¿eh? ¿Es bueno?

Ruslan se ríe. —Solo uno de los más grandes poetas que han existido.

Sonrío mientras me siento en el sofá a su lado. —No sabía que te gustara la poesía.

—Me gustan las cosas bonitas —deja el vino a un lado—. ¿Cómo te sientes, *kiska*?

—No tienes que preocuparte por contagiarte nada de mí, si eso es lo que preguntas.

Arquea una ceja ante mi arrebato de rebeldía. —¿Te pregunto cómo *te* sientes?

—Bien —digo sin mirarlo a los ojos—. Estoy bien.

Lo acepta sin palabras. —Entonces ven aquí.

Me subo el vestido y me deslizo sobre su regazo, a horcajadas sobre él, como siempre, pero la habitual palpitación necesitada que acompaña a cualquier tipo de proximidad con Ruslan está hoy claramente ausente. Me trago el nudo de la garganta y le pongo las manos en los hombros.

Distracción, distracción, distracción...

Me inclino hacia él y lo beso, rodeando con mi lengua la suya, esperando a que el cúmulo de deseo me haga caer rendida como siempre. Pero soy demasiado consciente de todo. Me siento torpe y cohibida. Siento el nudo en la garganta asentarse sobre mi pecho. Y me doy cuenta: no necesito sexo, necesito llorar.

Y de golpe, un sollozo gigante, feo e incontrolable sale de mi boca y cae sobre la suya.

Se echa hacia atrás, sobresaltado. —¿Emma?

Oh, maldición, oh, maldición, oh, maldición...

—¿Estás llorando?

—N-n-n-no.

—¿Qué ha pasado?

—Oh, Dios —susurro entre lágrimas—. Lo s-siento tanto.

Seguro que sé cómo calentar las cosas.

—¿Te he hecho daño? —el hecho de que lo pregunte me hace sollozar más fuerte—. Emma, ¿qué pasa?

Sacudo la cabeza, incapaz de hablar. Sé que, si lo intento, todo se convertirá en un revoltijo de sonidos ininteligibles. Y ya me he avergonzado bastante por una noche.

Grito, sorprendida cuando Ruslan me coge en brazos y se pone en pie. Me aferro a él mientras me acompaña al baño principal y me sienta en la tumbona frente a la gigantesca bañera.

Mientras empieza a llenar la bañera de agua, intento serenarme. Resulta ser un error; acabo sollozando con más fuerza. Percibo el aroma de rosa mosqueta e hibisco y, cuando miro hacia la bañera, veo una suave espuma rosa que burbujea en la superficie del agua. Ruslan me tiende la mano y yo deslizo mis dedos entre los suyos sin siquiera pensarlo.

Él dice que no puede haber ningún romance aquí, pero esto se siente como un amor al que puedo recurrir cuando ni siquiera estoy segura de poder mantenerme erguida sobre mis propios pies. Estoy más que confundida con Ruslan Oryolov. Por la mañana, sé que recordaré esto y estaré aún más confundida.

Pero, por ahora, por esta noche...

Lo necesito.

Me pone en pie y empieza a desnudarme. Me quedo de pie, mordiéndome el labio, intentando poner mi cara de póker. Pero, una vez en la bañera, él a mi espalda y yo mirando las preciosas burbujitas de espuma que acarician mi piel, no hace ningún movimiento.

Mantiene las manos extendidas a ambos lados de la bañera, mientras yo estoy acurrucada entre sus piernas, con la espalda desnuda apretada contra su pecho desnudo. Para cuando dejo de llorar, la espuma se ha disipado un poco y el silencio se ha prolongado tanto que se volvió cómodo.

Cuando por fin lo digo, me sale la voz entrecortada. —Hoy es... el cumpleaños de Sienna. O... lo habría sido.

Su brazo derecho abandona el borde de la bañera y me rodea la cintura.

Apoyo la nuca en su hombro. —No sé por qué este día me afecta tanto esta vez —suspiro—. Supongo que fueron varias cosas. Anoche llegué tarde a casa esperando encontrar a los niños dormidos. Amelia se había ido a casa una hora antes y se suponía que Ben estaba con los niños...

—¿No estaba? —hay un pequeño resentimiento en la voz de Ruslan.

—No, no, sí estaba. Simplemente vomitó en el suelo del salón y se desmayó en el sofá.

El brazo de Ruslan me rodea la cintura.

—Entré y encontré a Josh de rodillas, limpiando. Tenía los ojos hinchados, así que supe que

había estado llorando. Pensé que los niños estarían bien con Ben durante esa hora. Era solo *una* hora —afortunadamente, ya estoy más allá del llanto. Y descubro que decir todo esto en voz alta me ayuda mucho—. Lo ayudé a limpiar, pero apenas dijo una palabra en todo el tiempo. Estaba tan... fuera de sí. Incluso cuando lo acosté, era como si mirara *más allá* de mí —me estremezco con el peso de mi fracaso—. Quería que Sienna estuviera *orgullosa*. Quería ser la mejor madre sustituta que pudiera ser para sus hijos. Pero... —se me corta la respiración, pero me obligo a decirlo, lo que sospecho desde hacía tiempo, pero nunca me atreví a pronunciar en voz alta— ...no creo que sea una buena madre.

Es el *único* regalo que ella habría querido hoy. Y ni siquiera pude darle eso.

—Emma. *Eres* una buena madre.

Me estremezco. —Lo dices por decir.

—Nunca "digo" nada solo por decir.

Eso casi me hace sonreír. —Bueno, no lo dirías si supieras lo que pasa a veces por mi cabeza.

—Pruébame.

Quiero decir, acabo de admitir que no soy una buena madre. ¿Por qué no respaldarlo con alguna prueba sólida? Abrí la caja de Pandora, así que ¿por qué no dejar que los secretos vuelen?

Además, esos brazos suyos me hacen sentir que puedo decir cualquier cosa y que él me mantendrá unida a pesar de todo.

—A veces pienso en aceptar la oferta de ayuda de mis padres.

—¿Y eso es malo porque su oferta viene con condiciones?

—Exactamente.

—¿Cuáles son?

Me trago mis dudas. —Están dispuestos a mantener a los niños, pero solo si antes les concedo la custodia.

Ruslan se queda muy quieto de repente. —¿Y no quieres perderlos?

—No es eso. Quiero decir, por supuesto que odiaría perderlos. Amo a esos niños con cada fibra de mi ser. Pero si fueran a estar bien cuidados, provistos y amados, entonces les daría rienda suelta a mis padres. Pero la idea de Barrett y Beatrice de criar a los niños implica internados privados lujosos, niñeras extranjeras y asistencia obligatoria a horribles eventos sociales. Sienna luchó tanto para que nosotras dos no tuviéramos que soportar esa vida para siempre. No querría que sus hijos tuvieran que pasar por lo mismo. Si supiera que me lo estoy planteando, estaría muy decepcionada conmigo.

De repente, siento que el aire inunda mi espalda cuando Ruslan me empuja lejos de él. Me gira para que quedemos cara a cara.

—Emma —su voz es más suave que nunca—. Lo has considerado, pero no lo hiciste.

Conteniendo las lágrimas, asiento. —Sé que no puedo darles todo, pero al menos ahora, se tienen el uno al otro. Me tienen a mí.

—Créeme, Emma: el dinero no es todo. No tenías que desarraigar tu vida por esos niños. Tampoco tenías que cuidar de su padre. No tienes que soportar a Ben y sus demonios, pero lo haces de todos modos. Porque no quieres que esos niños pierdan también a su padre —mis ojos se cruzan con los suyos y ahora no puedo apartar la mirada—. Haces todos los sacrificios posibles por esos niños. Harías cualquier cosa por ellos y ellos lo saben. Si eso no es ser una buena madre, no sé lo que es. Por eso quise añadir una cláusula de embarazo en nuestro contrato. Porque quiero que mi hijo tenga el consuelo y el beneficio de tu bondad, tu amor, tu paciencia.

Abro mucho los ojos cuando habla. *¿Realmente estoy escuchando esto?* Casi parece que

estoy soñando.

—Podría contratar a una madre de alquiler para que geste un hijo por mí. Pero eso exigiría criar a un niño yo solo, y no tengo la inclinación ni la habilidad para hacerlo solo. Quiero que mi hijo tenga una madre de verdad, una *buena* madre. Y creo que tú eres una gran madre.

Sus ardientes ojos ámbar son más suaves esta noche, animados por una ternura que nunca había visto en él.

—Yo... asumí que me elegiste porque estaba cerca y... y era conveniente.

Sacude la cabeza, apretando la mandíbula con firmeza. —Te elegí por ti, Emma Carson. Por tu carácter, tu compasión, tu capacidad de amar. Te elegí porque no hay nadie más en todo este puto mundo con quien pueda verme criando a un hijo.

Exhalo lentamente, cautivada por sus palabras, por su mirada.

Y, de alguna manera, eso lo cambia *todo*.

RUSLAN

Es la primera vez que me deja entrar.

Y en lugar de ser cauteloso, como probablemente debería ser, me siento agradecido. Me alegra que por fin se abra a mí. Me alegra que derribe sus muros y me deje ver su interior.

Aunque todo lo que hace es hacerme desear más.

—Lo siento, acabo de vomitarte encima. Emocionalmente hablando.

Se sonroja con fuerza y tengo tantas ganas de besarla que no me molesto en negármelo. Sus labios se estremecen contra los míos, suaves y ligeros como plumas.

—No tengo a nadie con quien hablar —admite cuando me alejo—. Mis padres apenas son humanos, mi mejor amiga tiene su propia mierda con la que lidiar, y mi hermana se murió... —abre los ojos—. Te agradezco mucho que escuches todo mi drama. Pero, por favor, siéntete libre de decirme que me calle en cualquier momento.

—Tienes derecho a llorar a tu hermana. Puedes echarla de menos. Incluso puedes enfadarte con ella.

Sus cejas se levantan un poco. —¿Cómo...?

—Porque pasé por eso. Lloré mis propias pérdidas. Y todavía lo hago. El duelo no es algo que desaparezca por sí solo. No tiene fecha de caducidad.

Abre la boca y luego la cierra. Puedo entender sus dudas. No he fomentado precisamente este tipo de conversaciones vulnerables en la historia de nuestra relación. Pero ahora que estamos aquí, no me parece tan amenazador como hubiera imaginado.

—Está bien. Puedes preguntarme.

Su mirada se suaviza. —¿A quién perdiste?

¿Cuándo fue la última vez que *decidí* hablar de ellos? ¿Cuándo fue la última vez que pensé voluntariamente en ellos? Sus recuerdos viven en una caja oscura y cerrada en mi corazón y ahí es donde pensé que siempre permanecerían. Pero en cuanto Emma hace la pregunta, la tapa de esa caja se abre de golpe y estoy hablando antes de darme cuenta.

—Mi madre y mi hermano.

—¿Ambos? —jadea.

—Al mismo tiempo. Accidente de coche.

Tiembla de pies a cabeza. —No... —cuando me agarra la mano, gotas calientes de agua jabonosa me salpican la cara—. Así es como perdí a Sienna.

Resulta que sé exactamente cómo murió su hermana. Estaba todo en el expediente que Kirill me entregó hace meses, cuando pedí una investigación a fondo sobre Emma. Pero sigo queriendo

que me lo cuente. Los hechos en una hoja de papel, *una colisión de un solo coche, una muerte, una joven peatona*, no le hacen justicia.

—No tienes que decírmelo, si no quieres —digo con voz ronca.

Las emociones se agitan en su rostro. Las cosas que son difíciles de decir luchan contra las cosas que necesitan ser dichas. Sus labios se mueven sin emitir sonido durante un rato.

—Estaba en un paso de peatones y... y... —sus párpados se cierran y me agarra la mano con más fuerza. Cuando vuelve a abrir los ojos, están llenos de lágrimas—. Y había un camión. Era naranja, lo recuerdo. Un camión naranja que doblaba la esquina hacia nosotras —una lágrima se desliza por su mejilla—. Oí el chirrido de los neumáticos y me quedé helada. Y Sienna me apartó del camino —le tiemblan los dedos—. Una vez bromeó diciendo que, cuando decía que moriría por mí, no lo decía literalmente. Pero así fue. Murió literalmente para salvarme.

—Emma —ella levanta sus ojos hacia los míos—. Tú y yo tenemos mucho en común.

—¿Qué quieres decir?

—El accidente de coche en el que se vieron implicados mi madre y mi hermano... Yo era quien debía conducir. Debería haber sido yo quien condujera el coche ese día. No Leonid.

Se desliza un poco más cerca mío, su mano cae sobre la curva de mi cuello. —¿Te culpas?

—¿Tú no?

Se muerde el labio inferior. —Todos los días.

—Como he dicho, tenemos mucho en común.

Se ríe miserablemente. —Ojalá hubiera sido algo divertido. Como tener pulgares flexibles, o marcas de nacimiento iguales, o algo así —su mano no se separa de mi cuello. El agua se enfría y la espuma del jabón casi desaparece, pero ella no parece darse cuenta—. Siento que sea así —susurra—. Pero me alegro de que me lo hayas dicho.

Lo más loco no es que se lo dijera, aunque eso ya es de por sí una locura. Es que decírselo me sentó *bien*. Fue catártico. Curativo.

—¿Es así como heredaste el… um... negocio familiar, o como lo llames?

Asiento. —Tenía diecisiete años entonces. Era demasiado joven para tomar el control de Bane o de la Bratva. Supuse que, después de mi padre, mi tío Vadim se haría cargo. Tenía sentido. Él fue quien mantuvo entera toda la operación después del accidente. Pero al final, mi padre me eligió a mí. A día de hoy, sigo sin saber por qué.

El surco entre sus cejas se hace más profundo. —Tu padre parece... tranquilo.

—El accidente lo destruyó. Bien podría haber muerto en ese coche con mi madre y Leonid.

—A veces pienso lo mismo de Ben —confiesa Emma—. Ese estúpido camión naranja también acabó con todo lo humano que había en él. Supongo que es el precio que pagas por amar a alguien tan profundamente.

Siento como si las sales de baño me quemaran la piel de repente. Pero no tiene nada que ver con el agua. Tiene todo que ver con las palabras de Emma.

Es el precio que hay que pagar por amar a alguien tan profundamente.

Es un precio que me juré a mí mismo que nunca pagaría.

—¿Ruslan? —su voz atraviesa una docena de pensamientos diferentes que bullen en mi cabeza. Esos hermosos ojos aguamarina están llenos de emoción. Emoción que ahora lleva por los dos. Su pérdida y la mía.

La quiero.

La quiero más de lo que he querido a ninguna otra mujer en mi vida.

Y aunque eso me aterroriza, me aterroriza menos que dejarla ir. Porque, ahora que probé a

Emma, su belleza, su alegría, su compasión, su vulnerabilidad, sé que quiero ser yo quien la cuide. Quiero ser quien le dé lo que necesita. Quiero ser su salvador y su protector.

Es una sensación embriagadora. Extraña y desconocida. Nunca quise ser responsable de alguien así.

¿Es esto lo que sintió Fyodor cuando conoció a mamá?

—Hola —Emma me coge la cara y se mete en el círculo de mis brazos—. Vuelve a mí.

Me concentro en su rostro, esa delicada nariz de botón, el perfil de sus mejillas, esos labios carnosos, y siento una calma que no sentía desde antes de la muerte de Leonid. Esa fue la última vez que me sentí cómodo, seguro.

Y, como las líneas se difuminan poco a poco, decido dejarlas claras. Esto no es amor.

No puede ser.

—Lo que le pasó a mi padre... No quiero perderme nunca de esa manera, Emma. No puedo permitírmelo.

Ella traga saliva. —Lo entiendo.

No estoy tan seguro de que lo haga, así que la abrazo más fuerte y continúo. —No puedo entregarme a ti por completo. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, solo tendrás partes.

Soy consciente de lo egoísta que es la oferta. Es totalmente unilateral. Pero ella no frunce el ceño ni se burla. Me pasa los dedos por la mandíbula y me sigue con la mirada.

—Tomaré cualquier pedazo de ti que pueda conseguir, Ruslan.

Cuando me besa, todo mi cuerpo se enrosca a su alrededor. El agua está fría, pero nuestros cuerpos la calientan. Es ella la que se sienta a horcajadas sobre mí, apretándose contra mi polla. En cuestión de segundos estoy empalmado y desesperado por meterme dentro de ella.

Pero no estoy seguro de que eso sea lo que quiere. Al menos no hasta que su mano se enrosca alrededor de mi miembro y lo aprieta suavemente. Levanto sus caderas y tiro de ella hacia abajo. Gime y arquea la espalda para que pueda ver sus preciosos pechos. Los amaso mientras ella me cabalga lentamente, con las olas lamiéndole los muslos. Hoy el sexo es lento. Es reflexivo y apasionado, cada momento está marcado por todo lo que acabamos de compartir. Todas las pequeñas partes de nosotros mismos que hemos dejado ver al otro.

Beso sus pechos, su cuello, sus labios. Recorro con mis manos su cuerpo resbaladizo, perdiéndome en su belleza y, cuando nos corremos, nos corremos juntos.

Hemos tenido sexo muchas veces, de muchas maneras. Pero esta vez destaca. Esta vez se siente diferente.

Todo parece diferente.

EMMA

—¿Josh?

El apartamento es inquietantemente tranquilo. —¿Rae? ¿Caro?

A Amelia le surgió una urgencia de última hora y no pudo venir hoy para el turno de tarde. Llamé a Ben mientras estaba en el trabajo y le rogué que cuidara de los niños. *Sobrio*. Insistí en esa estipulación hasta que me dijo que "dejara de molestar".

Una vez que aceptó, me pasé las dos horas restantes de mi jornada laboral sudando a través de mi blusa verde.

Odio dejar a Ben solo con los niños. Pero algunos días, es inevitable.

—¿Chicos?

En cuanto oigo el repiqueteo de los piececitos, respiro aliviada. Entonces, Caroline y Reagan doblan la esquina a una velocidad de coche de carreras y chocan contra mí como balas rubias. Sin embargo, sus risitas son extrañamente apagadas, y cuando Reagan suelta un gritito de pánico cuando intento hacerle cosquillas debajo de los brazos, Caroline se tapa la boca con un dedo y mira a su hermana con ojos grandes de reproche.

Me dejo caer en el brazo del sofá. —Chicas, ¿qué pasa? ¿Por qué están tan calladas?

—Porque papá está momido —susurra Reagan con su voz de bebé.

—*Dormido* —corrige Caroline con altanería—. Papá está durmiendo y nos dijo que, si hacíamos ruido, nos arrastraría a su habitación por las orejas y nos golpearía el culo hasta dejárnoslo negro y azul.

Reagan me mira con el labio inferior sobresaliendo. —¡No quiero que mi trasero esté negro y azul, tía Em!

—¿De verdad les dijo eso?

Las dos chicas asienten al unísono. Mi labio se curva en una mueca furiosa. *Me gustaría golpear a su padre hasta dejarlo morado.*

—¿Dónde está Josh? —digo en su lugar en un tono tan controlado como puedo reunir.

—Está haciendo la cena. Vamos a comer pasta con salchichas cortadas —grita Reagan.

Eso le vale otra mirada fulminante de Caroline. Las chicas corren a la cocina y me hacen gestos para que las siga.

Encuentro a Josh en la estufa, preparando la pasta. —¿Josh? —le pregunto mientras nos acercamos—. ¿Estás bien?

La rigidez de sus hombros y el hecho de que tarde un momento en darse la vuelta me indican que está muy lejos de estar bien.

—Chicas, ¿por qué no van a lavarse y se preparan para la cena? —sugiero. En cuanto se van, me acerco a Josh—. ¿Qué pasó?

No me mira a los ojos. Sigue removiendo la pasta innecesariamente. Le pongo una mano en la muñeca y le obligo a parar.

—Josh, cariño, háblame.

—No *ha pasado* nada. Es la misma mierda de siempre —tan pronto como la palabrota inusual vuela de su boca, se estremece y sus mejillas se inundan de vergüenza roja—. L-lo siento...

Cuando se le encoge la cara, le agarro y tiro de él hacia mí. —Eh, no pasa nada. Tranquilo, hombrecito —le susurro suavemente—. Todo va a salir bien.

Se echa un poco hacia atrás y me mira con el ceño fruncido. —¿De verdad crees eso?

Respiro hondo y le hago un gesto para que se siente a la mesa conmigo. —Sé que las cosas han ido mal últimamente. Tu padre está... en un lugar oscuro. Ahora está perdido, pero los quiere.

La nariz de Josh se pone roja, señal inequívoca de que lucha contra las lágrimas. —No, no nos quiere —contesta rotundamente—. Si nos quisiera de verdad, no amenazaría con pegarnos por cualquier cosita —aprieto la mandíbula. Podría matar a ese imbécil ahora mismo—. Podría con él, sabes. Si lo intentara.

Miro fijamente a mi sobrino de ocho años. Sus ojos son finas rendijas, las fosas nasales están abiertas, sus puños tiemblan a cada lado de su cuerpo. Parece dispuesto a pelear.

—Josh...

—Ruslan me ha estado enseñando qué hacer. Podría proteger a las chicas de él. Podría protegerte a ti también.

Le pongo las manos sobre los hombros temblorosos. —Cariño, te lo agradezco; de verdad. Pero no es tu trabajo protegerme a mí o a las chicas. Es mi trabajo protegerte a ti. Escucha...

Antes de que pueda terminar la frase, las niñas entran corriendo en la cocina, susurrando que tienen hambre. Suspiro, me pongo en pie y voy a situarlas.

Lleno sus cuencos de pasta antes de salir de la cocina con la excusa de cambiarme la ropa de trabajo. De camino, me desvío hacia la habitación de Ben y lo encuentro tumbado boca abajo en la cama, con la baba formando una mancha oscura alrededor de la boca.

Arrugo la nariz con disgusto, cojo una almohada que ha tirado al suelo y le golpeo con ella. No se inmuta, así que sigo dándole hasta que se revuelve.

Resopla y se despierta de golpe, con los ojos abiertos. Casi se atraganta con su propia saliva mientras lucha por enderezarse.

—Jesús —murmuro. Como siempre, apesta a alcohol y malas decisiones—. ¿Qué demonios estás haciendo? —gruño entre dientes apretados—. Esos niños ahí fuera te *necesitan*.

Sus ojos se centran en mí y frunce el ceño. —Sienna...

Me congelo. *¿Es una broma?* Si es así, es más cruel de lo que creía.

Parpadea un par de veces y suelta un sonoro eructo, que me hace retroceder unos pasos. A juzgar por su respiración y el parpadeo errático de sus ojos, sigue borracho.

—Si...

Me está jodiendo. Esto es una broma enfermiza.

Pero Ben nunca fue tan buen actor. Tiene una mirada anhelante y desesperada. Sus ojos inyectados en sangre oscilan salvajemente sobre mi cuerpo y se acerca a trompicones a mí.

—Si... lo siento mucho... olvidé tu c-cumpleaños...

—Ben —digo con firmeza—. Soy yo. Emma. No soy Sienna.

Frunce el ceño, hipando mientras se acerca a mí. —Te extrañé tanto, cariño...

Intenta tocarme, pero yo retrocedo. —¡*Ben*! Soy Emma. Espabila. ¿Estás tan ido que ni siquiera puedes notar...?

Jadeo cuando me agarra del brazo y me atrae hacia él. Para estar medio dormido y medio borracho, me agarra con una firmeza sorprendente.

—¡*Ben*! ¡Para!

Soy vagamente consciente de que la puerta se balancea sobre sus goznes, pero estoy demasiado preocupada por las manos errantes de Ben como para prestarle mucha atención. Al menos no hasta que Ben gruñe de dolor y arquea la espalda. Se tambalea hacia un lado y ve a Josh de pie, con las manos cerradas en puños.

¿Josh acaba de golpear a su padre?

—¡*Maldita sea*, pequeño bastardo! —sisea Ben mientras se despierta de cualquier alucinación alcohólica en la que estuviera atrapado.

—¡Aléjate de ella! —ordena Josh, mirando a su padre con una furia que pertenece a un hombre mucho mayor.

Ben mueve la cabeza de un lado a otro, con estupefacta incredulidad. —¡Pequeña mierda! ¿Me acabas de pegar?

—¡Estabas asustando a la tía Emma!

Los ojos de Ben se desvían hacia mí solo un segundo antes de volver a posarse en Josh. Lleva una mirada venenosa que no merece ser dirigida a ningún niño de ocho años, y mucho menos a tu propio hijo. —No me importa qué coño hice; no te corresponde...

Me interpongo entre él y Josh. —Ben, para. Estás fuera de control. Tienes...

Me empuja bruscamente y se abalanza sobre Josh. Tropiezo y caigo a un lado, consciente de que Josh sale corriendo por la puerta desde mi visión periférica. Ben lo persigue y, por primera vez desde que aquel camión naranja lo cambió todo, tengo miedo de lo que Ben es capaz de hacer.

Me golpeo con fuerza, rompiéndome la cabeza contra el suelo de madera, pero vuelvo a ponerme en pie tan rápido como puedo. Me precipito al salón, donde Ben está dando vueltas alrededor del sofá, intentando arañar a Josh.

—¡Ben! ¿Has perdido completamente la cabeza? ¡Es un niño! ¡Es tu hijo!

—¡Exacto! —grita—. Mi maldito hijo. ¡Y tiene que aprender a respetar!

Sobresaltadas, las niñas gritan. Veo sus caritas aterrorizadas asomando por la cocina, pálidas como fantasmas.

—¡Ben, llamaré a la policía! —le grito de vuelta.

Se vuelve hacia mí, con el pelo revuelto y los ojos desorbitados. Nunca lo había visto tan desquiciado. Pero a pesar de eso, todo lo que siento es alivio. Al menos su atención está en mí ahora, no en Josh. *Que me golpee. Mientras los niños estén bien.*

—¿Qué coño has dicho? —gruñe.

Enderezo los hombros. —Ya me has oído. Llamaré a la maldita policía si no te calmas ahora mismo. Estás asustando a los niños.

Da un amenazante bandazo hacia mí, y entonces veo que Josh sale de detrás del sofá. Solo tengo tiempo de jadear antes de que su pequeño puño choque con las costillas de Ben por segunda vez en otros tantos minutos.

—¡Maldición! —ruge Ben. Se da la vuelta, levanta la mano y antes de que pueda detenerlo,

agarra a Josh por la parte delantera de su camiseta.

—¡BEN! ¡PARA!

La vocecita de Caroline atraviesa el calor de mi pánico. —¡Papá! Por favor, no...

Ben actúa como si no pudiera oírnos. Lanza a Josh contra la mesa de café. No es un lanzamiento violento, pero el cuerpo demasiado delgado de Josh hace un ruido sordo al chocar con el mueble. Gruñe de dolor e incluso ese sonido desgarrador no parece sacar a Ben de su estado de locura.

—¡Cabrón! —le grito a la espalda mientras sale enfadado por la puerta y la azota contra las lágrimas de sus hijos.

Corro hacia Josh y lo levanto del suelo. No es hasta que lo tengo en mis brazos que me doy cuenta de que no es él quien está temblando.

Soy *yo*.

—Josh —jadeo, acunándolo como solía hacer cuando era pequeño—. Lo siento mucho. Lo siento *tanto* —se aferra a mí, su pecho se agita con sollozos silenciosos. Lo único que puedo hacer es abrazarlo—. No pasa nada. Sigue llorando. Te mereces llorar tan fuerte como quieras, durante todo el tiempo que quieras.

—¿J-Joshie...?

Levanto la vista y veo que Caroline y Reagan siguen escondidas detrás de la pared de la cocina, con las mejillas llenas de lágrimas. Les hago un gesto para que se acerquen y ellas corren hacia mí, con su calor envolviéndome por ambos lados mientras nos acurrucamos todos juntos.

—Está bien —susurro—. Vamos a estar bien, lo prometo. Me aseguraré de que todos estemos bien...

Pensé que tener a Ben cerca era importante para los niños. Pensé que era necesario. A pesar de sus defectos, no quería que perdieran a su único padre vivo. Pero, después de esta noche, tengo que enfrentar el hecho de que tenerlo cerca les hace más mal que bien. Tal vez estemos mejor sin él.

Lo que me deja un único camino y, por supuesto, no será fácil. Mi corazón late desbocado, aunque mi determinación se endurece.

A partir de ahora, tengo que ser su madre *y* su padre. Tengo que despojar a Ben de sus derechos parentales. Tengo que adoptar a estos niños.

Una vez que lo asimilo, me aferro a los niños con la misma fuerza con la que ellos se aferran a mí. Y entonces...

Yo también me permito llorar.

EMMA

Tranquilízate.

No sabes cuáles son tus posibilidades.

Y, si esto no funciona, entonces puedes matarlo.

Mi pierna rebota erráticamente desde que me senté en el despacho vacío de Isabel Costa a esperarla. Podría haberla acorralado en el comedor, pero no quería tener esta conversación en público.

—¿Emma?

Me doy la vuelta en la silla. —Hola, Isabel.

La abogada está en el umbral de su puerta, mirándome con las cejas arqueadas.

Parece darse cuenta de la situación en cuestión de segundos, porque entra y cierra la puerta.

Isabel *nunca* cierra la puerta.

—¿Qué pasa? —me pregunta, sentándose a mi lado en lugar de detrás de su escritorio.

—Sé que no tienes la costumbre de dar asesorías legales gratis...

Sonríe. —Consideremos esta asesoría personal entonces, ¿de acuerdo?

Asiento con gratitud. Siempre me ha caído bien Isabel, siempre sentí que podíamos ser buenas amigas cuando nos sentábamos a la misma mesa en el trabajo o nos cruzábamos en la fiesta de Navidad de la empresa. Podríamos haberlo sido, si no fuera porque yo estaba demasiado ocupada intentando mantenerme a flote como para dedicar energía a entablar nuevas amistades.

—Claro. Personal —intento devolverle la sonrisa, pero la mía es débil, con más lágrimas esperando si me doy rienda suelta—. Antes de venir a Bane, ¿no solías trabajar en derecho de familia?

—Diez años —confirma—. ¿Se trata de tus sobrinas?

—Y sobrino —respiro hondo y me lanzo—. Quiero adoptarlos legalmente. Y también quiero despojar a su padre de sus derechos.

Las cejas de Isabel golpean el techo de su frente. No es buena señal.

—Es posible, ¿no? —presiono, desesperada—. ¿Se ha hecho antes?

—Se ha hecho. Pero raramente. Es extremadamente difícil conseguir que le quiten los derechos a un padre biológico mientras aún está vivo, Emma. Puede ser difícil para el otro padre hacerlo, y mucho más para una tía. Y la única manera de que un tribunal lo considere siquiera es que puedas demostrar que tu cuñado es un peligro para esos niños.

Me río amargamente. —Puedo hacerlo.

Es un mérito a su profesionalidad que no haga una mueca ni parezca sorprendida. Se limita a

asentir y suspirar. —Bueno, eso cambiará las cosas. ¿Es abusivo? ¿Violento?

—Bebe mucho. Y últimamente se ha vuelto violento. Anoche... empujó a Josh.

Estoy enfadada conmigo misma por cómo está saliendo todo esto. Estoy haciendo que parezca algo accidental, cuando fue cualquier cosa menos eso. *Rompió* a esos niños anoche. Los tres se metieron en mi cama y necesité cinco cuentos antes de que se sintieran lo suficientemente tranquilos como para dormirse.

—¿Tiene antecedentes de ese tipo de comportamiento?

—Anoche fue la primera vez que se puso tan mal —admito—. Pero a veces amenaza con pegarles. Se ha vuelto cada vez más beligerante. Y también ha aumentado la bebida.

Isabel suspira. —Emma, me encantaría poder darte una noticia positiva, pero parece que será un proceso judicial largo y tendido. A menos, claro, que tu cuñado esté dispuesto a cederte la patria potestad.

Me muerdo el labio. —Dudo que esté de acuerdo con eso.

—Entonces te enfrentas a una batalla por la custodia, y eso llevará tiempo y dinero.

Los ahorros que he acumulado en los últimos meses son considerables. Pero no es ni de lejos suficiente para cubrir los gastos legales que requeriría un caso así.

—No tengo suficiente de ninguna de esas cosas —murmuro.

—¿Él sí?

—No... pero sabe dónde conseguir el dinero —admito.

Los llamo mamá y papá. Lo ayudarían en un santiamén.

Isabel me mira con expresión comprensiva. —Escucha: si estás decidida a seguir por este camino, puedo recomendarte una buena abogada. De hecho, cuando se trata de casos de custodia de menores, puede que sea la mejor.

La ansiedad es algo feroz en este momento. Necesito lo mejor. Pero no puedo permitirme lo mejor. La mera idea de que las facturas de los abogados lleguen a mi bandeja de entrada me da escalofríos. —Tendré que pensarlo un poco.

Isabel asiente. —Hazlo y avísame si necesitas ese contacto.

Doy las gracias a Isabel y salgo a los pasillos de Bane Corp. sintiéndome como si acabara de escupirme un tornado. Mi corazón clama contra mi pecho y siento que solo me quedan unas pocas opciones.

El plan A era el sistema judicial, pero parece que ahora mismo está fuera de mi alcance. El plan B es dejar caer un piano sobre la cabeza de Ben y, por muy satisfactorio que pueda ser, no soy ese tipo de persona.

Lo que significa que todo lo que me queda es el Plan C.

Y el Plan C se llama Ruslan Oryolov.

El nuevo contrato. La cláusula de embarazo.

Solo de pensarlo me sale urticaria. Un becario me mira preocupado, así que me meto en el baño más cercano y me echo agua fría en el cuello.

Mentiría si dijera que no estaba considerando ya el nuevo contrato de Ruslan. Sobre todo, después de la conversación que tuvimos en el cumpleaños de Sienna. Es mucho, sin embargo, y la idea de algo tan grande, tan permanente, me aterra lo suficiente como para lanzar un instintivo y automático "*ni de coña"*.

¿Pero ahora?

Ahora tengo otra razón para considerarlo. Una razón mayor y más importante. Ahora no se trata de elección personal, estamos hablando de *necesidad*. Estamos hablando de *supervivencia*.

Y, en lo más recóndito de mi mente, donde se esconden todos mis secretos más oscuros, un pensamiento se abre paso hasta mi conciencia.

Puedo tenerlo todo sin lidiar con lo malo.

Porque, seamos sinceros: si tuviera que mirar la lista de cosas que quiero, decir "sí" a este contrato modificado es la única manera de conseguirlas todas.

Lista mental rápida:

Quiero la custodia de esos niños.

Quiero despojar a Ben de sus derechos parentales.

Necesito dinero suficiente para hacer ambas cosas.

Necesito dinero suficiente para mantener a esos niños cuando los tenga.

Siempre he querido tener mi propia familia.

Nunca he sentido por un hombre lo que siento por Ruslan.

Firmar su contrato me daría todo lo anterior. Por supuesto, el inconveniente es que estaría firmando un contrato para formar una familia con un hombre que ni siquiera es realmente mi novio. Quien explícitamente me advirtió que nunca tendría todo de él. Y estaría intercambiando mi cuerpo, otra vez, por dinero.

Realmente es meterme a la boca del lobo.

Pero mientras miro mi reflejo en el espejo, se me ocurre que estoy preparada para correr ese riesgo. Estoy lista y dispuesta a afrontar las consecuencias que me esperen al final de esta pendiente.

Por los niños, si no por mí. Se merecen todo lo que pueda darles.

Vale, Emma. Es ahora o nunca.

Con el subidón de mi nueva determinación, me dirijo hacia el despacho de Ruslan. Ni siquiera llamo a la puerta antes de entrar: armas fuera, cañones en ristre.

Ruslan me echa un vistazo a la cara y lanza un agudo —Fuera —a Kirill.

Cuando la puerta se cierra detrás de Kirill, miro a Ruslan y pongo todas mis cartas sobre la mesa. —Necesito alejar a mis hijos de Ben. Probablemente debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero... bueno, ya sabes por qué no lo hice. La cosa es que me espera una larga batalla por la custodia, porque Ben no renunciará a los niños sin luchar. Y probablemente tendrá el apoyo de mis padres, lo que significa que necesito encontrar el dinero para pagar al mejor abogado de custodia que pueda encontrar.

No estoy tomando lo que llamarías "una cantidad normal de pausas". Tampoco estoy tomando lo que llamarías "una cantidad normal de respiraciones". Pero ahora que empecé, no puedo parar.

—Sé que esto probablemente no es lo que querías. Elegir a otra persona sería mucho más sencillo. Pero debes saber en lo que te estás metiendo, por eso te digo todo esto por adelantado. Quedarte conmigo significará un montón de drama, una batalla judicial prolongada, y un montón de lágrimas. Pero, si tú estás dispuesto, yo también.

En cuanto dejo de hablar, me invade el miedo.

Vaya manera de venderte, Emma.

La expresión de Ruslan es ilegible. No tiene ni una línea en la frente. Se levanta despacio y camina alrededor de su escritorio. —¿Fue esa tu forma de decirme que estás dispuesta a firmar mi nuevo contrato?

Trago saliva. —¿No quedó claro? —sonríe y me cubro la cara con las manos—. Lo siento —digo en mis palmas justo antes de soltarlas—. Sí, estoy dispuesta a firmar tu nuevo contrato.

No dice ni una palabra. En lugar de eso, coge una carpeta de su escritorio y me la entrega.

Dejo escapar un silbido bajo. —Ya tenías todo listo.

—He tenido tiempo para pensar en esto.

—Claro, pero acabo de darte un montón de información nueva. ¿Seguro que estás dispuesto a apuntarte al drama?

Sigue sin pestañear. —Quiero tener un heredero con alguien que me guste y respete. Si el drama es parte del trato, que así sea.

—¿Te gusto y me respetas? —murmuro estúpidamente.

Pone los ojos en blanco. —Solo toma el maldito contrato, Emma.

Se me escapa una burbuja de risa. Esto se siente tan *raro*. Casi surrealista. No, no casi, *es* surrealista. Es una locura total.

Pero también me parece lo correcto.

Cojo el contrato y me lo aprieto contra el pecho. —Lo tendré en tu mesa esta tarde.

Hablando de déjà vu.

—En realidad —dice de repente—, quiero hacer un retoque más antes de dejar que te lo lleves. Haré que Kirill te lo entregue en una hora más o menos. Puedes devolvérmelo esta noche, en el ático.

—Esta noche no es nuestra noche habitual.

—No —asiente con un suave y sugerente retumbar de barítono—, no lo es.

Le devuelvo el contrato y siento que se me calientan las mejillas. —De acuerdo, entonces.

Nuestras miradas se cruzan y trato de reprimir el escalofrío que amenaza con recorrerme la espina dorsal. Esperaba miedo. Recelo. Nerviosismo, como mínimo.

Pero todo lo que siento es emoción.

Rae, Caroline y Josh van a estar a salvo.

Ben va a salir de nuestras vidas.

Ruslan y yo vamos a tener un bebé.

RUSLAN

Tengo una reunión fuera de la oficina por la tarde, así que Emma ya está en el ático cuando entro.

El contrato enmendado está abierto sobre la mesa del comedor, y ella se pasea descalza entre las ventanas y el bar. Lo primero que me llama la atención es lo guapa que está con el pelo suelto. Lo segundo en lo que me fijo es en el bolígrafo junto al contrato abierto.

Así que aún no lo firmó.

Se detiene en seco cuando me ve. —No tienes que hacer esto.

—No me vendría mal un poco de contexto —respondo, aunque sé perfectamente de qué habla.

Señala la página abierta del contrato. —He leído la sección modificada. No tienes que hacerte cargo de todas mis facturas legales. Lo que ya me ofreciste es suficiente.

—Ya lo sé. Quiero hacerlo.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos e incrédula. —Pero... no es tu pelea, Ruslan. No tiene nada que ver contigo.

—Si firmas ese contrato, pronto estarás gestando a mi hijo, Emma —le recuerdo—. Y a, partir de entonces, si algo te afecta, directa o indirectamente, tendrá que ver conmigo.

Traga saliva. Sus ojos pasan de mí al contrato y luego vuelven a mí. —Es demasiado.

No es tanto como te mereces.

—Yo juzgaré eso.

Le tiembla el labio inferior antes de mordérselo. —Yo... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo tienes que firmar en la línea de puntos, *si* esto es realmente lo que quieres.

Se acerca a la mesa y coge el bolígrafo. Sus ojos se posan en mí por un momento. ¿Hay vacilación en su mirada? ¿miedo? ¿duda?

—Esto es importante, ¿verdad? —susurra.

Asiento. —Tienes que estar segura.

Exhala y cierra los ojos. Me resisto a tocarla. Pero lo único que pienso es que *tiene que firmar. Necesito que firme, maldición.*

Porque si no le meto un bebé a esta mujer esta noche, volveré jodidamente loco.

Cuando vuelve a abrir los ojos, parece tranquila. —*Estoy* segura —lo demuestra garabateando su firma con seguridad al pie de la página. —Ya está. Listo.

—Está hecho.

Se sonroja. —Entonces... ¿ahora qué?

—Ahora necesito tu bolso.

—¿Mi *qué*?

Le tiendo la mano. Tras unos instantes de titubeo, me lo pasa y empiezo a hurgar en él. Capto su expresión de perplejidad desde mi periferia.

—¿Nadie te ha dicho que nunca hay que rebuscar en el bolso de una dama? —la ignoro—. Ruslan, ¿qué estás buscando?

Por fin consigo encontrar lo que busco entre el montón de trastos que lleva en el bolso. Se lo enseño para que lo vea.

—Mis píldoras anticonceptivas —suspira, mirando el pequeño estuche rosa—. Vaya. ¿Realmente estamos haciendo esto?

Me dirijo al cuarto de baño, justo al lado del salón, y empiezo a echar cada pastilla en el retrete mientras Emma se queda a un lado, observando cómo despido cada dosis.

—¿Eres algo dramático, no?

¿Dramático? Sí.

¿Excitado? Muchísimo.

—Me prometiste drama. Solo te estoy devolviendo el favor —me hago a un lado para dejar que se acerque—. ¿Quieres hacer los honores?

Respira hondo y estira la mano. Sus dedos tiemblan cuando se posan sobre la palanca de plata. Vuelve a respirar y, conteniendo la respiración, presiona la palanca. Vemos cómo las pastillas desaparecen en el remolino y, a pesar de su burla de antes, la sensación es necesariamente dramática. Estamos oficialmente "intentándolo".

Todavía no sé muy bien cómo coño llegamos a esto.

La agarro y la atraigo contra mi pecho. —Estás sumida en tus pensamientos.

Emma asiente distraída, su mejilla crujiendo contra mi camisa. —Estaba pensando...

—Te he advertido que no hagas eso.

Me golpea en las costillas. —Estaba pensando en cómo tirar del agua en el retrete significó el final de una parte de mi vida y el comienzo de otra —estamos tan cerca que puedo ver las manchas grises en sus ojos azules cuando me mira—. Es que... quiero decir… mierda, es muy difícil concentrarse cuando me miras así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras darme un mordisco.

Sonrío. —Curiosamente, eso es *exactamente* lo que estaba pensando —le agarro la barbilla con los dedos—. Ahora eres *mía,* Emma Carson.

—Yo ya era tuya —susurra.

Esas palabras bajan directamente a mi polla. Grita cuando la cojo en brazos y la llevo al dormitorio principal. La arrojo sobre la cama y ella rebota en el colchón hasta que la sujeto con una mano en la cadera y otra en la garganta. Mis labios buscan primero su cuello, luego su pecho, y ella se estremece cuando uso los dientes para arrancarle los botones de la blusa.

A este paso, tendré que comprarle un vestuario nuevo.

No me importa. Es la excusa perfecta para mimarla.

Hay tantas cosas que quiero hacer por ella. Tantas cosas que quiero darle. Su orgullo no la habría dejado aceptar. Pero, una vez que lleve a mi hijo, será un juego totalmente diferente.

Mi lengua se extiende por sus pechos, rodeando sus jugosos pezones hasta que están duros y firmes. Se los chupo mientras ella se agita contra mí, clavándome las uñas en la espalda, y luego la beso por el vientre mientras se retuerce y gime. Le quito la ropa y le lamo el coño hasta que

chorrea por todas las sábanas.

—¿Estás lista para mí, *kiska*?

Se muerde el labio—. Mhmm.

—¿Quieres que te meta un bebé? —ella asiente, con los ojos muy abiertos, toda la sangre brotando por sus mejillas. Le agarro un puñado de pelo—. Déjame oírte decirlo.

—Quiero que me metas a tu bebé —gime mientras froto la cabeza de mi polla por su raja empapada—. Fóllame, Ruslan. Por favor... quiero a tu bebé.

Deslizo dos dedos entre esos deliciosos labios y, mientras ella los chupa, me introduzco en su interior.

—¡Ahh!

Bombeo con fuerza desde el principio, acallando sus gemidos con mis dedos hasta que los muerde. —Hm, mi pequeña *kiska* viciosa. Voy a llenarte. Voy a cubrirte con mi semen. Te gustaría, ¿verdad?

Sus pechos rebotan con la fuerza de mis embestidas. —Sí —jadea—. Maldición, sí. Lléname. Fóllame duro... sí, *sí, SÍ.*

La follo más fuerte, más profundo, más rápido. Cada gemido que sale de su boca hace que mi polla esté más hambrienta y ávida de más. Incluso cuando siento que mis pulmones están a punto de derrumbarse, sigo bombeando, espoleado por ese sonido de carne contra carne. El estruendo de mi pelvis al chocar con su coño resbaladizo.

Y, todo el tiempo, todo lo que puedo ver en mi mente es su vientre creciendo. El niño que nacerá gracias a esta noche, o a la de mañana, o a una noche como esta. No puedo esperar a follármela cuando esté embarazada. Sus pechos serán mucho más grandes, su barriga madura con nuestro bebé. Tengo que apretar los dientes para no correrme.

Todavía no, todavía no...

—¡Maldición, Ruslan! —grita—. ¡No puedo más... *maldición*!

—Oh, sí puedes. Ese apretado coño tuyo está hecho para mí. ¿Puedes sentirlo?

—Sí —gime—. *Sí.*

—¿Quieres que me corra dentro de ti?

—Sí, por favor... por favor...

Me inclino y le meto la lengua en la oreja. Ella se agita y levanta las caderas hacia mí.

—Ahora eres mía —gruño—. *Jodidamente. Mía.*

Incluso cuando se desmorona en mis brazos, no dejo de follármela. Solo pienso en el hijo que tendremos juntos. Una vez que esté embarazada, cambiará todo. Puedo cuidar de ella como se supone que debo hacerlo. Puedo protegerla. Puedo darle la vida que se merece.

Una vez que mi bebé esté en su vientre, estará atada a mí para siempre. Es la única excusa que necesitaré para hacer esto una y otra vez.

Hasta entonces, voy a saborear cada puto momento de intentarlo.

—¡*Ruslan*! —jadea, sacudiéndose hacia delante—. ¡Por favor!

—¿Cuáles son las palabras mágicas? —gruño.

Siento que mis caderas van a ceder en cualquier momento. *Todo está en la mente*. Me la follaré el tiempo que haga falta.

—¡Soy tuya! —grita—. ¡Toda tuya, joder!

Eso es todo lo que necesito para entrar en erupción.

EMMA

¿Para qué he venido?

Oh, es cierto, un cambio de cita de última hora.

La verdad es que no recuerdo a quién tenía que reprogramar. Apenas puedo oírme pensar por encima del sonido de las caderas de Ruslan golpeando con fuerza contra mi culo mientras me folla por cuarta vez hoy.

Solo diré esto: el sexo se nos está yendo de las manos. Sería terrible si no lo disfrutara tanto.

Pero, en realidad, ahora interfiere con el trabajo. Incluso mi cuerpo se ha condicionado al nuevo status quo en la oficina estos días. Cada vez que Ruslan pregunta por mí, mi coño empieza a palpitar y me mojo. La mitad de las veces, ni siquiera sé lo que quiere. No importa, me mojo de todos modos.

Por supuesto, la mayoría de las veces, aunque empiece como trabajo, acaba como sexo.

En su silla.

Contra su escritorio.

Contra las ventanas.

Y no solo en el trabajo. Si no tenemos sexo en el ático, se cuela en mi apartamento después de que los niños se hayan ido a la cama. Tiene que follarme con la mano en la boca porque, como ya establecimos antes, soy una gritona.

Casi nos pillan el fin de semana pasado, cuando Reagan tuvo una pesadilla e intentó entrar en mi habitación. Por suerte, había tenido la precaución de cerrar la puerta con llave. Ruslan se escondió en mi cuarto de baño mientras Reagan se metía en mi cama con cara de disgusto.

—¿Por qué estaba cerrada tu puerta?

—Debo haberla cerrado por error, cariño. Lo siento.

—No vuelvas a hacerlo —me advirtió solemnemente, con las cejas fruncidas.

Nos reímos de eso al día siguiente, justo antes de que Ruslan me obligara a arrodillarme y me hiciera tragar su polla. Por supuesto, después se corrió dentro de mí. Porque ahora *todo* el sexo implica que él se corra dentro de mí.

También es un cavernícola. Si le pido un pañuelo de papel, me fulmina con la mirada y me obliga a ponerme las bragas.

—Puedes pasearte todo el día con mi semen chorreando por tus muslos. No te preocupes por limpiarte, te lameré hasta dejarte seca.

Con una promesa *así*, ¿cómo podría no obedecer?

En cuanto a los inconvenientes, no son inexistentes. Por muy embriagador, delicioso y

asombrosamente excitante que sea el sexo, siempre me duele el coño. Ahora que lo pienso, me duele *todo* el tiempo.

Ah, los peligros de una vida sexual sana.

Phoebe estaría muy orgullosa si supiera cuánto sexo tenemos Ruslan y yo. La cosa es que no quería contarle la razón contractual por la que estamos teniendo tanto sexo, así que ha sido más sencillo no mencionar nada en absoluto.

Más sencillo, aunque no más fácil.

Ruslan me recoge el pelo en una coleta suelta y tira con fuerza mientras empieza a empujar aún más fuerte. Muerdo la palma de su mano, intentando evitar que los gritos alerten a toda la planta de nuestra nueva adicción. Pero cuando tiene ese brillo neandertal en los ojos y acelera al máximo, todo el autocontrol sale por la ventana.

Me estremezco y un nuevo orgasmo me recorre como un cohete, haciendo saltar por los aires la pila de papeles en la que invertí toda la mañana. Más tarde me molestaré por eso, pero ahora mismo me da igual. Él sigue embistiéndome, y su respiración se hace cada vez más entrecortada a medida que ambos alcanzamos el clímax final.

Justo cuando veo aparecer pequeñas estrellas azules ante mis ojos mareados, siento cómo se libera, llenándome con su semen caliente.

Me pregunto si hicimos un bebé esta vez...

Por otra parte, pensé lo mismo cada vez que dormimos juntos en las últimas semanas. Se endereza y me pasa las bragas.

Ya noto cómo el semen me resbala por los muslos, pero ignoro la caja de pañuelos y me pongo las bragas.

—La gente se preguntará por qué huelo como tú todo el tiempo.

Ruslan rodea la mesa y empieza a recoger los papeles que he volcado. —Si tienen que preguntárselo, es que son jodidamente estúpidos. Es obvio.

—¿Obvio para *quién*? —replico.

Ruslan sonríe satisfecho. —Nunca pasó tanto tiempo en mi despacho, Srta. Carson.

—Oh, Dios. Soy la puta de Bane Corp. La Hester Prynne de Nueva York. Bien podría tener una A escarlata bordada en todas mis blusas.

Ruslan se ríe. —El rojo te queda bien.

Le lanzo un clip. —No tiene gracia.

Sin dejar de reír, se acerca y me aparta un pelo de la cara, con un tierno movimiento de sus dedos. —¿A quién le importa lo que diga la gente, *kiska*? Nadie sabe lo del contrato y eso es lo único que importa. Además, pronto estarás embarazada de mí. Si aún no se han dado cuenta, seguro que lo harán.

Se me cae la boca. —No había pensado en eso.

—Bueno, has estado distraída últimamente.

Pongo los ojos en blanco mientras intento reprimir una sonrisa. Luego recojo el itinerario que traje aquí, ahora roto por la mitad gracias a la forma en que Ruslan me agarró nada más entrar y me inclinó sobre su escritorio.

—Voy a imprimir otro de estos.

Toc, toc, toc.

Miro hacia la puerta. Es un golpe muy agudo. También muy familiar. Kirill ha bromeado más de una vez con llevar un cascabel en un collar al cuello para que lo oigamos llegar.

—Adelante —llama Ruslan.

Kirill entra, se detiene ante el escritorio de Ruslan y nos mira, sabiendo sin tener que preguntar lo que acaba de pasar. —Por el amor de Dios —arruga la nariz—. ¿Otra vez?

Ruslan se ríe y me despide con un guiño y un movimiento de cabeza. Me apresuro a salir, haciendo todo lo posible por ocultar el rubor de mis mejillas.

No estoy en mi mesa ni diez minutos antes de que suene mi teléfono.

RUSLAN: ***Tengo que ir a un evento del club la semana que viene. Necesito un acompañante.***

EMMA: ***¿Y quieres que vaya contigo?***

RUSLAN: ***Sí.***

EMMA: ***Y, para que quede claro, yo sería tu cita. Tu única cita.***

RUSLAN: ***Eso es correcto, Srta. Carson.***

Es muy difícil no ponerme a bailar feliz. Pero ahora mismo hay unos cuantos ejecutivos junior pululando por ahí y no necesito que cotilleen sobre mí más de lo que cotillean. Así que reprimo las mariposas que revolotean en mi estómago y me concentro en mi teléfono.

EMMA: ***Lo pensaré.***

RUSLAN: ***¿Quieres volver aquí para que pueda ayudarte a pensarlo?***

EMMA: ***¡Eres un animal!***

RUSLAN: ***No lo olvides.***

EMMA: ***Está bien. Voy contigo.***

RUSLAN: ***Eso es lo que pensé.***

Míranos, flirteando y todo. Como una pareja normal. Es suficiente para marearme. Estas dos últimas semanas me tienen de buen humor constantemente. Tan bueno que no puedo evitar hacerme la misma pregunta que surge inevitablemente cada vez que la vida se presenta así de bonita durante algún tiempo.

¿Cuándo caerá el balde de agua fría?

EMMA

—¿Y Russy?

Escondo mi carcajada detrás de una tos cuando Ruslan me fulmina con la mirada.

Luego vuelve a centrar su atención en las dos bobaliconas que lo han estado interrumpiendo durante treinta interminables e implacables minutos.

—No.

—¿Puedo llamarte Ru-Ru?

Parece dolido. —No si quieres que responda.

Josh está poniendo la mesa con una enorme sonrisa en la cara. Es genial verlo así. A veces, siento que la única vez que veo esa sonrisa es cuando Ruslan está cerca.

Y está *cerca* recientemente.

Al menos dos noches por semana, me lleva a casa y entretiene a los niños mientras preparo la cena. A veces, los ayuda a construir fuertes de almohadas en la habitación de las niñas; otras tardes se dedican a hacer castillos de Lego en la alfombra del salón. Y también hay noches como la de hoy, en que todos se reúnen en torno a la mesa de la cocina, hablando por encima de los demás sobre nada en absoluto.

Es cierto que no soy su novia y él no es mi novio.

Es cierto que tenemos un contrato legalmente vinculante, que detalla de forma explícita e insoportable todas las facetas de nuestra relación.

Es cierto que me ofrece dinero a cambio de lo que espera de mí.

También es cierto que nunca me dijo que me quiere y probablemente nunca lo hará.

Pero el caso es que es increíble con mis hijos. Se ha encariñado con ellos y ellos se han encariñado con él de una manera que nunca habría creído posible. Realmente creo que se preocupa por mí. Lo suficiente como para querer hacerse cargo de mis deudas y mis gastos legales y todas las pequeñas tensiones de mi vida cotidiana.

Tiene un muro alrededor de su corazón, pero me *dijo* por qué. Y estoy dispuesta a apostar que abrirse a alguien no es algo que Ruslan Oryolov haga muy a menudo.

Y, lo más importante, somos monógamos.

Al final, ¿por qué iba a preocuparme por un título? ¿Por qué iba a preocuparme por no ser suficiente cuando él me ha hecho el cumplido único de querer que sea la madre de su hijo? Claro, no es tradicional.

Pero lo tradicional es aburrido, ¿no?

Reagan suelta una violenta carcajada cuando Ruslan la agarra, la sube a su regazo y empieza

a hacerle cosquillas en los costados del vientre. Los observo durante unos minutos, sintiendo la sensación de calma que me invade cada vez que estamos los cinco juntos.

Empieza a parecer menos un experimento y más una familia.

No necesito ser su esposa. Solo necesito *esto*.

En ese momento, por supuesto, oigo el estruendoso portazo y el horrible e inoportuno golpe de dos pesados pies. Un pensamiento y solo un pensamiento pasa por mi cabeza.

Hablé demasiado pronto.

Reagan entierra la cara en el pecho de Ruslan, Caroline se agacha a su lado y Josh me lanza una mirada nerviosa que rápidamente desvía hacia la puerta.

Desde el incidente, Ben mantiene las distancias. Llega tarde a casa, mucho después de que los niños y yo nos vayamos a la cama, y se marcha hacia el mediodía, cuando yo estoy en el trabajo y los niños en el colegio. Ninguno de nosotros lo espera aquí a estas horas.

—¿Por qué no me disculpan un momento, chicos? —Ruslan se levanta y apoya a Reagan en su silla—. Hay algo que me gustaría discutir con Ben.

Mis ojos se abren de pánico. —Ruslan...

—Me ignora por completo —no tardaré.

No espera a que le diga todas las razones por las que hablar con Ben sería una mala idea. Sale de la cocina, dándole una palmada en la espalda a Josh al salir.

—Josh, quédate con las chicas, ¿de acuerdo? Volvemos enseguida.

Entonces entro corriendo en el salón, detrás de Ruslan. Ben ya está tumbado en el sofá, como si hubiera salido de un agujero húmedo y maloliente.

Sus párpados se abren de golpe cuando ve salir a Ruslan. —¿Qué dem...?

—Levántate —ruge Ruslan.

Ese tono. Dios mío. Me pone los pelos de punta. Solo puedo imaginar el tipo de efecto que tiene sobre Ben.

Suficiente, al parecer, para ponerlo en pie.

—Tú y yo bajaremos a hablar un poco —continúa Ruslan.

Sí, vale, quizás fue un error contarle a Ruslan el incidente con Josh de la otra noche. Estaba muy disgustada y hablar con él me hizo sentir mejor.

Hasta ahora, claro.

Ahora me pregunto si estoy a punto de presenciar un asesinato.

—¿P-por qué no podemos hablar aquí? —Ben traga saliva.

Solía pensar en Ben como un hombre grande. Mide 1,80 y tiene buena constitución. Pero al lado de Ruslan, Ben parece un hobbit. Y parece *asustado*.

—Porque no quiero molestar a los niños. Ya has hecho bastante daño.

Ben me mira. —¿Emma?

¿De verdad espera que lo ayude?

Ruslan se desliza entre nosotros y señala la puerta sin decir una palabra más. Ben frunce el ceño, pero avanza a trompicones hacia donde Ruslan le indica y los dos se escabullen.

Me doy vuelta para asegurarme de que los niños permanecen escondidos. Josh me hace un gesto de valentía y arrastra a sus hermanas de vuelta al sofá.

Con una fuerte inhalación, sigo a los hombres fuera.

Ben ha seguido a Ruslan hasta la acera. La calle está tranquila y vacía de gente, salvo por la fila de coches aparcados junto a la acera. Mantengo la distancia.

—De acuerdo —dice Ruslan, volviéndose hacia Ben—. Hablaré despacio para que me

entiendas. Si vuelves a ponerle la mano encima a alguno de esos niños, te la cortaré y alimentaré a los pájaros con ella. Si no los proteges del mundo, no me dejas otra opción que protegerlos de *ti*.

Ruslan está tan concentrado en Ben que estoy segura de que no ve el sutil destello que salta a intervalos regulares. Miro en la dirección del destello y veo una figura sombría que se escabulle detrás de uno de los coches del lado opuesto de la calle. Conozco esa figura.

Remmy.

Ben, por supuesto, elige este momento para intentar ser un alfa. —Escucha, colega: soy su *padre*. Esto no es asunto tuyo.

—Lo estoy *haciendo* mi asunto, yebanyy *mudak* —avanza hacia Ben, que retrocede hacia los ladrillos y se encoge.

Corro al lado de Ruslan. —Ruslan —susurro—. *Remmy está aquí*. Al otro lado de la calle.

Pero sus manos siguen cerradas en puños. Sigue mirando a Ben como si no hubiera oído nada de lo que acabo de decir.

Ben intenta permanecer imperturbable, pero las manchas rojas que se forman en sus mejillas lo delatan. —Escucha...

—No, escucha *tú* —da otro paso adelante y creo sinceramente que le dará una paliza a Ben —. Te acercas a menos de cinco millas de esos niños y haré de tu vida un infierno. ¿Entiendes?

Retrocede, Ben. ¡Por el amor de Dios, retrocede!

—Bien —dice Ben—. No necesito esta mierda.

Se va corriendo hacia su coche, el mismo que arregló Ruslan, se sube y se marcha. Cuando se ha ido, Ruslan se vuelve hacia mí. —¿Remmy? —murmura, acercándose a mí y rodeándome los hombros con un fuerte brazo.

Miro hacia el coche tras el que se escondía Remmy, pero no se lo ve por ninguna parte. —Se ha ido...

—Que le vaya bien —me acerca y me da un tierno beso detrás de la oreja—. ¿Estás bien?

—Claro —miento—. Sí. Por supuesto.

Pero la verdad es que estoy nerviosa.

Ben y Remmy en una noche... es demasiado. ¿Por qué las cosas no pueden ir bien? Entonces, percibo el aroma a roble de Ruslan y esa sensación de calma vuelve a apoderarse de mí. Ya me resulta familiar. Empiezo a confiar en ella. Es peligroso, pero ya hemos pasado el punto de no retorno.

Ruslan me dirige hacia el apartamento. —Vamos a subir con los niños.

De sus labios, nada ha sonado nunca más dulce.

RUSLAN

—Estoy oyendo muchos rumores extraños, *moy syn*.

Es raro que Fyodor inicie una conversación. Más raro aún es verlo fuera de la comodidad de sus jardines. Ha llegado a aborrecer el centro de la ciudad, probablemente porque recuerda una época en la que fue feliz en él.

Empujo la cesta de pasteles hacia él. —No sueles prestar mucha atención a los rumores, Otets.

Su mirada se desvía hacia la impresionante vista de Manhattan, pero bien podría estar mirando un lienzo en blanco por todo el interés que muestra.

—Lo hago cuando involucran a mi hijo.

Pico mi tortilla española, intentando no pensar en lo que Emma y los niños estarán haciendo este domingo por la mañana. Me había dicho que pensaba llevarlos al acuario, pero hasta ahora no recibí ninguna foto.

—¿Qué has oído?

—Que te acuestas con tu secretaria.

Levanto las cejas. —¿Vas a llamarme poco original?

Fyodor levanta ligeramente la boca. Casi parece animado, para variar. —¿Así que es cierto?

Me encojo de hombros. —Simplemente... ocurrió.

—Y los niños... ¿eso también simplemente ocurrió?

—Era una especie de paquete.

—¿Y eso no te disuadió? —pregunta con astucia—. Ambos sabemos que no estás muy interesado en la paternidad. Al menos, no lo estabas.

Miro su plato. —Apenas has tocado tu tostada francesa.

Aparta el plato de él. —Está demasiado seca. No tiene suficiente azúcar —reprimo un suspiro. Esa no es la razón por la que no le gusta, y los dos lo sabemos. La verdadera razón es— …Tu madre solía hacer las mejores tostadas.

—Mamá no está aquí, *Otets*.

Sus ojos brillan furiosos. —No necesitas recordármelo.

A veces, intento hacerlo enojar a propósito. Es el único indicio que tengo de que aún queda algo de vida en esa cáscara hueca que arrastra.

—Prueba el salmón, entonces.

Gruñe. —No tengo hambre.

Ya nunca tiene hambre. Come para sobrevivir; eso es todo. En el pasado, cuando no me

compadecía del pobre bastardo, estaba resentido con él.

Hoy es la primera vez que realmente siento que lo *entiendo*.

La idea de perder a Emma o a uno de esos niños me vuelve loco. Me paso las noches en vela intentando pensar en todas las formas posibles de mantenerlos a salvo. En las malas noches, pienso en todas las formas en que podría perderlos.

Es un tipo especial de locura.

Así que. si lo que estoy experimentando ahora se acerca siquiera a lo que mi padre soportó, estoy dispuesto a reconocerle el mérito de haberse arrastrado lejos de sus jardines.

Fyodor fija en mí sus lechosos ojos azules. —Estás evitando mi pregunta, hijo.

—No podría explicarlo aunque lo intentara —admito—. Tropecé con esta situación y ahora no sé cómo salir de ella.

Fyodor levanta las cejas. —¿Quieres hacerlo?

—No. No quiero.

No sonríe, pero tampoco parece tan taciturno. —No siempre será fácil. Pero, créeme, valdrá la pena.

Hasta que uno de ellos muere y pasas el resto de tu vida como un fantasma andante...

Destierro ese pensamiento antes incluso de que empiece a manifestarse. Tengo que asegurarme de que la historia no se repita. Me aseguraré de que la historia no se repita.

Me aclaro la garganta. —El lanzamiento de Venera es la semana que viene. ¿Estarás allí?

Fyodor asiente sin compromiso. —He oído que el prelanzamiento fue un éxito rotundo.

No puedo evitar una sonrisa de suficiencia. —Fue adecuado.

—Tengo que admitir que cuando me hablaste por primera vez de esta aventura tuya, pensé que era una locura. Creí que te esforzarías y abandonarías la idea antes incluso de que llegara a desarrollarse. Pero me has demostrado lo contrario. Lo llevaste a cabo. Lo lograste.

Hace falta ser un gran hombre para admitir que se ha equivocado. Igual que Fyodor, Vadim había dudado de mi propuesta, pero el infierno se congelaría antes de que reconociera sus dudas.

—Parece que vamos por buen camino.

De momento, no hay obstáculos ni recelos a la vista. El camino está despejado y todo marcha según lo previsto. La ciudad bulle al hablar de la nueva droga mágica en el mercado. Bane Corp. va mejor que nunca. Y las cosas con Emma y los niños van perfectas.

Es demasiado bueno para ser verdad.

Mi padre estuvo una vez en la misma posición en la que yo estoy ahora. Estaba sentado en la cima del mundo: respetado hombre de negocios, temido *pahkan* de una poderosa Bratva, devoto esposo y padre.

Y entonces, todo se vino abajo.

Yo estaba con él cuando nos llegó la noticia. Vadim nos dijo él mismo. Aún recuerdo cómo mi tío abrazó primero a Fyodor antes de decir una palabra. Casi como si supiera que su hermano mayor necesitaría un abrazo.

—Hermano —susurró—, sé fuerte. Los próximos meses te pondrán a prueba.

No pude oír las palabras exactas con las que Vadim le contó a Fyodor los detalles de lo ocurrido. Solo vi cómo las piernas de mi padre se doblaban. Vi cómo se le iba el color de la cara. Antes de ese momento, nunca lo había visto mostrar ni un solo rastro de debilidad. Y en cuestión de segundos pasó de ser un despiadado *pahkan* de la Bratva a una cáscara destrozada de hombre.

Hubo una lección en ese momento y me enseñó una cosa: *todos estamos a una tragedia de caer.*

—Has hecho mucho más de lo que creía posible —los ojos apáticos de Fyodor se iluminan un poco—. Leonid estaría orgulloso.

No menciona a mi hermano a menudo. Quizá es por eso que duele tanto cuando lo hace.

—Eso es por lo que lucho cada día —digo con voz ronca—. Ser el tipo de *pahkan* que Leonid habría sido si hubiera tenido la oportunidad.

Los ojos de Fyodor brillan con lágrimas no derramadas. —Leonid era inteligente y astuto. Pero era un político, no un titán. Nunca habría hecho crecer la Bratva como tú lo has hecho. Reclama tus victorias para ti, Ruslan, no para otros.

Hay momentos, como ahora, en los que veo destellos del hombre que solía ser. El *pahkan* que solía ser. Debería hacerme sentir orgulloso. En cambio, solo me hace llorar por lo que una vez tuvo y perdió.

—Debería irme.

Se levanta de su asiento y yo lo sigo. Lo acompaño a los ascensores, pero antes de que pueda pulsar el código de acceso para abrir las puertas, me detiene con una mano en el hombro.

Se ha encorvado con la edad. Hay una ligera joroba donde antes había una columna vertebral de acero. —Tu madre también estaría orgullosa —añade en voz baja.

Levanto una ceja escéptica. —A mamá nunca le importó la vida Bratva. Se preocupaba por nosotros. Eso era todo.

Fyodor asiente. —Así es. Lo único que le importaba era su familia. Por eso se habría alegrado tanto de que tú hayas encontrado a la tuya.

Me tenso, presa de una inmediata sensación de ansiedad. Pero antes de que pueda corregir a mi padre sobre la naturaleza de mi "familia", establece contacto visual. Dejó de hacerlo hace tanto tiempo que había olvidado lo que se siente ser visto, *realmente* visto por él.

Hubo momentos, en los días oscuros, en los que parecía que, en lo que respecta a *Otets*, yo había desaparecido junto a mamá y Leonid.

—Incluso de niño, siempre fuiste fuerte. Fuerte, estable y capaz. Eres mejor hombre que yo, hijo mío. Y serás mejor padre de lo que yo he sido. Esos niños tienen suerte de tenerte.

No estoy seguro de qué decir a eso. Por suerte, Fyodor no parece necesitar respuesta. Me da unas palmaditas en el cuello como solía hacer cuando yo era niño y hace un gesto hacia el teclado de acceso.

—¿Me dejarás salir de este pretensioso edificio o qué? —me pregunta. Predigo las siguientes palabras que saldrán de su boca antes de que las diga—. He estado demasiado tiempo lejos de mis jardines.

Y así como así, vuelve a ser el fantasma humano. Un caparazón andante.

Pero, incluso después de mucho tiempo que se ha ido, sus palabras resuenan en mis oídos. *Esos niños tienen suerte de tenerte.*

Entonces, ¿por qué yo me siento el más afortunado?

RUSLAN

Estoy pensando en Per Se o Le Bernadine para comer hoy. Emma prefiere este último, pero comimos allí la semana pasada, y quiero ver su cara cuando pruebe el plato *Oysters & Pearls*. Le dejará boquiabierta.

Pero mi apetito muere al instante cuando abro la puerta de mi despacho y me encuentro a Adrik de pie sobre la mesa de Emma, inclinándose hacia ella con una repugnante mirada lasciva en el rostro.

Hijo de puta.

La sonrisa de Emma es cortés pero forzada. Se aparta de él, con la vena de la frente palpitando suavemente como una bengala de advertencia.

—Adrik —gruño—. ¿Hay alguna razón para que acoses a mi asistente?

Espero que frunza el ceño, pero, en lugar de eso, me ofrece una sonrisa fingida. —No sabía que mantener una conversación con ella se calificara de "acoso".

—Lo hace cuando tu aliento apesta como si acabaras de follar un cementerio con tu lengua.

Emma se levanta de la mesa con la cara pálida, como si el fuego cruzado de esta conversación fuera el último lugar del mundo en el que quisiera estar. —Tengo trabajo que hacer en la sala de fotocopias. Discúlpenme.

Se marcha a toda prisa y Adrik tiene la osadía de verla marchar con los ojos clavados en su culo *justo delante de mí*. El *mudak* sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿Hay alguna razón para que estés aquí? —escupo, aunque solo sea para desviar su atención de Emma.

No me mira hasta que ha doblado la esquina. —Estaba por el vecindario.

Otra vez esa sonrisa. La que esconde un motivo oculto. —¿Y decidiste pasarte a ver cómo era un negocio de éxito?

Eso le hace fruncir el ceño. —Tan gracioso como siempre.

Agacho la cabeza. —Me presento aquí toda la semana. Ahora, ¿qué estás haciendo *realmente* aquí, Adrik?

—Quería invitarte a comer.

—No eres mi tipo.

Otro ceño fruncido. —Estoy tratando de ser mejor hombre, Ruslan. Este almuerzo está destinado a ser una celebración. Para festejar que la venta de Lees Industries finalmente se completó.

Levanto las cejas. —¿Así que estás aquí para celebrar que pierdes una de tus filiales en mi mano?

—Como he dicho, estoy tratando de ser el mejor hombre.

—Sería la primera vez.

Se encoge de hombros, indiferente. —Eché un vistazo a tu agenda mientras admiraba el escote de tu ayudante... —sonríe un poco más ante la mirada oscura que le clavo—… y resulta que sé que estás libre para comer.

Podría decirle a Adrik que coma mierda. O podría usar esto a mi favor. Tal vez pueda tratar de averiguar lo que realmente quiere durante el transcurso de este almuerzo. Porque de una cosa estoy seguro: tiene un plan en marcha.

Solo tengo que averiguar cuál es ese plan.

—Bien. Vamos a Per Se. Tú pagas.

Pone los ojos en blanco, pero mueve un brazo hacia los ascensores. —Vaya delante, su alteza.



EL CAMINO hasta la entrada del edificio es tranquilo. Prácticamente puedo ver girar las ruedas de la cabeza de Adrik. Su coche está aparcado en la acera, justo delante de la marquesina del edificio. —Nos vemos allí —me dice con un sarcástico gesto de despedida de princesa.

Lo veo marcharse antes de que Boris llegue en el todoterreno. Le mando un mensaje a Emma desde el asiento de atrás, enfadado porque no podemos comer juntos como planeé.

RUSLAN: ***Cambio de planes, voy a almorzar con Adrik.***

EMMA: ***Vaya, ¿me dejan por un hombre? No me lo esperaba.***

RUSLAN: ***Para que lo sepas, estoy poniendo los ojos en blanco.***

EMMA: ***:carita-riendo-a-carcajadas: Se supone que debes usar el emoji de los ojos en blanco. Para eso está.***

RUSLAN: ***¿Te coqueteó?***

EMMA: ***Umm… no...***

RUSLAN: ***Emma.***

EMMA: ***Mencionó nuestro baile una vez. Dijo que lo disfrutó. Eso fue todo. Y lo puse en su lugar, ¿vale? Fue literalmente, como, dos minutos de charla antes de que aparecieras.***

Se me ponen los pelos de punta. Dos minutos de charla es demasiado tiempo. Y no me gusta que haya escrito “nuestro” baile.

Nuestro.

Como si tuvieran algún tipo de experiencia compartida. Algo que significa algo para ella.

La parte racional de mi cerebro me dice que exagero, pero el cavernícola que hay en mí se golpea el pecho con los puños y aúlla, desesperado ya por volver a la oficina solo para poder recordarle a Emma a quién pertenecen ahora todos sus bailes.

EMMA: ***¿Ruslan? :ojos:***

RUSLAN: ***Te veré en una hora. Espero encontrarte en mi oficina con las bragas bajadas.***

EMMA: ***Sí, señor.***

Sonrío y respiro. *Buena chica.*



LA COMIDA en Per Se es fenomenal. ¿La compañía? No tanto.

Adrik y yo pasamos la primera hora intercambiando preguntas. Es la típica charla de negocios que me hace palpitar de aburrimiento.

Podría estar manoseando a Emma debajo de la mesa ahora mismo. En lugar de eso, estoy atascado con este imbécil.

Al comienzo de la segunda hora, puedo ver la luz al final del túnel. Pero también me pregunto cuándo Adrik llegará al puto punto. No me invitó a comer por el placer de mi compañía.

—Entonces, Ruslan, ya que te tengo aquí...

Maldición, lo sabía.

—¿Quieres algo?

Levanta las cejas inocentemente. —Son negocios, por supuesto. Yo pagaría.

—¿Para qué?

—Quiero reservar Alcázar una noche de la semana que viene para celebrar un evento exclusivo.

Le sigo la corriente. —Reservar Alcázar te costará medio millón. Excluyendo comida y bebida.

Se encoge de hombros. —Tengo el dinero.

—También tienes tu propio club —le digo—. Organizar tu evento allí no te costaría nada.

—Como ya señalé en numerosas ocasiones: a pesar de mis esfuerzos, mi club no parece tener el mismo atractivo que el suyo.

Definitivamente hay algo oculto. Lo miro con atención, pero es la viva imagen de la inocencia. —¿Qué noche necesitas?

—El trece de agosto.

Aprieto los dientes.

El próximo día que crea en una coincidencia será el primero. En mi mundo, no existe tal cosa: solo hay planes en marcha, y tontos demasiado estúpidos para ver los dedos apretándose alrededor de sus gargantas.

Porque el trece de agosto es la fecha del lanzamiento a gran escala de Venera. Y no hay ni una puta posibilidad de que Adrik no lo sepa de algún modo.

Por fuera, me muestro tranquilo. —Lamentablemente, reservar Alcázar para cualquier tipo de evento requiere al menos tres meses de antelación. Me temo que tu fecha no está disponible.

—Me imaginé que, como conozco al dueño...

—Imaginaste mal. Estamos reservados.

Me mira por encima de su whisky. —¿Oh? ¿Gran evento?

Mantengo mi rostro serenamente apático, incluso mientras sueño despierto con estrangular a este bastardo aquí y ahora. —Cada evento en Alcázar es un gran evento —me pongo en pie—. Ahora, si me disculpas, tengo reuniones a las que asistir.

Adrik permanece sentado. No parece disgustarle que le haya negado el uso de mi club, lo que me hace sospechar aún más.

Es un alivio que el almuerzo termine, pero también estoy programado para sentir cuando algo no está bien. Ahora mismo, todos mis sentidos están en alerta roja.

Kirill está en el vestíbulo del rascacielos Bane cuando entro. Se dirige directamente hacia mí. —¿Qué es esto que he oído acerca de un almuerzo con Adrik?

—Acabo de escapar de esa tortura.

Entrecierra los ojos. —¿Qué quería el bastardo?

—Quería un lugar para algún evento. Alcázar el trece de agosto.

El ceño fruncido de Kirill capta exactamente cómo me siento. —No puede ser una coincidencia, ¿verdad? —niego con la cabeza y su ceño se frunce aún más—. Si no es una coincidencia, solo puede significar una cosa.

—Sí —gruño con una mueca—. Adrik sabe demasiado.

EMMA

—¡No puedo superar este look! —declara Phoebe mientras me sigue a la sala de estar.

Los niños ya duermen, así que hablamos en voz baja y caminamos despacio. Bueno, *yo* camino despacio. Los tacones Prada de diez centímetros que llevo no están hechos para correr.

—Y, vaya, no quiero ser pesada, pero tu culo se ve *increíble* desde aquí.

Doy vueltas para ella. La verdad es que me siento muy bien. Y no solo por la minifalda de lentejuelas de Valentino que llevo puesta. Esta noche tengo una cita en el club con Ruslan, y estoy toda emocionada.

Saldremos juntos en público, como una pareja a la vista de todo el mundo.

Ya era hora.

—Si al menos llevara una cámara encima. Tenemos que conmemorar este momento para que puedas recordar dentro de cuarenta años qué cuerpazo tenías.

Pongo los ojos en blanco. —No te preocupes. También tendré un cuerpo sexy dentro de cuarenta años.

—Me gusta la confianza. Esta nueva Emma es definitivamente una mejora.

—¿Nueva Emma?

—Oh, *completamente* nueva —Phoebe me mueve las cejas—. Reconozcámoslo: te has transformado estos dos últimos meses. Has pasado de ser una oruguita estresada, cansada y preocupada a una mariposa de lentejuelas segura de sí misma, feliz y sexy, vestida de diseñador como si nada.

Me encojo. —Sigue comprándome ropa cara...

—Y tienes que seguir aceptándolas. Por mi bien, si no por el tuyo. Por cierto, te pediré prestado este vestido cuando termines.

Me río. —Sin proble...

Me detengo en seco cuando veo la sombra de Ben acercarse por detrás de Phoebe. Ella se hace a un lado con desagrado, sin ocultar que apenas tolera su presencia. Ya somos dos.

Sus ojos se posan en mi vestido. —¿Qué coño haces?

—Fuera —le digo en pocas palabras.

Sus ojos se desvían hacia Phoebe. —¿Qué hace ella aquí?

—*Ella* se queda a cuidar de tus hijos —replica Phoebe antes de que pueda responder.

Ben ni siquiera la reconoce. Me pregunto si olvida que Phoebe también era amiga de Sienna. Que perdió a Si, igual que él y yo.

Si lo recuerda, no da señales de ello. Solo vuelve a centrar su mirada en mí. Ha estado un

poco más abrasivo desde la noche en que Ruslan amenazó con cortarle la mano, aunque mantiene las distancias.

—Necesito hablar contigo —gruñe.

—Estoy a punto de irme, Ben.

—Bueno, esto es importante. Necesito...

El *toc-toc-toc* en la puerta le hace cerrar la boca. Phoebe me dedica una sonrisa de satisfacción. —Ruslan tiene una sincronización excelente. Otro punto a su favor —me mueve los dedos—. Pásalo muy bien, Cenicienta.

Me guiña un ojo y desaparece por el pasillo hacia a mi habitación. Me acerco a la puerta, pero me detengo antes de abrirla. —¿De qué querías hablarme?

Frunce el ceño. —¿Es él?

—Sí.

Palidece y retrocede hacia su habitación. —Hablaremos más tarde, entonces.

Reprimiendo una sonrisa, abro la puerta y voy directa a los brazos de Ruslan. Dejo caer un beso sobre sus labios y, cuando me giro para cerrar la puerta, Ben ya ha desaparecido.

—Estás muy sexy —ruge Ruslan mientras me rodea la cintura con un brazo—. Puede que tenga que probarte aquí y ahora.

—Lo mismo digo —le meto el dedo en la camisa de cuello abierto mientras me inclino hacia él y añado en un susurro seductor—: Pero si crees que dejaré que me desnudes en este pasillo infestado de cucarachas, has perdido la cabeza.

Se ríe, me pellizca el cuello y salimos del edificio para adentrarnos en el corazón de la ciudad. Debo estar muy sexy, porque no me quita las manos de encima. Salvo al entrar y salir del todoterreno, tiene al menos una palma de la mano en mi cintura en todo momento. Uno pensaría que la posesividad es claustrofóbica, pero no puedo dejar de sonreír.

Su club es discreto por fuera. Me gusta especialmente el túnel oscuro, adornado con blancos y negros de la vieja Nueva York. Pero, en el momento en que entramos en el cuerpo de la bestia, siento como si hubiera ido del pasado al futuro.

Neón. Bajo. Luces móviles, bailarines en pedestales altos. Tanto por ver, oír y oler en todas direcciones que no sé ni por dónde empezar.

El brazo de Ruslan me rodea con más fuerza mientras acerca sus labios a mi oreja. —¿Qué quieres hacer?

—¿El Sr. Controlador me pregunta qué quiero hacer?

Su sonrisa es embriagadora. —Pensé en probar algo distinto por una vez.

—¡Entonces quiero bailar!

Con una sonrisa de oreja a oreja, lo arrastro hasta el centro de la pista de baile. Una enorme bola de discoteca con tachuelas gira por encima de nosotros, bañándonos en luces estroboscópicas mientras la música se intensifica.

¿Cuándo fue la última vez que estuve en un club? ¿Cuándo fue la última vez que bailé? Pasó tanto tiempo que la última pareja de baile que recuerdo es Sienna. Me preparo para la típica punzada que me viene cada vez que pienso en ella, pero por una vez no me siento triste porque se haya ido.

Estoy agradecida de haber pasado esos momentos salvajes y despreocupados con ella, por breves que fueran.

Mantengo una mano en el hombro de Ruslan mientras enrollo mi cuerpo en el suyo. La música está tan alta que la siento en los huesos. La única forma de comunicarse es a través del

lenguaje corporal. Por suerte, Ruslan sabe exactamente cómo comunicarse con el suyo. En realidad, no debería sorprenderme: el hombre es bueno en todo.

Me gira y me acerca lo suficiente como para deslizar su mano por debajo de mi falda. La forma en que sus manos se deslizan sobre mí, tocándome y acariciándome sin parar demasiado, es una danza en sí misma. Una danza destinada a volverme loca. Cada vez que sus dedos recorren la parte interior de mi muslo o serpentean sobre mis pechos, me estremezco de deseo, preguntándome hasta dónde es capaz de llegar en su fetiche de sexo público.

Estoy bastante segura de que la respuesta es: *Te follaría aquí mismo si se lo permitieras.*

En un momento dado, le devuelvo la broma pasando la lengua por su cuello salado. Él responde apretándome contra sí con tanta fuerza que noto su erección en mi muslo. Me mete la lengua en la boca y la música se va apagando. Cuando por fin se retira, estoy sin aliento y completamente mojada.

Pensándolo bien, a la mierda los juegos. Necesito más. —Baño —modulo con la boca—. Ahora.

Sonríe y asiente una vez. Me muerdo el labio y salgo de la pista caminando hacia atrás, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Los baños de la planta baja están abarrotados, decenas de mujeres hacen cola para esperar su turno. Así que subo las escaleras para probar suerte en los baños del segundo entrepiso. Quizá nos den un poco más de intimidad. Antes de que pueda localizar el baño, siento su presencia detrás de mí.

Hm, me está siguiendo más de cerca de lo que pensaba. Alguien está ansioso...

Pero, cuando me agarra por el codo y me da vuelta, mi excitación se convierte en pavor. No huele bien. Su presencia es diferente. Este contacto promete dolor, no placer.

Entonces, me doy cuenta de que no es Ruslan quien me siguió.

—¡*Remmy*! —mis ojos se desorbitan de asombro.

—Te ves sexy.

Es increíble cómo un mismo cumplido puede provocar dos reacciones completamente distintas. Ruslan me hizo sentir como si fuera la única mujer del mundo.

Remmy me hace sentir como una presa acorralada. —¡Tienes que conseguirte una puta vida!

Cojo el móvil para llamar a Ruslan, pero Remmy me lo quita de la mano de un manotazo. Cuando me agacho para cogerlo, me tuerce el brazo y me atrae hacia él.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Suéltame!

—No —sisea—. No hasta que me des lo que quiero.

Gritaría si no fuera porque la música está muy alta y ni un alma en este edificio me oye. Lo que me deja con dos opciones.

Opción uno: esperar a que pase alguien para llamar su atención.

Opción dos: contraatacar.

Me gusta más la segunda opción.

Haciendo acopio de todo mi valor, empujo a Remmy hacia atrás con todas mis fuerzas e intento correr a su alrededor. Se tambalea momentáneamente, pero aun así consigue agarrarme por la cintura y hacerme retroceder antes de que pueda escapar. Reacciono a ciegas y le doy un pisotón. Mi talón se clava en la punta de sus zapatos, y aúlla de dolor.

Estos tacones de Prada no están hechos para correr. Pero sirven muy bien para luchar.

Aprovecho su salto salvaje y le doy una patada en los huevos. No me doy cuenta de lo cerca que estamos de la escalera hasta que Remmy pierde el equilibrio y empieza a caer.

Por fin. *Una pelea que gané, para variar.*

El alivio se detiene en mi garganta, justo cuando su mano me agarra el tobillo. —¡No! —me deja sin aliento cuando me tira hacia abajo con él, y ambos nos elevamos en el aire por encima de la escalera.

En primer lugar, está el miedo.

Luego está el dolor.

Por último, no hay nada de nada.

RUSLAN

—Alerta a seguridad —gruño—. Ella tiene que estar aquí, en alguna parte.

Kirill me mira con recelo. —¿Cuándo la perdiste de vista?

—Hace solo unos minutos. La estaba siguiendo... —*desesperado por el polvo con el que ambos nos habíamos estado provocando toda la noche*— …y entonces Kostya me interceptó y empezó a hablar de un hijo de puta revoltoso en la sección VIP. Cuando terminó de hablar, ella ya se había ido. Se dirigía a uno de los baños.

—Baños. Entendido. Empezaré por el de esta planta.

Doy zancadas hacia la primera entreplanta. Seguramente la multitud de la planta baja la ha desanimado. Intento con todas mis fuerzas que no cunda el pánico, pero tengo una sensación en las tripas que me resulta inquietantemente familiar.

Es la misma que tuve el día del accidente.

Algo no va bien. Ya debería haber vuelto del baño. Y, lo que es más importante: nunca debería haberla perdido de vista.

—¡Ruslan! —Kirill reaparece y me sigue hasta la segunda entreplanta—. Los baños del nivel inferior están despejados.

Sigo un pasillo vacío a la izquierda. Lleva a unas habitaciones privadas que los VIP pueden reservar a discreción. Mientras camino, intento llamar de nuevo a Emma. El tono de llamada es alto y claro, y resuena por todo el pasillo.

Kirill y yo corremos hacia el sonido... solo para encontrar su teléfono boca abajo en el suelo.

—Maldición —gruño.

—Es posible que se le cayera el teléfono.

—Esto no es un puto accidente, Kirill —digo—. Esto es obra de alguien.

Sigo caminando hasta llegar a la escalera. Me quedo paralizado en el rellano, cuando veo su cuerpo desplomado al pie de los escalones.

—Llama a una ambulancia —grito—. ¡Ahora!

En mi cabeza, un pensamiento late como un puto tambor.

No.

No.

No.

Otra vez no.

RUSLAN

El trayecto hasta el hospital es un torbellino de tráfico y llamadas frenéticas. Ladro órdenes por teléfono sin soltar a Emma. Ella ni siquiera se inmuta. El corte en su frente sigue manando sangre.

—Ahora están comprobando las grabaciones de seguridad —me informa Kirill cuando lo llamo.

—Peinen cada centímetro del club. Quiero matar al hijo de puta que hizo esto con mis propias manos.

La paramédica me mira sorprendida, pero me importa una mierda lo que piense. Lo único que me preocupa ahora mismo es Emma. Me consuela el hecho de que aún respira. Pero, cada vez que noto un nuevo moratón en su piel, me dan ganas de destrozar todo Nueva York hasta encontrar al imbécil responsable.

Este tipo de rabia es nueva para mí. El boxeo me ha enseñado disciplina, sobre todo en lo que respecta a mis emociones. Mi ira siempre estuvo contenida. Pero ahora se siente fuera de control. Se siente salvaje. Ni siquiera yo estoy seguro de lo que soy capaz de hacer.

—Señor... —la paramédica tiene profundos ojos azules, de un tono similar a los de Emma—. La está sujetando demasiado fuerte.

Alarga la mano para ajustar mi agarre, pero saco a Emma de su alcance. —Ni se te ocurra.

La mujer se queda paralizada y suelta un suave suspiro.

—¿Encontró a su esposa así? —pregunta.

Esposa. Esa palabra me hace estremecer. No necesariamente en el mal sentido, tampoco. —Sí.

Los ojos de la paramédica se deslizan por el cuerpo de Emma. Evaluando. Observando. Cuando pasan por su cintura, algo se retuerce.

No me gusta nada esa mierda.

—¿Qué?

Su mirada se desvía hacia mí. —Nada.

—Dilo.

Otro suspiro. Este, más trabajado. —¿Necesitará un kit de violación en el hospital?

Me paralizo. *Kit de violación*. Esto es una puta pesadilla. Mataré al hombre que hizo esto. Juro por Dios que lo mataré, tan lenta y dolorosamente como ningún hombre ha sido ejecutado antes.

Cuando llegamos al hospital, las enfermeras tienen que arrancármela de los brazos. Solo consiguen que la suelte cuando la paramédica de ojos azules me pone la mano en el brazo y me

susurra—: Solo intentan ayudarla. Déjelas. Por su bien.

Así que la suelto, aunque nunca nada ha sido tan difícil. Mientras veo cómo la trasladan a una camilla, me siento total y completamente impotente por segunda vez en mi vida.

—Nunca es fácil ver herido a un ser querido —comenta la paramédica con más de ese mismo susurro suave— Tenga fe.

¿Fe? A la mierda. La fe nunca ha sido parte de mi vida. Tampoco el amor. Y por una buena razón, porque la forma en que me siento ahora mismo es la razón exacta por la que acercarme demasiado a Emma fue una mala idea.

El amor te destruye.

La fe te arruina.

Sigo la camilla hasta el segundo piso. Una enfermera me dice que le harán unas pruebas, pero apenas oigo nada de lo que dice hasta el final. — ...¿es su marido?

Trago saliva y me centro en ella. —No.

La enfermera levanta las cejas. —¿Novio?

—Algo así.

Lo acepta y asiente. —¿Tiene alguna condición médica que debamos saber?

—No que yo sepa.

—¿Es alérgica a algo?

Me quedo en blanco. —No que yo sepa.

—¿Está embarazada?

Siento que los latidos de mi corazón se ralentizan durante un segundo. —No lo sé... Podría ser. Hemos estado... intentándolo.

—Muy bien —garabatea algo en un portapapeles—. Haremos un análisis de sangre.

—Quiero estar con ella cuando lo hagan.

Me doy vuelta y me dirijo hacia la puerta de Emma mientras la enfermera sigue con la nariz metida en el portapapeles. Han cosido el corte de Emma, pero los moratones no han hecho más que oscurecerse. Su frente es un collage moteado de negro y azul, y sus muslos tienen un desagradable brillo púrpura.

Le están preparando la mano para ponerle una vía cuando se agita. La vena de su frente empieza a latir erráticamente mientras gime.

Pero todo lo que siento es alivio. *Por lo menos está despierta.*

Agarro su mano libre. —¿Emma? ¿Puedes oírme?

Entrecierra los ojos contra la luz fluorescente que la ilumina. —¿Dónde estoy? —pregunta con voz ronca.

—Estás en el hospital. Estás a salvo.

No parece convencida. Parpadea con rapidez y respira entrecortadamente cada pocos segundos. La enfermera del lado opuesto de la cama la agarra por el hombro y la inmoviliza.

—Señorita, estará desorientada por un tiempo. Necesito que se calme.

Emma se vuelve hacia mí, atormentada por el miedo. —¿Ruslan?

—Estoy aquí —no parece tan desorientada como asustada. *¿Por qué coño dejé que se alejara de mí?* Esto es culpa mía. *Todo esto es mi puta culpa*—. Estoy aquí.

Me siento a su lado, prácticamente sin respirar, mientras le toman muestras de sangre y comprueban si hay signos de hemorragia interna. Durante todo el tiempo, se aferra con fuerza a mi mano y se niega a soltarla. Me parece bien, yo tampoco la suelto.

—Ruslan... —susurra cuando la enfermera se excusa para ir a buscar el ecógrafo—. ¿Qué

pasó?

Me mordí la lengua todo este tiempo, pero su pregunta por fin me da permiso para preguntar. —Esperaba que tú me lo dijeras.

Frunce el ceño. La vena de su frente vuelve con fuerza. —Recuerdo el... club. Estábamos bailando. Fui al baño. Pensé que estabas detrás de mí.

Mi mandíbula se aprieta. —¿Alguien te atacó?

Se encoge como si alguien le hubiera iluminado los ojos con una luz brillante. —Yo... no me acuerdo. Alguien estaba detrás de mí. Solo recuerdo... caer.

Alguien morirá por esto.

La enfermera vuelve a entrar en la habitación, empujando una gran máquina con ruedas. —Disculpe. Voy a realizar la ecografía ahora.

Emma se vuelve hacia mí, alarmada. —¿Ruslan...?

—No te preocupes. Es solo para descartar cualquier daño interno.

Pero su ceño se frunce. —Yo... ¿Y si estoy embarazada...? Me caí muy feo...

La enfermera interviene—: Si es así, la ecografía nos ayudará a determinar si el bebé está bien. Si es que hay un bebé —se adelanta sosteniendo una fina sonda metálica—. Señora, la mejor manera de obtener una visión más clara de su útero en esta etapa sería por vía transvaginal. Con su permiso, insertaré esto y comenzaré a escanear —levanta la sonda—. Sentirá una ligera molestia al principio.

Emma se limita a asentir, pero la vena de la frente le palpita con fuerza.

—No te preocupes —susurro, atrayendo sus ojos hacia mí—. Pronto acabará.

No me quita el ojo, se estremece y respira agitadamente cuando la enfermera le introduce la sonda. Contengo la respiración mientras la enfermera mira el monitor con ojos de lince. Una parte de mí se pregunta si así es como Emma y yo nos enteramos de que seremos padres. Es la primera vez que mis pensamientos sobre la paternidad no se centran en la Bratva Oryolov, en herederos y sucesores y en cumplir con mi deber.

Es la primera vez que pienso simplemente *quiero esto. Por ella. Por nosotros*.

—Hmm.

A Emma se le corta la respiración. —¿Fue un buen “hmm” o un mal “hmm”?

La enfermera se sonroja y carraspea, cohibida. —Parece que hay una anomalía en la ecografía. Esto necesitará la pericia de un médico. Enseguida vuelvo.

Me mira con impotencia. —No dijo si era un buen “hmm” o un mal “hmm”.

—Nos ocuparemos de ello. Sea lo que sea, juntos.

Ahora quiero ser su roca, porque Dios sabe que lo necesita. Pero mis palabras caen en saco roto. Ya se está mordiendo el interior de la mejilla y, por mucho que le agarre la mano, la vena de su frente no deja de latir.

Cuando el médico entra unos minutos más tarde, Emma usa mi brazo para incorporarse.

—¿Cómo estamos hoy? —pregunta el médico canoso, con el tipo de falso tono alegre que no inspira más que dudas.

Como nadie le responde, dirige su atención a la ecografía. Emma no le da largas. —¿E-estaba embarazada, doctor? —balbucea—. ¿Perdí el bebé?

El médico se vuelve hacia ella con los labios fruncidos y una máscara cuidadosamente construida de simpatía profesional. —Srta. Carson, me... me temo que no había ningún bebé que perder.

—Oh —su cara cae al instante.

—Entiendo que lo han estado intentando. Lo que pasa es que... puede que le resulte difícil quedar embarazada.

Esta vez, es mi cara la que cae.

—¿Qué quieres decir? —ladro—. Explícate.

—La ecografía muestra una trompa de Falopio obstruida.

Emma suspira. —¿Quiere decir... que no puedo quedar embarazada?

—No, no —responde rápidamente, jugueteando con el estetoscopio en su cuello—. No es imposible. Simplemente... no será fácil. Las probabilidades no están a su favor.

Noto la lágrima que corre por su mejilla. Comprendo su tristeza; comprendo su decepción.

Lo que no entiendo es lo *mío*.

Hasta hace unos meses, la paternidad era una maldición que hacía todo lo posible por evitar. Hasta hace unas noches, era un deber del que quería huir.

¿Cuándo se convirtió en algo que realmente *quiero*?

EMMA

Cuando por fin me dan el alta, Ruslan insiste en llevarme al ático.

Se siente raro venir aquí cuando el sexo está fuera de la mesa. Casi como si fuera un desperdicio del apartamento. De alguna manera, todo se siente como un desperdicio ahora.

¿Todo ese sexo increíble que tuvimos no significa nada si no sale nada de él?

¿Se arrepiente de haberme elegido?

Soy consciente de que no pienso racionalmente. Me duele la cabeza. Me duele el tobillo. Me duele el corazón. *Me duele todo*. Pero no puedo salir de la espiral descendente.

Me siento en el borde de su cama, observando el paisaje, intentando imaginar cómo será mi vida si nunca llego a tener mi propio bebé, si nunca llego a criar a mi propio hijo.

¿Es permanente este dolor en mi pecho? ¿Se aliviará con el tiempo o tendré que aprender a vivir con él?

—Emma.

Acepto el vaso de agua que Ruslan me ofrece, pero no bebo ni un sorbo a pesar de lo sedienta que estoy. Siento que cada centímetro de movimiento requiere de una energía que no tengo. Y luego, por debajo de eso, siento que no merezco el agua, ni su afecto, ni nada que no sea este dolor palpitante en el pecho.

Me quita el vaso de las manos, pero, cuando creo que está a punto de dejarlo, me lo lleva a los labios. Yo solo trago. Él hace el resto. Cuando termino hasta la última gota, me baja la cremallera del vestido y me lo quita. También me quita la ropa interior.

Me sorprende lo diferente que es esta experiencia. Ruslan me ha desnudado cientos de veces en el pasado. Pero esta vez es diferente. Es suave. Se lo toma con calma. No me toca salvo cuando es necesario. La mirada medio enloquecida de pasión y hambre que estoy acostumbrada a ver en sus ojos ha desaparecido. En lugar de eso, junta las cejas y frunce los labios como si estuviera concentrado. Solo puedo adivinar lo que siente.

Él también tiene que estar decepcionado, ¿no? Contaba conmigo para darle un heredero.

Pero en lugar de eso, se quedó atrapado con la mujer y su trompa de Falopio atrofiada. Apuesto a que ahora se arrepiente de ese nuevo contrato.

Pero Ruslan Oryolov siempre piensa en el futuro. Probablemente tenga una cláusula oculta en nuestro contrato para este tipo de circunstancias. *En caso de que la Parte B (a partir de ahora, "La atrofiada") no pueda cumplir sus obligaciones contractuales, tal y como se establece en las secciones anteriores, la Parte A (a partir de ahora, "El Jefe") echará a la atrofiada a la calle y la sustituirá por una mujer que posea una trompa de Falopio funcional (y ningún reflejo*

nauseoso).

Tira del edredón sobre mi cuerpo desnudo y, de repente, estoy sollozando sobre sus sábanas de algodón egipcio.

Como si no tuviera ya suficientes razones para deshacerse de mí.

—Emma...

Un momento después, su pecho frío me golpea la espalda y sus brazos me envuelven.

El frío desaparece en segundos, y me sumerjo en su aroma a roble y su calor.

—N-no tienes que hacer esto —gimoteo.

—Duerme ahora —es todo lo que me susurra—. Solo duerme.

Su voz no revela nada. No puedo verle la cara y, aunque pudiera, me asusta lo que podría ver allí. Sí, ha pasado todo este calvario a mi lado, pero la culpa no equivale necesariamente al afecto. Y la bondad no equivale a la esperanza.

—Ruslan...

—*Shh*.

Su voz es suave. Es casi suficiente para hacerme creer que está aquí porque le importo. Pero firmé un contrato que decía que eso nunca pasaría. No quiero ser *esa* chica. La chica que se atrevió a esperar más incluso después de que le dijeran explícitamente que más no era una opción.

—Duerme ahora. Por la mañana, te llevaré de vuelta.

¿Está estampando un *"Devolver al remitente"* en mi frente? ¿Son esas palabras el beso de la muerte? Quiero preguntar, pero llevo dentro un cóctel de drogas, fatiga y fracaso.

Será mejor que sucumba al sueño ahora.

Mañana seguiré siendo una inútil.

EMMA

Está sentado en la silla junto a la ventana, con las facciones contraídas por la melancolía. Por lo menos, creo que es melancolía. Puede que esté proyectando. Mi estado de ánimo se parece un poco a un sumidero. Cuanto más intento salir de él, más hondo caigo.

Lo observo durante unos minutos antes de que se dé cuenta de que estoy despierta. Es tan condenadamente guapo... y más ahora que sé la clase de hombre que se esconde tras esa férrea apariencia.

El tipo de hombre que se preocupa lo suficiente por un niño de ocho años como para ayudarlo a superar sus problemas de ira.

El tipo de hombre que lleva a dos niñas a tomar un helado porque su propio padre no se interesa por ellas.

El tipo de hombre que cuida de una mujer rota porque está claro que no puede cuidar de sí misma.

Su mirada se dirige hacia mí. —Estás despierta.

Asiento y me fuerzo a incorporarme.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—El desayuno ayudará.

Solo pensar en comer me dan ganas de vomitar. Igual que la idea de quedarme más tiempo en este apartamento. Es un recordatorio demasiado grande de todo lo que no puedo hacer, todo lo que estoy en proceso de perder.

—Necesito llegar a casa.

No discute. Probablemente quiere llevarme a casa él mismo. Hacer de enfermero no parece ser el estilo de Ruslan. Sin embargo, como en todo lo demás, lo hace muy bien. Me lleva al baño a pesar de mis protestas, me ayuda a vestirme e incluso insiste en que me coma una manzana antes de irnos.

Espero que venga el todoterreno para llevarnos a la Hell’s Kitchen, pero Ruslan acaba conduciendo él mismo. Todo el trayecto está marcado por un pesado silencio que no tengo fuerzas para romper. Me quedo allí sentada, envuelta en un par de sudaderas y uno de los jerséis de Ruslan. Tengo ganas de subirme la capucha para esconderme debajo.

Quiero desaparecer.

Cuando Ruslan aparca, miro fijamente a la ventana de mi apartamento y me invade una nueva sensación de temor. Es sábado, o sea que los niños estarán en casa todo el día.

No puedo hacer esto...

—Emma, ¿estás bien?

—Estoy bien —murmuro sin mirarlo.

No intenta tocarme y se lo agradezco. Estoy cansada de ser un caso de caridad. Y él ya hizo suficiente.

Primero fue saldar mi deuda. Luego darme un salvavidas en forma de contrato. Después vino cuidar de los niños, aguantar mi drama familiar, arreglar el coche, lidiar con Ben... La lista es interminable.

—Emma.

Me aclaro la garganta. —Debería entrar.

Cuando consigo abrir la puerta, ya está allí. Me ayuda a bajar del coche y soporta mi peso durante todo el trayecto hasta el apartamento, por mucho que yo insista en que estoy bien, que puedo hacerlo sola, que no hace falta que me acompañe.

Cuando nos acercamos, oigo la suave charla de las chicas, la sonora carcajada de Phoebe. Están todas en el salón.

Mejor acabar de una vez con esto.

En cuanto entramos, todo el mundo se paraliza. Phoebe se levanta despacio, con la mirada fija en mis moratones. —¿Em? ¿Qué ha pasado?

Consigo forzar una sonrisa por el bien de los niños. —Tuve un pequeño accidente anoche. Me resbalé y me caí por las escaleras —Josh se acerca a mí mientras las chicas se quedan mirando el vendaje de mi cabeza—. Pero estoy bien. Totalmente bien.

Dios, sueno falsa.

La mirada de Phoebe se desvía de mí a Ruslan, pero no dice nada. Caroline arrastra los pies un poco más cerca. —¿Te duele, tía Em?

Todo duele.

—No, cariño —digo alegremente—. Solo necesito descansar. Eso es todo.

—¡Sé lo que te hará sentir mejor, tía Em! —dice Reagan entusiasmada—. ¡Un abrazo!

Me rodea la cintura con los brazos y me aprieta fuerte. Caroline hace lo mismo y Josh me apoya la mano en el brazo. Siento las lágrimas brotar sin previo aviso. Dios mío. Un minuto más y estaré llorando sobre todos los niños.

Mantén la calma, Emma. Mantén la maldita compostura.

—Niños —Ruslan hace un trabajo mucho mejor que el mío fingiendo que todo está bien—. Su tía necesita algo de paz y tranquilidad ahora mismo. ¿Qué tal si los llevo al parque un par de horas? Tal vez podamos almorzar después.

—¡¿Y también ir por helado?! —pregunta Reagan con entusiasmo.

Ruslan extiende las manos, como si la respuesta fuera obvia. —¿Qué sería del fin de semana sin helado?

Con la promesa de dulces en el horizonte, las chicas me sueltan y corren a ponerse los zapatos. Me trago las lágrimas y le planto un beso en la cabeza a Josh para que deje de mirarme. No se distrae tan fácilmente como sus hermanas.

—Estoy bien —le susurro—. Diviértete con Ruslan.

Cuando va a coger sus zapatos, miro a Ruslan a los ojos por primera vez en toda la mañana. —Gracias —le digo.

No dice ni una palabra. Solo roza mi mejilla con el dorso de su mano. Es la más suave de las caricias y solo dura un momento. Tan fugaz que, cuando él y los niños se despiden y salen del apartamento, me pregunto si me lo he imaginado todo.

—Emma... —la mano de Phoebe acaricia mi espalda.

Me doy vuelta, la rodeo con los brazos y empiezo a sollozar histéricamente. Ella no dice nada. Solo me deja llorar. Me abraza todo el tiempo mientras me derrumbo por completo y hace el favor de simplemente dejarme.

En algún momento, acabamos en el sofá con una caja de pañuelos agarrada a mi regazo y, finalmente, las lágrimas se secan.

Pero la pesadez en mi pecho persiste. Pheebs no me pregunta nada. Espera a que esté lista para hablar. Pero, cuando por fin me abro, solo puedo contarle una parte. El club, la caída, la posibilidad de que alguien que no recuerdo me empujara por esa escalera.

Es una historia horrible, pero todo palidece en comparación con lo que realmente perdí anoche: la oportunidad de tener mi propia familia. La oportunidad de ser madre.

La oportunidad de darle a Ruslan lo que quiere.

—Emma, sé que esto es difícil, pero todavía tienes una trompa de Falopio que funciona. Todavía puedes quedarte embarazada, si es lo que realmente quieres.

Sacudo la cabeza. —Ahora será muy difícil. Y puede que lleve mucho tiempo. Lo defraudé, Phoebe. Después de todo lo que ha hecho por mí, lo estoy defraudando.

Frunce el ceño y me aprieta el brazo. —Oye, nada de eso. Seguro que Ruslan también está decepcionado, pero eso no cambiará nada entre ustedes.

Desearía desesperadamente poder hablarle del contrato. Es difícil explicar esta situación a alguien que no conozca lo que está en juego.

—Me temo que sí.

—Emma, he visto cómo te mira —dice Phoebe con dulzura—. No eres solo la mujer con la que se acuesta. Eres *suya. Así* es como te mira.

—Se merece algo mejor.

A Phoebe se le tuercen las comisuras de los labios. Parece enfadada. —No digas eso. Ni se te ocurra...

—Es verdad. Desde el principio, ha sido una cosa tras otra. Soy un maldito desastre, Phoebe. Todo lo que he traído son deudas, penas y facturas. Una hermana muerta, un cuñado de pesadilla, tres dependientes, y ahora, una trompa de Falopio defectuosa.

Su voz se vuelve muy suave. —Cariño, eres mucho más que tus problemas. Tienes que dejar de compadecerte de ti misma.

Cojo una almohada y entierro la cara en ella. Respiro hondo un par de veces y me armo de valor. —Tienes razón. Los niños volverán pronto y tengo que ser fuerte por ellos.

Phoebe frunce el ceño. —No, eso no es lo que yo…

—Bien podría poner toda mi concentración y energía en ellos tres. Son los únicos hijos que tendré.

Ignoro el suspiro de Phoebe y me dirijo a mi habitación. Aunque agradezco su compañía, lo que realmente necesito ahora es estar sola.

RUSLAN

Pensé que verla al final de esas escaleras era malo.

Me equivoqué.

Verla desmoronarse es peor.

Especialmente porque no se desmorona como debería. Con lágrimas desordenadas, negaciones furiosas y conversaciones con Dios. No, se encierra en sí misma como si se avergonzara de su dolor.

Apenas me mira a los ojos. Apenas sonríe y es sonámbula en todas las conversaciones.

Entiendo por qué. Ella necesita poner una cara valiente para los niños. Pero, cada vez que tiene que fingir que está bien, sé cuánto le cuesta.

Probablemente por eso me echó nada más volver de la excursión al parque. *Estoy bien. Solo necesito descansar, Ruslan. Estoy bien. Estoy bien.*

Repitió esas dos malditas palabras demasiadas veces para que me las creyera.

Ahora, de alguna manera, he terminado de vuelta en el ático en la 48, enterrado profundamente en una botella de mi mejor ginebra. Estoy peligrosamente cerca de estar borracho en este momento, pero pasó un tiempo desde que me dejé llevar así. Supongo que me lo merezco.

Estoy seguro de estar alucinando cuando veo entrar a Kirill y vuelvo a mirar. —¿Hermano?

No es una alucinación. *Maldita sea.*

—Olvidé que te di el código de acceso a este lugar.

Los ojos de Kirill se entrecierran. —Llevo toda la noche intentando contactarte.

Me encojo de hombros. —No he estado... disponible.

—Jesús, hombre, ¿estás *borracho*?

Frunzo el ceño y contemplo la posibilidad de tirarle la botella de ginebra casi vacía. —No me gusta que me juzgues.

Kirill se sienta pesadamente a mi lado. —Fue Remmy. Fue él quien tuvo un altercado con Emma. Él no la empujó por las escaleras, *ella* lo empujó a *él*; él solo se la llevó puesta.

Entrecierro los ojos con fuerza hasta que las tres versiones de Kirill se reenfocan en una sola. —De acuerdo —me pongo en pie, me tambaleo y me enderezo—. Acaba de firmar su sentencia de muerte.

Kirill me cierra el paso con una mano en el pecho. —¿A dónde crees que vas?

—Voy a encontrar al hijo de puta. Luego lo mataré.

—No estás en condiciones de salir de este apartamento.

—¿Quién es el *pahkan* aquí? —gruño.

Kirill no se mueve. Coge la botella de ginebra casi vacía que había olvidado que tenía en la mano. —¿Cómo de rápido te has bebido esta botella?

—¿Quién demonios te crees que eres? ¿Mi *padre*?

—Vale, pausa. ¿Podemos rebobinar un segundo? —respira hondo—. ¿Qué coño *pasó*?

—Tengo que volver a cambiar ese estúpido código de acceso. Se supone que esta es mi fortaleza de la soledad —murmuro entre labios pesados y poco cooperativos.

Enarca una ceja y me hace un gesto para que me siente. —No lo es. Este era tu motelito. Más recientemente, ha sido tu fortaleza de Emma.

Al oír su nombre, se me doblan las rodillas y me desplomo sobre el sofá tan fuerte que estoy seguro de oír cómo se rompen algunos muelles. Kirill se posa en la mesita frente a mí.

—Hermano... —suspira—. Háblame.

Así que se lo cuento. El ultrasonido y la revelación del doctor. La reacción de Emma. Cuando termino, me muero por otra botella de ginebra. Kirill parece saber exactamente lo que estoy pensando, porque guarda la botella detrás de él.

Pequeña mierda.

—Lo siento, *sobrat* —dice en voz baja.

Aparto la mirada de él. —Así son las cosas.

—¿Así que las posibilidades de que tengas un bebé con Emma son escasas?

—Escasas a cero, según el Dr. Ojos Muertos. Sí.

Kirill apoya los codos en las rodillas. —Y, si resulta que no puedes tener un bebé con Emma... ¿entonces qué?

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿cuál es el siguiente paso?

No tengo ni idea de lo que me pregunta exactamente. Pero me obliga a pensar en el siguiente paso. Si Emma y yo no podemos tener un bebé juntos... ¿entonces qué?

Necesito un heredero. Y, si ella no puede darme uno...

—No cambiará una mierda —grazno.

Kirill enarca las cejas. —Pero necesitas un...

—El chico es fuerte. Y capaz. E inteligente. Ya tiene madera de gran líder. No le costará mucho convertirse en un gran *pahkan*...

Kirill se frota las sienes confundido. —¿De qué estás hablando? ¿De quién hablas?

Mis ojos se clavan en él. —Josh. Estoy hablando de Josh. Podría convertirlo en mi heredero —a Kirill se le cae la mandíbula, pero estoy volando demasiado alto con esta idea como para que me importe—. Es un buen chico. Todos lo son. Y se merecen más que el imbécil de padre que tienen. Emma está intentando despojar a Ben de sus derechos. Podría ayudarla a adoptarlos. Joder, podría adoptarlos yo mismo. Le daría legitimidad al nombramiento de Josh. Y entonces...

—Ruslan. Para.

La voz de Kirill es suave, pero sincera. Oigo ese tono tan pocas veces que me veo obligado a detenerme un momento y escuchar. Aunque tanta ginebra me lo pone un poco difícil.

—Esta es una *gran* decisión. Una que no solo te afecta a ti. Necesitarás pensarlo. Preferiblemente sobrio.

Ignoro su preocupación. —Ha habido peores matrimonios de conveniencia, Kirill...

—¿Ahora hablamos de matrimonio? —se burla—. Pensé que eso estaba fuera de discusión.

—Es por las apariencias —digo impaciente—. Si haré a Josh mi heredero, entonces adoptarlo

tiene sentido. Casarse con su madre tiene sentido. Es pragmático. Estoy siendo jodidamente pragmático.

¿Por qué no ve lo jodidamente perfecto que es esto?

—Me gusta y la respeto. Me importan esos niños. Puedo cuidar de todos ellos. Y sé que Emma estará de acuerdo...

—¡Claro que estará de acuerdo! —grita Kirill, alzando las manos—. Está *enamorada* de ti —se inclina un poco más, su voz baja y urgente—. Ruslan, puedes hablar de conveniencia y practicidad todo lo que quieras, pero a los sentimientos no les importa una mierda el pragmatismo.

Vuelvo a sentarme, la cabeza me da vueltas. —Tenemos un contrato.

Kirill exhala cansado, como si lo agotaran mis idioteces. —Ese contrato significa una mierda, hombre. Es solo un escudo de papel para proteger tu corazón. Para intentar mantenerla al margen. ¿Pero adivina qué? Es demasiado tarde para eso.

Me siento mucho más sobrio que hace unos minutos. Y eso no es necesariamente bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿cuándo vas a dejarte de tonterías y admitir que tú también estás enamorado de Emma?

Aprieto los dientes. —Si fueras otra persona, te arrancaría los putos dientes de un puñetazo.

Sonríe descaradamente. —Por suerte para mí, no soy nadie más. Soy el hombre que está a tu lado desde el principio. *Te conozco*, Ruslan.

Sacudo la cabeza. —No puedo estar enamorado de ella, hermano. Simplemente... no puedo, maldición...

—¿Por tu contrato? —entrecierro los ojos y se ríe—. Déjame preguntarte esto: si Emma decidiera salir hoy de tu vida, ¿lucharías por ella o la dejarías marchar?

Abro la boca. Un segundo después, la cierro.

Me paso una mano por el pelo.

Exhalo bruscamente.

—¡*Mierdaaaaaa*!

Kirill sonríe. —Sí, eso pensaba.

RUSLAN

RUSLAN: ***¿Estás despierta?***

EMMA: ***Sí.***

RUSLAN: ***Sal a la puerta.***

EMMA: ***¿Por qué?***

RUSLAN: ***Porque estoy afuera.***

Unos instantes después, abre la puerta, enfundada en una sudadera holgada y un grueso jersey. Sus ojos hinchados delatan que estuvo llorando. Su pelo enmarañado delata que lleva un rato dando vueltas en la cama.

—Ruslan, es tarde.

Cojo su mano y tiro de ella hacia el pasillo. Las luces empotradas de la escalera están encendidas, pero la única luz que entra es la de las farolas y la de la luna que se cuela por las ventanas sobre la escalera.

—Necesito hablar contigo.

Suspira, cruzando las manos sobre el pecho. —Ha sido un día muy largo, Ruslan. Estoy cansada. Quiero dormir.

—Es más de la una, Emma. Si quisieras dormir, estarías durmiendo.

Se muerde el labio inferior y se vuelve hacia la puerta. —Vale, quizá solo quiera estar sola —suelta—. Te agradezco todo lo que has hecho hoy por mí, pero, sinceramente, no es necesario. Puedo cuidarme sola.

—¿Puedes hacerlo?

Sus ojos se entrecierran al instante. No quise decir eso. Venir aquí sin estar sobrio al cien por cien puede no haber sido la mejor idea, pero ahora es demasiado tarde. Ya me metí en la boca del lobo.

—Tienes que irte.

—No iré a ninguna parte hasta que me escuches.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Jugar al héroe te hace sentir bien contigo mismo, Ruslan? Porque no me interesa ser la víctima. Tampoco me interesa ser tu caso de caridad. Lo que necesito ahora es *espacio*.

—Si eso es lo que realmente quieres, entonces lo aceptaré. Pero primero necesito decir algunas cosas.

Su boca se dobla hacia abajo y su mirada se vuelve más distante. *¿Qué está esperando?*

Suspira. —Te daré cinco minutos.

—Solo necesito uno —la miro a los ojos—. No me iré a ninguna parte, Emma. Lo dije en serio: eres *mía*. Y cuidaré de ti. Y de esos niños. Si son los únicos hijos que tendremos juntos, por mí está bien.

Sus ojos se agrandan mientras hablo. Sus mejillas se sonrojan hasta que el color se apodera del moratón de su cara.

—¿L-lo dices en serio? —pregunta apenas en un susurro

—Nunca digo nada que no sienta.

Respira hondo. —Yo... um... Eso es mucho para procesar.

Le cojo la mano. —Tómate tu tiempo. Que sepas que estoy aquí. No dejaré que vuelvas a echarme de tu vida.

Sus dedos vuelven a presionar. Se queda callada un momento, mordiéndose el labio y mirándome a mí, a la luna, al suelo, a mí otra vez. Por fin susurra—: ¿Quieres entrar?

—Solo si tú quieres.

Me mira a los ojos. —Sí, quiero.

EMMA

Muchas cosas cambiaron desde la noche en que Ruslan apareció en mi puerta.

Para empezar, es la primera vez que inicio una reunión en el ático. Ruslan parecía confundido antes cuando lo llamé para preguntarle si era posible. Estuvo callado un rato. ¿Dudando? ¿Pensando en negarse? No estoy segura. Pero, al final, envió a Boris a recogerme al apartamento.

No sé muy bien por qué, pero me pongo muy nerviosa cuando atravieso esas brillantes puertas plateadas. Probablemente porque estamos entrando en territorio desconocido. Hace unos meses, bueno, hace unas semanas, nunca habría esperado que Ruslan apareciera ante mi puerta, decidido a formar parte de mi vida a pesar de que no pudiera darle lo que quería.

Algo está cambiando entre nosotros. Ya no es solo sexo. Es sexo *y sentimientos*.

Y todo el desorden que conlleva.

El salón del ático está vacío, así que pruebo en el dormitorio. Está tumbado en la cama, en calzoncillos, y parece increíblemente cómodo.

E increíblemente sexy...

Concéntrate, Emma.

—Ey.

Se incorpora y me hace un gesto para que me acerque. Me deslizo en la cama a su lado y respiro hondo. —Quería decirte algo.

Levanta las cejas. —Te escucho.

—Quería decirte... *gracias*. Por cuidarme como lo hiciste. Por quedarte conmigo. Por cuidar de los niños. Y, lo más importante, por elegir quedarte. Incluso ahora.

Exhala, suave y áspero. —¿A dónde iría?

Hay un temblor ansioso en mi corazón. Estoy al borde de la felicidad; me aterra caer.

Miro hacia la silla junto a la ventana. Su traje de Armani cuelga sobre ella y me recuerda lo que pasará esta noche.

Trece de agosto.

—¡Oh, *mierda*! Esta noche tienes un gran evento en Alcázar, ¿no? Por eso estabas tan indeciso al teléfono... *Mierda*, lo siento mucho... —me incorporo de un tirón, dispuesta a levantarme de la cama.

Pero me agarra del brazo y me tira hacia abajo. —Emma. Tranquilízate. No pasa nada.

—Debería haberlo recordado. No he ido a trabajar en tres días y ya lo olvidé todo.

Su risita me tranquiliza. Me acerca a él y me pasa los dedos por la cara. —El moratón tiene mejor aspecto.

Asiento. —El corte también se está curando bien. Me cambiaron los puntos esta mañana —vuelvo a echar un vistazo al traje, de un tono azul marino a la luz del atardecer—. Me quitaré de en medio...

Ruslan no afloja su agarre sobre mí. —Tengo algo de tiempo. Y has venido hasta aquí...

Me dedica una sonrisa que me sonroja hasta los dedos de los pies. —¿Estás seguro?

Me aprieta el culo mientras me empuja hacia su regazo y aprieta su erección contra mi calor. —¿Qué te parece? ¿Me siento inseguro?

Le acaricio la cara y lo beso. Lo beso con fuerza, con la lengua metiéndose en su boca, desesperada por que me abrace como a él le gusta, como a mí me gusta. Sus manos suben y bajan por mi espalda, pero es más una caricia que un *manoseo*.

Con ternura, me empuja hacia atrás sobre la cama y me da suaves besitos en la cara y en el cuello.

Extraño. Nunca es *tan* amable.

Alzo las caderas hasta sentir su dureza. Me froto contra él, desesperada por sentir algo de fricción. Mientras juega con el lóbulo de mi oreja, me agacho y rodeo su polla con la mano.

—Fóllame, Ruslan —le susurro al oído—. Quiero que me folles duro.

Se ríe. Su aliento se extiende por mi cara, dulce y fresco. —Me encantaría follarte... pero hoy iremos despacio.

Hago un puchero. —¿Por qué?

Se echa hacia atrás y me mira con una media sonrisa en la cara. —Emma, pasaste la noche en un hospital hace solo tres días, ¿recuerdas?

Solo empujo mis caderas contra su ingle un poco más fuerte. —Puedo soportarlo.

Sacude la cabeza. —He creado un monstruo.

—Entonces, tal vez necesites domarme.

—Oh, pienso hacerlo —dice con un gruñido feroz. Luego, suspira y se suaviza de nuevo—. Solo que... esta noche no.

Me hace callar con un beso. Sus dedos me suben la falda y me apartan las bragas. Mi corazón palpita suavemente mientras él desliza sus dedos sobre mi clítoris. Normalmente, el sexo es tan explosivo que no puedo pensar con claridad.

Esto es diferente.

Estoy pensando. En lo bien que me siento. En lo gentil que está siendo conmigo. En lo fácil que sería confundir su ternura con amor.

Cuando por fin entra en mí, jadeo y mi mirada se cruza con la suya. Esos ardientes ojos ámbar brillan como nunca los vi. Sus embestidas son tan controladas. La lenta penetración es, en cierto modo, más intensa que el acalorado sexo en el que me rompe los botones y jadeo sin aliento al que estoy acostumbrada con Ruslan. Todo parece mucho más intenso.

Contacto visual ininterrumpido y respiración sincronizada y la forma en que sus labios se posan sobre los míos, como si yo fuera lo más preciado del mundo.

Cuidado, Emma...

Me dije que no importaba cómo me llamara. No necesitaba un título ni que me dijera que me quería. *Esto* es lo que importa. Esta conexión loca, cósmica y poderosa que estamos experimentando juntos es todo lo que necesito.

Pero, aún así... sería increíble escucharlo igual. Cuando me corro, me quedo sin aliento.

Después, mientras lucho por volver a ponerme bien la falda, me agarra. Tierno otra vez. Suave. —Estaré ocupado las próximas dos noches. Pero si me necesitas, llámame. Estaré allí.

Sonrío. —Te llamaré.



CUANDO ENTRO, Ben está de pie en el salón, mirando a la puerta.

—¡Dios mío! —jadeo, llevándome una mano al corazón—. ¡Qué susto!

—¿Dónde estabas?

—No es asunto tuyo —lo fulmino con la mirada mientras dejo caer el bolso sobre la mesa de la cocina—. ¿Están todos los niños en la cama?

—Amelia los está durmiendo ahora mismo —dice desdeñosamente—. ¿Olvidaste que necesitaba hablar contigo?

Suspiro. —¿De qué necesitabas hablarme, Ben?

Mi cuerpo se hiela ante la voz nasal que surge a la vuelta de la esquina. —Sobre lo mala, *mala* chica que has sido.

—¿Qué dem...?

Remmy entra en el salón, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa mirada lasciva en los labios. —Hola, mujer bonita.

Miro entre Ben y Remmy mientras el horror me recorre. —¿Qué demonios es esto?

Ben se acerca al sofá. —Creo que una pregunta mejor sería, ¿qué demonios es *esto*? —saca algo de detrás de uno de los cojines.

Me paralizo. Reconozco ese montón de papeles.

El contrato.

—¿De dónde has sacado eso? —susurro.

—La guantera de tu coche, por supuesto. Donde lo *escondiste* —se burla de mí.

—¿Qué demonios estabas haciendo en mi coche? —ahora tiemblo. Si no recurro a la ira, me reduciré a las lágrimas.

Ben se encoge de hombros. —Pensé que, ya que estarías fuera de servicio unos días, podría usar tus ruedas nuevas. Resulta que fue una gran decisión. ¿Quién iba a decir que encontraría oro?

—Maldito bastar...

—Ya, ya, Emma, no hay necesidad de emocionarse —reprende Remmy, apartándose de la pared—. Te lo advertí.

Intento lanzarme a por el contrato, pero Ben lo mantiene fuera de mi alcance. Se ríe y se lo pasa a Remmy, que empieza a negar con un sonido de *tuc-tuc* en mi dirección. —¿Quién lo diría? La guapa ayudante no es mejor que una prostituta de pacotilla.

—¡No se trata de eso!

—¿Ah, no? —pregunta Remmy con las cejas arqueadas—. Porque hay toda una cláusula en este contrato, que detalla cómo se te pagará una exorbitante suma de dinero cada mes por abrirte de piernas dos noches a la semana en un lujoso ático con Ruslan Oryolov.

Quiero matar a Ben, pero como Remmy es el que tiene el dedo en el gatillo, centro mi energía en él.

—Remmy, *por favor*, no publiques esto.

Se encoge de hombros, con los ojos brillantes como carbones encendidos. —Si me hubieras dicho la verdad desde el principio, habría encontrado la forma de protegerte. Podría haber

tachado tu nombre en este contrato, proteger tu identidad. Pero ahora... —se encoge de hombros de nuevo—. Ahora no podría importarme menos tu reputación.

Realmente cree que me importa *mi* reputación. La única reputación en la que pienso ahora mismo es la de Ruslan.

Estoy así de cerca de un ataque de pánico. Si solo tuviera el lujo de poder sucumbir a uno. —De acuerdo. De acuerdo. ¿Qué quieres?

Remmy sonríe. —Oh, *ahora* te importa.

—Dinero... ¿es eso? —presiono, mirando entre los dos cabrones que tengo delante—. Puedo conseguirte dinero. Solo, por favor, entierra la historia.

Remmy sacude la cabeza. —Lo siento, cariño. Ninguna cantidad de dinero me hará cambiar de opinión. Mi único objetivo es destruir a Ruslan Oryolov. Tú solo eres un daño colateral —deja caer el contrato sobre la mesita—. Puedes quedártelo. Tengo muchas copias —sale dando un portazo.

Me giro lentamente hacia Ben. —¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

Sus puños se aprietan a los lados, pero sus ojos están extrañamente nublados y distantes. —No estoy seguro de que la puta deba emitir un juicio. Vi una oportunidad y la aproveché. No es como si fueras a compartir todo tu sucio dinero conmigo.

Me trago las lágrimas. Aún me tiemblan las manos. No debería sentirme tan traicionada, pero creo que una parte de mí aún se aferraba a la esperanza de que Ben pudiera salvarse. Por el bien de sus hijos, al menos.

—La diferencia entre nosotros es que yo cogí el dinero de Ruslan para esos niños —señalo con un dedo tembloroso el pasillo donde duermen—. Tú cogiste el dinero de Remmy para ti. Y nos jodiste a mí y a los niños en el proceso.

—Oh, lloremos todos abrazados.

Cuando intenta pasar a mi lado, me le echo encima. —¿Qué demonios te ha pasado? —grito, clavándole el dedo en el pecho—. ¿Qué le pasó al hombre con el que se casó mi hermana?

El ceño fruncido se le congela. Baja la boca, arquea las cejas y sus manos vibran aún más rápido a los lados. Por un momento, creo que podría pegarme. —Ese hombre murió con ella.

Luego, me empuja y desaparece en su habitación.

Suelto un sollozo estrangulado. *¿Qué hago ahora?* Pero la respuesta es obvia. Solo puedo hacer una cosa.

Tengo que decírselo a Ruslan. Tengo que explicarle lo que pasó para que podamos arreglar esto. Cojo las llaves del coche y salgo corriendo...

Esperando contra toda esperanza que esto no sea la gota que colme el vaso para él.

RUSLAN

KIRILL: ***¿Dónde estás, hermano? ¿Te vas a perder tu propia fiesta?***

RUSLAN: ***Voy para allá.***

Empiezo a conducir, sintiéndome increíblemente seguro del lanzamiento. Esta droga será la joya de la corona de mi imperio Bratva. Aunque viva cien años, no creo que vuelva a conseguir algo tan grande.

Solo llevo conduciendo unos minutos cuando mi teléfono empieza a sonar. Kirill tiene a veces la paciencia de un maldito mosquito. Estoy tan seguro de que es él que ni siquiera compruebo el nombre en mi pantalla antes de pulsar aceptar a través del volante.

—¿Qué quieres?

—¿Ruslan?

Inmediatamente, todos mis sensores empiezan a sonar. Suena angustiada. —Emma, ¿qué pasa?

—Siento mucho llamar. Sé que estás ocupado esta noche, con el gran lanzamiento y t-todo...

—¿Estás llorando?

Se me congelan las manos en el volante. No esperaba recibir una llamada suya menos de una hora después de salir del ático. Lo que solo puede significar una cosa: algo muy malo ha pasado.

—Yo... necesito hablar contigo. Es mejor si... —hace una pausa y oigo el chirrido de los neumáticos y unos cuantos bocinazos odiosos—. Hablamos cara a cara.

—Emma, ¿estás conduciendo?

—Voy a tu ático.

—Ya me fui.

—Oh, mierda. Ruslan, lo siento mucho. Todo es un puto desastre… *¡ahh!* —su grito es ahogado por más neumáticos chirriantes, más bocinazos.

—Maldición —gruño—. Emma, escúchame. Detén el coche ahora mismo. No estás en condiciones de conducir —solo responde con un resoplido—. Una vez que hayas aparcado, envíame tu ubicación. Iré hacia donde estés.

—¿Seguro?

—Te quiero fuera de la carretera en este instante. ¿Me oyes?

—Sí —dice en voz baja.

—Espero recibir tu localización en los próximos dos minutos.

Cuelgo la llamada, me hago a un lado y espero a que me envíe sus coordenadas. Un millón de pensamientos se agolpan en mi cabeza.

¿Se está replanteando nuestro contrato?

¿Quiere más de nuestro acuerdo?

¿Está cayendo en una depresión por su fertilidad?

Sea lo que sea, no podré concentrarme en el lanzamiento hasta que sepa qué le pasa. Le envío un mensaje rápido a Kirill.

RUSLAN: ***Se me hizo tarde. Ha surgido algo. Estaré allí en una hora más o menos.***

Inmediatamente después de enviar el mensaje, aparece la ubicación de Emma. Por suerte, está a solo diez minutos de donde estoy. Hago un rápido giro en U y aprieto el acelerador.

Ocho minutos después, aparco detrás de su Mercedes con los neumáticos humeantes. Se pasea por la acera con las manos cruzadas sobre el pecho y el ceño fruncido en forma de V.

En cuanto me ve, corre a mis brazos. —Lo siento mucho —balbucea.

No tengo ni idea de por qué se disculpa, pero tengo que asegurarme de algo primero. —¿Dónde están los niños?

—Están en casa, en la cama. Amelia está con ellos.

Asiento aliviado antes de centrarme en las lágrimas que salpican el rostro de Emma. —¿Qué pasó en una hora para provocar esta reacción? —le pregunto, secándole las lágrimas con el pulgar.

Está mirando mi traje. —Dios, estás guapo...

—Emma.

Parpadea y deja escapar dos lágrimas más. —Fui a casa y...

PIII… PIII… PIII…

—Joder —gruño—. No podemos aparcarnos aquí. Sube a mi coche. Haré que uno de mis hombres recoja el Mercedes y lo lleve de vuelta a Hell’s Kitchen.

La vena le palpita suavemente en la frente mientras se sienta en el asiento del copiloto. Le envío un mensaje rápido a Boris y salimos a la carretera.

—Sé que el momento es horrible...

Ring. Ring. Ring.

Como mi teléfono está conectado al coche, el tono de llamada suena más alto de lo normal. Emma salta en su asiento y yo corto la llamada sin contestar.

—Es solo Kirill llamando para regañarme por llegar tarde. Continúa.

Sus cejas se vuelven hacia abajo. —Oh, Dios...

Suspirando, intento contener mi frustración. —No importa, Emma. Solo dime qué te preocupa.

—Q-quizás pueda esperar hasta...

Ring. Ring. Ring.

Kirill otra vez. *¿Qué carajo?* No suele ser tan molesto y persistente. Lo rechazo. —¿Decías?

Esta vez, ni siquiera tiene la oportunidad de pronunciar una sola palabra antes de que mi teléfono se encienda de nuevo.

No ignoraré tantas llamadas de mi segundo. Algo pasa.

—¿Kirill?

—*¡Ruslan!* ¿Dónde coño estás?

—Te dije que algo surgió...

—Sí, bueno, algo surgió aquí también. Y no es bueno —normalmente es imperturbable. Nada es un gran problema para él. Así que escuchar el pánico en su voz en este momento...

—¿Qué está pasando?

—¿Estás solo?

Mi mirada se desliza hacia Emma. Está sentada en silencio, con las manos entrelazadas y mordiéndose el labio inferior.

—Emma está aquí, pero está bien. Puedes contármelo de todas formas.

Kirill duda solo un segundo. —Empezamos a circular el Venera hace poco más de una hora. Todo iba sobre ruedas. Todo el mundo estaba de buen humor. Las muestras estaban haciendo su magia. Y entonces...

Y entonces...

—…tuvimos cinco personas con sobredosis.

Casi choco contra el coche que tenemos delante. Emma grita y me agarra del brazo instintivamente. Apenas consigo apartarme a tiempo para evitar la colisión.

Lo único mejor que mis reflejos son mis instintos.

Y me dicen que aquí hay juego sucio.

—Venera no es ese tipo de droga. Es un afrodisíaco. Básicamente una ostra con esteroides. Ni siquiera es *posible* tener una sobredosis.

—Hermano, estoy viendo cinco cuerpos ahora mismo, que dicen lo contrario.

Los ojos de Emma se abren de par en par, temerosos, y me apuntan directamente.

—Que uno de los hombres recoja a Sergey —ordeno—. Ve tú mismo si es necesario. Lo quiero en el club de inmediato. Estaré allí pronto.

Emma no dice nada cuando cuelgo. Pero, un segundo después, me lleva la mano a la rodilla y me la aprieta suavemente. Es increíble la diferencia que puede marcar un pequeño gesto. El miedo que vi antes en sus ojos no es *de* mí.

Es *por* mí.

—Tengo que encargarme de esto.

—Lo sé. Claro que sí. Puedo coger un taxi de vuelta…

—Por supuesto que no —gruño—. Te dejo en mi casa. Volveré cuando tenga la situación controlada.

Ella lo acepta sin palabras. Al menos hasta que llegamos al exterior del lujoso rascacielos de treinta y cinco plantas. Entonces, se vuelve hacia mí con el ceño fruncido. —Esto es Madison —me dice—. No el de la calle 48.

—Ático #1. El código de acceso es 23-28-37.

Parece nerviosa cuando sale del todoterreno y me hace un gesto con la mano mientras me alejo. Tendré que preocuparme por Emma después de esta noche. Ahora tengo que centrarme en la chapuza del lanzamiento de Venera.

Ping. Echo un vistazo rápido al texto que acabo de recibir de Kirill.

KIRILL: ***Sergey ha desaparecido.***

Maldición.

EMMA

El Sancta Sanctorum.

Así es como se le dice al ático de Madison en la cafetería de Bane. Sin embargo, la gente tiene más información objetiva sobre Atlantis o Narnia. Si los rumores son creíbles, Ruslan pagó unos asombrosos trescientos treinta millones de dólares para comprarlo hace unos años.

Nadie ha visto nunca su interior.

Hasta ahora.

En primer lugar, es *impresionante*. Como un palacio en el cielo. Incluso mi agotado cerebro es capaz de darse cuenta de lo hermosos que son todos y cada uno de los detalles de este lugar.

Pero no me gusta por eso. Me gusta porque *huele* a él. Ese familiar roble especiado está por todas partes y es absurdamente reconfortante.

¿Cómo he acabado aquí?

Ruslan no solo habló libremente con Kirill en mi presencia mientras estábamos en el coche, sino que me dio acceso al Sancta Sanctorum. Para el ojo inexperto, pueden parecer pequeños gestos, pero yo sé lo significativos que son. Me está enviando un mensaje con esos gestos.

Está eligiendo dejarme entrar en su vida.

Está derribando sus muros poco a poco.

Me está diciendo que confía en mí.

Y aquí es donde tendré que decirle que la cagué. Que pronto el mundo sabrá de nuestro sucio contrato. Que mi estúpido culo apretó el botón de autodestrucción sin darse cuenta.

Salgo de la galería de entrada y me aventuro hacia las impresionantes vistas que dan a Central Park. El mobiliario es minimalista, pero me encantan todas las piezas que veo, incluido el sofá blanco curvado que ocupa un lado entero del salón. Parece como si hubiera arrancado una nube literal del cielo.

Sigo su olor por el apartamento. La mayoría de las habitaciones parecen intactas. El dormitorio principal es el único que parece realmente terminado. Veo un escritorio junto a la cama, un par de zapatos tirados a un lado y algunas camisas de Ruslan esparcidas por el diván.

Reconozco la camisa celeste que llevaba ayer mismo. La cojo y me la llevo a la nariz, inhalando bruscamente. Como un adicto que se da una calada por primera vez en años.

Si pudiera embotellar ese olor...

Querré recordarlo una vez que todo esto me explote en la cara.

Acabo desnudándome hasta quedar en ropa interior. Luego me pongo la camisa celeste y me meto en su cama. Otra vez ese olor, pegado a las sábanas. Me tumbo en medio del colchón,

hecha un ovillo. Miro al techo y hago todo lo posible por no pensar en nada.

Después de una hora de distanciamiento, compruebo mi teléfono para asegurarme de que no ha intentado llamarme o escribirme.

Nada. Nada. Nadita.

No sé si estoy esperando a que vuelva o si lo estoy temiendo.

Estoy a punto de dormirme cuando por fin oigo un ruido procedente del otro lado de la habitación. Me levanto de golpe, totalmente despierta. Antes de que pueda ir a investigar, Ruslan entra a grandes zancadas. Ya se deshizo del abrigo y se está desabrochando la camisa.

No me reconoce, salvo por una pequeña inclinación de cabeza en mi dirección. Tiene los ojos hundidos, rodeados de ojeras, lo que acentúa aún más sus pómulos afilados. Nunca lo vi así.

¿Enfadado? Sí, claro.

¿Frustrado? Por supuesto.

¿Molesto? Más veces de las que puedo contar.

¿Pero *cansado*? ¿El tipo de cansancio que se sienta sobre tus hombros y te arrastra hacia la tierra? Nunca. Ni una sola vez.

—Ruslan...

Estoy a punto de salir de la cama cuando levanta una mano para detenerme. —No. Quédate ahí.

Se quita la camisa y luego los pantalones. Los tira al suelo y se mete en la cama conmigo. Se tumba boca arriba, con la cara mirando al techo, igual que la mía hace un momento, y cierra los ojos. Tras unos minutos de respiración silenciosa, por fin habla.

—*Maldición.*

Me acerco un poco más y me apoyo en un codo mientras le miro. —¿Qué pasó?

No abre los ojos. —Tuvimos que cancelar el lanzamiento y mandar a todo el mundo a casa. Era lo peor que podía pasar. Y, por supuesto, Sergey ha desaparecido y no tengo ni idea de si se lo llevaron o prefirió huir.

Me sorprende que hable de ello. Empiezo a recorrerle el brazo con los dedos. —¿Quién es Sergey? ¿Y por qué decidiría huir?

—Es mi químico principal. Tiene control total sobre mi fórmula. Si hubiera decidido alterarla antes del lanzamiento…

—Pero ¿por qué haría eso?

—Porque alguien le ofreció más dinero que yo.

Un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo. Es la primera vez que hablamos de su otra vida y del trabajo que implica. Me estoy haciendo una idea de lo enorme que es todo.

—¿Así que lo hiciste inventar una... una droga?

Por fin abre los ojos. Se desvían hacia mí, ahora más dorados que ámbar. —Venera es una droga, sí, pero está pensada para ser un afrodisíaco en cápsulas. Llevamos a cabo meses de pruebas para asegurarnos de que sus efectos no fueran nocivos ni adictivos. Fuimos muy meticulosos. Excepto que ahora cinco personas han muerto y toda mi aventura ha terminado antes de empezar.

Nunca lo había oído hablar así. La actitud de derrota no es propia de él. Me acerco aún más, tapo su cara con la palma de la mano y lo obligo a mirarme.

—*Nada* terminó —insisto—. Eres el puto Ruslan Oryolov. No hay nada que no puedas arreglar.

—No puedo resucitar a la gente.

Mi expresión decae. —Claro. No, claro que no. Lo siento, fue una estupidez.

No sonríe, pero su expresión se suaviza un poco. Sus cejas se relajan y su boca ya no es una línea recta tan severa.

—¿En qué tantos problemas estás metido?

Su mandíbula se fija firmemente. —Nada que no pueda manejar.

—*Ese* es el Ruslan que conozco.

Se ríe amargamente y sigo pasándole una mano por la mandíbula, los brazos, los abdominales. No sé muy bien qué hacer en esta situación, pero sé que ahora no es el momento adecuado para contarle lo de Remmy. Lo deseo desesperadamente. Pero es demasiado en una sola noche. Necesita la paz de este apartamento.

Puede que incluso *me* necesite.

—¿Puedo traerte algo? —pregunto suavemente.

Sus ojos rozan mi cara. —Tengo todo lo que necesito ahora mismo.

Entonces me besa. Suaves y lentos, sus labios parecen acariciar los míos. Siempre me pierdo en él, pero es la primera vez que siento que él intenta perderse en mí. Intento memorizar cómo se siente, cómo huele, cómo se ve, cómo suena.

Tengo que recordarlo todo.

Gruñe en mis labios y sus manos recorren mi cuerpo, tirándome de las bragas antes incluso de quitarme la camiseta. Me entierra la cara entre los pechos, amasándome los pezones con la lengua mientras desliza los dedos dentro y fuera de mí. Me aferro a él, embriagada por la fuerza de esos brazos que aún consiguen ser tan suaves.

Me retuerzo en su mano, desesperada por el orgasmo que me promete. Pero esta noche quiero darle lo que él me da. Quiero borrar toda posibilidad de pensamiento de su cabeza hasta que seamos solo él y yo, dos cuerpos desnudos sin todo el ruido.

Tengo que apartarlo de mí. Sus iris están dilatados, su mirada es intensa. Pero, antes de que vuelva a empujarme contra él, me deslizo hasta su cintura y le quito los calzoncillos. Deslizo la lengua por la punta, lamiendo la gota de semen.

Le acaricio las pelotas y lo recorro con la lengua, concentrándome en las partes más sensibles que descubrí en los últimos meses. Me gusta saber lo que lo hace gemir, lo que lo hace suspirar, lo que lo hace ponerse rígido, agitarse y morderse el labio. Lo chupo despacio, cada vez más profundamente, centímetro a centímetro.

—Maldición —gime—. Maldición… Emma...

No ceso en mi empeño. Incluso cuando se me llenan los ojos de lágrimas, continúo. Me trago su polla mientras mis manos la mueven arriba y abajo, hasta que sus sacudidas se intensifican, su respiración se entrecorta, y entonces se corre.

—*¡Maldición!*

Explota en mi boca y me trago hasta la última gota hasta que no le queda nada para dar. Me limpio los labios, me levanto y recupero el aliento. Su pecho sube y baja, pequeñas gotas de sudor bailan a lo largo de sus pectorales. Me subo encima suyo y empiezo a lamer cada una de ellas.

Se le cierran los ojos mientras me deja atenderlo. Luego, cuando su respiración se ha calmado, me agarra de improviso y me pone de lado mientras suelto un sonido a medio camino entre un grito ahogado y un chillido. Me pasa por debajo de un brazo y me rodea la cintura con el otro.

Siento sus labios en mi hombro y, segundos después, su aliento haciéndome cosquillas en el

cuello. —¿Ruslan...?

Pero ya sé que está dormido. Es otra primicia, otro indicio de que se está sintiendo más cómodo conmigo. Nunca se duerme antes que yo.

Una parte de mí siente alivio. Pero una parte igualmente grande de mí está aterrorizada.

Le contaré lo de Remmy mañana a primera hora.

Sin excusas.

RUSLAN

Me despierta un pellizco en el brazo. Me levanto de un tirón y veo a Kirill junto a la cama. Emma está encima mío, así que tengo que moverme despacio y con cuidado para desenredarme de ella y de las sábanas antes de poder salir.

Kirill retrocede hasta la puerta mientras yo me pongo los calzoncillos. Compruebo que Emma sigue durmiendo y lo sigo hasta el salón.

—¿Qué haces aquí? —gruño.

—Lo siento. Intenté llamarte, pero no contestaste.

—¿Encontraste a Sergey?

—El hombre sigue desaparecido. Pero el equipo de seguridad encontró algo más que creo que querrás saber.

Kirill tiene los labios fruncidos. También cruje mucho los nudillos, señal inequívoca de que tiene malas noticias para mí.

—¿Qué pasa?

Se aclara la garganta y hace un gesto hacia el delgado sobre marrón que hay sobre la mesa del comedor. —Lo siento, amigo.

Son palabras siniestras. Rompo la mitad superior del sobre y saco el contenido. Es una funda de fotografías. La primera es una imagen borrosa de Remmy Jefferson apoyado en una pared que me resulta muy familiar. Un poco más allá hay una mujer con el pelo recogido en un moño. La calidad de la imagen es baja, pero reconozco a Emma de inmediato.

Miro a Kirill. —¿Qué coño es esto?

—Parece que Remmy visitó a Emma anoche.

¿Anoche? ¿Por eso estaba tan agitada? Estaba al borde de la histeria. Maldita sea, ¿por qué coño no me calmé dos segundos y la dejé decir lo que quería decirme?

Ah, sí, *cinco cadáveres.*

Paso a la siguiente fotografía. Es más de lo mismo. Remmy de pie en el apartamento de Emma, los dos obviamente enzarzados en una conversación. Por supuesto, no hay forma de saber la naturaleza de la conversación. Pero el hecho de que tuviera lugar en su apartamento es preocupante.

Cuando vuelvo a levantar la vista, Kirill me está mirando con ojos cautelosos. —Odio decirlo, hermano... pero creo que podría haberte engañado.

Sacudo la cabeza. Incluso ante la evidencia fotográfica, estoy dispuesto a darle a Emma el beneficio de la duda. Las fotos pueden estar trucadas. E incluso si no lo han sido, tiene que haber otra explicación.

—Ella no haría eso.

—Mira esas fotos, hermano.

—Estoy viendo, hermano —gruño—. Y no les creo una mierda. Confío en ella; ella no...

—Eso no es todo.

Siento que me estoy convirtiendo en piedra. —Continúa.

Vuelve a crujirse los nudillos. Sus tendones deben estar destrozados a estas alturas. —Nuestro contacto en la redacción me llamó esta mañana. Quería avisarnos. Están a punto de publicar un reportaje sobre ti. Se adelantó a la conversación diciendo que no podía hacer nada para evitarlo.

Así, sin más, se me cae el corazón. —¿Qué historia?

Kirill arrastra los pies de un lado a otro. —Una historia que involucra un contrato sexual entre tu asistente y tú.

Respira.

Maldición, respira.

Uno.

Dos.

Tres...

—¡MALDICIÓN!

Kirill da un paso atrás. —Sé que esto es mucho, pero tendremos que ponernos en modo de control de daños muy rápido. Ya es bastante malo tener que lidiar con el lanzamiento fallido de Venera. Pero un escándalo sexual encima...

Apenas lo oigo. ¿Cómo pasaron las cosas de absolutamente perfectas a una absoluta mierda en cuestión de segundos? ¿Cómo es posible que haya sido capaz de engañarme tan completamente?

Meses. Dediqué *meses* de mi vida a esta mujer. La hice parte de mi vida. Me sumergí en la suya.

Confié en ella, maldición.

La prueba está en que está aquí, en mi lugar de soledad. El lugar al que vengo cuando quiero alejarme de todo. El lugar que juré que ninguna mujer vería jamás por dentro.

—¿Cómo quieres que maneje esto? —pregunta Kirill.

—Primero, tengo que manejarlo *yo*.

Cojo las fotos y me dirijo al dormitorio. Nada más entrar, me doy cuenta del gran error que cometí. Su olor está por todas partes: miel, cítricos, dulzura y mentiras. Ahora, cada vez que entre en esta habitación, la imaginaré tumbada en mi cama, con un muslo delgado y desnudo asomando bajo las sábanas.

No.

Sin prisa pero sin pausa, tengo que empezar a expulsar todo rastro de ella de mi mundo.

Y empieza ahora mismo, maldición.

Se revuelve cuando me acerco. —¿Ruslan...? —murmura, somnolienta.

—Levántate.

Abre los ojos de golpe y se le quita el sueño de la cara en cuanto me mira. —Ruslan, ¿q-qué pasa? —sus pestañas se agitan y sus mejillas se sonrojan—. ¿Es por lo de anoche?

—Aparentemente, anoche fue el menor de mis problemas —le arrojo las fotos. Ella retrocede y las fotos se dispersan, revoloteando a su alrededor como copos de ceniza en el fin del mundo.

—¿Qué...?

Coge una de las fotografías. Sus ojos se abren de par en par y palidece. —Ruslan... déjame explicarte...

Resulta que esa es toda la explicación que necesito. —Vístete y *lárgate* de mi apartamento.

Me mira como si le costara reconocerme. *Bueno, ya somos dos.* —R-Ruslan... —su voz apenas supera un susurro y, aun así, me araña.

Me alejo de ella. —Tienes dos putos minutos o te arrojaré a ese ascensor con el culo desnudo.

Se levanta de la cama. No puedo ni mirarla. Oigo un sollozo detrás de mí, pero aprieto la mandíbula y clavo los talones. Fui un tonto al dejarla entrar tan profundamente. Fui un tonto por confiar en ella. Sabía que era un error, pero me dejé convencer. ¿Y para qué? ¿Una sonrisa dulce y un coño fácil?

—Ruslan, por favor. Te dije que quería hablar contigo anoche...

Me doy vuelta. —¿Así podrías confesar tu sucio trato con Remmy Jefferson? —gruñe—. Ahora es demasiado tarde para cambiar las cosas, Emma.

Respira rápido. —Ni siquiera sabes...

—Todo lo que necesito saber es que me *traicionaste.* No me importan las razones.

—Yo…

—¡KIRILL! —rujo.

Se echa hacia atrás, con la cara cubierta de dolor. —¿Ni siquiera escucharás mi versión?

—¡Tú eras la única que debía conocer ese contrato! —rujo—. Si no hablaste, ¿cómo coño lo consiguió Remmy Jefferson?

El enrojecimiento de sus mejillas se extiende a su pecho. —Fui una tonta...

—No es la palabra que yo usaría —le doy la espalda a Emma cuando Kirill aparece en la puerta—. Asegúrate de que esta mujer sea borrada de mi vida. Asegúrate de que su escritorio en Bane Corp. esté limpio, asegúrate de que nuestro contrato esté roto, asegúrate de que nunca tenga que volver a verla después de este momento.

—Ruslan, por favor. Tienes que escuchar...

Me giro hacia ella. —Terminé de escuchar. Y terminé con usted. Nuestro acuerdo finalizó oficialmente, Srta. Carson —se estremece cuando la llamo por su apellido—. Sus servicios ya no serán requeridos.

Estoy casi en la puerta cuando me agarra del brazo. —¡Solo necesito dos minutos! Por favor.

Me zafo de ella y la empujo contra la pared. Se tambalea hacia atrás y se le escapa un grito ahogado. Doy un paso adelante y le rodeo la garganta con la mano.

—Ahora sabe exactamente quién soy —le gruño—. Lo que también debería saber es que primero soy un *pahkan* y después un ejecutivo. Si vuelve a traicionarme, la destruiré. ¿Lo entiende?

Ejerzo un poco de presión sobre su garganta. No lo suficiente para hacerle daño, pero sí para asustarla. Sus ojos se abren de par en par y consigo lo que busco.

Miedo.

—Le hice una pregunta, Srta. Carson. ¿Entendió?

Asiente lentamente.

—Bien —la suelto y salgo de la habitación—. Kirill... deshazte de ella.

Oigo sus sollozos incluso cuando se cierran las puertas del ascensor. Intento bloquear el sonido, pero incluso después de que las puertas me arrojan a la planta baja, sigo oyéndola. Aún puedo sentirla. Incluso ahora, después de todo lo que acabo de descubrir, está en todas partes.

En mi lengua.

Bajo mi piel.
En mi puta alma.

EMMA

No me lo imaginé, ¿verdad?

¿No era hace solo unos días que hablábamos de bebés? ¿Planificando un futuro juntos? ¿Fusionando dos mundos que de algún modo tenían sentido aunque no debieran?

Lloro durante casi todo el viaje de vuelta a Hell's Kitchen. Me imagino que puedo sacar las lágrimas ahora, ¿no? No puedo derrumbarme delante de los niños.

Los niños.

—Oh, Dios —susurro, cubriéndome la cara con las manos.

Lloré en silencio todo este tiempo para intentar preservar mi dignidad en presencia de Kirill. Pero, en cuanto pienso en esos niños, pienso: *A la mierda*. ¿Qué dignidad me queda por preservar?

Empiezo a llorar feo, sollozos fuertes y mocosos que rompen el silencio del coche de Kirill. En general, me ignora. Hasta que aparca fuera del apartamento y me doy cuenta de que puso el pestillo para bebés, dejándome atrapada dentro. Me limpio las lágrimas y me vuelvo hacia él. Me mira detenidamente, como si no supiera qué pensar de mí.

—¿Puedes dejarme salir, o tu jefe te dio instrucciones para humillarme un poco más?

Sus cejas se arquean hacia abajo. —Pensé que eras mejor que esto.

Siento cómo me arden las mejillas. —¿Perdón?

—¿Vender a Ruslan por dinero? No es digno de ti, Emma.

Me trago mi enfado. —¿Sabes qué? Que te jodan. Y que se joda también tu jefe. No lo delaté por dinero. Nunca haría eso y, algún día, Ruslan se dará cuenta. Pero será demasiado tarde. Para cuando se dé cuenta, ya me habré ido. Ahora... —tiro violentamente del asa del coche—. ¡Déjame salir de este puto coche!

Las cerraduras se abren con un chasquido, y prácticamente salgo disparada del vehículo. Corro hacia el interior del edificio y veo a Kirill alejarse desde la ventanilla de la esquina.

¿Así acaba, entonces?

El rugido del motor de Kirill se siente como la ruptura de mi último lazo con Ruslan.

Me seco la cara mientras subo las escaleras hasta el apartamento, pero sigo pisando terreno inestable. No tengo ni idea de cómo responderé si uno de los chicos me pregunta por Ruslan.

Lo que quiero hacer es forzar una sonrisa y responder con evasivas. Lo que probablemente haré será romper a llorar de nuevo.

No, eres más fuerte que eso. Puedes hacerlo, Emma. Por los niños. Por Sienna.

Josh, Rae y Caroline se arremolinan a mi alrededor en cuanto entro por la puerta. Les doy

grandes abrazos y besos empalagosos, y me consuela saber que al menos tres personitas siguen pensando que soy un ser humano decente.

Por supuesto, los tres también creen que desayunar helado es una gran idea. Pero, ahora mismo, tomaré lo que pueda.

Relevo a Amelia de sus tareas de niñera y, después de despedirla, me siento en el suelo del salón y finjo que participo en un juego que sale mal y que incluye fiestas del té en las que Reagan y Caroline compiten entre sí. Cualquier otro día estaría muerta de risa, divirtiéndome con su rivalidad entre hermanas, pero hoy...

Bueno, finge hasta que te lo creas.

—¿Tía Emma? —pregunta Josh, aventurándose a mi lado—. Si estás cansada, puedo cuidar a las niñas.

Rodeo a Josh con un brazo y lo beso en la frente. —Gracias, chico, pero estoy bien.

No parece convencido. Sigue mirándome a la cara como si pudiera borrar los moratones concentrándose lo suficiente.

—¡Tía Em! —grita Reagan, claramente enfadada por el hecho de que el señor Bunny haya elegido ir a la fiesta del té de Caroline en lugar de a la suya—. ¿A la fiesta del té de quién vienes?

—Voy a las dos.

Reagan pone las manos en las caderas. —Tienes que elegir.

—No puedo elegir entre mis dos sobrinas favoritas. Las quiero a las dos por igual.

El intento de Caroline de atraerme a su lado viene acompañado de un pedazo marrón de plastilina. —Mi fiesta del té tiene rollos suizos de chocolate.

A pesar de mi humor sombrío, me encuentro riendo entre dientes. La risita se me corta en la garganta cuando Ben dobla la esquina con un aspecto... ¿medio presentable?

¿Qué coño está pasando?

Su camisa no tiene manchas, sus vaqueros no tienen agujeros, y todo lo que lleva es claramente nuevo. Se me saltan los ojos cuando me fijo en los zapatos que lleva en los pies.

—¿Son *Yeezys*?

Alza el zapato para que pueda verlo mejor. —Muy elegantes, ¿eh? Me gustaron tanto que compré el mismo par en blanco. No puedo creer que los vendan a quinientos cada uno.

Mis manos se cierran en puños. —Niñas, ¿pueden llevarse sus fiestas del té a su habitación, por favor? Necesito hablar con su padre.

Josh se levanta enseguida y empieza a meter prisa a sus hermanas. En cuanto oigo cerrarse la puerta, me vuelvo hacia Ben, furiosa. —¿Te has gastado *quinientos* dólares en zapatos?

—¿No me oíste decir que compré dos pares? ¿O es que se te dan muy mal las matemáticas?

Le pongo las manos en el pecho y lo empujo. Con fuerza. Se sobresalta tanto que tropieza hacia atrás y cae sobre el sillón. —¿Así que gastarás en *ti* el dinero por el que me jodiste? —chillo.

Se levanta con dificultad. —Oh, por el amor de Dios, aquí vamos de nuevo.

—¿Sabes lo que me acabas de costar?

—No te preocupes. Encontrarás otro pedazo de carne muy pronto.

No es la primera vez que pienso que algunos asesinatos están justificados. *Para que cuatro vivan, uno debe morir.*

Una burbuja de risa enloquecida estalla en mí. Me sobresalta tanto como a Ben. —¿Qué coño? ¿Te estás volviendo loca o qué? —se levanta del sofá y se alisa la camiseta de Yves St.

Laurent.

—Sabes, puede que me esté volviendo loca. ¡Y tú eres la razón!

Pone los ojos en blanco. —Realmente sabes cómo ser dramática, ¿no?

—Nos has costado nuestro último salvavidas, Ben —susurro—. Ahora, estoy jodida. *Estamos* jodidos. ¡Ya no tengo ingresos!

Se encoge de hombros. —Ya encontrarás algo. Será mejor que sea pronto, porque vi otro par de zapatos que me gustan.

—Hijo de... —me agarra del brazo de repente y me atrae hacia él, tan cerca que puedo oler su aliento. *Asco.* Ajo y cerveza—. ¡Suéltame!

Me mira con ojos inyectados en venas rojas y escamosas. —Ya estoy harto de tus quejas. Soy el hombre de esta casa, y espero que empieces a respetarlo.

Me retuerce el brazo para demostrar su punto de vista pero, a pesar del dolor, la sola idea de respetar a Ben me parece ridícula.

Por eso me río.

Justo en su cara.

Me suelta el brazo como si lo hubieran escaldado. Sus ojos se abren de par en par, incrédulos. Luego, sus mejillas se colorean y sé que el enfado no tarda en llegar. Pero aun así, no puedo parar de reír.

Hasta que…

Me da una bofetada de muerte.

Jadeando, me agarro la mejilla. Ni siquiera lo vi venir, e incluso ahora que me duele, sigo sin creerme que lo haya hecho. Pica. No, es más que un pinchazo. Es una *agonía*, más emocional que física, aunque el corte reabierto en la frente por la caída por las escaleras con Remmy añade algo de sangre a la mezcla.

Aún así, sosteniéndome la mejilla, miro a Ben con la boca abierta. Pero en lugar de arrepentimiento, su rostro se contorsiona en una máscara de rabia negra. Da un paso hacia mí y me obliga a retroceder.

—Ahora soy el jefe —gruñe—. Estoy harto de que me mandoneen, de que me traten como a un ciudadano de segunda.

—No tienes derecho a tocarme. Ni a ninguno de esos niños. Si vuelves a ponerme una mano encima o a cualquiera de ellos, yo...

Mis palabras se ahogan en otro grito ahogado cuando me coge por la parte delantera de la blusa y me tira al suelo con fuerza. Pero no apunta al sofá, como hice yo cuando le empujé.

Apunta a la mesa de café.

Que resulta que está hecha de cristal.

Me quedo sin voz por el susto y caigo hacia atrás. El cristal se rompe por la fuerza de mi peso y lo atravieso. El dolor me recorre los brazos cuando los fríos fragmentos me desgarran la piel.

El miedo se atasca en mi garganta y toda la lucha abandona mi cuerpo. Sin embargo, Ben se queda quieto. Se pone en cuclillas junto a la mesa de café y me mira fijamente.

—Me importa una mierda cómo lo hagas, pero conseguirás otro trabajo y me mantendrás. Trabaja en dos sitios, limpia retretes en el centro comercial, fóllate a todo Nueva York... Me importa una mierda cómo lo hagas. Solo espero que lo hagas. Y, si no empiezas a alinearte ahora mismo, me llevaré a esos niños y me aseguraré de que no los vuelvas a ver.

Tiemblo cuando Ben sale por la puerta, llevándose las llaves del Mercedes. En parte es por el miedo, en parte por el dolor. Me he hecho un buen corte con el cristal, pero no es nada

comparado con el peso que siento en el pecho y la certeza de que estoy acorralada. Y ya no hay nadie a quien pueda recurrir.

No puedo confiar en mis padres.

No puedo recurrir a Ruslan.

Solo soy yo. Soy la última línea de defensa entre Ben y esos niños. Y *no* los defraudaré.

No te defraudaré, Sienna.

Lo juro.

EMMA

—¿T-tía Emma?

—Hola, Josh.

Sueno estúpidamente alegre, teniendo en cuenta que estoy sentada en medio de nuestra mesa de café rota, cubierta de arañazos y moratones, mientras la sangre fresca brota por todos mis brazos y piernas.

—¿Qué pasó?

—Me… caí. Estoy bien, lo juro.

Da vueltas lentamente. Le tiembla el labio inferior, pero se esfuerza por mantener la compostura. Por eso el temblor es cada vez más pronunciado. Ni siquiera puedo intentar consolarlo con un abrazo, porque no quiero que los cristales lo rajen.

—¿Te caíste? —repite.

—Sí. ¡Que torpe!

Tengo que maniobrar con cuidado para levantarme del montón de cristales. Acabo utilizando el marco de la mesita para ponerme en pie. Los cristales crujen a mi alrededor y los ojos de Josh se agrandan.

—Estás herida.

—Estoy bien. Nada que un poco de crema analgésica no pueda arreglar.

—Tía Emma —la voz de Josh tiembla ahora, también—. Necesitas ir a un hospital.

—¡No! Solo necesito limpiarme y...

—Si no vas a un hospital ahora mismo, llamaré a Ruslan.

Me quedo helada. ¿Me acaba de amenazar un niño de ocho años? Mejor pregunta: ¿está *funcionando* la amenaza? —Josh, cariño, no hay necesidad de involucrar a Ruslan.

—Entonces, ve tú misma al hospital —insiste.

Que testarudo. *Lo sacó de Sienna*.

—Está bien, vale, ya voy. Pero primero déjame llamar a la tía Pheebs. Tiene que quedarse con ustedes mientras voy al hospital.

Josh no parece apaciguado. —Iremos contigo.

Me acerco cautelosamente al sofá, donde dejé el móvil. —No cariño, está bien. De verdad...

—¿Él hizo esto?

Por suerte, estoy de espaldas a Josh y no me ve. Consigo componerme justo antes de darme vuelta con el teléfono en la mano. —Fue un accidente, cariño. Ya sabes lo torpe que puedo ser.

Josh no se lo cree. Sus ojos se llenan de lágrimas. —Es un *monstruo*.

Se me rompe el corazón. —Cariño...

—Es un monstruo y lo mataré.

—Josh, *no*. Eres mejor hombre que eso. Eres mejor hombre que él. No te hundas a su nivel, ¿de acuerdo? Confía en mí, no vale la pena.

Empieza a morderse el labio inferior, pero me hace un pequeño gesto con la cabeza.

Tengo que conformarme con eso mientras escribo un mensaje rápido a Phoebe. Me cuesta un poco evitar que me tiemblen los dedos.

EMMA: ***Hey cariño, sé que esto es super de última hora y entiendo si no puedes hacerlo, pero ¿puedes tal vez cuidar a los niños durante un par de horas?***

Empieza a responder casi de inmediato.

PHOEBE: ***Lo siento, cariño. Acabo de entrar en una reunión. El jefe está aquí, así que no puedo faltar. También es un tipo duro, pero no tan divertido como tu hombre.***

Es curioso cómo sus palabras envían este extraño dolor punzante directo a mi corazón.

Ya no es mi hombre. De hecho, ya ni siquiera es mi jefe.

PHOEBE: ***¿Qué pasa? ¿Va todo bien?***

Como ahora no puede hacer nada, no tiene sentido preocuparla.

EMMA: ***Todo está bien. Ya se me ocurrirá otra cosa. No es gran cosa.***

Es increíblemente difícil mantener la compostura, pero Josh parece a punto de desmoronarse. Lo que significa que definitivamente no puedo permitirme hacer lo mismo.

—De acuerdo, cariño. Cambio de planes. La tía Phoebe está en el trabajo y no puede salir, así que...

—Aún tienes que ir al hospital —dice con firmeza.

Suspiro. —De acuerdo, entonces. Supongo que todos vienen conmigo. Voy a ir... —me miro — …a limpiarme un poco. No quiero asustar a las chicas. ¿Puedes prepararlas?

Él asiente y se dirige a su habitación mientras yo cojeo hacia la mía. Mi pequeño espejo del baño muestra que estoy más destrozada de lo que pensaba. Me duele tanto de la cabeza a los pies, por dentro y por fuera, que es como si mi cerebro ya no se molestara en registrarlo como dolor. Solo un entumecimiento que irradia a través de mí.

Aunque Josh tiene razón. Necesito ir al hospital.

Cambio mi ropa por pantalones largos y una camisa de manga larga que cubre la mayor parte del daño. Salgo con un aspecto medianamente presentable. Las chicas se quedan boquiabiertas con los cristales rotos.

—Chicas, caminen alrededor de la mesa, por favor, y asegúrense de no quitarse los zapatos. Vámonos.

Tenemos que coger el Chevy roto de Ben porque el Gran Imbécil se llevó el Mercedes. Resulta que conducir mientras sangras por cincuenta sitios diferentes de tu cuerpo es todo un reto. Cada vez que giro el volante, mi axila derecha pica con un dolor agudo.

Una vez que llegamos al hospital, tengo que rellenar un desfile interminable de formularios. *¿Alergias? ¿Tomo algún medicamento? ¿Cuándo me vino la regla por última vez? ¿Causa de la lesión?* La cabeza me da vueltas.

Después de que me asignen una cita, nos envían al vestíbulo de urgencias a esperar. Pasan cuarenta minutos, y no puedo decidir si es la espera más larga de mi vida o si pasa en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando me llaman por mi nombre, dejo a Josh con las chicas y entro en la consulta del médico para mi cita. Tengo que desnudarme y dejar que me examine los cortes.

—¿Mencionó en sus formularios que se trataba de una... caída? —pregunta la doctora Nara con una ceja alzada, enfatizando su escepticismo en la última palabra.

Me encojo de hombros, lo que me duele. —Soy torpe.

Los ojos marrones oscuros de la doctora se clavan en los míos. —Srta. Carson, vi a muchas mujeres "torpes" entrar en este hospital. Sé distinguir entre un accidente y un abuso.

Respondo un poco demasiado rápido. —No estoy siendo maltratada. Me caí.

La Dra. Nara suspira. —Sé lo difícil que es dejar una relación abusiva. Especialmente, con tres hijos y uno en camino, pero...

Me estremezco y ella retira la pinza que sostiene para extraer los microscópicos fragmentos de cristal que se me han incrustado en la piel.

—Cuidado, Srta. Carson.

—Lo siento, es que... ¿*Qué* ha dicho?

—La negación es muy común entre las mujeres jóvenes que están sufriendo en el…

—No, no sobre eso. ¿Sobre la parte de los tres niños y uno en camino?

Frunce el ceño y consulta su portapapeles. —Usted ha mencionado la fecha de su último período como junio. Eso fue hace dos meses.

—Oh, eso... Realmente no podía recordar mi último período. Solo puse la fecha que podía recordar.

La doctora frunce el ceño. —Si puede recordar junio, ¿por qué no julio?

—¿El cerebro humano funciona de forma misteriosa?

La doctora Nara asiente con simpatía. —Como dije, la negación es común entre las mujeres que sufren relaciones abusivas. Estoy segura de que otro embarazo no es lo ideal para usted en este momento, pero...

Suspiro. —No es eso. Tengo una trompa de Falopio obstruida. Las posibilidades de quedarme embarazada son básicamente nulas. Y esos tres niños son de mi hermana, no míos. Nunca estuve embarazada. Dudo que lo esté ahora.

Ladea la cabeza. —¿Tiene una trompa de Falopio obstruida?

—Sí.

—¿Y la otra?

—¿Perdón?

—¿Su segunda trompa de Falopio también está obstruida?

—Um, bueno, no. Quiero decir, no que yo sepa. Pero, para la suerte que tengo...

La doctora asiente. —¿Quizá deberíamos hacer algunas pruebas, solo para descartarlo?

Trago saliva. —Claro.

—Te limpiaré primero, y luego haremos el análisis de sangre.

Me paso la siguiente media hora mirando fijamente las luces fluorescentes hasta que empiezo a ver extraños dibujos bailando delante de mí. De alguna manera, todos parecen bebés.

—Muy bien, Srta. Carson. Tenemos los resultados de sus pruebas —me levanto de un tirón y hago una mueca de dolor—. Tranquilícese, ¿quiere? Se ha hecho un buen corte. Esas heridas tardarán unas semanas en curarse del todo.

—¿Los resultados?

Me lanza una mirada que no sé interpretar. ¿Es simpatía? ¿Compasión? ¿Una disculpa?

—De hecho, está embarazada, Srta. Carson.

Lástima. Definitivamente lástima. El zumbido de las luces de arriba de repente suena como el llanto de un bebé.

—¿Cómo... cómo es posible? —tartamudeo—. Me hicieron una prueba hace unos días. Fue entonces cuando me detectaron la trompa obstruida.

—Las cosas cambian rápidamente. También podría haber habido un mal funcionamiento del equipo, o una lectura defectuosa de los resultados. Pero no se puede negar esto, Srta. Carson. Está embarazada.

Se me pone la piel de gallina por todos los brazos. *Estoy embarazada*. No sé si reír o llorar. No sé si sentirme feliz o triste. No sé qué coño tengo que hacer ahora.

—Srta. Carson... —miro hacia la doctora, esperando que ella pueda tener las respuestas—. Todavía está en las primeras etapas de su embarazo. Por regla general, no lo fomentamos, pero no tiene por qué quedarse con el embarazo si no quiere.

Frunzo el ceño. ¿Qué me está diciendo? Me está ofreciendo una salida...

Mi primer instinto es NO.

Mi segundo instinto es *joder, no.*

Fuerzo mis ojos hacia los de la doctora, y mi resentimiento por su sugerencia disminuye ligeramente. Lo único que ve es a una víctima de maltrato con tres hijos que criar. Intenta ayudarme.

Pero ella no conoce toda la historia.

Ella no sabe que este bebé nació de algo real. Que resulta que quiero al padre de este niño, aunque él no me quiera y a pesar de cómo me trató. No sabe que he querido este bebé desde el momento en que vi a mi hermana convertirse en madre. No sabe que siempre tomo mis milagros donde puedo conseguirlos. Inconvenientes o no.

—Voy a quedarme con este bebé —digo con firmeza.

Y voy a salvar a mis otros bebés. Ahora depende de mí, y solo hay un camino a seguir.

Tenemos que dejar esta ciudad.

Para siempre.

RUSLAN

Kirill irrumpe en mi despacho, con las mejillas sonrojadas como si hubiera venido corriendo hasta aquí. —¡Tengo noticias!

—¿Encontraste a Sergey?

—No —jadea—. Se trata de Emma.

Frunzo el ceño. —¿Por qué me importaría esa noticia?

—El equipo de seguridad sigue con ella. Terminó en el hospital con los tres niños.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, estoy de pie. —¿Están bien los niños?

Kirill frunce el ceño. —Los niños están bien. Es Emma la que está herida.

—¿Puede caminar?

—Uh, ¿eso creo? Ella misma condujo hasta el hospital.

Vuelvo a sentarme y me concentro en el aluvión de papeleo legal que tengo delante. —Entonces no está tan malherida, ¿verdad?

Me siento tironeado en dos direcciones. Por un lado, detesto que pueda resultar herida, de gravedad o de otro modo. Por otro lado, sus problemas ya no son míos.

Me he pasado la mañana esquivando llamadas de *The Brooklyn Gazette* preguntando si podían conseguir una declaración mía en exclusiva. ¿Una cita, tal vez? Que les jodan a todos.

Y que se joda Emma, también.

—Ruslan, sé que estás enfadado con ella...

—"Enfadado" no es suficiente. Ya no quiero hablar de ella.

—Hay algo que necesitas...

—Necesitamos doblar el número de hombres buscando a Sergey. No puede haber desaparecido de la nada.

—Puse mis manos en los archivos de Emma y...

—He conseguido que no se sepa nada del lanzamiento fallido. Hasta ahora, el incidente se ha publicado como un "buen momento que salió mal". No se pudo averiguar nada sobre Alcázar ni sobre mí por asociación, pero los rumores circulan. Tenemos que acelerar la investigación para tener una historia que podamos hacer llegar a la prensa.

Kirill me mira con la mandíbula apretada. —Es la tercera vez que me cortas.

—Si no insistieras en hablar de la Srta. Carson, no tendría que cortarte.

—¡Esto es *importante*!

—Fuiste *tú* quien me dio la noticia, ¿recuerdas? —gruño—. Tú fuiste quien me puso esas fotos en la cara y me dijo que Emma y Remmy trabajaban juntos.

Kirill se eriza. —¿Estás tratando de decir que el mensajero es el culpable?

—Lo que tengas que decir sobre Emma es irrelevante para mí ahora. Así que, si quieres seguir hablando de ella... —dirijo un dedo hacia la puerta—, puedes largarte y encontrar a alguien a quien le importe.

Tiene el descaro de abrir la boca otra vez. Por suerte, mi teléfono empieza a sonar.

Lo cojo y contesto sin comprobar quién es. —Hola, colega. ¿Cómo te va?

Jesucristo. Ya no tengo un puto respiro.

—¿Qué quieres, Adrik? —pregunto impaciente.

Kirill enarca las cejas mientras escucha.

—Oh, solo quería ver cómo te iba. No puedo imaginar que a Alcázar le esté yendo muy bien, considerando todos los cuerpos que ha aparecido últimamente.

—Ah, lllmas para regodearte.

—¡En absoluto! Llamo para compadecerme. Personalmente, creo que deberías sacar provecho de tu notoriedad. ¿Quizás cambiar el nombre de Alcázar a La Parca? Después de todo, esto se trata de marketing.

—Fue simplemente un caso de exceso de indulgencia. Ya ha ocurrido otras veces. El incidente se olvidará pronto.

—Exceso de indulgencia, ¿eh? Es la marca *perfecta* para la droga mágica que estás desarrollando. Dime: ¿cuánto tiempo crees que pasará hasta que la prensa se entere de que aparecieron cinco cadáveres la misma noche en que decidiste lanzar Venera?

Aprieto los dientes. —No sé de qué me hablas. No tengo ninguna relación con Venera y, si la tuviera, sin duda me llevaría el mérito.

Adrik suelta una risita sombría. —¿Así es como te las arreglaste para seducir a esa guapa secretaria tuya? ¿Le pusiste un poco de Venera en el café?

Si solo estuviera parado frente a mí ahora. Nada me impediría quitarle de un puñetazo la sonrisa de esa comadreja.

—Si has terminado...

—¿Por qué estaba hoy en el hospital? Se pelearon, ¿no? Ya sabes lo que dicen: no puedes tenerlo todo.

Me congelo. Por eso llama. No solo está tratando de pincharme. *Está tratando de hacerme saber que tiene los ojos puestos en mí.*

—Adrik, un pequeño consejo: saca tu nariz de mis putos asuntos y ocúpate de los tuyos. Tal vez así puedas hacer que al menos *una* de tus empresas tenga éxito.

Cuelgo sin esperar su respuesta. Mis ojos se enfocan en la ventana, pero no veo nada allí. —El cabrón está vigilando a Emma.

Kirill saca su teléfono de inmediato. —Según el informe que recibí antes, la doctora aconsejó que pasara la noche en el hospital, en observación. Debería seguir allí... —se lleva el teléfono a la oreja—. ¿Maksim? Estás en el hospital... Sí... Necesito que...

Me vuelvo hacia la ventana, mientras Kirill se coordina con el equipo de seguridad que sigue a Emma.

¿Cómo pude ser tan estúpido? Saqué a Emma a la esfera pública conmigo. La expuse a todo el puto mundo. Lo que significa que soy yo quien la convirtió en un objetivo. Puede que haya terminado con ella, pero Adrik no lo sabe y, aunque se lo dijera, nunca me creería.

Sigo molesto con ella, pero no lo suficiente como para justificar echarla a los perros. Definitivamente, no lo suficiente como para arriesgar a esos niños en el proceso.

—...*¿qué?* ¿Qué coño quieres decir ... ¿Dónde ... ¿Cuándo? ¡*Joder*, Maks! De acuerdo. Date

prisa, maldición. Hell's Kitchen —Kirill corta la comunicación y se pasa una mano por el pelo—. No pueden encontrarla.

—Creí que habías dicho que debía pasar la noche en observación.

¿Qué necesitan observar? ¿Qué pasó? Odio no saberlo. Odio querer saberlo. Odio todo lo relacionado con esta situación.

—Sí, bueno, lo estaba. Aparentemente, optó por no estar más.

—Estúpida decisión —murmuro—. Como siempre, joder. ¿Maksim y el equipo se dirigen a Hell's Kitchen?

—Mientras hablamos.

Aprieto el puño alrededor de una estilográfica, con fuerza suficiente para doblarla. —¿Dónde más podría ir?

Kirill no parece tan confiado al respecto y no tengo ni idea de por qué. Pero preguntarle podría animarlo a empezar a hablar de Emma y, por mucho que quiera asegurarme de que ella y los niños están a salvo, no quiero eso.

—Tenemos que conseguir un equipo que vigile a Adrik también. El hijo de puta sabe demasiado.

Kirill frunce el ceño. —¿Crees que podría saber algo sobre la desaparición de Sergey?

—Tengo la sensación de que sí. Sabía lo de la fecha de lanzamiento. Y él es el único que tiene la oportunidad de ganar a través de mis fracasos.

—Así que sabemos que Adrik tiene algo que ver con el lanzamiento fallido. Mi pregunta es, ¿*cómo*? —Kirill empieza a crujirse los nudillos—. Este lanzamiento fue hermético. Solo nuestro círculo íntimo conocía los detalles. Solo el círculo íntimo sabe que estás detrás de Venera.

—La desaparición de Sergey parece conveniente, ¿no crees?

Estoy pensando en voz alta, pero Kirill niega con la cabeza. —¿Sergey? ¿Crees que Sergey es el espía?

—Tiene toda la información.

Kirill frunce el ceño. —Aun así, o bien las muestras preexistentes de Venera fueron manipuladas antes del lanzamiento, o bien esos cinco desafortunados recibieron una dosis totalmente distinta. En cualquier caso, Adrik tenía a alguien dentro de Alcázar esa noche, jodiendo las muestras de Venera.

Mi mandíbula se aprieta. —Algo no me cuadra...

Ring, ring, ring.

Kirill coge la llamada y la pone en el altavoz. —¿Maks?

—Acabamos de llegar a Hell's Kitchen, señor —informa el soldado—. Parece que vino aquí, pero luego... se fue de nuevo.

Kirill y yo intercambiamos una mirada. Me inclino hacia el teléfono. —*Soldat*.

Se aclara la garganta. —¿Sí, *Pakhan*?

—Quiero que te quedes allí hasta que vuelva a casa.

Se aclara la garganta de nuevo. —Señor, si me permite... No parece que vaya a volver.

Me quedo helado. —¿Qué quieres decir?

—Tenemos una cámara apuntando al interior del apartamento. Parece que empaquetó la mayoría de sus pertenencias.

Blyat'.

—Vigila —gruño—. Estaré allí pronto.

Kirill me sigue mientras corro hacia los ascensores. Hay una cautela en su cara que no quiero

descifrar ahora. Mi cabeza está llena de señales de alarma. *¿Por qué pensé que sería tan fácil como cortar un cordón?*

Maksim está aparcado fuera de Hell's Kitchen cuando Kirill y yo llegamos. Mientras Kirill se queda para hablar con el soldado, yo subo corriendo. No tardo mucho en forzar la cerradura y entrar en el apartamento.

Lo primero que veo cuando entro es la mesa de centro rota. Hay fragmentos de cristal en el centro del salón, y veo pequeñas manchas de sangre secándose en los bordes afilados.

¿Qué demonios pasó aquí?

Sus ropas han desaparecido. No están sus zapatos. El apartamento parece vacío en comparación con su cómodo caos habitual. El único desorden es la mesa de café rota, que en este momento resulta ominosamente simbólica. Todas las pequeñas cosas que son tan preciadas para cada niño están notablemente ausentes.

El peluche favorito de Reagan, un conejo de peluche al que llamó Mr. Bunny.

No está.

La muñeca de tela de Caroline con el vestido hecho a mano que Emma tejió.

No está.

Los guantes de boxeo de Josh. Los que yo le di. Los que le enseñé a atarse.

No están.

Para confirmarlo, me vuelvo hacia la repisa de la chimenea. Las fotos siguen en sus marcos disparejos, con la cara sonriente de Sienna brillando en el centro. Pero hay un cuadrado vacío de polvo donde antes había algo, y las palabras de Emma resuenan en mis oídos.

Es lo primero que empaco y lo último que desempaco.

La caja de música de su hermana no está.



Continuará

PARAÍSO CRUEL es el primer libro del dúo de la Bratva Oryolov. La historia de Ruslan y Emma concluye en el segundo libro, PROMESA CRUEL.